



PROYECTO XI

Un thriller en el que los libros
te guiarán a través de un mundo
de misterio y magia

FRANCESC BLANCO

Lectulandia

Una novela de misterio que rinde homenaje a grandes obras de la literatura: La historia interminable, Todas las almas, Alicia en el país de las maravillas, Anna Karenina, 2666, Rojo y negro o Cien años de soledad se citan aquí para convertirse en protagonistas y personajes que, como frágiles hilos invisibles, guían al lector hacia un sorprendente final

Un extraño correo electrónico pone en alerta a la editora Anna Krauss: su autor y amigo Jon Vivaldi, inmerso en la investigación de uno de los casos que componen su libro Proyecto XI, -una investigación sobre fraudes relacionados con las ciencias ocultas-, la avisa de un modo un tanto críptico de que necesita su ayuda y la de Víctor Crest, uno de los investigadores que trabajan con él en el caso. Anna y Yago Durán, el ayudante de Víctor, acuden al sitio en el que los ha citado Jon, la calle Poeta Cabanyes 115, pero sucede algo totalmente imprevisible: cada uno de ellos llega a un lugar diferente.

Desde ese momento Anna queda recluida en un espacio y un tiempo completamente distintos al suyo, el universo de Bastian, el objeto de investigación del caso de Jon Vivaldi: un niño que, treinta años atrás, tenía la capacidad de ver el porvenir de las personas a través de los personajes de los libros de ficción.

Mediante distintas pistas y un intrincado laberinto de referencias literarias que van uniendo los cabos, Yago y Víctor intentarán llegar hasta Anna, que, a su vez, desde su reclusión, sigue investigando el paradero de Jon Vivaldi y la misteriosa historia de Bastian.

Una frenética novela en la que la sorpresa, el misterio y la literatura son los ingredientes principales.

Lectulandia

Francesc Blanco

Proyecto XI

ePub r1.0

SoporAeternus 11.10.15

Título original: *Proyecto XI*
Francesc Blanco, 2015

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Júlia y para Michelle, mis amores,
y para Laura, mi amada

Nace una mosca efímera a las nueve de la mañana de un largo día de verano, para morir a las cinco de la tarde: ¿cómo podría comprender la palabra noche?

Stendhal

(Rojo y negro)

También el demonio fue un ángel antes.

Carlos Fuentes

(Aura)

El lado ganador decide quiénes fueron los héroes y quiénes los villanos.

Alan Moore

(From hell)

Prólogo

Por Juan Carlos Ortega, escritor, periodista y humorista

No conocía aún a Francesc Blanco cuando empecé a leer esta novela. Un amigo común me rogó que lo hiciera para ayudar al autor a valorar con objetividad su texto. Siempre que alguien te pide algo así, invariablemente retrasas la lectura, porque supones que va a tratarse de un libro espantoso.

Pero cuando uno se ha comprometido, tiene que cumplir su palabra. Así que un buen día —y sin demasiadas ganas— me dispuse a leer el inmenso bloque de folios que me habían hecho llegar. Quería quitarme aquel compromiso de encima lo antes posible.

Era verano y salí al balcón. Intenté eliminar de mi cabeza el prejuicio que me hacía suponer que la novela iba a ser nefasta, pero no fue necesario que me esforzara, porque el primer párrafo ya me hizo sospechar que aquella historia podría resultarme más o menos entretenida. Recuerdo que me dije: «Bueno, a lo mejor la cosa no es tan horrenda».

Seguí leyendo y, de repente, empecé a odiarme a mí mismo. A nadie le gusta saber que está lleno de prejuicios. Me caí mal por haber dado por supuesto que el escrito de aquel desconocido iba a resultarme una lata. Lo poco que había leído era brillante. Me puse de inmediato en su lugar, y me dio rabia imaginar que mi trabajo, para otro desconocido, pudiera ser juzgado de forma tan arbitraria.

Eso, por supuesto, me hizo simpatizar con el autor, que me iba sorprendiendo línea a línea, página a página. Y cuando había leído unos cuantos folios, me di cuenta de que la novela era una obra magnífica, el trabajo de un escritor con un talento fuera de lo común.

Para que entendáis cómo me percaté de ello, creo que será bueno que os explique lo que me ocurre cuando estoy leyendo un libro que me parece magnífico. Siempre, en un momento de la lectura, tengo la necesidad de mirar en la solapa la cara del autor. No importa que ese rostro lo haya visto miles de veces. Cada vez que una frase me conmueve, en cada ocasión en la que una reflexión escrita me llena de admiración, siento el impulso de mirar la cara del autor en la solapa, como si en silencio quisiera decirle mirándole a los ojos: «Qué bueno eres».

Pues bien, eso mismo quise hacer en aquel balcón cuando llevaba leídos unos cuantos folios de la novela de Francesc Blanco. Necesitaba mirar su cara, como antes lo había hecho con la de mis grandes autores de cabecera. Pero lo que tenía en mis manos no era un libro encuadernado, no era una novela editada, sino un conjunto de folios que pesaban bastante en mis rodillas. No podía ver ninguna foto, porque no había solapa, ni portada, ni contraportada, ni nada que se pareciera remotamente a un libro.

La necesidad de ver los ojos del autor me dio la pista definitiva. El texto que me habían hecho llegar estaba a la altura de los grandes libros del género que yo había leído en mi vida. Le envié un mensaje a nuestro amigo común y se lo hice saber: «Oye, el libro de este tío es realmente bueno».

Y seguí leyendo. Ya no era una obligación. Aparqué mis otras lecturas y me centré en esta. Cada página me entusiasmaba más que la anterior. Volvió a repetirse el impulso imposible de mirar una foto inexistente. Cientos de veces me pasó a lo largo de la novela.

Me emocioné, me reí y me asusté con el argumento. La emoción me la generó la descripción de ese niño que acude a la tienda de un señor mayor, ese crío con los poderes mentales más tiernos y delicados que se han escrito en la literatura del género en muchísimos años. El susto me lo provocaban los giros magistrales del argumento, y la risa era algo que estaba presente en toda la narración. Una parte de mi trabajo está centrada en el humor y sé perfectamente cuándo algo es gracioso. No es que tenga un don especial; simplemente es mi oficio, y puedo asegurar que, además de todas las virtudes anteriores, este Blanco es un señor que sabe hacer bromas profundamente inteligentes.

No sé cuál va a ser la suerte que corra esta novela. Si en el mundo hubiera justicia, se vendería a millones, y su autor, al que luego tuve la suerte de conocer en una comida, podría regalarme un piso por haber sido su primer lector entusiasmado.

Queridos compradores de esta novela: tenéis en vuestras manos una obra magnífica, el producto de un narrador con un talento fuera de lo habitual. Disfrutadla como yo hice. Y mirad de vez en cuando su foto en la solapa. Ese tipo que veréis ahí retratado es inteligente como un diablo.

Primera parte

RosaM23

4 al 7 de enero de 2011

Capítulo I

Anna Krauss dejó la última hoja del documento que acababa de leer junto a las demás. Las apiló y se las devolvió a Jon Vivaldi.

—*Proyecto XI*—afirmó—, una serie de once reportajes donde pretendes poner de manifiesto el lucrativo fraude sobre el que se asienta el mundo del ocultismo y el Más Allá: médiums, videntes, diablos, apariciones, esotéricos, casas encantadas y un largo etcétera.

Él asintió.

La mirada de Anna vagó por el despacho buscando un lugar donde posarse. Pasó de puntillas sobre los muebles de estilo moderno y fue tentada por el cristal de la ventana que daba a la calle, mojado por la lluvia. Al fin se centró en la contemplación de la litografía colgada de una de las paredes: *Escaleras arriba y escaleras abajo*, de Maurits Cornelis Escher.

El edificio que en ella aparecía era singular, plagado de columnas y diferentes alturas. En el lugar donde debería estar la azotea se encuentra una escalera que rodea al patio de luces. Por ella circulan unos individuos ataviados como monjes. Algunos suben, otros bajan. Los seres parecen moverse en un bucle infinito: cuando completan el giro se encuentran justo en el punto en el que lo iniciaron. Seres embebidos en una caminata perenne, se dijo Anna, en un eterno vagar.

Jon Vivaldi, al otro lado de la mesa, permanecía en silencio. Se habían conocido, hacía más de veinte años, en la facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde ambos cursaban la carrera de periodismo. El corrosivo sentido del humor que tenían en común los atrajo desde el principio. Después nació una amistad a la que protegían con celo aparcándola cuando colaboraban profesionalmente. Solo en el último año Jon había publicado, como *freelance*, varios reportajes de investigación en la revista *Péndulo*, de la que ella era redactora jefe. Tuvieron una excelente acogida por parte de los lectores, en especial los titulados *La Biblia de Finlandia* y *La bruja normanda*.

La Biblia de Finlandia giraba alrededor de la extraña Biblia donada a la Euskaltzaindia, la Real Academia de la Lengua Vasca, por un misterioso benefactor. Encontrada en Finlandia, presentaba numerosas peculiaridades. Se trataba del documento escrito en lengua vasca más antiguo jamás hallado. El libro estaba impreso, y en la primera página figuraba la fecha de su confección: junio de 1009. Las pruebas de los bibliófilos confirmaban este extremo. Sin embargo la imprenta moderna no fue inventada hasta 1440 por Johannes Gutenberg. Además, el secretismo alrededor de la identidad del donante era absoluto. Jon había seguido su pista hasta un entramado empresarial cuya sede central estaba ubicada en Barcelona. Llegó a entrevistarse con un tal Velasco Fernández, secretario personal del propietario del *holding*, que le recibió dispensándole un trato exquisito pero negó

cualquier vinculación con el documento.

La bruja normanda informaba de la existencia en Barcelona de grupúsculos satánicos que abrazaban la doctrina de Agathe Retz, la monja francesa quemada en la hoguera a finales del siglo XIV acusada de practicar la hechicería. A lo largo de varios meses Jon realizó un seguimiento de sus actividades, identificando los locales donde oficiaban el culto e incluso señalando las fuentes de financiación que los sostenían. En el reportaje advertía también de su peligrosidad, en el lugar preferencial del ideario de Agathe Retz figuraba la realización de sacrificios humanos.

Y ahora esperaba el dictamen de Anna respecto a la idea que acababa de presentarle: *Proyecto XI*.

Le gustaba el estilo de Anna. No era uno de esos redactores jefe que tutelan los pormenores de los reportajes hasta desquiciar a los periodistas. Si se respetaban los plazos de entrega y los contenidos que había encargado, dejaba trabajar. Era honesta y cumplía lo pactado. Cuando el material que recibía era firme tenía los arrestos de defenderlo a muerte frente a su director ejecutivo, un australiano avaricioso llamado Brown. Decía de él que era un pirata, y andaba por la redacción con una pata de palo, un parche en el ojo y un loro subido al hombro al que llamaba Liza Minnelli, porque no dejaba de repetir *money, money, money*.

Jon sabía que en ese momento, mientras contemplaba el cuadro colgado en la pared, la cabeza de ella era un hervidero de ideas, pros y contras sopesados, riesgos en proceso de evaluación. También conocía la dualidad de Anna, que comenzaba por su misma fecha de nacimiento. Diez de junio. Géminis. Dualidad que se prolongaba a lo largo y ancho de su persona. Era capaz, por ejemplo, de pensar en dos cuestiones simultáneamente. Las ideas que danzaban a la vez por su cerebro no podían ser de la misma envergadura, pero sí lograba manejar dos canales de razonamiento de diferente calibre al mismo tiempo. Por eso no le sorprendió que, mientras su mente continuaba trabajando en la propuesta, decidiera entretenerle con una anécdota.

—¿Sabías que en 1747 Juan Sebastián Bach compuso para Federico el Grande de Prusia la *Ofrenda musical*?

Jon Vivaldi negó con la cabeza. Le dejaría tomarse tanto tiempo como fuera necesario. *Proyecto XI* lo valía.

—Bach tenía entonces sesenta y dos años. Había acudido a Sanssouci, donde estaba ubicada la corte real, para visitar a su hijo Carl Philipp Emanuel. Este también era músico y ejercía como maestro de capilla.

Anna carraspeó. Su mirada seguía anclada en la litografía de Escher, pero por algún extraño motivo Escher la había llevado hasta Bach.

—El rey era muy aficionado a la música. Tocaba la flauta y de vez en cuando incluso daba conciertos para los cortesanos. Seguro que le aplaudían como hoy lo hacen los fans de Lady Gaga. Por lo visto tan solo un tipo, su maestro de flauta, estaba autorizado para corregirle.

Anna sonrió y desplazó la mirada desde la litografía de Escher hasta Jon.

—Bach tenía fama de ser un genio en la improvisación. Así que el rey se propuso probarle. Le pidió que se sentara frente a un piano e improvisara una fuga a seis voces obligadas, partiendo de un tema que le sugirió. Los cánones y las fugas son piezas especialmente complicadas. Para que te hagas una idea, las posibilidades de un buen músico de improvisar con éxito una fuga a seis voces obligadas son más o menos las mismas que tiene un humano de matar a un elefante golpeándole con una pelota de ping-pong.

Los dos rieron.

—¿Y bien? —preguntó Anna.

Jon encogió los hombros. No quería hablar para no interrumpir la otra cadena de razonamientos.

—Lo logró —repuso haciendo lucir una sonrisa radiante... Feliz como una niña levantó dos dedos que dibujaron en el aire una V de victoria. La proeza parecía haberla conseguido ella misma en lugar de un viejo músico. Agitaba la mano en el aire, convertida en una batuta imaginaria.

Sonó el teléfono pero Anna ni siquiera pareció notarlo.

—Tras la visita Bach regresó a Leipzig, donde vivía. Varios días después transcribió al papel la fuga que había improvisado. De hecho la enriqueció, complementándola con otras doce composiciones. A todas ellas las denominó *Ofrenda musical*. Se las mandó a Federico acompañadas de una carta de corte muy servil. Deberías leerla. «Rey graciosísimo..., con la humildad más profunda...».

Anna calló durante unos segundos. Maldijo por dentro mil veces las entrañas de los responsables de que no pudiera fumar ni siquiera en su propio despacho. Las de ellos y las de sus descendientes a lo largo de las próximas siete generaciones.

—Además, en la primera de las páginas escribió una frase en latín: «Regis Iussu Cantio Et Reliqua Canonica Arte Resoluta...». ¿Te atreves? —preguntó traviesa.

—«Regis Iussu Cantio Et Reliqua Canonica Arte Resoluta» —repitió Jon con lentitud, no pudo evitar hablar en esta ocasión—. Por orden del rey la canción y el resto resueltos con aire... ¿canónico?

Ella hizo una cómica reverencia inclinando levemente la cabeza.

—Así es. Desde un punto de vista protocolario la frase es impecable. Sometimiento y alabanza. Como en la carta... más de lo mismo. Pero vayamos más allá. Si agrupas la primera letra de cada palabra...

—RICERCAR... —compuso él.

Anna enarcó las cejas.

—Buscar —tradujo Jon.

—Sí. Oficialmente se ha dado una explicación a por qué las iniciales de cada palabra forman el término RICERCAR: en aquella época a las fugas se las denominaba ricercares. Pero desde luego la traducción literal es buscar.

La sonrisa de Anna se ensanchó.

—Ahora viene lo mejor. Las piezas de la *Ofrenda musical* no estaban terminadas.

Es decir, las partituras no estaban completas. Bach tan solo incluyó unos cuantos compases acompañados de enigmáticas pistas en latín, como por ejemplo, «la duración de las notas aumenta progresivamente» o «que la gloria del rey aumente como asciende la modulación». El rey, complacido, aceptó el obsequio. Fin de la historia oficial de la *Ofrenda musical*. Desconocemos si Federico fue capaz de resolver los enigmas y terminar alguna pieza. Tan solo sabemos que la versión que hoy escuchamos es obra de Johann Kirnberger, discípulo de Bach.

Anna prosiguió con el tono reservado que gastan los que están contando secretos.

—Pero a mí me gusta pensar que detrás de esta historia hay otra historia, que existe una interpretación alternativa de los hechos. A veces la verdad es tan evidente que se convierte en invisible, y entonces hay que saber mirar para poder verla... como cuando buscamos un lápiz que sujetamos con la mano o no encontramos las gafas que llevamos puestas. Creo que, dentro de las limitadísimas posibilidades que su posición le ofrecía, Bach quiso darle una lección al rey. Su comportamiento durante la visita a Sanssouci había sido impecable. Actuó como debe actuar un músico frente al rey de los hombres. Sin embargo no fue correspondido en el trato: había sido ofendido por un ser musicalmente inferior, que fue tan necio como para permitirse poner a prueba su talento. En definitiva, Federico le había insultado, porque no actuó como debe actuar un hombre frente al rey de los músicos. Y pienso que Bach se vengó de una forma sutil y delicada. «Ricercar»... Busca, emperador, busca. Remueve compases y acordes, tonos y melodías, y si puedes resuelve los enigmas y completa las partituras. Piénsalo, Jon, es la humillación perfecta... Ni siquiera el ofendido se apercibe de ella. Esas partituras deberían estar en el *hall of fame* del despecho.

Anna calló unos segundos.

—Ese día, excepcionalmente, el resultado del marcador fue: Arte 1 – Poder político 0. Así que fue un buen día. Porque estoy segura de que, con sus conocimientos musicales, el magno emperador Federico el Grande de Prusia fue incapaz de acercarse a la conclusión de ninguna de las piezas.

Sonó el teléfono de nuevo y esta vez Anna lo cogió para indicarle a su secretario que no le pasara llamadas. Por el tono de su voz, ahora distendido, Jon Vivaldi supo que la deliberación había terminado. Con un gesto le indicó la mesa circular que estaba en el otro extremo del despacho.

—Vamos allí —dijo mientras se levantaba de la silla.

—¿Lo estás haciendo solo?

—No. Víctor y su equipo están conmigo.

—¿Víctor Crest, de *Arácnida*?

Él asintió.

—Es un buen elemento —murmuró Anna para sí—. Ese reportaje, *Proyecto XI / Caso I: En contacto con el otro lado*, es magnífico —dijo señalando los folios que

habían quedado sobre su escritorio—. ¿Los diez restantes son así?

Él hizo un gesto afirmativo.

—¿Cuándo estarán listos? Debería encajarlos en mi programación.

—Solo queda uno. El *caso XI*. Lo tendré en breve.

—*En contacto con el otro lado* —murmuró Anna—, el último programa del rey de la televisión basura: Raúl Domínguez.

—¿Lo has visto?

—No, no soporto a ese tipo. Sería capaz de subastar órganos humanos en directo si eso le diera audiencia. ¿Cómo es el programa?

—Llena el plató de gente. Luego presenta a un médium. Este escoge a algunos de los presentes para comunicarse con sus amigos o familiares fallecidos. Ya sabes cómo funcionan esos individuos: dejan hablar, usan la lógica, interpretan el lenguaje gestual y deducen. Aunque a veces se luce, informando sobre algo que era imposible que supiera. Eso suele dejar atónitos a los elegidos, que afirman con un hilo de voz... Ese detalle solo lo conocíamos la muerta y yo... Entonces el público aplaude enfebrecido.

—Puedo imaginarlo.

—Si el atrezo es adecuado nos creemos cualquier cosa. *En contacto con el otro lado* es un fraude de cabo a rabo. Usan un montón de artimañas. Seleccionan cuidadosamente a los asistentes, infiltran a miembros del equipo entre estos, esconden micrófonos por todas partes y los puntos geniales del médium se deben a investigaciones previas: incluso rastrean las necrológicas en los periódicos. Además, como el programa se emite en diferido, a lo largo del montaje pueden eliminar las situaciones incómodas que se produzcan.

—Me imagino que los cabos están bien atados.

—Desde luego.

Anna asintió. Jon cubría bien los flancos y no efectuaba afirmaciones que no estuvieran sólidamente respaldadas por pruebas, lo cual reducía casi hasta cero las posibilidades de que *Péndulo* acabara imputada como responsable subsidiaria en un proceso por difamación.

—No me convence la extensión. *Proyecto XI* es demasiado largo. Nuestros números son mensuales. Publicando los reportajes a razón de uno por mes acabaríamos dedicándole casi un año. *Péndulo* toca asuntos de actualidad, y eso nos acercaría al formato de una revista temática.

Él había previsto esta contingencia.

—Lo sé. Pero no puedo dar el tratamiento que merece un campo tan extenso utilizando menos espacio. Mi propuesta es que aparezcan en la tirada habitual de *Péndulo* cinco reportajes. Y después puedes poner a la venta, junto al último ejemplar, un libro que los contenga a todos. A un precio diferente, por supuesto.

Anna permanecía recostada en su silla.

—¿Cómo has elegido los contenidos?

—Cada reportaje está dedicado a una... especialidad. Hemos seleccionado un

acontecimiento representativo, señalado y aparentemente veraz de cada una de ellas.

—¿Hemos?

—El trabajo de búsqueda lo ha realizado *Arácnida*, la compañía de Víctor, basándose en parámetros que yo mismo he marcado.

Jon manifestó su desencanto levantando las palmas de las manos hacia arriba.

—De la investigación posterior me he encargado personalmente. La conclusión ha sido siempre la misma: engaño con ánimo de lucro. El mundo del ocultismo y el Más Allá es una inmensa olla de grillos con un único denominador común: el fraude.

Ella frunció el ceño.

—Has dicho que falta uno. ¿Cuál?

—El *caso XI*. Corresponde a los diablos y sus adoradores. Es especialmente laborioso. Quiero dedicar ese reportaje a un asesinato ritual. Los chicos de *Arácnida* están estudiando los cometidos en las últimas décadas. La lista es interminable.

Anna consultó la hora en su reloj.

—Bien. Me gusta —concluyó—. Por parte de *Péndulo*, adelante.

Capítulo II

Cuando sonó la alarma del teléfono, que se encontraba sobre el asiento del copiloto, Yago Durán aminoró la marcha y fue desplazando el vehículo hacia el lado derecho de la autopista. Mientras efectuaba la maniobra el móvil, imperturbable, continuó emitiendo su molesto pitido.

—Ya va, ya va —murmuró.

Miró por el retrovisor y vio cómo se acercaba un todoterreno a gran velocidad, levantando una estela de agua. Lo dejó pasar e ingresó en el carril de los lentos. Finalmente buscó el teléfono a tientas y lo silenció. Manipuló el dispositivo *bluetooth* y a los pocos segundos la señal de llamada sonó por los altavoces del coche.

—Su servicio de despertador —dijo cuando Luna respondió.

—Por favor, dime que te has confundido —pidió ella con una voz cargada de sueño.

—Lo siento, cariño. No mates al mensajero.

Desde el otro lado llegó una palabrota que le hizo sonreír, a la que siguió un profundo bostezo.

—¿Y tú dónde andas? ¿Has llegado ya a Girona? —escuchó cómo ella se desesperaba.

—No, sigo en la autopista.

El silencio que le llegó desde el otro lado confirmó la lucha que Luna mantenía con Morfeo. Yago la imaginó desnuda en la cama, de lado, con una pierna estirada y la otra encogida, olor a noche y sabor de intimidad. Recordó las trece pecas de su espalda, el hoyuelo en la nuca y el cabello pelirrojo desordenado sobre la almohada. Después rememoró unos paisajes glaciares para no perder el control del vehículo.

—¿Llueve? —preguntó Luna al fin.

—Aquí sí. Y me imagino que en Barcelona también. Diluviaba cuando salí de casa. Pero conozco un método infalible para averiguarlo. ¿Has probado a acercarte hasta la ventana y mirar a través de ella?

—Muy gracioso —se quejó divertida. Oyó sus pasos, y después el sonido de la persiana al levantarse.

—Guau —exclamó—. Creo que hoy dejaré la moto en el garaje y usaré la piragua que nos regaló tu madre el día de nuestra boda. Ya sabes, esa que lleva la lanza para cazar peces. Ni siquiera puedo ver el edificio de enfrente.

Yago ahogó una carcajada.

—Cielo —afirmó—, mi madre no nos ha hecho ningún regalo de bodas. No se trata de nada personal. Hay un motivo objetivo. No estamos casados. Vivimos en pecado, con niña y todo. ¿Recuerdas?

—Mierda. Debí presionarte, lo sabía.

Por su tono Yago supo que ya estaba totalmente operativa.

—Ok. —Un indicador le advirtió que se encontraba a dos kilómetros de su salida —. Tengo que dejarte.
—Suerte con tu doctor —se despidió ella—. Un beso enorme.
—Otro para ti. Si no pasa nada raro estaré de vuelta al mediodía.

Tras una exasperante sucesión de vueltas y más vueltas por Girona, ciudad que apenas conocía, durante las cuales tuvo la certeza de haber pasado varias veces por el mismo punto, la voz cibernética del GPS le indicó que quedaban doscientos metros para llegar hasta el lugar donde se había citado con el doctor Bocanegra. Sumido en la desesperación, comprobó que el aparato señalaba como única vía de acceso una calle cortada al tráfico por obras. Harto del coche optó por estacionarlo y efectuar la última parte del recorrido a pie. Un transeúnte le facilitó las indicaciones precisas para llegar hasta el café Salamina.

El diseño del local era elegante y a la vez moderno. Las paredes, forradas de madera, contrastaban con los tonos oscuros del mobiliario. Los camareros vestían un uniforme negro. La gestión que el decorador había hecho de la luz y los espacios transmitía una sensación de amplitud, confort y polivalencia.

Aunque había hablado con el doctor Bocanegra por teléfono, no lo había visto jamás ni disponía de fotografías suyas. Se preguntó cómo le reconocería. Dio una vuelta por la sala, buscando a un sexagenario con aspecto de estar aguardando a alguien. Cuando comprobó que nadie encajaba con el perfil, eligió una mesa tranquila desde la que podía observar la puerta de entrada. Decidió emplear la espera en repasar los datos de *RosaM23*.

Extrajo el MacBook Air de su cartera de piel marrón. Mientras el ordenador arrancaba, encargó al camarero un café largo. La pantalla se iluminó y mostró el emblema de *Arácnida*, una araña de aspecto noble e inofensivo dibujada sobre un fondo azul. Junto a ella figuraba la leyenda *Information Seekers*, lema de la compañía. Introdujo su nombre y la contraseña, conectó a través del único puerto USB de la máquina el *router* periférico y abrió la conexión a internet. Después accedió al programa WIP desde el icono situado en el escritorio.

La mayor parte del *software* utilizado en *Arácnida* había sido desarrollado por Luna. WIP, acrónimo de *Work In Process*, no era una excepción. En el programa WIP figuraban todos los trabajos que la compañía tenía en curso, mostrando la información correspondiente a cada uno de ellos actualizada en tiempo real. Para ello era absolutamente necesario que Yago Durán y el resto de buscadores alimentasen WIP con cuantos datos nuevos fueran apareciendo. En esto Víctor Crest, máximo accionista y director general de *Arácnida*, se mostraba inflexible: si no está en WIP, afirmaba con rotundidad, no existe. A través de la contraseña WIP permitía el acceso tan solo a los trabajos para los que el usuario estaba autorizado.

Seleccionó *Proyecto XI*. Obvió las carpetas de carácter general, en las que se definía el encargo recibido por *Arácnida* y las consideraciones estratégicas: tras

varias semanas de dedicación exclusiva las conocía de memoria. Comprobó que tenía mensajes sin leer en su buzón de entrada. Hugo, el documentalista, había abierto nuevos frentes. Más tarde se encargaría de ellos. Habían sido enviados de madrugada. Yago Durán se preguntó si Hugo les mintió cuando afirmó vivir en un apartamento y en realidad residía en su despacho.

Abrió *RosaM23*. La codificación de los casos que estaban estudiando para *Proyecto XI / Caso XI* seguía el mismo patrón: el nombre de pila de la víctima y la inicial de su primer apellido, seguidos por un número secuencial asignado por el programa. Ya llevo veintitrés —pensó—, como esto siga así tendré que mudarme también a nuestras oficinas.

Repasó las notas escritas por Hugo. Rosa Marino, fallecida en 1974 a la edad de treinta y dos años. Nivel de estudios primario. Soltera sin hijos, procedía de una familia humilde. Vivía con una amiga y ejercía como secretaria en una pequeña empresa dedicada al comercio mayorista. Víctima de un asesinato ritual con marcados tintes satánicos.

Yago Durán abrió el documento en formato jpg adjunto y miró la fotografía de cuerpo entero de Rosa Marino. Con toda seguridad Hugo la había escaneado directamente de algún periódico de la época, la imagen era de una pésima calidad. Aparecía peinada y vestida a la moda de aquellos tiempos. Había sido una mujer atractiva, concluyó.

No fue necesario efectuar ninguna investigación para hallar al culpable, Blas Beltrán, a quien prácticamente encontraron con las manos en la masa. Cirujano, pertenecía a una ilustre estirpe de médicos de la ciudad. Su vida hasta el momento del crimen era un prodigio de normalidad: esposa e hijos, un trabajo respetable en el que no resultaba lo bastante brillante para ser envidiado ni lo suficientemente torpe para crearse enemigos, miembro de varias asociaciones culturales, profesionales y benéficas... Su currículum personal parecía impecable. No pertenecía a ninguna secta ni se le conocían contactos con adoradores de Satán, médiums u otros profesionales del Más Allá. Actuó solo, sin que además quedase demasiado claro el modelo que le inspiró.

El perfil de Beltrán, pensó Yago, no encajaba con el de alguien que dibuja pentagramas invertidos en sus cuadernos escolares, pasa la adolescencia vestido íntegramente de negro o a partir de los dieciocho años insiste en dormir en el interior de un ataúd acompañado de gatos disecados. En eso se diferenciaba del resto de tipos seleccionados por Hugo, que apuntaban maneras desde la cuna. Todo era correcto hasta que un día se le activó la neurona que se ocupaba de las cuestiones diabólicas y salió del armario.

El crimen había sido especialmente macabro. Beltrán mantuvo encerrada a Rosa Marino durante dos días en un pequeño piso de su propiedad, a lo largo de los cuales la torturó de una forma feroz. Empleó todos sus conocimientos quirúrgicos para retrasar el fallecimiento. Incluso llegó a extraerle determinados órganos mientras ella

permanecía con vida, como los ojos y algunas vísceras. Sin duda Hugo había conseguido acceder a los resultados de la autopsia. Decidió saltarse los detalles.

Pero la información presentaba lagunas: desconocían la relación que unía a la víctima con el asesino y todo lo referido a las circunstancias de la detención. Por otro lado llamaba la atención la escasísima cobertura periodística del crimen. Nada en la televisión ni en la prensa nacional, tan solo se hizo mención en la sección de sucesos de un periódico local. Hugo lo atribuía, y Yago estuvo de acuerdo, a la preeminente posición social y económica de la familia Beltrán. Probablemente hicieron cuanto estuvo en sus manos para silenciar el asunto. El informe acababa indicando que Blas Beltrán se había suicidado en la cárcel.

Los miembros de las fuerzas de seguridad implicados en la detención llevaban años muertos, y tampoco había abogados a los que acudir: el fallecimiento de Blas Beltrán se produjo pocos días después del crimen, y no se había organizado aún ni la acusación ni la defensa jurídica. El único individuo relacionado con el caso que Hugo fue capaz de encontrar era el doctor Julio Bocanegra Expósito. El doctor Bocanegra, psiquiatra, efectuó la evaluación preliminar del detenido. Prácticamente fue la única persona, además de carceleros y empleados de prisiones, que habló con él a lo largo del periodo en que estuvo recluido. En la actualidad estaba jubilado.

Entró un individuo cuyo aspecto encajaba con los pocos datos que tenía del doctor Bocanegra. Vestía un traje azul oscuro, elegante, y camisa blanca sin corbata. Iba solo. Desde el interior barrió la sala con la mirada, sin duda buscando a alguien. Entonces Yago Durán supo que era él.

Decidió no ir a su encuentro. Otro de los datos introducidos en WIP eran las horas incurridas en cada proyecto, con vistas a calcular su rentabilidad mediante una contabilidad de costes. Disponía de poco tiempo para recoger cuanta información pudiera, evaluar su fiabilidad y en definitiva resolver sobre la continuidad de *RosaM23*. Quizá, pensó, el doctor Bocanegra tuviera que enfrentarse a una situación incómoda, y ver cómo la resolvía le ayudaría a calibrar su talante. Así que sencillamente esperó.

Avanzó entre las mesas, le miró cuando llegó a su lado y pasó de largo. A través de un espejo colgado sobre la barra Yago Durán pudo verle avanzar hasta el fondo del local. Caminaba a un ritmo normal, evidenciando que buscaba a alguien para no resultar molesto a quienes miraba explícitamente. Educado, seguro de sí mismo y cortés, pensó. Cuando se dirigía a una mesa vacía decidido a aguardar, Yago se levantó para acercarse hasta él.

—¿Doctor Bocanegra? —dijo sonriente. Extendió la mano, dejándola en el aire—. Yago Durán. Hablamos por teléfono.

El doctor Bocanegra pareció desconcertado.

—Oh, encantado —contestó cuando se repuso, estrechándosela. El apretón fue firme, pero no excesivo; a Yago le resultaban molestos los tipos que después de leer

algún manual de autoayuda le estrujaban la mano como si quisieran dejarle grabadas las huellas dactilares en el dorso—. No sabía que usted es... —dijo sin pensar, dejando en suspenso la frase. Estaba metido en un atolladero del que decidió no sacarle.

—¿Negro? —preguntó utilizando un registro de voz simpático.

—No, no —negó el doctor Bocanegra con vehemencia—. Negro no. De color.

—De color negro —hurgó un poco más.

—No tiene usted ningún acento, y su nombre... Le ruego que no se moleste —se excusó, dando por zanjado el asunto.

—No se preocupe. Nací en Barcelona. La piel es una bella herencia de mi madre. ¿Nos sentamos?

—Si es eso lo que busca me temo que ha hecho el viaje en balde.

Yago Durán asintió. La experiencia le había demostrado que normalmente sus interlocutores acababan facilitándole la información que necesitaba si les dejaba hablar. Además se sentían más cómodos si no les interrumpía constantemente. Al fin y al cabo, se dijo, el doctor Bocanegra estaba allí porque le daba la gana y era libre para marcharse en cuanto quisiera.

—Si me permite le diré que el *Diccionario* de la Real Academia Española reconoce dos significados para el término «satánico» —prosiguió el doctor Bocanegra—. Aquello que es muy perverso o todo lo relativo a Satanás. La muerte de Rosa Marino única y exclusivamente fue satánica si empleamos la primera acepción. Blas Beltrán no tenía nada de adorador del diablo ni de poseído. No obstante, si el demonio existe y es como nos han contado, ahora sin duda estará sentado a su vera. Fue un crimen puro y duro, sin acontecimientos sobrenaturales ni nada por el estilo. —Pareció dudar—. Con una excepción que luego le contaré.

Tocado y hundido, pensó Yago. *Bye, RosaM23.*

—Sin embargo la prensa no presentó así los hechos.

—Oh, sí, desde luego. Pero debe entenderlo. Eran otros tiempos, y los tentáculos de la familia Beltrán alcanzaban a todas las esferas de influencia. Intentaron preservar su buen nombre.

—¿Qué ocurrió en realidad?

—Eran amantes. La típica relación entre un hombre acaudalado pero aburrido y una chica guapa aunque humilde. —Levantó las manos a modo de excusa—. No estoy diciendo que ella lo hiciese por dinero. Para nada. Probablemente estuviera enamorada. O tal vez deslumbrada. Hasta donde sé Rosa Marino era una buena muchacha, quizá algo lanzada para aquellos años grises, pero buena persona al fin y al cabo.

Yago se preguntó cuál era la procedencia de la información que manejaba el doctor Bocanegra. El psiquiatra pareció leer sus pensamientos.

—Esta es una ciudad pequeña, y entonces lo era más aún. Tarde o temprano todo

se acaba sabiendo. Han pasado muchos años, demasiados. La mayor parte de los implicados en aquel suceso ya no se encuentran entre nosotros. A mi edad callar para hablar más adelante ya no es una opción, y en parte me siento responsable por haber contribuido a echar tierra sobre aquello. Por eso no tengo ningún inconveniente en contarle cuanto sé. —En tono confidencial agregó—: He olvidado el secreto profesional en casa.

Yago sonrió.

—Hay un detalle importante que no llegó a mencionarse. Ella estaba embarazada. De Blas Beltrán, por supuesto.

A Yago se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Cuándo la mató?

El doctor Bocanegra asintió con la cabeza.

—Durante... ¿la ejecución? Sí, creo que es la palabra adecuada. Durante la ejecución le practicó un aborto, entre otras mil barbaridades. ¿Ha leído el informe de la autopsia?

—No.

—Le ahorraré los pormenores. Como le decía, Rosa Marino estaba encinta. Al parecer se negó a abortar, que en aquella época era tan ilegal como posible. Presionó a Blas Beltrán para que abandonase a su familia. Cuando este se negó cometió una grave equivocación: se lo contó a su mujer. Entonces él decidió matarla. Y lo hizo a conciencia, tomándose su tiempo.

El doctor Bocanegra permanecía con las manos enlazadas por los dedos y la mirada perdida en algún punto de la mesa que Yago fue incapaz de determinar.

—Blas Beltrán fue una mala bestia, señor Durán. He ejercido durante muchos años la psiquiatría en el ámbito penitenciario, y puedo afirmar con rotundidad que es el mayor hijo de puta que he encontrado. Recuerdo perfectamente la primera vez que lo vi en la comisaría. Lo habían detenido esa misma mañana: unos vecinos del inmueble en el que pasó todo vieron cosas raras y llamaron a la policía. Cuando comprobaron su identidad no sabían cómo actuar. Se pusieron en contacto con el jefe de servicio. Me mandó llamar de inmediato. En la ropa aún tenía manchas de sangre. Sentado al otro lado de la mesa, frío como el mármol, argumentaba con entereza. Su mirada era la de un hombre cuerdo.

—Hay algo que no entiendo. Un tipo organiza una carnicería para matar a su amante porque le está dando quebraderos de cabeza, pero la familia decide tapar el escándalo inventando una historia sobre diablos y posesiones. No es demasiado lógico. Me parece peor el remedio que la enfermedad. No creo que un endemoniado esté situado en la escala social por encima de los psicópatas o los simples asesinos.

—Estoy de acuerdo. Pero al final no es más que una cuestión de percepciones. Probablemente fue la madre quien ideó todo este lío. Una mujer con mucho carácter, de misa diaria. Era la que tenía el dinero. Tenga en cuenta que las pruebas eran concluyentes, y no solo respecto a *qué* había ocurrido sino también a *cómo*.

Únicamente se podía manipular el *porqué*. Quizá prefirió que su hijo fuera un endemoniado a un criminal. Al fin y al cabo la Biblia está llena de casos de inocentes poseídos por el diablo. Quién sabe si ella misma llegó a creerlo.

Yago Durán comprendió que el doctor Bocanegra no tenía nada más que decir. Por otro lado él ya disponía de la información necesaria. El psiquiatra se disculpó y se marchó al servicio. Cuando Yago se quedó solo pidió la cuenta al camarero. Había decidido descartar *RosaM23*: no se ajustaba al objetivo fijado en *Proyecto XI / Caso XI*. Tan solo quedaba un fleco por resolver. Tras aclararlo le agradecería al doctor Bocanegra su colaboración, introduciría los datos en WIP y regresaría a Barcelona.

—Antes ha mencionado una excepción —afirmó cuando regresó—. Como si en algún momento se hubiese producido algo extraño, sobrenatural.

El doctor Bocanegra rio.

—No debí decirlo. Es algo a lo que no concedo ninguna credibilidad. —Estudió el rostro de Yago Durán y decidió seguir adelante—. Eva Marino, la hermana de Rosa, vino a mi consulta al cabo de unas semanas. Fue mi paciente durante unos meses, la ayudé a superar el trauma que para ella supuso el asesinato de su hermana. No éramos demasiados los psiquiatras que ejercíamos en Girona por aquel entonces y estas casualidades se producían con frecuencia. Habló de un niño, un niño con poderes paranormales. Una especie de adivino o algo así. Tenía un rasgo peculiar, una peca en la sien izquierda, con forma de triángulo escaleno. He consultado mis notas antes de venir a verle, por eso recuerdo el detalle. El niño, insistía Eva, había predicho qué iba a pasar, pero Rosa no supo interpretar adecuadamente sus palabras.

Algo es algo, pensó Yago.

—¿Le dijo su nombre?

El doctor Bocanegra asintió.

—Sí. Bastian. Su nombre era Bastian.

Capítulo III

Jon Vivaldi apartó la cortina de plástico, cogió la toalla y se secó en el interior de la ducha. Cuando salió, un pudor caprichoso le impulsó a anudarse la pieza de algodón alrededor de la cintura, estaba solo y nadie podía ver su desnudez.

Alcanzó el bote de espuma de afeitar y lo agitó. Dejó caer una cantidad generosa en la mano, donde adquirió forma de nube, y se impregnó el rostro. Utilizando una maquinilla desechable se rasuró con gestos mecánicos. Tras una de las pasadas, demasiado rápida, notó un ligero escozor en la barbilla. Chasqueó la lengua y los labios dibujaron una mueca de fastidio. Una pequeña mancha roja se abrió camino entre la pasta blanca hasta convertirse en una gota. Maldijo su poco cuidado, terminó con el resto de la cara y se enjuagó la sangre que continuaba manando con un pedazo de papel higiénico.

Fue hasta su dormitorio.

Abrió el armario ropero y se miró en el espejo de cuerpo entero. Lentamente levantó la mano derecha hasta apoyarla en la herida y fijó en ella la atención. Sintió en los dedos el tacto irregular de la piel rasgada. Sacudió la cabeza y se preguntó cuánto tiempo tardaría en dejar de sangrar. Dejó caer el brazo cuando sucedió algo insólito.

Su imagen no había seguido el movimiento. Permanecía quieta, acariciando el mentón. Desconcertado frunció el ceño, pero ella continuó ignorándole. Se contemplaron en silencio a lo largo de unos instantes, hasta que el reflejo hizo un gesto con la cabeza señalando hacia atrás. Sobre el espejo los objetos del dormitorio perdieron consistencia, difuminándose, y en su lugar aparecieron otros que no pudo identificar al principio pero después reconoció como piezas de ajedrez. Eran de gran tamaño. Los caballos, cuando menos, alcanzaban su misma altura y justo a su lado se encontraba un rey de color marfil que le superaba en una cabeza. El suelo, de parquet en este lado, era allí un inmenso tablero de casillas blancas y negras. Sentado en una de ellas, un hombre al que no había visto jamás permanecía inmóvil. Una torre, contraviniendo todas las reglas del juego, se movió en diagonal. Dos peones cuchicheaban en voz baja a los pies de la reina blanca, que lucía un porte altivo. El individuo se levantó y caminó hasta situarse detrás de su reflejo. Era joven, atractivo, con el cabello corto y un lunar junto a la sien izquierda cuya forma recordaba a un triángulo escaleno: lejos de afearle le confería gracia y misterio. Desde allí el desconocido sonrió tranquilizador.

En este lado Jon miró a su alrededor, pero todo continuaba igual, como había sido siempre. Cerró los ojos. Estoy cansado y esto es una ilusión, se dijo, los espejos no son ventanas a ninguna parte, sino tan solo cristales tratados para reflejar la luz. Cuando alzó de nuevo los párpados su imagen, disciplinada, había recuperado una posición simétrica a la suya y la habitación se mostraba en el cristal guardando una

fidelidad absoluta con el original.

Capítulo IV

La lluvia había cesado en Girona; de ella solo quedaban, repartidos por el suelo de piedra, sus últimos vestigios agrupados en charcos. Las campanas de la catedral tañeron siete veces. Unos minutos más tarde la puerta del local se abrió y salió una mujer. Iba sola. Reparó en Yago Durán, que la esperaba al otro lado de la calle, y se acercó hasta él. Se saludaron con una sonrisa y un apretón de manos.

—¿Señor Durán? —preguntó ella.

Yago asintió.

—Encantado de conocerla, señora Marino. Le agradezco que me haya recibido, y más habiendo concertado la cita con tan poca antelación.

—No se preocupe. Conservo un gran recuerdo del doctor Bocanegra, me ayudó en un momento muy difícil de mi vida. Cuando me llamó no pude negarme. ¿Le importa que charlemos mientras caminamos? Si es tan amable, puede acompañarme a casa. Es aquí mismo, pero comienza a ser tarde para mí —hizo una pausa y le miró a los ojos—. Además no todos los días tengo la oportunidad de pasear junto a un joven tan guapo como usted.

—Desde luego. Será un placer. Aunque no se note me estoy ruborizando.

Eva Marino rio divertida, y él pensó que era una mujer jovial. Intentó deconstruirla, eliminando las cicatrices provocadas por el paso del tiempo para deducir cómo fue de joven. Cuando menos, concluyó, había sido tan atractiva como su hermana Rosa.

—Vamos, es por allí. Suelo pasar en el centro de costura algunas tardes —dijo señalando al lugar del que venía—. Nos reunimos un grupo de amigas, más o menos de la misma edad, y cosemos durante un par de horas. El cura de la parroquia nos cede el local gratis y a cambio le regalamos las piezas de ropa, que se subastan en un acto benéfico. Es una forma de entretenernos y al mismo tiempo ayudar a los menos favorecidos.

Pasaron junto al puente de Piedra y se encaminaron hacia la rambla de la Libertad. Las calles estaban adornadas con motivos navideños. Los transeúntes andaban de comercio en comercio acarreando bolsas llenas de paquetes, apurando el tiempo que quedaba hasta la epifanía. Sentados en un banco de madera una mujer y un hombre de mediana edad desafiaban al frío besándose con pasión, ajenos a cuanto les rodeaba. Por ellos podrían dinamitar el mundo entero, se dijo Yago, y evocó a Luna en la mente. Cuando llegaron a su altura el pudor les hizo mirar hacia otro lado, pero unos metros más adelante comprobó que Eva Marino sonreía.

—Qué bonito —exclamó—. ¿Está usted casado, señor Durán?

—Digamos que sí, vivo en pareja.

—Es lo mismo —sentenció la anciana—. ¿Y tiene hijos?

—Uno —respondió. No quiso añadir que Julia, de tres años de edad, era fruto de

una relación anterior de Luna con un tipo asustadizo que salió huyendo cuando ella le comunicó su embarazo y no quiso saber nada del bebé. Para él eso era una circunstancia puramente biológica. Además formaba parte de una intimidad que no compartía con desconocidos.

—¿Y usted?

Eva Marino curvó los labios hacia abajo.

—No. Lo intentamos pero no pudo ser. Dios no quiso concedérmolos —dijo afligida. El desenfado se había evaporado y sus palabras parecían pesar ahora un poco más—. Y créame, lo lamento. Roger, mi marido, murió no hace demasiado. Desde entonces estoy muy sola... Aunque me siento contenta —afirmó recuperando el ánimo—, encantada de haberle sobrevivido.

Caminaban despacio bajo los arcos de la rambla. Una empatía especial, nacida espontáneamente, se había instalado entre ellos.

—Y no es por arrancarle unos años más a la vida. En absoluto, porque es muy rúcana y el poco tiempo añadido es de una calidad pésima. El motivo es precisamente el contrario: ahorrarle a quien quise tanto la amargura de ser el último, de transitar por el mundo sin el otro, de ser el que apaga la luz y cierra la puerta cuando al fin se marcha. ¿Sabe? Irse en primer lugar es un privilegio. —Meditó durante unos instantes—. Siempre y cuando las personas hayan cumplido su ciclo vital, claro. Roger murió siendo un anciano. Había consumado su papel en el mundo y tenía tantos achaques como yo ahora. Pero no siempre es así. ¿Verdad? A algunas personas les arrancan la vida de cuajo cuando más toca vivirla.

Un velo gris cayó sobre su mirada. Los ojos parecían estar repletos de una niebla que amenazaba con derramarse convertida en agua. Se sobrepuso y continuó.

—Me ha comentado el doctor Bocanegra que quería hacerme algunas preguntas sobre mi hermana. Según me ha dicho pretenden poner sobre la mesa qué ocurrió en realidad. ¿Es así?

—Quizá. No se trata de algo que esté en mi mano. Yo tan solo me ocupo de buscar información.

—¿De qué depende?

—No lo sé a ciencia cierta. En buena parte del resultado de nuestra entrevista, supongo. Necesito hacerle algunas preguntas.

—Adelante.

Eva Marino caminaba con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza gacha para protegerse del frío. A su lado él mantenía las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

—Además de hermana, Rosa era mi mejor amiga. Es curioso. De los mejores amigos decimos que son como hermanos. Sin embargo, cuando pretendemos ensalzar a un hermano le llamamos amigo. Estábamos las dos solas, nuestros padres no tuvieron más hijos. Menos los hombres, lo compartíamos todo.

Eva Marino sonreía como si hubiese retrocedido en el tiempo, tuviera veinte años y Rosa estuviese a punto de aparecer tras doblar una esquina.

—Me lo presentó en el piso en donde siempre se encontraban. Supongo que él no quería que los vieran juntos en ninguna parte. Me resultó desagradable desde el primer momento. Se mostró huidizo, esquivo, para nada amable. Resultaba evidente que había accedido a conocerme presionado por ella. Pero no fue eso lo que me disgustó. Era algo que estaba en él, en su interior. No sabría definirlo mejor. Ahora, a toro pasado, resulta fácil decirlo. Pero se lo advertí: ese hombre te hará daño. — Exhaló un profundo suspiro—. Aunque no pude adivinar cuánto.

Llegaron hasta la plaza de las Castañas. Ella vivía a dos minutos de allí, le dijo, en la plaza de las Uvas. Decidieron continuar charlando en el interior de un bistrot mientras tomaban alguna bebida caliente que les ayudase a arrancarse el frío de los huesos. Eligieron una mesa retirada desde la que nadie podía oírles. Cuando lo tuvo entre las manos, Eva Marino acarició el vaso de leche templada y prosiguió sin necesidad de que Yago Durán se lo pidiese.

—Fui la primera a quien dijo que estaba embarazada. Le pregunté si estaba loca, pero me perjuró que se trataba de un accidente. Francamente, no sé si era verdad. Por un lado no tenía por qué mentirme, pero por el otro habría sido demasiado humillante reconocer que lo había provocado ella. Como le digo, lo ignoro.

Su voz sonaba fría, aséptica, como si pretendiese mantener cierta distancia con los acontecimientos que relataba. Yago Durán reparó en que no había pronunciado ni una sola vez el nombre de Blas Beltrán.

—Después de contárselo a él vino a verme. Estaba desesperada. Había intentado por todos los medios sacársela de encima. Primero persuadiéndola para que lo perdiese, pero ella se negó en redondo. Tengo que aclararle algo: Rosa le quería de verdad. Aunque tuvo algunos amigos antes, esa vez era diferente. Luego le ofreció dinero para que se marchase a otro sitio y comenzara una nueva vida lejos de Girona. Finalmente la despidió diciéndole que hiciese lo que le diera la gana pero sin involucrarle, de lo contrario pagaría muy caras las consecuencias.

Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Eva Marino. Bajaban despacio, bordearon la nariz y llegaron hasta los labios. Ella las enjugó con un gesto rápido y evitó la mirada de Yago Durán.

—Lo siento —se disculpó—. Durante muchos años la única forma de convivir con esto ha sido dejándolo en el interior de un cajón cerrado, y aún me cuesta hablar de ello.

—Señora Marino, le aseguro que no es necesario...

—No —le interrumpió ella. Había conseguido rehacer el dique de contención—. Sí lo es. Es necesario que ustedes cuenten qué ocurrió.

Bebió un largo trago de leche. Entonces pareció recordar algo.

—Pero usted quería saber de Bastian, ¿no es así?

Yago asintió.

—Una vecina nos habló de él. Un niño que vivía en Barcelona, dijo, en el barrio del Pueblo Seco. Afirmaba que era un adivinador. Y además infalible. Una sobrina suya había acudido a él y así lo atestiguaba. Rosa decidió ir a verle. Me pidió que la acompañase. Intenté disuadirla: todo eso de los adivinos son zarandajas y sacacuartos, le repetí mil veces. Pero no hubo manera. Estaba fuera de sí y habría sido capaz de agarrarse a un clavo ardiendo.

Yago decidió guiar la conversación.

—¿Cómo se pusieron en contacto con él?

—Llamamos por teléfono. La vecina se ocupó de conseguir el número. Para verle era necesario concertar una cita. Hablamos con su madre. Era una mujer amable y nos explicó que el niño tenía siete años y recibía a muy poca gente. Sí, cobraba por sus servicios, pero no aceptaba cualquier encargo. Tuvimos que explicarle detalladamente la situación. Al final accedió. Entonces nos pidió algo muy extraño. Teníamos que llevar un objeto.

—No es tan extravagante como parece. Se trata de algo bastante habitual. Suelen pedir objetos personales porque afirman que guardan vibraciones, sensaciones, cosas así. ¿De qué se trataba?

—De un libro.

Yago Durán se dijo que la madre de Bastian había sido una adelantada a su época en cuanto a gestión de mercadotecnia. Lo normal era que los médiums y videntes reclamaran objetos personales sin entrar en más detalles, dejando totalmente la elección en manos de sus víctimas. Solicitar un libro era brillante: otorgaba un aura misteriosa y sofisticada a la situación.

—¿El libro tenía que ser de Rosa?

Eva Marino frunció el ceño. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—No, eso era lo raro. La procedencia no era importante. Podíamos comprarlo en cualquier parte o incluso pedirlo prestado a quien fuera. Sin embargo, había una condición indispensable: otro ejemplar del mismo libro debía permanecer en el piso a partir de aquel mismo momento. Siempre. Insistió en que se trataba de algo fundamental.

—El piso —repitió Yago—. Ellos solo se veían allí. ¿No es así?

—Exacto. Si le soy sincera, aquella petición era tan peculiar que me aportó credibilidad.

La madre de Bastian era un pequeño genio, pensó Yago. De haber nacido veinte años después habría logrado hacerse millonaria vendiendo sus ideas sin necesidad de explotar a su propio hijo.

—¿Y cuál eligieron?

—En el piso había una estantería con algunas novelas. Rosa las leía cuando estaba sola. Nadie más las tocaba. Dijo la primera que recordó. *Alicia en el país de las maravillas*. Le preguntamos si valía y nos dijo que sí.

El teléfono móvil de Yago vibró en su bolsillo. Lo extrajo. Era Víctor quien

llamaba. El jefe tendrá que esperar, se dijo. Cortó la llamada y se disculpó con Eva Marino.

—¿Recuerda la dirección?

—No la olvidaré jamás. Calle Poeta Cabanyes número 115, tercer piso puerta segunda. La última casa de la calle a mano izquierda.

Yago la grabó en su memoria.

—¿Llegó a conocer los apellidos de Bastian o de su madre?

Ella negó con un gesto. Mala suerte, muchacho, se lamentó.

—El doctor Bocanegra mencionó una interpretación errónea de las palabras de Bastian.

—Sí —afirmó ella. Clavó una mirada repleta de certeza en él—. Señor Durán, Bastian predijo exactamente lo que pasó. Pero no supimos interpretar sus palabras. Y fue culpa nuestra. O mejor dicho de su madre. Hubo un problema. Él nos lo advirtió, aunque no le hicimos caso.

—¿Qué tipo de problema?

—Un problema relacionado con el libro. No era el adecuado.

—Es aquí —dijo Rosa frente al número 115 de la calle Poeta Cabanyes.

Subieron a pie, la casa no disponía de ascensor. Por andar empleada en algo con que distraer la inquietud Eva Marino fue contando las escaleras.

—Es aquí —repitió Rosa; la miró nerviosa y pulsó el timbre.

En el interior alguien se acercó y las contempló a través de la mirilla. Después la puerta se entreabrió un palmo. Apareció el rostro de una mujer con las cejas alzadas en un mohín interrogativo.

—Me llamo Rosa Marino. Hablamos por teléfono. ¿Recuerda?

La mujer asintió y las invitó a pasar.

—Soy Afra, la madre de Bastian. Siéntanse en su casa. ¿Les apetece tomar algo? —dijo mientras señalaba unas sillas.

—Sí, gracias. Un poco de agua —respondió Eva.

Rosa la miró como si acabase de cometer una torpeza, pero ella encogió los hombros. La madre de Bastian se marchó dejándolas en el pequeño vestíbulo. Las paredes estaban revestidas de papel pintado y el suelo embaldosado con losas rojas muy gastadas. Procedentes de una cocina cercana llegaron el tintineo de vasos y el sonido del agua al manar de un grifo.

A Eva Marino se le aligeró el ánimo. Lejos del escenario que esperaba encontrar, repleto de velas, con estrellas doradas pegadas a las paredes y una calavera abandonada en un rincón, la estancia era la propia de un hogar humilde. Y la ropa que llevaba la mujer se la habría puesto ella misma.

Cuando regresó sujetaba con las manos una bandeja sobre la que reposaban dos vasos y una jarra con agua. Tras servirla se sentó frente a ellas. Fue directa al grano.

—¿Han traído el objeto que les pedí?

Rosa asintió, y su hermana sacó del bolso el ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* que habían comprado. Se lo dio a la mujer.

—Bien. —La madre de Bastian sonrió ahora—. ¿Quién de ustedes es Rosa?

Rosa Marino temblaba ligeramente. Levantó la mano hasta situarla a la altura del hombro.

—Rosa, cuénteme todo otra vez y dígame qué desea saber. Yo formularé las preguntas. Y sobre todo cuando estén dentro no se dirijan a él ni hablen entre ustedes. Tan solo conmigo, se lo ruego.

Escuchó atentamente, y antes de entrar les solicitó los honorarios establecidos.

La habitación estaba en penumbra. Tan solo la luz de la única ventana del cuarto, filtrada por una gruesa cortina, mitigaba la oscuridad. Había libros por todas partes: en las estanterías que cubrían las paredes, reunidos en montones sobre el suelo e incluso encima de los pocos muebles que allí se encontraban. Solo una mesa, rodeada por cuatro sillas, estaba despejada. En la más alejada de la puerta un niño de siete años permanecía sentado. Bastian, pensó Eva cuando lo vio.

Las tres mujeres tomaron asiento. Él las miró con curiosidad, pero no articuló palabra. Eva se sintió aliviada de nuevo. Esperaba a un niño amorfo, con una verruga en la punta de la nariz y deformidades en el cuerpo. Sin embargo Bastian era un crío normal, incluso guapo. Presentaba buen aspecto y parecía aseado. Una particularidad en el rostro lo hacía especialmente gracioso: en la sien izquierda tenía un lunar con la forma de un triángulo. La reserva que hasta entonces había mantenido permaneció, pero cambió de color: pasó del negro al blanco.

—¿Qué es eso? —le preguntó a la madre de Bastian.

El niño sujetaba con la mano un pañuelo y metía de vez en cuando una de las esquinas en el interior de la boca. Al hacerlo se contraía ligeramente, como si sufriera una pequeña arcada.

—Le duelen las muelas. Solo así consigue aliviarse.

Afra tomó las riendas de la situación. Explicó a Bastian con palabras sencillas pero sin omitir ningún detalle las circunstancias que rodeaban a Rosa. Le dijo también que era su amiga, e intentase ayudarla. Para ello, concluyó, le habían traído algo. Y dejó frente a él el ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*.

Bastian guardó silencio. Una mueca de dolor se encendió en su rostro. Entonces introdujo una de las puntas del pañuelo en la boca y el rictus desapareció. Las observó alternativamente a las tres. Primero a su madre y después a las hermanas Marino.

—No sirve —dijo mirando al libro.

Un incómodo silencio se instaló en el cuarto.

—¿Por qué no sirve? —preguntó su madre.

—No sirve —repitió—. No es un buen libro.

—Bastian, déjate de tonterías —le reprendió ella—. Sí sirve. Hazlo —concluyó

en un tono que no admitía réplica.

El niño encogió los hombros y lo tomó entre las manos, hojeándolo. Pasó varios minutos pasando páginas, como si buscara algo en concreto. Una llamó su atención y se centró en ella. Su concentración era tan intensa que parecía haberse marchado a otro lugar. Unos minutos después cerró el ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas* y lo dejó sobre la mesa.

—Ese hombre acabará contigo —afirmó mirando directamente a Rosa—. Para que eso ocurra debes hacer algo. Una mujer se interpone entre él y tú. Debes hablar con ella y contarle un secreto. No sé cuál es. No sé nada más.

Los ojos de Rosa se llenaron de alegría y una sonrisa enorme estalló en sus labios. Entrelazó los dedos de las manos para que dejaran de temblar.

—Gracias —murmuró mirando al niño—. Gracias.

Bastian le devolvió la sonrisa, y la madre levantó las manos indicando que todo había terminado. Las tres mujeres se levantaron.

—Quédate aquí, cariño. Voy a acompañar a estas amigas y ahora vuelvo.

Bastian las despidió con un gesto, pero al hacerlo el pañuelo que sujetaba cayó al suelo. Fue a aterrizar a los pies de Eva Marino. Ella se agachó para cogerlo y devolvérselo.

—¡No haga eso! —oyó cómo gritaba Afra cuando sus dedos tocaron la prenda.

Entonces un dolor intenso la atenazó. Nació en el pañuelo y se trasladaba a la mano, ascendiendo por el brazo hasta llegar al codo. Cayó de rodillas e involuntariamente sus ojos se llenaron de lágrimas. Rosa y Afra acudieron a su lado para socorrerla, pero ella no se apercibió. El suelo desapareció bajo sus pies y perdió el mundo de vista.

—El dolor fue tan intenso que me desmayé, aunque conseguí recuperarme al cabo de pocos minutos. Jamás había sentido nada parecido, señor Durán. Fue como si me arrancasen un pedazo de carne. Pero no me provocó ninguna lesión —afirmó levantando la mano y agitándola en el aire—. En cuanto desperté se había evaporado.

—¿Qué hicieron entonces?

—Nos marchamos. Rosa estaba eufórica. Nunca la había visto tan feliz. Al día siguiente se lo dijo a la esposa de él. Ya conoce el final de la historia.

—¿Dijo Bastian por qué el libro no servía?

Eva Marino negó con un gesto.

—No. Desde esa tarde no he vuelto a saber nada de ese niño. Aunque ya no será un niño. Si sigue con vida tendrá...

—Cuarenta y cuatro años —completó Yago Durán.

Entraron en la plaza de las Uvas.

—Esta es la plaza más pequeña del mundo —afirmó Eva Marino.

La plaza de las Uvas tenía alrededor de doce metros cuadrados, calculó él. Rieron

los dos. A su lado pasó un hombre joven vestido de cocinero. Se dirigía al almacén que estaba allí ubicado.

—La más pequeña pero la más transitada —dijo amablemente—. Buenas noches, Eva y compañía.

—Buenas noches, Eric —respondió ella.

Eva Marino se dirigió hasta un portón de madera pintada de color gris, del que colgaba una aldaba. La fachada del edificio era amarilla y presentaba manchas de humedad. Era gracioso, entrañable y humilde. Yago Durán pensó que ella no podría haber vivido en otro sitio.

—Gracias por todo, señora Marino.

—Ha sido un placer ayudarle.

Yago Durán se disponía a marcharse, preguntándose cómo diablos encontraría su coche. Su sentido de la orientación estaba tan atrofiado que probablemente tardaría horas en localizarlo. Pero ella continuaba quieta en el portal.

—Señor Durán... Si ustedes deciden continuar adelante con este asunto de Rosa...

Yago asintió.

—No se preocupe —entendió él—. Se lo haré saber personalmente. Intentaré por todos los medios que así sea. Buenas noches... Eva —dijo empleando por primera vez su nombre de pila.

—Buenas noches, Yago —respondió. Una sonrisa, potente como un faro portuario, iluminó su rostro.

—Víctor, dígame.

Yago se preguntó por qué respondía con su nombre y le obligaba a identificarse si tenía su número grabado en la memoria del teléfono.

—Soy Yago —gruñó.

—Hola. Te he llamado antes y me has colgado.

Gracias por la información, pensó. Víctor era economista, pero cuando tenía momentos tan brillantes Yago estaba seguro de que la neurocirugía y la física cuántica habían perdido a un excelente candidato.

—Lo sé. Estaba ocupado.

—Ok. No te preocupes.

Gracias, tío. Logró atrapar la frase cuando corría disparada hacia los labios. Se alegró de haberlo conseguido. Víctor era un buen tipo y le caía bien.

—Tenemos un problema —agregó desde el otro lado—. Mañana por la mañana tengo una reunión de seguimiento de *Proyecto XI* con Jon Vivaldi. He visto que tienes un caso abierto: *RosaM23*.

—Así es. Estoy en Girona, Víctor. La cosa se ha complicado un poco. Acabo de entrevistarme con la hermana de la víctima ahora mismo y...

—Yago —cortó conciliador—, si no está cerrado será porque hay motivos para

que así sea. No es necesario que me los cuentes. Solo digo que necesito esos datos cuanto antes. Debo procesarlos y preparar el informe.

Yago meneó la cabeza. Sí, decididamente ese tipo le caía bien.

—La tendrás en media hora. ¿Te vale?

—Desde luego. Buen viaje de regreso.

Después de colgar, Yago Durán se dirigió otra vez al bistrot de la plaza de las Castañas y abrió su ordenador.

Capítulo V

Pareces cansado.

—Ayer trabajé hasta tarde. —Víctor Crest sacó de su maletín un voluminoso documento impreso en papel de *Arácnida* cuyo título era *Proyecto XI / Caso XI*. Se lo entregó a Jon Vivaldi—. Por cierto, tú tampoco tienes un aspecto maravilloso.

Jon no respondió. Hojeó el escrito.

—El informe mantiene la estructura de siempre —prosiguió Víctor—. En las primeras páginas figuran las conclusiones y detrás tienes un resumen detallado de cada uno de los veintitrés sucesos analizados. Hemos agrupado los casos en dos niveles. El A incluye a los que se adecuan en mayor medida a los parámetros que marcaste, y el B a los que menos... Te aconsejo que estos últimos ni siquiera los leas. Con una excepción —anunció recordando la recomendación de Yago Durán—. El último, *RosaM23*, quizá merezca la pena.

Jon asintió.

—Por supuesto seguiremos trabajando hasta que te decidas por alguno. La nómina de asesinatos rituales en los últimos cuarenta años es inagotable. La próxima semana tendré nuevo material que mandarte, siempre y cuando no elijas uno de estos y cerremos el asunto. Tú decides.

Víctor miró a su alrededor.

—¿Sabes? Es la primera vez que me reúno con un cliente en la cocina de su casa.

Jon sonrió.

—¿Te quedas a almorzar?

—No, gracias, Marisa me espera. Aunque se trata de una invitación tentadora —aseguró señalando la cacerola que estaba sobre uno de los fogones—. Huele fenomenal. ¿Qué es?

—Pato. Lo serviré con peras confitadas. Pero ni lo sueñes, es para esta noche. Viene Anna.

—¿Anna Krauss?

—Sí. Todos los años cenamos juntos la noche de Reyes. Esta vez me toca cocinar a mí. —Jon se detuvo. Se recostó en el respaldo de la silla y adoptó una actitud solemne—. Víctor.

—¿Sí?

—Gracias por la ayuda.

Víctor Crest se miró las puntas de sus zapatos.

—No te preocupes, Jon. Es un placer echar una mano a los amigos. Te debo varios favores, no lo olvides. Formamos un buen equipo, eso es lo importante.

Se estrecharon la mano.

—Que disfrutes de la cena —dijo Víctor mientras se levantaba—. Por cierto, deberías presentarme a Anna Krauss un día de estos. He seguido su trayectoria y me

parece impresionante.

—Cuenta con ello. Ha oído hablar de ti, y le encantará conocerte. Organizaré un encuentro. Ya verás, es una mujer fascinante.

Anna Krauss acarició el lomo de cuero del libro con el dedo índice. Un escalofrío le recorrió la espalda. Es casi erótico, pensó. Para evitar tentaciones lo metió en el interior del estuche de madera vieja, cerró el broche dorado y tras envolverlo lo guardó en el bolso. Consultó la hora en el carillón situado junto a la puerta del salón. Si no se apresuraba llegaría con retraso a la cita con Jon. Revisó su aspecto en el espejo del recibidor. Se puso el abrigo y salió a toda prisa.

Luna apagó la luz y abandonó la habitación de Julia sin hacer ruido.

—Ya está dormida. Vamos.

Se dirigieron al salón comedor. El piso donde vivían era minúsculo: Yago, que medía un metro y noventa centímetros de altura, bromeaba diciendo que él ocupaba casi todo el espacio disponible.

Los tres zapatos estaban alineados frente al árbol de Navidad. El suyo, que tenía el tamaño de una lancha neumática, contrastaba con el pequeño botín de Julia. Entre ellos, la sandalia de Luna atestiguaba que en el mundo seguían existiendo las medidas razonables. En el suelo, sobre un mantel, descansaban dos jarras llenas de agua, algo de paja y una fuente llena de dulces: las vituallas destinadas a saciar el hambre y la sed de pajes, camellos y reyes. Bromeando vertieron el contenido de las jarras en el fregadero, comieron varias golosinas dejando los envoltorios tirados de cualquier manera, arrojaron la paja a la basura y colocaron los regalos envueltos con papeles de colores.

—¿Un poco más de vino?

—Sí, gracias —respondió Anna acercando su copa—. Es delicioso.

Estaban sentados en el suelo del salón, sobre la alfombra. Anna encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada. Exhaló el humo deleitándose. Lo dejó en el cenicero que se encontraba encima de la mesa baja. El iPod seleccionaba aleatoriamente las canciones. Cuando Avishai Cohen terminó su versión de *Alfonsina y el mar*, guardaron un silencio expectante. Tras la pausa la guitarra de Al Di Meola atacó *Milonga del Ángel*, un tema de Astor Piazzolla. Anna aplaudió, cruzó los brazos sobre el pecho abrazándose a sí misma y movió los hombros atrapada por la música.

—Me encanta Al Di Meola. A veces sus interpretaciones son frías, parece que esté tocando desde el interior de una nevera. Pero eso forma parte de su encanto.

—Si quieres lo cambio, podemos escuchar a...

—Miles Davis —interrumpió Anna.

Jon la miró sorprendido.

—¿Cómo sabías que iba a decir Miles Davis?

—Estaba segura. Eso es todo.

—Dios mío... Odio ser predecible.

Ella estalló en carcajadas.

—No eres predecible. Sencillamente te conozco bien. Me sé de memoria tus gustos, sobre todo en lo concerniente a los libros. Es nuestra pasión, los dos somos como una *raras avis* que a menudo se aísla del mundo en un nido de letras impresas. Sería capaz de escribir una tesis doctoral titulada *Jon Vivaldi y sus gustos literarios*. Puedo demostrarlo. ¿Jugamos a las adivinanzas?

Jon se mostró dubitativo.

—Venga —dijo Anna—. Si te atreves, dispara.

—De acuerdo, vamos allá. Déjame pensar... Bien, ya lo tengo. ¿Cuál es la mejor dentadura sobre la que jamás se ha escrito?

—La del conde Vronski, en *Anna Karenina*. En el texto Tolstoi se refiere un montón de veces a sus dientes, asegurando que son blancos, inmaculados, perfectos. Al final, cuando ella se suicida, el tipo se siente tan afectado que padece un tremendo dolor de muelas.

Él gruñó.

—¿Y la gran novela sobre la estupidez?

—*Madame Bovary*. Todos los personajes son mortalmente idiotas. Flaubert dedica las primeras cincuenta páginas del libro a decirnos lo cretino que es su marido. Pero Emma Bovary no se queda atrás: solo se enamora de petimetres, se endeuda hasta arruinarse e incluso cuando decide quitarse la vida lo hace tan mal que agoniza durante horas antes de morir —hizo una larga pausa—. Que conste que me limito a poner sobre la mesa tus opiniones, que no tengo por qué compartir.

—¿El libro que no se dividió?

—2666, de Roberto Bolaño. Estás enamorado de ese autor, aunque de su obra prefieres *Los detectives salvajes*. Cuando Bolaño terminó 2666 estaba muy enfermo y quería asegurar el porvenir de su familia, así que decidió dividir el texto en varias partes que debían editarse como tres novelas independientes. Sin embargo los herederos, en una decisión que les honra, priorizaron el arte sobre la economía y finalmente se publicó como una unidad.

Jon inclinó la cabeza hacia delante.

—Me rindo.

Ella agitó en el aire un puño cerrado, a modo de victoria.

—Por cierto, ¿qué estás leyendo ahora?

—Una novela rara —contestó Jon—. Inédita. Se llama *La noche eterna*, de Atheneus Wagan.

Anna abrió los ojos, extrañada.

—En mi vida había oído hablar de ese libro ni del autor.

—Yo tampoco.

—¿Puedo verlo?

—Desde luego, voy a por él. Has tenido suerte, en cuanto lo termine lo depositaré en la caja de seguridad de un banco, junto al resto de mis libros valiosos.

Jon se levantó para acercarse hasta su dormitorio. Recogió el volumen, que se encontraba sobre la mesa de noche. Cuando regresó al salón se lo entregó a Anna. Ella lo estudió con interés, el libro desprendía un magnetismo especial.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Lo recibí por correo. En el sobre no figuraba el remitente.

Anna abrió la boca sorprendida, pero de los altavoces brotaron las notas de *A remark you made*, de Weather Report. Se dejó llevar por el saxo de Wayne Shorter.

—Esta canción es ideal para lo que viene ahora. Cierra los ojos y no los abras hasta que te lo diga.

Se dirigió al vestíbulo, donde había dejado el bolso. Iba descalza pero optó por no ponerse los zapatos. Cuando regresó traía consigo su regalo.

—Ya —dijo mientras lo dejaba en el regazo de Jon—. Este año has sido bueno, por lo tanto no te ha tocado carbón.

Él lo acarició delicadamente, disfrutando del momento. Sabía de qué se trataba: siempre se regalaban libros. Extrajo delicadamente las tiras de cinta adhesiva pegadas a los bordes del papel. Desenvolver de otra forma, pensaba, era irreverente y chabacano. Después sopesó la caja de madera y la abrió lentamente. Durante unos segundos miró en silencio el título, impreso con letras doradas sobre la cubierta de cuero marrón.

—*Fantasías vascas*, de Pío Baroja. Está descatalogado —exclamó incrédulo—. ¿Es la edición de Jacobo Mesner?

Anna asintió.

—¿Cuál de ellas?

—La de 1966, conmemora el décimo aniversario de la muerte del autor. Solo hizo ciento noventa y siete ejemplares, numerados del uno hasta el doscientos. La tirada es curiosa. El trece, el ciento trece y el ciento treinta y uno no existen. En concreto ese es el treinta y nueve. Ahí está, fíjate. Junto a la firma.

Jon lo estudió con detalle a lo largo de varios minutos.

—Te habrá costado una fortuna.

—Digamos que tuve que romper mi hucha. Pero para mí es importante que tú lo tengas. Sabes qué siento por esa novela —calló durante unos segundos, buscando las palabras adecuadas—. Aunque pienso que en realidad no poseemos a las obras de arte. Tan solo las custodiamos durante un tiempo. Siempre acaban cambiando de manos, cuando las vendemos o las dejamos en herencia. Y a mi modo de ver es un acto de justicia que estén en poder de quienes saben apreciarlas, de los que llegan a quererlas. Amando su obra mantenemos con vida una chispa del autor, quizá sea lo más cerca que podamos estar de la inmortalidad... Pero no me hagas caso, creo que estoy algo bebida.

Anna encogió las piernas hasta pegarlas al pecho y apoyó el mentón sobre las

rodillas.

—Te quiero, Jon. Eres mi mejor amigo.

—Y tú recuérdalo —contestó él—. Pase lo que pase siempre estaré detrás de ti.

—Lo sé. Cuando te necesite miraré a mi espalda —susurró melosa—. Por cierto, ¿los Reyes Magos no han dejado nada para mí?

Los dos rieron y él procedió a entregarle su regalo.

Mientras Jon Vivaldi se debatía en un sueño agitado, víctima de un último *gin tonic* especialmente cargado que no quiso dejar a medias, Yago Durán permanecía recostado en una paradisíaca playa tropical. La temperatura era agradable y el mar lucía azul turquesa. Junto a él, Luna tomaba el sol en una hamaca. Vestía un minúsculo tanga que resaltaba su desnudez. Entonces sintió cómo una mano agarraba su tobillo y tiraba de él. El sol se esfumó y en su lugar aparecieron unos números de color rojo. Tardó unos segundos en reconocer su propio despertador y ser consciente del lugar donde se encontraba. Se desperezó y tomó asiento en la cama. A sus pies Julia permanecía inmóvil, mirándolo fijamente.

—Vamos, Yago.

Él bostezó.

—Y no es una pregunta, ¿verdad? —Decidió hacer un último intento, merecía la pena—. Julia, cariño, es posible que aún no hayan venido. Y ya sabes. Si te encuentran despierta se llevarán todos los regalos. Son unos tipos raros, no les gusta que les vean. ¿Por qué no te acuestas? Yo te llamaré cuando esté seguro de que se han marchado.

—Sí han venido. Siempre vienen de noche. Vamos, Yago.

El problema es que sigue siendo de noche, se dijo, aunque no insistió más: la batalla estaba perdida. Miró a su derecha.

—No te servirá de nada esconderte. Sabemos que estás ahí.

A su lado un bulto del tamaño de un humano, oculto bajo el edredón, lanzó un gemido lastimero.

Tras dar vueltas y más vueltas en el lecho, Anna se incorporó. Se había quedado a pasar la noche en casa de Jon. Insomne, encendió la luz de la habitación destinada a los invitados. Entonces se le ocurrió.

Se dirigió al salón, donde permanecía olvidado el ejemplar de *La noche eterna*, de Atheneus Wagan. Cuando lo tuvo entre las manos sintió un hormigueo especial, y fue consciente de la atracción que el libro ejercía sobre ella, parecía reclamar su atención desde el silencio. Se preguntó si a su amigo le ocurriría lo mismo.

Sujetándolo con mimo regresó a su cuarto. Metida entre las sábanas inició la lectura, que la absorbió por completo. Horas después el amanecer la sorprendía mientras pasaba la última página.

Miró primero a Marisa y luego al árbol de Navidad. Colgado de una rama, junto a

una bola de color rojo, pendía un sobre con un nombre escrito a mano: Víctor.

—¿Puedo cogerlo?

—Claro, tonto. Es tu regalo. —La sonrisa de Marisa era tan ancha que amenazaba con desbordarse. En otra situación le habría llamado la atención, causándole la consiguiente inquietud, pero andaba con la guardia bajada y no se apercibió.

Regresó junto a ella para abrirlo. Rasgó el sello lacrado y extendió su contenido sobre la mesa: billetes de avión, reservas de hotel y *forfaits* para varias pistas de esquí en los Alpes.

—Una semana de esquí en Suiza para dos personas. Estupendo —afirmó. Acercó su cara a la de ella y se besaron.

Víctor curvó los labios hacia abajo.

—Excepto por un pequeño inconveniente: sabes que odio el esquí.

Ella permaneció impasible.

—Eso es porque lo has probado poco. Ya verás, te gustará. Son unas pistas estupendas y en esos días no habrá casi nadie. Además no lo odias. En realidad te da miedo.

Víctor encajó el golpe.

—No es miedo, sino prudencia —replicó—. No me gustaría romperme el cuello en una de esas malditas montañas heladas.

—Trabajas demasiado y necesitas un descanso, cariño. —Ahora parecía preocupada. Puso su mano sobre la de él—. Si no te tomas las cosas con más calma envejecerás prematuramente. Durante estas Navidades no te has tomado ni un solo día libre, al margen de los festivos. Ni siquiera hemos podido ir a pasar unos días a casa de mis padres. Te vendrá bien desconectar.

La perspectiva de convertirse en un anciano de forma acelerada le hizo estremecerse, pero fue la referencia a sus padres lo que desmoronó sus defensas: de ser necesario ella pondría toda la carne en el asador. Víctor evaluó la situación y decidió ser práctico arrojando la toalla sin intercambiar ni un solo golpe.

Comprobó las fechas en los billetes de avión.

—Creo que podré arreglarlo.

—Estoy segura. Tú eres el jefe, ¿no?

El viernes 7 de enero Jon Vivaldi saltó de la cama a las seis en punto de la mañana. Se duchó, desayunó y media hora más tarde se encontraba operativo.

Inició la lectura de *Proyecto XI / Caso XI* asistido por un cuaderno en el que anotaba los detalles que llamaban su atención. Pero ninguno de los casos acabó de convencerle. A las diez había terminado con los correspondientes al nivel A. Curioseó por encima los del último nivel y comprobó que Víctor tenía razón: decidió olvidarse de ellos. Emitió un gruñido ininteligible que manifestaba su descontento.

Fue a la cocina y se preparó un café cargado. Entonces recordó la recomendación de Víctor. Recuperó el informe y centró la atención en el apartado dedicado a

RosaM23. Cuando llegó hasta la descripción de Bastian le recorrió un escalofrío. Sin ser consciente de ello soltó la taza, que cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Releyó varias veces la reseña, prestando una atención especial a las referencias sobre el lunar. Finalmente recalculó la edad de Bastian: encajaba.

—Es el tipo del espejo —susurró.

Y decidió convertir *RosaM23* en el *caso XI* de *Proyecto XI*.

El hallazgo dio lugar a una serie de llamadas. La primera la hizo el propio Jon Vivaldi a Víctor Crest. A última hora de la tarde, Yago Durán marcó los números de la postera. Ignoraba si la encontraría en casa, pero decidió probar suerte. Eva Marino, en la plaza de las Uvas, descolgó el teléfono. Cuando tras comunicárselo escuchó el registro turbado de ella, le preguntó si se sentía bien.

—Muy bien, señor Durán. Hacía mucho tiempo, demasiado, que no me encontraba tan bien.

Por el silencio que siguió Yago supo que estaba llorando.

Segunda parte

Poeta Cabanyes

31 de enero al 2 de febrero de 2011

Capítulo VI

Es ahí —dijo el conductor señalando hacia delante—. Ese tramo es peatonal. Lo siento pero no puedo acercarme más.

—No se preocupe —respondió Anna Krauss—. Me quedo aquí.

Abrió el paraguas desde el interior del taxi y abandonó el vehículo. Una impetuosa ventolera amenazó con doblar las varillas del artilugio. La lluvia caía de lado, mojando sus piernas, y la pronunciada pendiente de la calle convertía la calzada en un torrente. Corrió hasta pegarse a la fachada del edificio más cercano. Sus zapatos estaban tan calados que decidió tirarlos en cuanto llegase a casa, y las medias mojadas le transmitían una desagradable sensación de humedad. Voy a coger una pulmonía, pensó irritada. Al cobijo de los balcones leyó el nombre de la vía escrito en la placa de mármol: Poeta Cabanyes.

Abrió el bolso y extrajo un papel impreso. Releyó una vez más el contenido del correo electrónico que Jon Vivaldi le había remitido a Víctor Crest, con copia a ella, la tarde del día anterior.

De: Jon Vivaldi <jvivaldi@yahoo.com>

Para: Víctor Crest <vcrest@aracnida.com>

CC: Anna Krauss <akrauss@pendulo.com>

Domingo, 30 enero, 2011 16:38

Víctor,

Necesito que vengas a buscarme. Estoy metido en un aprieto y preciso de tu ayuda. Sé que te coloco en una situación muy incómoda y te pido perdón por ello, pero no existe elección, ni para mí ni para nadie. Acude con tu equipo. Me encuentro en Poeta Cabanyes 115, tercer piso puerta segunda. Donde está todas las almas hallarás más información.

La cooperación de Anna Krauss te resultará indispensable. Es necesario que confíes plenamente en ella y le facilites toda la información a tu alcance. No lo sabe, pero posee las claves para encontrarme. Sin ella no lo lograrás.

He dedicado las últimas semanas a investigar en profundidad el último caso de Proyecto XI: RosaM23. Las conclusiones a las que he llegado son asombrosas. El asesinato de Rosa Marino en 1974 me ha conducido hasta una larga cadena de acontecimientos iniciada mucho tiempo antes, en Finlandia. Allí sucedió algo insólito, increíble, pero fue y es real.

Todo, Víctor, comenzó en Finlandia.

Siento no poder decirte más.

Jon.

P. D. Las llaves del piso están en el buzón.

Lo guardó de nuevo y se metió las manos en los bolsillos del abrigo. Estaba contrariada. Había pasado el fin de semana aislada del mundo en su casa de la playa, donde recuperaba la cordura lejos de todo y de todos. Los paseos junto al mar, una copa de vino durante las comidas y muchas lecturas frente a la chimenea se convertían en su rutina, al compás marcado por un tiempo que acariciaba el reloj en lugar de atribularlo con prisas. En aquel lugar no cabían el trabajo, los teléfonos ni los ordenadores: desde el punto de vista de las telecomunicaciones era equiparable a una caverna. Allí jamás consultaba su correo electrónico.

Hasta esa mañana, a primera hora, no había visto el mensaje. Se encontraba en su despacho y tomaba a pequeños sorbos el primer café del día, decidida a fumar un cigarrillo junto a la ventana en cuanto lo terminase. Lo leyó en la pantalla del ordenador. Sus dedos se crisparon sobre el vaso de plástico y parte del contenido cayó encima de la mesa. Maldijo por lo bajo mientras recogía el líquido con un pañuelo de papel. Desconcertada lo imprimió y lo estudió con detenimiento.

Angustiada llamó a los teléfonos de Jon, pero este no respondió. Esperó hasta que saltaron los contestadores del fijo y del móvil, y dejó sendos mensajes pidiéndole que se pusiese en contacto con ella de inmediato. A lo largo de la mañana cada media hora repetía la operación, pero no obtuvo resultado alguno.

También intentó localizar a Víctor Crest. Encontró el número de *Arácnida* en internet. Tras una larga espera en la centralita logró llegar hasta Isabel, su secretaria. Esta le comunicó que Víctor se encontraba indisponible e ilocalizable. Muy probablemente, afirmó, no podría darle ningún recado hasta dentro de varios días. A pesar de ello Anna insistió en la extrema urgencia del asunto que tenía entre manos, dejó un mensaje y le rogó que hiciera todo lo posible para transmitírselo cuanto antes.

La mañana fue un suplicio. Estudió el correo hasta casi memorizarlo, pero no logró comprender la mayor parte de su contenido. ¿Qué era *RosaM23*? ¿A las almas de quiénes se refería Jon? ¿Qué sucedió en Finlandia? ¿Cuáles eran esas claves para encontrarle que ella poseía? Cuando sonaba el teléfono de su despacho, respondía con la esperanza de escuchar la voz de él tranquilizándola desde el otro lado, pero su amigo no dio señales de vida.

Al mediodía, aprovechando la pausa para el almuerzo, acudió a toda prisa al domicilio de Jon. Llamó varias veces al timbre y pegó la oreja a la hoja de la puerta, pero en el interior el silencio era absoluto. Finalmente se decidió a utilizar el juego de llaves que él le había dejado como medida de seguridad. Todo estaba en orden y presentaba un aspecto normal: incluso en el fregadero de la cocina se mantenían apilados los cacharros sucios de varios días.

Cuando regresó a la oficina estaba desolada. Se sentía impotente dejando pasar el tiempo sin poder hacer nada útil. Tiró el bolso sobre un sofá y se dejó caer en su silla. Sobre la mesa se encontraba una nota. Renegó por su mala suerte. Poco después de que hubiese salido alguien había telefoneado preguntando por ella. «Marisa», leyó en voz alta. Afortunadamente había dejado un número de contacto y un mensaje: «De

parte de Víctor Crest».

Lo marcó inmediatamente. Respondió Marisa, la esposa de Víctor. Le comunicó que este se encontraba hospitalizado en Suiza con una conmoción cerebral, víctima de un accidente de esquí. No se trataba de nada grave, pero para su desesperación se negó en redondo a ponerle en contacto con él. Fue tajante. Necesitaba descansar, sentenció. Finalmente Anna le rogó que transmitiera a Víctor un mensaje: «Jon Vivaldi ha desaparecido».

Pasó la tarde despachando con sus colaboradores. Se esforzó para que ellos no lo notaran, pero una parte de su cerebro permaneció ausente todo el tiempo, maquinando, preguntándose qué le había sucedido a Jon Vivaldi para que se esfumase de repente sin dejar rastro alguno. Cuando finalizó la jornada laboral la decisión estaba tomada. Bajó a la calle, fumó un cigarrillo y paró un taxi.

—¿Dónde vamos, señorita? —preguntó el conductor mirándola por el retrovisor.

—A la calle Poeta Cabanyes 115, por favor —respondió Anna Krauss.

Anna estaba junto al 113, una casa de dos pisos cuyos balcones se hallaban protegidos por persianas de madera. El color de la fachada, un horrible rojo chillón, parecía elegido por un decorador daltónico.

Unos metros más arriba el 115 pareció brotar de repente, procedente de la tromba de agua. Se trataba de un edificio centenario que sin duda había vivido tiempos mejores. Su estructura era vulgar, pasada de moda, y las paredes de piedra exhibían el deterioro causado por el transcurso de los años. Sin separarse del frontispicio se acercó hasta la puerta, que lejos de mostrar el aspecto recio de lo antiguo tenía un aire viejo y vulnerable. Era metálica y estaba pobremente adornada. Anna pensó que quizá su única función fuera decorativa, parecía incapaz de resistir cualquier intento hostil de abrirla. Sobre el dintel destacaba una cara tallada en la piedra; pertenecía a un hombre gordo, sonriente, que entornaba los ojos como un borracho y aparentaba felicidad. En el panel del portero electrónico comprobó que la finca contaba con diez viviendas, distribuidas a razón de dos pisos por planta. Asió el pomo con firmeza y lo hizo girar. Cedió y franqueó el umbral.

Dentro la oscuridad solo se veía mitigada por la escasa claridad que llegaba desde la calle. Pulsó un interruptor de color negro que encontró a su derecha. Una única bombilla, colgada de un cable, arrojó su luz amarilla. La apariencia del vestíbulo encajaba con la puerta. El suelo, de terrazo jaspeado, estaba más que gastado. Las paredes necesitaban con urgencia una mano de pintura, en algunos puntos presentaban pequeños agujeros y manchas de humedad. A unos tres metros de ella ascendían las escaleras que conducían a los pisos.

Colgados de la pared izquierda se hallaban los buzones. Eran metálicos y la mayor parte de su superficie estaba cubierta por una fina capa de óxido. En algunos, como el correspondiente al tercero segunda, ni siquiera figuraban los propietarios. Otros, en cambio, mostraban placas llenas de polvo o papeles amarillentos con

nombres de personas escritos a mano: José Maracaibo San Luis, María Oliván Saldueña, Eloy B. Santander...

Este lugar se cae a pedazos, pensó Anna.

Notó entonces un hormigueo en el estómago que le resultó familiar. Solía experimentarlo cuando sus sentidos captaban algo antes que el cerebro. Entendió que ese algo caminaba de puntillas por debajo de la conciencia y cerró los ojos para poder comprenderlo... Aquí, murmuró, no existe ni un solo vestigio de la vida propia de un inmueble de vecinos. El silencio únicamente se veía turbado por los ruidos procedentes del exterior, y el suelo exhibía una capa de suciedad uniforme. A sus pies descansaban los folletos de publicidad de un supermercado. Se agachó para mirarlos. Eran antiguos, tanto que los precios estaban anotados en pesetas. Después apartó con el tacón del zapato el más cercano, que dejó una marca con su forma en el lugar donde se había encontrado.

La cerradura del buzón correspondiente al piso tercero puerta segunda era redonda. Se preguntó cómo la abriría, nunca había forzado ninguna. Pero aplicó la lógica y tiró de la portezuela, que cedió emitiendo un leve chasquido. Dentro no había ni una sola carta, tan solo dos llaves unidas por un alambre.

Subió un primer tramo de once peldaños y desde allí pudo ver el hueco de la escalera. No la defraudó: ni rastro de la instalación correspondiente a un ascensor. Llegó hasta el entresuelo y siguió subiendo. En cada rellano una bombilla de baja potencia arrojaba una luz cerosa y escuálida. A través de las rendijas de las puertas no se apreciaba luz alguna, y el único ruido que escuchaba provenía de sus pasos. La barandilla, donde apoyó descuidadamente la mano, estaba cubierta por una película de suciedad que parecía llevar años allí incrustada.

Al fin llegó hasta su destino, el piso tercero puerta segunda. Entonces notó un cosquilleo bajo el brazo que le hizo dar un respingo. Cuando instantes después oyó la señal que emitía su teléfono móvil suspiró aliviada. Abrió el cierre y lo buscó en el interior del bolso. Comprobó que la llamaban desde un número que no tenía memorizado. No iba a cogerlo, pero el sonido estridente le pareció perturbador en aquel lugar. Una idea irracional brilló en su mente: temía que delatara su presencia allí. Pulsó el botón de respuesta, pegó la oreja al aparato y se mantuvo callada.

—¿Hola? —dijo al fin una voz de hombre—. Querría hablar con Anna Krauss, por favor.

—Un momento —susurró.

Descendió hasta el rellano de la planta segunda. Allí se sintió más cómoda.

—Soy Anna Krauss.

—Me llamo Yago Durán. Llamo de parte de Víctor Crest.

Anna suspiró aliviada. Se trataba de la primera buena noticia que recibía en todo el día.

—Encantada —dijo sinceramente—. ¿Has podido hablar con él?

—No. Me temo que ha sufrido un percance y no estará disponible hasta dentro de

unos días. Alguien muy cercano a Víctor me ha pedido que te llame para ponerme a tu disposición. Por supuesto también puedes contar con todos los recursos de *Arácnida*. ¿Has oído hablar de nosotros?

—No conozco a Víctor personalmente. Aunque tenemos amigos comunes que me han hablado de él, desconozco los pormenores de su trabajo.

—*Arácnida* es una compañía dedicada a la búsqueda de información. De cualquier tipo. Los encargos que recibimos tan solo deben cumplir dos requisitos: no incumplir la ley ni tener finalidades deshonestas. Trabajamos para particulares, corporaciones empresariales, compañías de publicidad y marketing, aseguradoras, instituciones públicas e incluso ocasionalmente para la policía u otros cuerpos del orden público. Usamos tecnología de última generación y solemos organizarnos en equipos cuyos integrantes dominan diferentes disciplinas: informáticos, documentalistas, exagentes de seguridad, expertos en múltiples especialidades... En fin, digamos que nuestras posibilidades son bastante amplias.

Anna pensó que la definición parecía sacada de la entrada que la *Wikipedia* dedica a los cuerpos militares de operaciones especiales.

—Creo que Jon Vivaldi tiene problemas —apuntó Yago.

—Así es. —Un pequeño problema de volatilización, calló.

—Ignoro si tendrá alguna relación, pero nosotros colaboramos con él en *Proyecto XI*.

—Lo sé. He seguido de cerca *Proyecto XI*, voy a publicarlo en *Péndulo* —hizo una pausa—. ¿Sabes qué es *RosaM23*?

—Desde luego, llevé personalmente la investigación. Es el *caso XI* de *Proyecto XI*. Se trata del nombre en clave de un asesinato cometido en 1974. Las instrucciones de Víctor son claras: debo ser absolutamente transparente contigo y hacer cuanto me pidas, pero quizá es un tema delicado para tratarlo por teléfono.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Te estoy llamando desde mi móvil. Está encendido las veinticuatro horas del día. Podemos vernos cuando quieras. De todas formas ahora me preocupa Jon. ¿Qué le pasa?

—¿Tienes acceso al correo de Víctor?

Yago Durán pareció dudar.

—Bueno, está en el servidor. Nuestra especialista en informática puede encargarse. Tengo una buena relación con ella y no pondrá problemas. Dime qué necesitas.

—Que leas un correo electrónico. Se lo envió Jon Vivaldi ayer con copia a mí.

—Ok. Me pongo con ello enseguida, pero primero necesito saber algo. Anna, dime... de cero a diez ¿en qué nivel de crisis estamos?

Anna meditó unos instantes. Le gustaba la forma de operar de aquel tipo. Parecía directo y resolutivo.

—Supongo que nos estamos moviendo entre el nueve y el diez.

Él soltó un profundo suspiro.

—Entendido. Alerta roja. ¿Nos vemos ahora?

—Sí, creo que es lo mejor.

—Dime dónde estás.

—En la dirección indicada en el correo electrónico. Cuando lo hayas leído sabrás tanto como yo. Llámame entonces.

Abrió la puerta pero permaneció fuera, frente al umbral, contemplando el interior del piso. La bombilla del rellano proyectaba sobre el suelo de parqué un rectángulo iluminado en cuyo interior permanecía su sombra. La entrada daba acceso a un pequeño recibidor, que tenía un aire semejante a la sala de espera de un consultorio médico. Estaba amueblado con varias sillas y una mesa baja sobre la que descansaba un jarrón repleto de flores secas. Desde allí se perdía en la oscuridad un pasillo franqueado por puertas cerradas.

Metió la mano dentro y palpó la pared. Junto al marco de la puerta localizó algo que al tacto le pareció un interruptor. Lo accionó y dos fluorescentes zumbaron en el techo. Estaban metidos en una lámpara de plástico translúcido, y tras unos parpadeos se encendieron arrojando una luz blanca que le pareció higiénica. El interior era sencillo y parecía aseado.

—¿Jon? —preguntó.

Cuando le resultó evidente que no iba a obtener respuesta, pasó y cerró a su espalda.

Recorrió el piso, dejando encendidas cuantas luces encontró a su paso. No era grande, a primera vista le echó alrededor de noventa metros cuadrados. El pasillo lo dividía en dos partes iguales en superficie pero con diferente distribución. A mano derecha quedaban un trastero abarrotado de armarios y el único dormitorio de la vivienda, una pieza grande con dos literas separadas por un biombo de madera. En el otro lado estaban ubicados el baño, una cocina equipada con todos los electrodomésticos, el comedor y un estudio.

Reinaba la pulcritud pero faltaba calor: tenía el mismo aire impersonal que una habitación de hotel preparada para un huésped nuevo. Las sillas estaban alineadas junto a las paredes o pegadas a las mesas, los cojines colocados simétricamente sobre el sofá, no había rastro de papeles con anotaciones por ninguna parte ni objetos dejados descuidadamente fuera del lugar que tenían asignado... Faltaban, pensó Anna, las huellas que los habitantes dejan en su hogar.

Y no había nadie en el interior.

El estudio medía unos dieciséis metros cuadrados, calculó, y lucía una parca decoración. Disponía de los elementos indispensables en cualquier lugar de trabajo de un profesional liberal. Sobre la mesa, espaciosa, descansaban el imprescindible ordenador portátil conectado a un módem 3G, un teléfono de color negro, abundante

material de oficina meticulosamente ordenado y varios cuadernos.

Tres de las paredes se hallaban forradas por estantes cargados de libros. No pudo evitar acercarse para leer algunos de los títulos. Dostoievski, Carver, Zola, Turgenev, Magris..., murmuró mientras deslizaba el dedo por los lomos. Cuando su mirada topó con *Siete noches*, de Jorge Luis Borges, sonrió e inclinó la cabeza componiendo una pequeña reverencia. Quien los había adquirido, aprobó, disfrutaba de un excelente gusto.

De la cuarta pared pendía una cornucopia enorme, guarecida por un marco dorado de relieves muy trabajados. Presentaba, además, una segunda puerta. Intentó abrirla, pero le resultó imposible, parecía atascada o cerrada con llave. En el suelo, frente a ella, se encontraba el único vestigio de suciedad de todo el piso: un rastro de polvo rojo formaba una línea sinuosa que unía las dos jambas. Pegó la oreja a la hoja y la golpeó suavemente con los nudillos, pero al otro lado el silencio era sepulcral.

Algo en el ordenador llamó su atención. En el teclado estaba pegada una etiqueta adhesiva en la que figuraba un nombre: Jon Vivaldi. A su lado se hallaban tres cuadernos iguales, numerados con cifras romanas del I al III, en cuyas cubiertas de plástico marrón constaba escrito a mano el mismo título: *Bastian, Diario*. Anna hojeó uno de ellos, en concreto el identificado como I. Estaba cumplimentado a mano con una caligrafía pulcra y cuidada, cómoda para la lectura.

El teléfono negro la interrumpió. En la pantalla aparecía el número del remitente, que tenía el prefijo de Barcelona. Se perdió en divagaciones, dudando entre responder o no. Finalmente los timbrazos cesaron. Pero sonó de nuevo. El mismo número. Por los pocos segundos transcurridos pensó que quien llamaba se había limitado a colgar y marcar de nuevo. Esta vez decidió cogerlo.

—¿Sí? —dijo Anna Krauss.

—Hola. Soy Mikel. ¿Quién eres tú? —Era la voz de un niño. Se expresaba con timidez, y ella lo imaginó mirando al suelo mientras hablaba, como si lo hubieran cogido en falta.

—Hola, Mikel —dudó, no sabía exactamente cómo enfocar la conversación—. Me llamo Anna. ¿Con quién quieres hablar?

Mikel tardó unos segundos en responder.

—Contigo. Quiero hablar contigo. —Aquello la descolocó. Era una incongruencia y no estaba para festejos. Lo último que deseaba era seguirle la corriente a un crío en sus correrías.

—Eso es imposible. Yo no debería estar aquí.

Transcurrieron varios segundos hasta que él contestó.

—Efectivamente. No deberías estar ahí. Estamos completamente de acuerdo. No obstante estás, y eso es lo realmente importante. Lo repetiré de nuevo, lentamente para que puedas comprenderlo: quiero hablar contigo, puesto que eres tú quien está ahí.

No era una experta en el funcionamiento de la mente infantil, pero los niños que

había conocido no se explicaban así. Sintió una profunda desazón y supo que en el otro extremo de la línea Mikel la percibió.

—¿Y qué quieres de mí?

—Que me ayudes. Es necesario que me ayudes. Absolutamente necesario.

Absolutamente necesario, repitió Anna para sí. Tuvo la certeza de que en el filo de la frase descansaba una amenaza.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Diciéndome dónde está.

—¿A quién te refieres? Creo que te has equivocado al marcar.

—A él. Al viejo no, ha muerto. Reventó como un perro. Lógicamente antes sufrió. Mucho. Estaba roto por dentro. Me refiero a los otros. Evidentemente te recompensaré. Podrás... vivir.

Un faro se encendió en la mente de Anna. No iba a permitir que un mequetrefe especialmente macabro enganchado al uso de los adverbios la asustase. Sin duda había marcado aquel número por azar y pretendía llevar a cabo una travesura para después presumir ante sus amigos en la escuela.

—Debería hablar con tu madre para contarle todo esto...

—¿Mamá? —él la interrumpió, riendo—. Mamá. Sí, mamá. ¿Celebras el 2 de marzo? Era niño. No lo sabías, ¿verdad? El 2 de marzo. Héctor, ¿recuerdas?

Anna apartó el teléfono y lo miró como si a través del cable pudiese ver a Mikel. Después, perpleja, volvió a situarlo junto al oído.

—Héctor el bastardo. Suena bien, verdaderamente bien. —Ahora la risa era incontenible—. ¿Te dolió cuando te lo arrancaron del vientre? ¿Lo sacaron por el coño?

Anna tragó saliva y lentamente depositó el auricular en su base. Años atrás había concebido sin desearlo, en el marco de una relación que acababa de comenzar y carecía de futuro. Tras conocer la noticia se retiró a su casa de la playa para reflexionar. Allí descubrió que en realidad las cuestiones sobre las que debía meditar eran dos. Los años corrían a una velocidad vertiginosa y quizá aquel fuese el momento adecuado; se sentía con la suficiente madurez personal para ser madre y su empleo en *Péndulo* no corría peligro: Brown dependía tanto de ella que de ser necesario incluso ejercería como canguro. Por lo tanto luz verde para el bebé, que se llamaría Helena o Héctor en función del sexo. Pero el padre no merecía la pena, era un tipo aparente, demasiado pagado de sí mismo, no sabía soñar y veía el mundo en blanco y negro. Así que tarjeta roja para el donante: para que no ocasionase problemas ni siquiera le informó. Meses más tarde cometió una imprudencia estúpida que provocó el aborto. Según su ginecólogo el alumbramiento debía producirse a finales de febrero o principios de marzo.

Decidió abandonar aquel lugar de inmediato y reunirse con Yago Durán en cualquier otro sitio. Metió el ordenador portátil de Jon Vivaldi junto a los tres cuadernos del diario de Bastian en el bolso y se dispuso a marcharse.

—La lluvia ha provocado una subida en la tensión del suministro eléctrico —afirmó Luna—. Al irse la luz se ha activado el SAI. He tenido que apagar los servidores, pero al reiniciarlos la tarjeta de red del Masternode que hace de Proxy y Firewall no se ha montado correctamente, así que me he visto obligada a configurarla de nuevo.

Yago Durán la miró con los ojos muy abiertos. Un estremecimiento recorrió su columna vertebral y se dijo que por la noche, en la cama, le haría repetir una a una esas mismas palabras.

—Ya casi está —añadió—. Tendrás tu correo enseguida.

Marcó el número de Anna Krauss. Cuando ella descolgó ni siquiera le dio tiempo a hablar.

—Hola, Anna. Lo siento, nos hemos retrasado un poco, el servidor... ha dado bastantes problemas —resumió—. En un par de minutos tendré el correo y... —Calló al oír al otro lado la señal de llamada de un teléfono fijo—. Cógelo si quieres, espero.

—No te preocupes. Sé de quién se trata y no tengo ningún interés en hablar con él. —Anna reflexionó a lo largo de unos instantes—. Yago, antes dijiste que las posibilidades tecnológicas de *Arácnida* eran bastante amplias.

—Así es.

—¿Puedes darme información sobre un número de teléfono? Estoy recibiendo llamadas desagradables. Alguien me está amenazando.

—Desde luego. Inmediatamente. Dime los nueve dígitos.

Ella se los facilitó. Yago bebió un sorbo de café y manipuló el teclado del ordenador mientras silbaba por lo bajo una tonadilla de Juanita Reina. Cuando tuvo acceso a los datos que ella le había solicitado parpadeó atónito y repitió el proceso, verificando paso a paso que no cometía ningún error.

—Me parece muy extraño. El teléfono desde el que te están llamando se encuentra situado en la calle Poeta Cabanyes 115, tercera planta. El titular de la línea es un tal Juan Gandalf. En mi vida había oído el nombre de ese tipo, pero sí la dirección. Ahí vivía en 1974 alguien relacionado con *RosaM23*. Un niño. Por aquel entonces tenía siete años. Se llamaba Bastian. Francamente, no creo que esto sea una casualidad.

Anna acarició el bolso que colgaba de su hombro. En el interior notó la superficie de los cuadernos y recordó su título: *Bastian, Diario*.

—Un momento, por favor. Me acaban de facilitar una copia del correo enviado por Jon Vivaldi.

—Yago...

Él efectuó una lectura rápida del texto. La repitió con detenimiento, pero continuó sin comprender buena parte del contenido. Alarmado decidió posponer para más tarde las averiguaciones.

—Estás en Poeta Cabanyes 115 —exclamó.

Anna se agitó inquieta. Sus ojos se posaron en la puerta cerrada.

—Dios mío... Está aquí.

—Sal inmediatamente. Espérame en la calle. Voy para allá.

Capítulo VII

Una maniobra imprudente del coche que le precedía obligó a Yago Durán a clavar el freno de su Ducati Diavel. Recuperó el equilibrio apoyando un pie en el suelo, maldijo por dentro y lo superó con un brusco golpe de gas. Se incorporó al carril izquierdo de la calzada y dobló por Viladomat.

Adelantaba a los vehículos por ambos lados aprovechando cualquier resquicio, procurando no llevarse ningún retrovisor por delante. Cruzó sin dificultades las confluencias con Consejo de Ciento y Diputación, pero un semáforo en rojo le detuvo a la altura de la Gran Vía. Junto a él paró una furgoneta. El conductor bajó la ventanilla y mientras hacía aspavientos gritó algo que él no quiso entender. Suspiró tentado, pero cuando la luz estuvo de nuevo en verde decidió que no tenía tiempo y arrancó levantando una estela de agua.

Unos minutos después enfilaba Poeta Cabanyes. Había circulado por la acera, superado ampliamente el límite de velocidad permitido e incluso en algún tramo había avanzado en dirección contraria. Con un solo tercio de las infracciones que acababa de cometer, pensó, la policía municipal habría tenido motivos más que suficientes para quemar su carné de conducir en una pira.

Anna Krauss permanecía sentada en una de las sillas del recibidor. En otra, a su lado, descansaba el bolso. Parecía abatida. Inclined hacia delante mantenía la cabeza gacha y los codos apoyados sobre los muslos. La mirada, fija en el suelo, mostraba una mezcla de temor y perplejidad. La señal de llamada del teléfono negro llegaba, ininterrumpidamente, desde el estudio.

Encogió los hombros y negó con un gesto: era imposible.

Dio una profunda calada y apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal. Se colgó el bolso decidida a intentarlo otra vez. Fue hasta la puerta del piso, que se encontraba abierta. Miró hacia fuera. El rellano presentaba el mismo aspecto que cuando había llegado. Juntó los pies a unos centímetros del umbral y suspiró. Entonces cerró los ojos y dio un paso hacia delante que debería llevarla fuera. Pero cuando los abrió se encontraba de nuevo en el recibidor.

Yago Durán optó por estacionar la motocicleta en la esquina de Poeta Cabanyes con Magallanes y recorrer los últimos metros a pie.

Avanzaba al trote con el casco colgado de un brazo, esquivando a las personas con las que se cruzaba. En menos de treinta metros distinguió a individuos pertenecientes a cuatro razas diferentes, y la mayor parte de los comercios estaban regentados por inmigrantes. No se dejaba caer por el Pueblo Seco desde hacía mucho tiempo, pero recordó haber leído en alguna parte que a lo largo de los últimos años el barrio había degenerado; sin embargo a él le pareció que su esencia permanecía

inmutable: seguía siendo un lugar humilde, solo que los pobres tenían otro formato.

Fue remontando números hasta llegar al 113, una casa cuya fachada de color rojo le pareció horrenda. Unos metros más arriba se encontraba el 115. Tal y como le había indicado Eva Marino en su entrevista era el último edificio de la acera izquierda.

Cuando llegó lo miró desconcertado.

—Pero... ¿Qué diablos es esto? —murmuró.

Frente a él se alzaba una construcción fría y funcional, cargada de metal y vidrio. Por sus características arquitectónicas no le echó más de una década de antigüedad. A un lado disponía de una zona ajardinada, separada de la calle por una verja de acero inoxidable. Contrastaba con el entorno, rompiendo la armonía existente entre el resto de los inmuebles, como si la hubiesen levantado allí por error.

Colgada de la entrada pendía una placa de latón mojada por la lluvia. Se acercó hasta ella y la leyó.

Biblioteca municipal ALBERTO CAEIRO

«Saludo a cuantos (...) lean quitándome el sombrero de ala ancha»

Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta de cuero negro y marcó el número de Anna Krauss.

Tras charlar con Yago Durán durante unos minutos Anna Krauss cortó la comunicación. ¿Una biblioteca?, se preguntó angustiada.

—Alguien se está volviendo loco —susurró—, y comienzo a temer que sea yo.

Fue hasta el estudio, miró la puerta cerrada y se preguntó quién demonios se encontraría tras ella. Infatigable, el teléfono continuaba sonando.

Eligió un abrecartas metálico que, metido en un estuche de terciopelo negro, descansaba sobre la mesa. Su tamaño era semejante al de un cuchillo, y la empuñadura exhibía elegantes incrustaciones nacaradas. Lo aferró. La hoja metálica temblaba en su mano al compás que marcaba el pulso. Si de esa habitación va a salir alguien con malas intenciones, se dijo, quiero verlo venir de cara.

Consultó su reloj. Llevaba casi una hora metida en aquel lugar y en parte eso la tranquilizó. Si aún no han tratado de hacerme daño, pensó, es porque no pueden o no quieren.

La célula fotoeléctrica activó los paneles de vidrio, que se desplazaron permitiendo el acceso de Yago a las oficinas de *Arácnida*. Fue directamente hasta el despacho de Isabel, la secretaria de Víctor. Sin entrar asomó la cabeza por el marco de la puerta y comprobó que corregía con un rotulador rojo un documento impreso.

—Ponme con Víctor. Pasa la llamada a mi despacho.

Ella tardó unos segundos en mirarle. En ocasiones a Yago le resultaba molesta su

actitud. La amistad que mantenía con Marisa constituía una alianza que la secretaria consideraba invencible.

—Lo siento, no puedo —afirmó con rotundidad.

No creyó que fueran necesarias más explicaciones e ignorándole se aplicó de nuevo en la tarea que la mantenía ocupada.

—¿Y eso?

Ella suspiró como si acabase de reparar otra vez en su presencia. El medidor de adrenalina de Yago subió varios puntos.

—Instrucciones de Marisa. Ha dicho que no la llamemos, ella se irá poniendo en contacto conmigo.

—¿Quién es Marisa?

—La mujer del jefe. —El tono de Isabel mostraba suficiencia.

—¿A Víctor le casó un cura o el presidente del consejo de administración?

Ella torció el gesto.

—Que no suela ponerme los galones no significa que no los tenga. Te recuerdo que soy el subdirector general adjunto de *Arácnida*. Estoy en mi despacho. Si en cinco minutos no me has puesto con él pasa por recursos humanos para recoger tu liquidación.

—¡Basta ya! —gritó Anna Krauss.

Se dirigió hasta el teléfono negro y lo desconectó.

La llamada de Yago Durán, que había prometido ponerse en contacto con ella en cuanto tuviera una idea sobre los siguientes pasos a dar, se demoraba. Entonces la asaltó una idea que la sacó de quicio. Corrió hasta su bolso y buscó el móvil en el interior. Finalmente volcó todo el contenido sobre la mesa del estudio. Lo tomó entre las manos y aliviada comprobó que aún quedaba algo de batería. Además entre el amasijo de objetos desparramados estaba el cargador del aparato. Buscó una toma de corriente y lo conectó.

Tal y como esperaba el tono de Marisa no era festivo. Tras unos breves preliminares Yago Durán decidió pasar a la carga. Meses atrás, al nombrarle oficialmente su segundo, Víctor le explicó qué pretendía de él. Solo cometen errores quienes toman decisiones, le advirtió, y hay dos tipos de subdirectores: los que trabajan conmigo y los *sí, señor*.

—Tenemos entre manos un asunto muy grave —afirmó—. Ignoro cómo se encuentra Víctor, pero sí sé algunas cosas. Jon Vivaldi ha desaparecido y una mujer llamada Anna Krauss está encerrada en un lugar que no existe. Tú ahora sí dispones de toda la información, por lo tanto es a ti a quien corresponde decidir. Si quieres mantener a Víctor aislado en una burbuja hazlo, pero en contra de mi opinión y bajo tu responsabilidad. Posiblemente haya vidas en juego.

Sin añadir nada más colgó el teléfono.

La mirada de Anna se deslizó por las paredes cargadas de libros. Este estudio, se dijo, sería un excelente refugio para mí. Sin que ella supiera por qué, su memoria eligió entonces un episodio de su pasado para instalarse y lo recordó con claridad.

Tenía quince años cuando sus padres le anunciaron que iban a separarse. Lo hicieron juntos, sentados en el sofá de siempre. Algunas cosas cambiarán, dijo mamá mientras él asentía con firmeza, pero nuestro amor por ti permanecerá inmutable. Ella, que en plena adolescencia se sentía fea, desgarrada, y tenía tantas amigas como flores brotando de las orejas, se sintió más sola que nunca: se desmoronaba lo único en su vida que funcionaba correctamente. Mantuvo el rostro a salvo del estrago y fingiendo indiferencia se dirigió a su habitación sin decir una sola palabra. Decidida a buscar un leño al que atarse para sobrevivir al naufragio eligió al azar una novela, que resultó ser *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, de Charles Dickens. En la página doscientos ochenta y nueve Sam Weller, uno de los personajes, afirmaba: «Las lágrimas nunca dan cuerda a un reloj, ni hacen marchar una máquina de vapor». Pensó que la frase parecía escrita para ella, apagó la luz y durmió abrazada al libro.

Ahora, tantos años después, se miró en la cornucopia. Pero ¿dónde está Jon Vivaldi?, se preguntó. Contempló en el espejo los objetos dispersos sobre la mesa y reparó en los tres cuadernos que configuraban el diario de Bastian. Cogió el identificado con el número I e inició su lectura.

Unos minutos más tarde Isabel le pasó a Víctor Crest. Se saludaron y Víctor le explicó algunos detalles del accidente. Aseguró encontrarse mucho mejor. Tenía el firme convencimiento de que recibiría el alta médica en breve.

—Debe tratarse de algo realmente importante, camarada revolucionario, has liado la de San Quintín. Adelante, te escucho.

Siguiendo un orden cronológico Yago Durán efectuó una exposición detallada de los hechos. Solo al final, cuando estuvo seguro de haberle transmitido toda la información de que disponía, le manifestó sus reservas.

—Entiendo perfectamente tu cautela. Pero conozco a Jon Vivaldi desde hace muchos años y no es ningún bromista. Asimismo las posibilidades de que él y Anna Krauss hayan enloquecido de repente rayan el cero absoluto —aseguró Víctor—. Sigues al mando, desde aquí no puedo dirigir personalmente esta operación. ¿Qué vas a hacer?

—Convocar una reunión del equipo de *RosaM23*, una especie de gabinete de crisis. Esta noche será larga. Prepárate para pagar un montón de horas extraordinarias.

Capítulo VIII

Yago Durán cortó la comunicación e inmediatamente marcó el número de Anna Krauss.

En primer lugar se interesó por las posibles novedades que se hubieran producido en el piso de la calle Poeta Cabanyes. Cuando estuvo seguro de que allí todo seguía igual la convocó a una reunión con los miembros del equipo de investigación del caso *RosaM23* que tendría lugar quince minutos después.

Desde un punto de vista práctico la charla había terminado, pero decidió esperar a que Anna colgase primero. Transcurrieron los segundos. A fuerza de persistir, el silencio de ella acabó convirtiéndose en una pregunta que no necesitó formular.

—Estamos en esto contigo. Hasta el final. No te vamos a abandonar.

Luna caminaba a su lado. Se dirigían a la sala de juntas.

—¿El ordenador portátil de Jon Vivaldi está en Poeta Cabanyes?

—Eso es —respondió Yago Durán—. ¿Puedes entrar desde aquí en el disco duro?

—Sí, siempre y cuando Anna pueda ponerlo en marcha y acceder a internet.

Necesitaré algunos datos del módem, nada más.

—Me gustaría que te ocupases de revisarlo.

Luna lo detuvo.

—Me temo que eso será más complicado. Conozco bastante bien esa máquina. Digamos que Jon no es un experto informático, así que hace unas semanas Víctor me lo presentó. Quería que le echase una mano con la instalación de determinadas aplicaciones. Una de ellas, FH, tuve que programarla yo misma, en el mercado no existe nada por el estilo. Los requerimientos de Jon eran muy especiales.

—¿FH?

—Sí. *File Hider*.

—Joder —exclamó contrariado—. Nos estamos disparando con nuestras propias armas.

—FH oculta los archivos en el disco duro hasta hacerlos prácticamente ilocalizables. Jon temía que su ordenador fuera pirateado. Me explicó que buena parte de sus investigaciones no solo eran confidenciales, sino también delicadas. Por lo visto en el desarrollo de su trabajo podía llegar a resultar bastante incómodo para algunas personas.

—¿Y qué hace ese programa?

—FH opera sobre cualquier tipo de archivo: los editados con procesadores de texto, hojas de cálculo, presentaciones, pdf..., da igual. En primer lugar les cambia el nombre, asignando una denominación de dieciséis caracteres alfanuméricos elegidos aleatoriamente entre las letras del alfabeto internacional, los diez números y veinte símbolos más. Incluso hace desaparecer toda la información relativa al tamaño o

fecha de última modificación. Después los traslada a una nueva ubicación, en concreto a una carpeta llamada *FH Files*.

—No lo comprendo. Para resolver el problema bastaría con acceder a *FH Files* e ir abriendo los documentos uno a uno. Carecer de un título que nos oriente sobre su contenido supone un inconveniente, nada más. ¿Dónde está la trampa?

Luna, orgullosa, sonrió.

—En el contenido de la carpeta. No está vacía. Durante el proceso de instalación de FH se vuelcan en ella algunos archivos.

—¿Muchos?

—Un par de millones. El fichero que pretendemos ocultar queda camuflado entre ellos.

Yago Durán se recostó contra la pared.

—Supongo que no entenderé la respuesta, pero no puedo evitar la tentación. ¿De dónde los sacaste?

—Oh, fue sencillo. Los bajé de varias bibliotecas virtuales gratuitas. Hay de todo. Desde capítulos de *El Quijote* hasta recetas de cocina. El problema fue meterlos en el disco duro sin superar su capacidad. Lo resolví tratándolos con un programa de compresión.

—¿Pero es operativo? ¿Cómo encuentra después su propio documento la persona que lo ocultó?

—Cuando lo guarda debe asignar una contraseña. FH incorpora un buscador, se trata de un campo de texto.

—Un momento. Eso presenta un punto débil. El usuario debería llevar entonces un registro externo con las contraseñas, lo cual acaba siendo también muy arriesgado.

—No es demasiado operativo, lo reconozco, probablemente por ello nadie había programado algo parecido con anterioridad. Pero existe una segunda opción: recordar las contraseñas. Jon afirmaba que el número de archivos con el que trabajaba era muy limitado.

—¿FH actúa por defecto?

—No. Tan solo esconde los ficheros seleccionados por el usuario.

—Entiendo. Entonces el disco duro es una especie de melón.

Luna encogió los hombros y curvó los labios hacia abajo.

—¿Un melón?

—Sí. Hasta que no lo abramos no sabremos cómo está. Algunos documentos pueden estar ocultos, otros no. Depende de Jon. ¿Dejaste alguna puerta abierta?

—No, instrucciones de Víctor. FH no tiene claves de administrador que concedan privilegios especiales.

Yago Durán consultó su reloj.

—Bien, vamos. Hugo y Anna nos están esperando.

—Hola, Anna. Soy Luna. ¿Puedes oírme?

—Sí, perfectamente.

La voz de Anna brotó por los altavoces instalados en la sala de juntas de *Arácnida*. Luna ajustó el volumen a un nivel razonable. A su lado Hugo permanecía a la espera recostado en su silla mientras jugueteaba distraídamente con una pluma estilográfica. Situado en la cabecera de la mesa Yago Durán estudiaba el expediente preparado por el documentalista. Una vez más le maravilló su eficacia. No comprendía cómo en tan solo quince minutos había sido capaz de recopilar tanta información sobre Anna Krauss. Todo encajaba, además, con la opinión que Víctor Crest tenía de ella. Profesional, seria, discreta, equilibrada... Observó la fotografía en color incluida en uno de los documentos. Reciente, había sido tomada a lo largo de unas jornadas convocadas por el Colegio de Periodistas. En ella su actitud era natural, la instantánea parecía captada sin advertir a la modelo. Los cabellos rubios enmarcaban el rostro de facciones armónicas en el que destacaban unos grandes ojos verdes. Yago pensó que se trataba de una mujer muy atractiva.

Luna carraspeó.

—Anna, si no he entendido mal, tienes el ordenador portátil de Jon Vivaldi.

—Así es.

—Vamos a intentar conectarnos utilizando su cámara. ¿Puedes ponerlo en marcha?

Anna pulsó el interruptor de encendido. El aparato emitió un ligero zumbido y algunas luces parpadearon.

—Ya está. En la pantalla aparece el nombre de Jon y un campo de texto: requiere una contraseña.

—Mierda —murmuró Luna—. Eso nos va a demorar.

—¿No puedes piratear la clave de entrada a un ordenador?

—Claro que puedo... Siempre y cuando yo misma no me haya encargado de protegerlo previamente. Si es así también puedo, pero necesito bastante más tiempo.

Él levantó resignado las palmas de las manos hacia arriba.

—Bien. Me temo que...

—Un momento, Yago —repuso Anna—. En la pantalla hay algo más.

—¿Algo más? ¿De qué se trata?

—De una fotografía.

—Sí. El fabricante del *software* te ofrece la posibilidad de personalizar la pantalla colgando una imagen..., ya sabes, una mascota, tu paisaje favorito, cosas así —aclaró Luna desanimada—. Pero no tiene ninguna utilidad desde un punto de vista informático. A los efectos de nuestro problema es totalmente irrelevante.

—Espera —prosiguió Anna—. La fotografía corresponde a un libro. Concretamente *Sauce ciego, mujer dormida*, de Haruki Murakami. Se trata de una compilación de relatos cortos. Jon está enamorado de uno de ellos, el titulado *La piedra con forma de riñón que se desplaza día tras día*.

Yago Durán se irguió en su silla.

—¿La piedra con forma de riñón que se desplaza día tras día? —preguntó Hugo —. ¿Eso es el título?

—Sí. Deberías leerlo, es fantástico. Los protagonistas son un hombre y una mujer: Junpei y Kirie. O no conozco a Jon o ha elegido el nombre de ella.

Escribió K I R I E en el espacio destinado a la contraseña, que se esfumó dando paso a la palabra *Iniciando...* Unos segundos después el escritorio, con decenas de iconos, aparecía frente a Anna Krauss.

Luna suspiró aliviada e intercambió con Yago una significativa mirada. Algunas cosas, pensó él, comienzan a encajar.

En la sala de juntas de *Arácnida* la pantalla del equipo de videoconferencia se iluminó y tras unos parpadeos mostró el rostro de Anna Krauss. Por el modo en que miraba al monitor de su ordenador Luna supo que ella también les estaba viendo sin necesidad de preguntárselo.

—Buenas noches, Anna. Soy Yago Durán. Al fin podemos vernos. Sin duda eso supone un avance. Por cierto, no te preocupes, no es necesario que ajustes el color de la pantalla. Soy negro.

El silencio se instaló en los dos extremos de la conexión. Después Anna Krauss reclinó la cabeza hasta apoyarla en el respaldo de la silla, cruzó los brazos a la altura del estómago y estalló en una sonora carcajada que contagió a los demás. Aquel momento, le confesó a Luna unos días más tarde a lo largo de una de sus charlas, supuso un punto de inflexión en esta situación desquiciada, puesto que si fui capaz de reír estando ahí dentro..., ¿qué se me puede resistir?

—En primer lugar quiero comunicarte que hemos tomado una decisión. Vamos a establecer un sistema de turnos de guardia. La cámara estará permanentemente conectada y como mínimo siempre habrá uno de nosotros junto a ti. Día y noche. Comenzará Luna. Normalmente será quien esté a tu lado, ya que trabajará desde aquí. Las tareas que tenemos asignadas Hugo y yo requieren de nuestra presencia fuera de las oficinas de *Arácnida*.

Luna sonrió mirando a la cámara, dando a entender que estaba encantada con el cometido. En la pantalla Anna Krauss aceptó el ofrecimiento esbozando un tímido gesto.

—Gracias. No sé qué pasaría si me quedase sola.

—Me temo que no lo sabremos nunca. Eso no ocurrirá.

Yago Durán meneó algunos de los papeles que tenía delante, fingiéndose ocupado. Por experiencia sabía que en cualquier actividad humana los lazos personales unen con mayor fuerza que el más grueso cable de acero; quería que Luna y Hugo saboreasen el agradecimiento de Anna e hicieran piña a su alrededor. No veía el modo de resolver aquel entuerto en menos de varios días, y los necesitaba a todos formando un equipo altamente cohesionado.

—Prosigamos. Anna, me imagino que has intentado salir de nuevo del piso.

Ella asintió con rotundidad.

—Desde luego. Pero siempre ocurre lo mismo. Regreso al punto de partida.

—¿Existen otras salidas? Me refiero a ventanas o algo parecido.

—Sí, dos. En el estudio y el dormitorio. Una puerta en cada estancia. Deberían permitir el acceso a los balcones que vi en la fachada al entrar. Pero están cerradas. No, mejor dicho, anquilosadas, como si llevaran siglos cerradas y para abrirlas fuera necesaria una fuerza descomunal de la que desde luego carezco. Por otro lado están hechas de madera. Los sonidos procedentes de la calle tendrían que filtrarse. Sin embargo al otro lado el silencio es absoluto... Este lugar parece suspendido en medio de la nada.

Hugo levantó su pluma llamando la atención de Yago Durán, que asintió.

—Anna, necesitaría una descripción lo más detallada posible del inmueble. No repares en detalles, cualquier cosa puede ser de utilidad. Si te parece podemos comenzar por la fachada, continuar por la escalera y terminar con el interior del piso.

La explicación de Anna Krauss fue concisa, sistemática y metódica. Cuando la finalizó eran las once de la noche pasadas, y decidieron tomarse un breve receso. Hugo se encerró en su despacho, Luna acudió al servicio y Yago Durán llamó a su suegra para asegurarse de que todo lo referente a Julia estaba en orden. En la calle Poeta Cabanyes 115 Anna Krauss se sentía sedienta y agotada. Se dirigió hasta la cocina y armándose de valor abrió la puerta del refrigerador. Suspiró aliviada cuando comprobó que el interior del electrodoméstico estaba immaculado, repleto de alimentos frescos que mostraban un magnífico aspecto. Optó por una bebida isotónica y regresó hasta el estudio.

—El 7 de enero Jon Vivaldi se puso en contacto con Víctor Crest para manifestarle que el papel de *Arácnida* en *Proyecto XI* había finalizado —dijo Yago Durán—. *RosaM23* iba a ser el *caso XI* de la serie de reportajes, aunque no le explicó los motivos de su elección. Entonces se abrió un paréntesis de veintitrés días a lo largo de los cuales desconocemos sus movimientos. Parece razonable suponer que se dedicó a investigar en profundidad el asesinato de Rosa Marino. Su silencio se prolongó hasta ayer.

—Durante ese lapso de tiempo yo tampoco supe nada de él —apuntó Anna Krauss—. Somos grandes amigos, es lo más cercano a un hermano que tengo. Pero nuestra relación es así. En ocasiones pasamos semanas enteras sin ponernos en contacto. Ya sabes: no hay noticias..., buenas noticias.

—Entonces recibimos esto —afirmó él levantando el correo electrónico enviado por Jon—. A mi modo de ver presenta tres grandes interrogantes. En primer lugar Jon asegura que el asesinato de Rosa Marino en 1974 está relacionado con una trama mayor. Hace mucho tiempo sucedió algo, en Finlandia, que desencadenó una larga sucesión de acontecimientos insólitos. ¿Se te ocurre de qué puede tratarse, Anna?

Ella negó rotundamente.

—Jon escribió para *Péndulo* un reportaje relacionado con una extraña Biblia hallada en Finlandia. Pero de ello hace ya casi un año, y no veo la relación por ninguna parte.

—Vayamos con el segundo. Jon afirma que tu colaboración es determinante.

Anna mostró su extrañeza.

—La verdad, no veo cómo. No tengo ni la más remota idea de qué puedo hacer.

—Yo sí —intervino Luna—. Ya lo está siendo. Recuerda: KIRIE.

—Exacto. *Es necesario que confíes plenamente en ella* —leyó Yago Durán— *y le facilites toda la información a tu alcance*. Desde luego te mantendremos permanentemente informada de nuestros progresos.

Anna asintió.

—El tercero. Algunas frases tienen un significado oscuro, especialmente una: *Donde está todas las almas hallarás más información*.

Hugo levantó su pluma.

—El tiempo verbal no es el adecuado. La versión correcta sería *Donde están todas las almas hallarás más información*.

—Sí —tomó el hilo Anna—. Es muy extraño. Jon dominaba los elementos de la lengua y sus combinaciones. No olvidemos que una parte muy importante de su trabajo consistía en escribir. Incluso se toma la molestia de subrayar la palabra equivocada.

—Suscribo eso —exclamó Yago Durán—. A veces todos cometemos errores inconcebibles. Pero en este caso lo resalta para que precisamente centremos nuestra atención en él. Todas esas almas... ¿De quiénes son?

Yago Durán leyó en sus caras el cansancio. Decidió que necesitaban dormir cuando menos unas horas. Reprimió un bostezo y pasó al siguiente punto para concluir cuanto antes.

—Vayamos con la asignación de tareas. Hugo. Nos vendrá bien tener algunos datos sobre la biblioteca Alberto Caeiro. Pero especialmente necesitamos toda la información que puedas recopilar sobre el edificio que se alzaba en su lugar en Poeta Cabanyes 115: quiénes vivieron, el nombre de los propietarios, la distribución física de los pisos, la historia y características arquitectónicas de la construcción..., todo. Bastian y ese tipo, el titular de la línea telefónica... ¿Cómo se llamaba?

—Juan Gandalf —recordó Luna.

—Juan Gandalf. Me imagino que apenas encontrarás datos sobre ellos, pero merece la pena intentarlo.

—Cuenta con ello.

—Luna. El contenido del ordenador puede orientarnos sobre qué estuvo haciendo Jon Vivaldi durante las últimas semanas y sus progresos con *RosaM23*.

—De acuerdo.

—Yo intentaré reconstruir los pasos de Jon. Comenzaré por Bastian..., quizá

alguien en el barrio le recuerde y sepa por dónde anda ahora. Pero será complicado. No conocemos sus apellidos y ni siquiera sabemos si Bastian es su nombre real. También me pondré en contacto de nuevo con Eva Marino y el doctor Bocanegra.

Anna, desde la pantalla, lo miraba con atención.

—Nos vamos a permitir darte algo de trabajo. Se trata de cosas que solo tú puedes hacer.

—Me vendrá bien mantenerme ocupada.

—Registra el piso. Jon nos condujo hasta él. Es posible que haya dejado algún rastro que pueda resultar útil. Quiero que nos informes inmediatamente si se produce alguna novedad. Y algo más. Léete el diario de Bastian. Apenas disponemos de datos sobre él y quizá ese documento pueda arrojar alguna luz.

—Tienes razón.

—¿Perdón?

—Ese documento va a ser capital en todo esto. —Comenzó a explicar Anna—. Las primeras páginas están dedicadas a un prólogo. Es lo único que he leído, no he dispuesto de demasiado tiempo.

Horas más tarde Yago Durán le confesó a Luna que no comprendía cómo alguien, en la situación de Anna Krauss, había elegido la lectura para matar el tiempo. Entonces ella le recordó que cuando él tenía problemas se calzaba los cascos y escuchaba a todo volumen música de AC/DC.

—Son formas de evadirse —continuó Luna mientras Yago inclinaba el tronco simulando tocar una guitarra eléctrica—, supongo que ella consigue desaparecer del mundo metiéndose entre las páginas.

—¿Un prólogo? —preguntó Hugo—. Eso no es demasiado habitual en un diario.

—No, es más propio de unas memorias. En realidad ese texto es tan particular que queda a medio camino entre ambos géneros. Del diario toma la estructura, está desglosado en entradas encabezadas por fechas. Sin embargo, en el fondo, es una mirada hacia atrás: comenzó su redacción el 1 de enero de 2011.

—Hace tan solo un mes —murmuró Luna—. Lo ha completado en un tiempo récord.

Yago Durán asintió.

—En el prólogo Bastian reconoce ser el autor y manifiesta que se dispone a contar la historia de su vida. Pero indica que no lo hace por iniciativa propia, sino a instancias de una persona en quien confía plenamente y a cuyo juicio otorga un crédito ilimitado: Juan Gandalf. Y estas no son las únicas peculiaridades. Los capítulos, por ejemplo, no siguen un orden cronológico... He hojeado los cuadernos y las entradas van dando saltos a lo largo de la vida de Bastian sin orden ni concierto. Desconozco el criterio que ha utilizado para ordenarlas, pero complica bastante la lectura: un episodio ocurrido en la madurez puede preceder a algo que le pasó durante su adolescencia. Quizá sea una reacción rebelde frente a un encargo que aborrece: por lo visto es muy celoso de su intimidad.

—¿Por qué lo escribe entonces? —preguntó Hugo—. Conozco a varias personas en cuyo criterio tengo absoluta confianza. Pero por mucho que me lo pidieran no haría algo desagradable a no ser que hubiera una causa justificada.

—Opino lo mismo, Hugo. Y Bastian supongo que también. Ese es otro de los extremos que aclara en el prólogo. Por lo visto el diario es la piedra angular de un plan ideado por Juan Gandalf que no le ha sido revelado en su totalidad. Un plan que se pondrá en marcha únicamente si, y cito textualmente, todo lo demás sale mal.

—¿Qué es todo lo demás? —interrogó Yago Durán.

Anna negó con un gesto.

—Finalmente apunta que el diario tendrá como destinatarios únicamente a cinco personas.

—Tú, Luna, Hugo y yo. Somos cuatro.

—Pero alguien más debería estar aquí —puntualizó Luna—. Víctor.

—Sí... Víctor es el quinto. Estoy segura de que Bastian escribió ese texto, a instancias de Juan Gandalf, para que nosotros lo leyéramos.

Capítulo IX

Yago Durán reclamó discretamente la atención de Luna y ambos salieron de la sala de juntas. Fuera, en el pasillo, metió las manos en los bolsillos del pantalón y apoyó la espalda contra la pared. La oficina, habitualmente ocupada por una nube de empleados ajetreados, era a esa hora tardía un mar de paz.

—Ahora mismo no podemos hacer nada más. No tiene sentido que permanezcamos los tres plantados frente a la pantalla. ¿Puedes ocuparte del primer turno de guardia? Será delicado. Las primeras horas de un encierro son especialmente críticas, pero se sentirá mejor si eres tú quien se queda con ella.

—Desde luego.

—Quizá sea una noche complicada, tendrá tiempo para pensar. Es esencial que mantenga la entereza. Intenta que duerma, tarde o temprano deberá hacerlo. Además, lo que se halla tras esa puerta cerrada puede ponerse en funcionamiento en cualquier momento.

—¿Qué haremos si eso ocurre?

Yago no quiso mentir.

—Veremos. Estaré en mi despacho, y Hugo en el suyo. Te relevaré a las cuatro.

—No te preocupes. Ve a descansar.

El rumor sordo de la lluvia llegaba desde la calle. Luna se acercó hasta una ventana y miró hacia fuera. Una anciana caminaba bajo la luz de las farolas protegida por un paraguas, esquivando los charcos.

—Por Dios, sigue lloviendo. ¿No va a parar nunca?

El contraste entre el exterior, oscuro, y el pasillo iluminado convertía el cristal en un espejo donde se vio reflejada. Yago se acercó hasta ella y depositó las manos sobre sus hombros. El contraste cromático de las dos pieles hizo volar mariposas en un lugar recóndito del cuerpo de Luna. Chocolate sobre vainilla, pensó divertida. Las miradas se encontraron en el vidrio y la cara de él se iluminó con una sonrisa contagiosa.

—Buenas noches, mi amor —dijo mientras apartaba el cabello pelirrojo y besaba su cuello.

—Buenas noches, mi capitán —respondió ella.

Anna Krauss permanecía sentada frente al escritorio. Leyó la hora en su reloj y comprobó que eran las doce pasadas. En estos momentos debería estar tumbada en mi cama, pensó, durmiendo o quizá dando vueltas a algún fleco del próximo número de *Péndulo*. Si no me ocupo en algo ahora mismo, resolvió, me volveré loca.

—Voy a registrar el piso.

Luna intentó detenerla.

—Espera, Anna. ¿Por qué no lo dejas para mañana? Estás agotada, y tal vez ahora

pases por alto algo importante.

—¿Mañana? ¿Y qué hago mientras tanto?

—Deberías echarte. Te vendrá bien descansar un rato.

—No podré dormir aquí.

—¿Sabes? En ocasiones padecemos insomnio porque nosotros mismos decidimos que el sueño no vendrá. —Luna sonrió—. Mañana, de hecho, es dentro de unas pocas horas. Empléalas bien.

Anna se contempló en la cornucopia. Centró la atención en el rostro. Cada uno de sus rasgos reflejaba el cansancio. Se mordió el labio inferior y pasó los dedos sobre las incipientes ojeras. Qué mal aspecto tengo, pensó, jamás me he visto tan fatigada... Su cerebro formuló un tropel de preguntas sin respuesta que la sumieron en el desaliento: Pero ¿dónde está Jon Vivaldi? ¿Cómo voy a salir de aquí? ¿Cuál es mi papel en este embrollo? ¿Qué me impide marcharme? ¿Por qué yo encontré un edificio antiguo en lugar de la biblioteca Alberto Caeiro?

Después su mirada se desplazó hasta la puerta cerrada.

—¿Pero qué diablos se esconde ahí detrás?

Luna, que se mantenía expectante, levantó las manos en un gesto que manifestaba su impotencia.

—No lo sabemos, Anna. Parece un niño, pero debo admitir...

—¿Un niño? Eso no es un niño. Y quiere matarme...

Entonces llegó el miedo. A una velocidad vertiginosa ascendió anulando los sentidos, vaciando el pecho, agitando su respiración. El corazón se aceleró y la sudoración perló su frente. Luna continuaba hablando, pero aunque Anna oía su voz era incapaz de comprender el sentido de las palabras. No conseguía domar a la angustia, y era incapaz de apartar los ojos de la puerta cerrada. Se sentía recluida en un demencial mundo que solo contaba con dos habitantes: ella y el ser que se mantenía oculto al otro lado esperando la ocasión propicia para hacerle daño.

—¡Anna!

Lentamente, como si regresase de una pesadilla, consiguió centrar la atención en la pantalla.

—Solo lograremos sacarte de ahí —la voz de Luna era firme y el tono no admitía réplica— si contamos con tu ayuda. No es sencillo, pero debes sobreponerte. Si no lo consigues no tendremos ninguna posibilidad.

Anna Krauss procesó la información.

—Por favor, haz exactamente lo que yo te diga.

—¿No los has tomado nunca?

—Jamás —respondió Anna Krauss mirando los ansiolíticos que había encontrado en el armario del cuarto de baño—. ¿Cómo supiste que estaban ahí?

Porque cualquiera con dos dedos de frente habría previsto que serían necesarios, se dijo Luna. Una teoría comenzaba a cobrar forma en su mente, pero prefería

guardarla para sí hasta que estuviera segura de su consistencia.

—Es el lugar donde suelen guardarlos quienes los toman. —Hizo una pausa—. Mejor. Así el efecto será mayor. Esa silla no tiene precisamente un aspecto confortable. ¿Por qué no te tomas las píldoras, eliges una cama y seguimos charlando desde el dormitorio? Lleva contigo el ordenador. No olvides el cable de corriente ni el pincho 3G.

Anna Krauss ingirió las pastillas acompañándolas con un sorbo de agua, se trasladó a la alcoba y eligió la litera que quedaba más alejada de la puerta de entrada. De las dos camas optó por la de abajo. Dejó el ordenador sobre la mesilla. A su lado colocó los cuadernos de Bastian, que había llevado consigo, y el abrecartas con incrustaciones nacaradas. Se descalzó, tomó asiento sobre el colchón y cruzó las piernas al modo oriental.

—¡Guau! —bromeó Luna—. Nunca he sido capaz de hacer eso. Eres muy flexible.

Los labios de Anna mostraron una mueca que recordaba vagamente a una sonrisa.

—Viejas reminiscencias de las lecciones de danza clásica. —Estiró los brazos y sacudió la cabeza—. Me encanta tu cabello. Es precioso.

—Gracias. Todas las mujeres de mi familia lo tenemos de este color —dijo acariciándose un mechón—. La culpable es una abuela irlandesa. Quiero enseñarte algo.

Luna extrajo una fotografía del bolso. La acercó hasta la cámara del ordenador. En ella aparecía Julia sentada en el suelo, jugando con un camión de colores. La niña, sorprendida, miraba al objetivo esbozando un rictus gracioso con los labios.

—Qué bonita —exclamó Anna—. Acércala un poco más, por favor.

—Sí, ¿verdad?

Luna creía saber por qué Anna Krauss iba a ser determinante en la búsqueda de Jon Vivaldi: compartían la misma pasión, los libros. Inició, pensando en ella, una conversación con la que pretendía ganar tiempo hasta que el fármaco hiciera efecto.

—Yo apenas leo ficción. Lo mío son los ensayos y los documentos técnicos. Toc toc —dijo mientras se golpeaba suavemente una sien con los nudillos—. Mente científica. Pero durante la reunión una cuestión despertó mi curiosidad. ¿Quién es Alberto Caeiro?

Anna enderezó la espalda y colocó las manos sobre las rodillas. Eligió cuidadosamente las palabras.

—Alberto Caeiro es un jirón del poeta portugués Fernando Pessoa.

—Suená interesante. ¿Quieres contármelo?

—Fernando Pessoa es uno de los grandes poetas europeos. Nació en Lisboa el 13 de junio de 1888. Recuerdo la fecha con exactitud a raíz de una anécdota que luego te contaré. A primera vista su vida fue gris, incluso vacía de los acontecimientos más cotidianos... No se casó ni tuvo hijos y apenas se le conocen amores o amistades.

Tenía un aburrido empleo como encargado de la correspondencia comercial en una oficina, y excepto por unos años pasados en Sudáfrica apenas salió de su ciudad.

Mientras charlaba Anna notaba cómo sus miembros se relajaban y la serenidad la invadía.

—Tras el fallecimiento la familia, revisando sus pertenencias, encontró un baúl. Contenía cientos de papeles que iban a cambiar el peso específico de las letras portuguesas en el mundo. Poemas, cartas, prosa, reflexiones... La mayor parte del material estaba inédito, Pessoa apenas publicó en vida. Sus estudiosos lo han definido como un baúl lleno de gente.

—¿Lleno de gente? ¿Por qué?

—Porque los textos estaban firmados con diferentes nombres. Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Ricardo Reis, Antonio Mora, Rafael Baldaya... y un largo etcétera. Todos ellos son Fernando Pessoa.

—¿Son seudónimos?

—No. Me temo que es un poco más complicado. Se trata de heterónimos.

Anna estiró las piernas sobre el colchón y comprobó que tenía una carrera en las medias. Aunque estaban secas se sentía incómoda con ellas.

—¿Te importa?

—En absoluto. Estamos entre chicas, ponte cómoda.

Se las sacó junto con la falda. Tras comprobar la pulcritud de las sábanas se metió en la cama cubriéndose hasta la cintura.

—Los escritores utilizan seudónimos para ocultar su identidad. Pueden hacerlo por un montón de motivos: políticos, sociales, económicos... En definitiva se trata de alguien que escribe usando otro nombre. Los heterónimos van un paso más allá. El autor no solo adopta otro nombre, sino también una nueva personalidad. Es decir, en primer lugar crea un personaje, que es quien escribe. Hay pocos casos conocidos, y ninguno de ellos tan complejo como el de Fernando Pessoa. Cada uno de esos nombres tiene detrás una identidad propia. Incluso se relacionaban entre ellos, escribiéndose cartas.

Luna, incrédula, sacudió la cabeza.

—Alberto Caeiro es uno de los más desarrollados. Tiene su propia biografía, e incluso una apariencia física: rubio, ojos azules y estatura media. Huérfano, carecía de instrucción. Pasó casi toda su vida en el campo. Sus poemas son bucólicos, austeros. Murió joven, de tuberculosis. Los versos que figuran en la placa de la biblioteca pertenecen a su obra menos desconocida: *El guardador de rebaños*.

—Antes dijiste que me contarías una anécdota.

—Sí. Pessoa era muy aficionado a la astrología, la numerología y el ocultismo. Incluso durante una época pensó en dedicarse profesionalmente a ello. Hacía cartas astrales de todo y de todos: Victor Hugo, Napoleón, Portugal e incluso de la República. Y por supuesto también la suya. Para ello necesitaba conocer con exactitud la hora de su nacimiento, que según le habían comunicado fue las quince

horas y veinte minutos. Pero siempre desconfió de ese dato, hasta el punto de hacerse a sí mismo varias cartas astrales variando ligeramente la hora del natalicio. Robert Bréchon, uno de sus biógrafos, afirma que hace unos años un especialista portugués reconstruyó los cálculos tomando las quince horas y veintidós minutos del 13 de junio de 1888. ¿Sabes cuál resulta ser entonces la fecha prevista de su muerte?

En la sala de juntas de *Arácnida*, Luna se mantuvo en silencio.

—El día en el que falleció.

Anna abrió la boca en un profundo bostezo.

—Lo siento. Estoy muy cansada.

—Cierra los ojos y duérmete.

—No. Si esa puerta se abre y algo se acerca, quiero estar despierta.

Una idea se iluminó en la mente de Luna.

—Espera. Dale la vuelta al ordenador, de forma que la cámara quede orientada hacia la entrada de la habitación. Yo vigilaré, y si sucede cualquier cosa gritaré para despertarte.

Anna dudó. No quería romper el contacto visual con Luna, su presencia la confortaba. Pero sabía que en breve el sueño la vencería y entonces alguien estaría pendiente de la entrada del cuarto. Decidió que Luna proponía la mejor opción.

—Jamás consigo dormir si no leo algo primero. Haré parte de mis tareas. Por favor... —rogó mientras giraba el ordenador.

—No te apures, no apartaré los ojos de la entrada.

Ya fuera del encuadre Anna cogió el abrecartas y lo dejó a su lado, sobre el colchón. Luego tomó entre las manos el primer cuaderno del diario de Bastian.

Capítulo X

Anna Krauss abrió el cuaderno y pasó por alto las páginas dedicadas al prólogo.

Un recuerdo de mi infancia es tan nítido que si cierro los ojos y lo evoco regresa con la frescura de los hechos recientes.

Tengo tres años, es de noche y estoy acostado en mi cama. Como siempre, no sé dormir de otra manera, la sábana y las mantas me cubren hasta la nariz. Mamá me ha contado un cuento con el que pretendía hacer ligero el paso de la vigilia al sueño. Cuando he fingido dormir ha salido procurando no hacer ruido.

Aunque la casa no es grande dispongo de mi propio dormitorio. Mi hermana Rosa aún no ha llegado, nacerá dentro de un año, y entonces lo compartiremos durante un tiempo. Esta noche mamá y yo estamos solos, mi padre se encuentra en el trabajo.

Fuera ella ha apagado el televisor, al que no suele prestar demasiada atención. Después la he oído trajinar, ocupada como siempre en ordenar y recoger. Aunque ahora los ruidos han cesado. No sé qué hace pero sigue en el salón, la delata la fina franja de luz blanca que se cuelga por debajo de la puerta.

Y así discurre el tiempo, no sé cuánto, hasta que el silencio se ve turbado por un sonido: un llanto de mujer.

Mamá llora, y no sé por qué.

A sus sollozos se unen ahora los de un hombre. Los dos son quedos, suaves, y parecen tener su origen en una causa perdida, lamentándose de lo inevitable. Ignoro qué habrá sucedido, qué ha hecho volver a mi padre del trabajo para llorar junto a su mujer. No le he oído regresar. Debe de tratarse de algo muy grave.

Entonces la voz de él, que suena quebrada, susurra.

—Solo es verdad en apariencia... —El tono es muy bajo, apenas puedo entender lo que sigue—. No es mi amante.

Luego, en un torrente, se mezclan las palabras atropelladas de ambos. Se me hacen incomprensibles en su contenido. Decidido a indagar abro la puerta unos centímetros. No llego a mirar, no pretendo espiar, solo quiero oír mejor, averiguar si puedo ser de utilidad.

Ahora escucho como él la besa. Ella le frena con rotundidad, y con una voz que me hiela la sangre en las venas habla.

—Déjame. Quiero razonar contigo por miedo a olvidarlo... En cuanto te veo, todos los deberes desaparecen; no soy más que amor por ti, o mejor

dicho, la palabra amor resulta insuficiente. Siento por ti lo que únicamente debería sentir por Dios: una mezcla de respeto, de amor, de obediencia... Realmente, no sé lo que me inspiras. Si me dijeras que apuñalara al carcelero, cometería ese crimen sin pensarlo siquiera. Explícame esto antes de dejarte; quiero ver claro en mi corazón, ya que, dentro de dos meses, nos vamos a separar.

Mi estómago se ha convertido en un puño cerrado.

¿Por qué la voz que acabo de escuchar con tanta nitidez no pertenece a mi madre?

¿Quién es esa mujer? ¿Por qué está en nuestra casa a estas horas? ¿Cómo ha logrado entrar sin que yo lo notara? Y lo más importante: ¿qué hace mi madre mientras?

Asomé la cabeza y miré afuera.

Una única lámpara permanecía encendida, un flexo negro cuya luz estaba orientada hacia el sofá. Recostada en él se encontraba mamá. Dormía. Vestía una prenda de color crema. Descalza, mantenía los pies apoyados en una banqueta. En el suelo descansaban desordenados los zapatos cómodos que solía usar para andar por casa. Junto a ellos, caído, el libro que sin duda había resbalado de sus manos al vencerla el sueño, abierto por una página cualquiera.

Las voces habían callado y la estancia se hallaba ahora en silencio. Inquieto, busqué con la mirada a la otra mujer, pero no encontré ni rastro de ella. Tampoco pude ver a mi padre. Pero eso era imposible: ¡tenían que encontrarse en el salón!

Entonces las voces reemprendieron su diálogo, salpicadas por fuertes emociones. No llegaban desde otra habitación ni procedían de alguna vivienda cercana. No. Nacían en el cuarto donde, sin embargo, únicamente nos encontrábamos mamá y yo.

Solo nosotros.

Nadie más.

Nosotros...

Y el libro.

Asombrado me acerqué hasta él y tomé asiento en el suelo, a su lado. Lo contemplé durante varios minutos. Al fin lo tomé entre las manos, delicadamente, como si fuera posible dañarlo mediante algún gesto brusco. Dirigí la vista a las páginas. Por primera vez en mi vida miré dentro de un libro.

Primero, papel. Después, las siluetas negras de las letras, que ya era capaz de reconocer, ordenadas en filas. Luego, tras unos instantes de quietud, estas comenzaron a moverse, replicando el sinuoso movimiento de las serpientes al reptar, como si unas manos invisibles sujetaran uno de los extremos de cada

línea agitándolas. Fueron perdiendo vigor, volviéndose más y más transparentes, dejando adivinar las cosas que tras ellas se ocultaban. Hasta que al fin desaparecieron y el libro en mis manos era una ventana.

A través de ella contemplé a un hombre joven y a una mujer. Se encontraban en el interior de una celda. Él estaba de espaldas, permanecía en pie y se disponía a hablar de forma muy ceremoniosa. Sentada enfrente, de cara a mí, ella poseía una belleza dulce. Con toda seguridad era la mayor de los dos en edad.

—Pues bien. Júrame entonces por el amor que sientes por mí que no atentarás contra tu vida ni directa ni indirectamente —exclamó él—. Piensa que tienes que vivir para cuidar de mi hijo, a quien Matilde abandonará en manos de los lacayos en cuanto sea marquesa de Croisenois.

La mujer abrió la boca para responder y entonces ocurrió algo que me dejó perplejo: nuestras miradas se cruzaron. Desde el interior del libro ella reparó en mi presencia y eso la turbó. El desconcierto apareció en su rostro. Yo no debería estar allí, viendo cómo resolvían sus asuntos en aquella celda, y eso resultaba evidente para ambos. Pero la fortuna quiso que él, demasiado pagado de sí mismo, no lo advirtiera. Finalmente la solemnidad del momento pareció vencerla y olvidándome se centró de nuevo en el hombre. Con frialdad le respondió: lo juro.

Entonces cerré el libro y los sonidos cesaron.

Miré la cubierta.

Rojo y negro, Stendhal.

Permanecí un buen rato con la novela entre las manos, sin saber qué hacer. No por tener tres años aquello me impactó menos de lo que habría impresionado a un adulto: un niño no es un necio cuya inteligencia se desarrollará con el paso del tiempo, sino un ser que al crecer ganará experiencia conforme pierde lucidez.

Han transcurrido muchos años, más de cuarenta, desde esa noche remota de invierno. El descubrimiento supuso un punto de inflexión en mi vida, casi fue como nacer de nuevo. Marcó el inicio de una nueva existencia en la que pude acceder a miles de planetas nuevos: uno por libro. Son tantas las veces que en ellos me escondí, refugiándome de los avatares que mi peculiar naturaleza me ha deparado...

Jamás, ni entonces ni ahora, he sabido cómo ni por qué ocurre, pero siempre pasa de la misma forma: miro y veo. Esta singular facultad, la primera de mis rarezas de la que tuve conocimiento, no estaba aún plenamente desarrollada. Todavía pasarían algunos años hasta que, además de mirar, pude entrar en el interior de los libros.

Dejé el libro en su regazo y eso hizo despertar a mamá. Se desperezó levantando los brazos y me miró.

—Bastian, cariño, me he dormido.

—Toma, se te ha caído.

—Gracias —respondió.

Sonrió y me envolvió con un tierno abrazo. Me acarició su olor suave de madre. Convertida en mi dios particular los fantasmas se evaporaron temerosos de su invencible poder.

—Es muy tarde. Esta noche tu padre no está —dijo mirando nuestro reflejo en la cornucopia que pendía de la pared. Acarició distraídamente la peca de mi frente—. ¿Quieres dormir conmigo?

Y sin esperar la respuesta, de sobras la conocía, nos dirigimos a su dormitorio.

Anna cerró el cuaderno y exhaló un profundo suspiro. Lo apoyó contra el pecho. Decidió no pensar en lo leído hasta mañana. Dio media vuelta en la cama y cerró los ojos. Lentamente un bienestar surgido de la nada la fue invadiendo. Inapelable, se extendió por la espalda y trepó hasta nublar su cabeza. Me estoy durmiendo, pensó, y ese destello de lucidez la hizo regresar al mundo de los despiertos. Pero el proceso, inevitable, continuó. Los sentidos la fueron traicionando y las semillas de sus sueños quedaron sembradas. Su respiración se acompasó y las manos se dejaron ir, la izquierda cerrada, la derecha abierta...

Su sueño fue tranquilo, de pocas vueltas en la cama, reparador, sin apenas murmullos ni palabras entrecortadas. Nada lo turbó. Ni siquiera la despertaron los ruidos que hicieron Luna y Yago durante el cambio de turno.

Capítulo XI

Anna Krauss encontró en el baño todo lo necesario para su aseo personal. El mío y el de un pequeño ejército, le contó más tarde a Luna, quien ha organizado todo esto esperaba a un montón de invitados. Tomó una larga ducha, se cepilló los dientes y salió del baño envuelta en una toalla color beige. Su estómago protestó; se sentía hambrienta, llevaba prácticamente veinticuatro horas sin ingerir ningún alimento. Preparó un copioso desayuno a base de cereales, zumos y fruta que devoró de pie en la cocina. Mientras lo saldaba ingiriendo un café muy cargado, decidió que con aquel atuendo no iba a presentarse ante nadie. Fue al vestidor y rebuscó en los armarios hasta encontrar ropa limpia de mujer. Revisó las medidas y comprobó que eran las suyas.

Trasladó el ordenador portátil de Jon Vivaldi desde el dormitorio hasta el estudio y saludó a Luna. Cuando esta le preguntó por su cambio de indumentaria, descubrieron que ambas usaban prácticamente las mismas tallas. Entonces Anna encendió un cigarrillo y entre volutas de humo la hizo partícipe de los aspectos más significativos del primer capítulo del diario de Bastian.

—Me parece sencillamente fascinante. Ese muchacho...

—Hombre, no lo olvides. En 1974 Bastian tenía, según Eva Marino, alrededor de siete años. En la actualidad pasa de los cuarenta.

—Es cierto. Ese hombre posee habilidades extraordinarias que van mucho más allá de manejarse con una bola de cristal o hacer correr un vaso invertido sobre un tablero güija.

Luna solicitó algunas aclaraciones y tomó varias notas que más tarde introdujo en WIP. Después le aclaró que Yago y Hugo habían abandonado las instalaciones de *Arácnida* a primera hora para dar inicio a sus investigaciones, según acordaron durante la reunión mantenida la noche pasada, a la que se refirió como *ayer*. A Anna se le hizo entonces un nudo en el estómago. *Ayer*, repitió. Ya tengo, pensó con desasosiego, un pasado en este lugar.

—Si no tienes inconveniente, propongo que en primer lugar registres el piso. Mientras tanto yo accederé desde aquí al disco duro del ordenador de Jon Vivaldi. Quiero echarle un vistazo. Necesito algunos datos del módem que estás empleando para conectarte a internet.

El funcionario del Registro de la Propiedad al que se hallaba adscrito el Pueblo Seco encogió los hombros detrás del mostrador cuando Hugo dejó su tarjeta. Le rogó que esperase y desapareció sigilosamente por una puerta lateral. Al cabo de varios minutos regresó anunciándole que el señor registrador le recibiría en su despacho de inmediato.

El registrador rondaba la cincuentena y presentaba un aspecto tan accesible que

parecía recién llegado desde el planeta *Fraternidad*. Yago se había puesto en contacto con Igor Coll, un poderoso hombre de negocios con quien mantenía una estrecha relación, para pedirle que movilizara sus influencias. Hugo se preguntó si la llamada hecha por Igor al registrador anunciando su visita y pidiendo la más estrecha colaboración tendría algo que ver con la buena sintonía. Cuando asomando bajo el puño de la camisa vio su reloj, un Hublot de varios miles de euros, y lo comparó con su Swatch de plástico, dedujo que sí. Como conocía la naturaleza efímera de las relaciones contra natura decidió ir al grano.

—Necesito información sobre un par de inmuebles. Uno de ellos es un edificio público de construcción reciente. Una biblioteca. No creo que tenga más de quince o veinte años. —Apoyó los codos en los brazos del sillón—. El segundo quizá presente alguna complicación, puesto que ya no existe. Se trata del que se alzaba antes justo en el mismo lugar. ¿Supone eso un inconveniente?

El registrador descartó cualquier posible contratiempo con un ademán enérgico.

—En absoluto. Nuestras anotaciones son históricas e incluyen el periodo al que usted se refiere.

—Podría solicitar los datos en su página web, pero tardaría varios días en recibirlos. Y no dispongo de ellos.

—Así es. Esos procesos son lentos. Ya sabe..., los informáticos —apuntó con desdén.

—¿Puede ayudarme?

—Desde luego. Le asignaré a un recurso inmediatamente.

Hugo se preguntó si con el término recurso pretendía referirse a un humano.

—Los deseos de Igor son órdenes para mí. Por cierto, este fin de semana le veré. Tenemos junta en el club náutico de S'Agaró. Solemos navegar a menudo. ¿Usted es aficionado a la vela?

—No —respondió dando por zanjada la conversación. Aquel pedante le incomodaba—. Suelo marearme en los barcos.

Yago Durán estacionó la Ducati Diavel en la confluencia de Poeta Cabanyes con avenida del Paralelo. Abrió su cartera de cuero negro y comprobó que en el interior se encontraba, además de su ordenador, una fotografía reciente de Jon Vivaldi que Luna había conseguido en internet.

Decidió comenzar por los comercios. Prácticamente todos estaban regentados por inmigrantes que llevaban pocos años en el país. Procuraba hablar con el propietario o el encargado, al que siempre contaba el mismo embuste. Buscaba a un amigo que solía andar con otro hombre nacido en Poeta Cabanyes, al que era fácil distinguir por una llamativa señal: una peca con forma de triángulo escaleno situada en la frente. Pero no obtuvo ningún resultado.

Reprimió una mueca de hastío y entró en un bar para tomar algo caliente. Instalado en una mesa puso en marcha el ordenador y accedió a WIP. Quizá las

gestiones llevadas a cabo por los demás hubieran dado frutos que pudieran arrojar alguna luz, pensó esperanzado, pero tras leer el resumen del diario de Bastian se frotó los ojos con los puños.

Entonces se le ocurrió.

—¿Hay por aquí alguna librería? —preguntó al camarero.

—Sí.

Yago se dijo que el tipo era conciso en sus respuestas.

—¿Dónde?

—Suba por Poeta Cabanyes hasta la primera travesía —se explayó—. Doble a la izquierda. La calle se llama Blai, pero más adelante se convierte en Blesa. Sígala y la encontrará. Cinco minutos andando, no más. Librería Tunis.

—¿Lleva mucho tiempo abierta?

—Sí. Es un negocio familiar, ha ido pasando de generación en generación.

Mientras el recurso facilitado por el registrador, que resultó ser un hombre llamado K, buscaba las anotaciones correspondientes a la biblioteca Alberto Caeiro y los diez pisos del antiguo inmueble situado en la calle Poeta Cabanyes 115, Hugo navegó por internet en busca de datos.

Tal y como había supuesto la biblioteca databa de la década de los noventa. La primera piedra la puso el propio alcalde de Barcelona en 1995, tras la correspondiente expropiación y derribo del edificio de viviendas que se alzaba en su lugar. Dos años después un nuevo alcalde procedió a inaugurarla a bombo y platillo. La construcción no estuvo exenta de polémicas, se detuvo en varias ocasiones por problemas de dotación presupuestaria.

Consultó su bloc de notas. Una de ellas le llamó la atención. Durante la descripción del inmueble Anna Krauss había mencionado la cara de un hombre gordo y sonriente tallada sobre el dintel de la puerta. Decidió seguir el rastro. Localizó una web dedicada a las curiosidades de la Barcelona histórica. Estuvo seguro de que en lo sucesivo podía serle de utilidad, y la agregó a su lista de favoritos. En un apartado de la página encontró lo que buscaba. Con esas figuras antaño se identificaba discretamente, explicaba el autor, a las casas de citas. Alguien se había entretenido en hacer un inventario exhaustivo de las pocas que aún se conservaban.

—Hay gente —susurró fascinado— para todo.

Bajó la lista en pdf y satisfecho comprobó que databa de 1993. Era anterior, por lo tanto, al derribo del antiguo inmueble. Recorrió con un dedo la lista sobre el monitor del ordenador hasta que encontró la dirección: Poeta Cabanyes 115. Chasqueó los dedos. Anna Krauss no podía conocer ese detalle sin haberlo visto con sus propios ojos, se dijo, está sucediendo de verdad.

Luna revisó de cabo a rabo el disco duro del ordenador portátil de Jon Vivaldi, pero no logró encontrar ni un solo documento creado por él. O Jon tenía esa máquina para

decorar su mesa, concluyó, o todos sus ficheros están ocultos mediante FH.

Examinó el programa maestro y comprobó que durante el proceso de instalación estándar volcaba 1.936.421 archivos en la carpeta *FH Files*. Sin embargo, la versión que se encontraba en el ordenador de Jon contaba con 1.936.495, es decir, setenta y cuatro archivos más. Esos, dedujo Luna, son los creados por él.

Orgullosa se dijo que no tenía ningún sentido buscarlos secuencialmente. Teniendo en cuenta que cada uno de ellos debía descomprimirse primero, alguien diestro en el manejo de esos programas tardaría unos treinta segundos en completar el proceso de abrir, comprobar el contenido y volver a cerrar. Trabajando veinticuatro horas al día una sola persona emplearía años en revisarlos. La única forma de acceder a los setenta y cuatro documentos creados por Jon Vivaldi, concluyó, pasaba por conocer sus contraseñas.

—Lo recuerdo perfectamente —afirmó el viejo Tunis, que tenía algunos problemas para recordar los hechos más recientes pero podía escudriñar en su pasado como si estuviera sucediendo ahora mismo—. Aunque no sé nada de Bastian desde hace un montón años. Le vendía libros, muchos para tratarse de alguien tan joven.

La campanilla instalada sobre la puerta los advirtió de la llegada de un cliente. Tunis se disculpó con Yago Durán y fue a atenderle.

—Me resultaba simpático aquel crío —exclamó cuando de nuevo estuvieron solos—. La primera vez que reparé en él estaba plantado frente al escaparate, mirando una novela expuesta. Parecía hipnotizado. Pasó más de media hora con la vista clavada en ella. Cuando salí a preguntarle si le sucedía algo, negó con la cabeza pero no dijo nada. —El viejo cambió de registro—. Mire, me he pasado toda la vida detrás de un mostrador, y al final aprendes a conocer a la gente con solo echarle un vistazo. Aquel muchacho no nadaba en la abundancia, bastaba con mirar el anorak remendado que llevaba, pero era honesto. Así que le propuse un trato: podía llevarse el libro y ya me lo iría pagando cuando pudiera...

—¿De qué novela se trataba? —preguntó Yago Durán con curiosidad.

Tunis meditó a lo largo de unos instantes.

—*Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. En una edición de bolsillo cuya letra era tan pequeña que casi hacía falta una lupa para poder leerla.

El viejo rio con ganas.

—Ese chico adoraba los libros —prosiguió—. Los cogía con veneración, como si dentro tuvieran personas de verdad en lugar de páginas y letras. Era hermoso ver en alguien tan joven esa pasión. Muy educado, además. Si pasaba por delante de la tienda nunca dejaba de entrar para saludarme. Y venía a menudo, tenía una relación muy estrecha con Vall, el relojero de la calle de las Huertas... Está justo aquí al lado.

1980 - 1989, anotó Hugo.

Acababa de examinar las diez notas simples, correspondientes al antiguo

inmueble, facilitadas por K. Las conclusiones eran espectaculares.

El piso tercero puerta segunda, donde se encontraba encerrada Anna Krauss, había sido objeto de varias transmisiones en los años anteriores a la demolición del edificio. La propiedad, compartida por un hombre y una mujer de extraño nombre, Afra, pasaba en 1973 a ser exclusivamente de ella. En 1977 se transmitía de nuevo, recayendo esta vez en un tal Sebastián, que la mantuvo hasta la expropiación de 1995. Por la forma en que se combinaban los apellidos, Hugo dedujo que Sebastián era el hijo de ambos. Bastian, se congratuló... Al menos ya conocían su nombre completo. Aunque las anotaciones no lo indicaban explícitamente, permitían deducir que las dos operaciones fueron provocadas por causa de muerte.

Los resultados que arrojaron las otras notas simples tampoco tenían desperdicio. Los nueve pisos restantes los adquirió, de forma escalonada, Juan Gandalf en la década transcurrida entre 1980 y 1989. Hugo silbó por lo bajo. La sombra de ese tipo, pensó, es alargada.

Según puso de manifiesto el registro efectuado por Anna Krauss, el piso había sido preparado para que varias personas pasaran en él una larga temporada.

La cocina estaba repleta de comida: verduras frescas, fruta, leche, aceite, cereales para el desayuno, embutidos envasados al vacío, huevos, zumos, especias, productos enlatados, café, infusiones, azúcar, sal, edulcorantes, garrafas de agua mineral... y el menaje necesario para surtir a un batallón completo. Todos los electrodomésticos se encontraban en perfecto estado de funcionamiento. Bajo el fregadero encontró jabón, lejía, detergente y suavizante para la ropa. Además del refrigerador contaba con dos congeladores grandes. Uno de ellos estaba abarrotado de vegetales, carne y pescados. Sin embargo, el contenido del otro era desconcertante: en su interior se hallaban quince bolsas de plástico idénticas, de gran tamaño, llenas de algo que a primera vista le pareció un polvo rojo de fina textura. Intrigada, rasgó la que estaba encima y acercó la nariz, pero la sustancia carecía de olor. Derramó una pequeña parte sobre la mesa y la rozó con las yemas de los dedos. Su naturaleza era cristalina. Se dirigió hasta el estudio y revisó la línea roja que se encontraba en el suelo, frente a la puerta cerrada. Era la misma sustancia. Prosiguió con el examen del resto de las habitaciones.

Hay algo, se dijo al final, que no he visto por ninguna parte. Contó los cigarrillos que quedaban en el interior de la cajetilla: ocho.

Hugo comió un sándwich de pie en una cafetería, pretendía llegar cuanto antes a las oficinas de *Arácnida* para proseguir con la búsqueda de información. Cuando le tocó el turno al café sin leche ni azúcar con el que siempre terminaba sus almuerzos, un parroquiano dejó sobre la barra un periódico. Mientras apuraba la infusión decidió hojearlo... El revuelo del día le había impedido leer los diarios. Distraídamente pasó las páginas hasta que en la sección de sucesos una noticia capturó su atención.

Terminó la bebida a toda prisa y salió dispuesto a buscar un quiosco donde comprar la prensa del día.

Vall era un anciano enjuto, de aspecto frágil y distinguido. Sin embargo gozaba de una salud envidiable. Sus movimientos eran ágiles y disfrutaba de una mente preclara, como si haber pasado toda su vida entre máquinas de medir tiempo le hubiera servido para hacer un pacto con los años, que transcurrían a su lado sin golpearle.

Tildar de comercio a su relojería era más que generoso. El local era muy pequeño y estaba abarrotado de objetos relacionados con su profesión. Vall no vendía relojes, los reparaba, y la superficie de su mesa de trabajo estaba repleta de lupas, pinzas, gratas, punzones, porta movimientos, mecanismos destripados, ruedas dentadas, pequeños martillos, infinidad de tornillos y útiles para sacar cristales.

—¿Tiene problemas?

—Francamente no lo sé. Es lo que intento averiguar.

El viejo hizo un gesto afirmativo. Iba a replicar algo, pero de repente frunció el ceño y se llevó un dedo a los labios demandando silencio. Cerró los ojos. Entonces una suave brisa, salida de la nada, los envolvió. Era fresca, suave, limpia. Además, se dijo Yago Durán sorprendido, huele a mar. Duró apenas unos segundos, después se marchó sin avisar, como había llegado. Vall sonrió y susurró: «Gracias».

—Disculpe. A veces suceden estas cosas. Son... regalos. Para recibirlos tan solo hay que estar preparado. Si dispusiéramos de más tiempo se lo explicaría, pero las horas siempre son un bien escaso. Además, hay lugares hasta los que solo es posible llegar por uno mismo. Lo imposible —sentenció— está abierto. Siempre ha sido así.

Vall aseguró que, como sucedía con el viejo Tunis, no tenía noticias de Bastian desde hacía más de tres décadas.

—Afra, su madre, y yo nacimos en esta misma calle. Nos pasamos la infancia correteando juntos por esas aceras. Pero la vida nos llevó por caminos diferentes. Ella se casó con un chico de fuera del barrio, buena gente, y se instalaron en la calle Poeta Cabanyes. Yo proseguí con el negocio familiar. A Bastian le encantaba este lugar. Cuando visitaba a sus abuelos siempre insistía en venir a verme. Poseía una imaginación desbocada. La sed de saber era en él insaciable: sus preguntas se alargaban en una sucesión casi infinita... ¿Existen relojes que anden al revés? ¿Los minutos tienen sesenta segundos en todo el mundo? ¿El tiempo transcurre al mismo ritmo en todas partes?... Como yo, se sentía fascinado por la duración de las cosas.

Vall prosiguió con su historia. Afra, apuntó, no había sido una mujer con suerte. O sí la había tenido, se corrigió, pero mala. Parió, cuatro años después del nacimiento de Bastian, una niña: Rosa. Pero desde el alumbramiento una sucesión de desgracias se abatieron sobre ella. Al año la niña había muerto, víctima de una dolencia que los médicos no fueron capaces de determinar, y meses después falleció su marido en un accidente laboral. Eso la situó en una posición incómoda, había abandonado su

trabajo al contraer matrimonio para ejercer de ama de casa. Pero poco le duró la pena, unos años más tarde perdió la vida al ser atropellada por un vehículo. Lo conducía un borracho, que se dio a la fuga. La policía logró dar con él unos días más tarde.

—No sé nada más de eso —aseguró taxativo ante la intención de Yago Durán de profundizar en el asunto.

—¿De qué vivieron Afra y su hijo tras la muerte del padre de Bastian? —En la pregunta había un reproche que Vall supo captar.

—De lo que podían, como todos —cortó. Yago Durán decidió no insistir. Pero para él era determinante obtener información sobre el empleo de Bastian como adivinador. El viejo miró uno de los relojes, colgado de la pared, con un gesto que anunciaba el fin de la entrevista. Optó por la vía directa.

—¿Bastian poseía alguna facultad... extraordinaria?

Vall lanzó un profundo suspiro y guardó un silencio que parecía no tener fin.

—¿Se ha planteado alguna vez, señor Durán, que el solo hecho de que existamos es estadísticamente casi imposible? Nuestros padres se conocieron por eso que llamamos una casualidad y nos concibieron en un día que pudo ser otro cualquiera, al igual que nuestros abuelos..., y así podríamos remontarnos hasta los albores de la humanidad. El ser humano dota a ese enorme caos, puesto que así lo necesita, de una cierta coherencia. Es decir, en el fondo busca un *porqué* y un *para qué* a todo lo ocurrido. A eso le llaman Dios. Un Dios, por supuesto, bueno. —Encogió los hombros—. Allá cada cual con lo suyo, en el fondo tanta fe se requiere para creer como para no hacerlo, ya que no hemos sido capaces de demostrar la existencia de ese ser superior pero tampoco su inexistencia. Aunque en el fondo da igual, si usted y yo no estuviéramos aquí habría otros en nuestro lugar. No serían iguales a nosotros pero sí muy parecidos. —Vall se puso de pie e hizo un gesto a Yago Durán con el que le animaba a imitarle—. Esa sustituibilidad en el caso de Bastian no existe. Por un motivo muy simple. Podrían pasar cientos de millones de años hasta que la cadena de coincidencias sitúe a alguien parecido sobre la faz de la tierra.

El viejo se dirigió a la puerta. Me está echando, pensó Yago Durán.

—Bastian —concluyó Vall— es especial. No puedo darle más detalles, pero le pondré un ejemplo. En una ocasión me hizo un regalo. Fue justo después de la muerte de su hermana Rosa. Una pelota. Al tomarla entre mis manos experimenté el pesar más inmenso que he sentido a lo largo de toda mi vida, que no ha sido corta ni parca en hechos.

—Una última pregunta, por favor. ¿Qué fue de Bastian tras el atropello de Afra?

—No tenía más parientes, al menos cercanos. Se hizo cargo de él un hombre al que no habíamos visto antes. No recuerdo su nombre, solo le vi una vez.

—¿Podría ser Juan Gandalf?

Desde dentro Vall sonrió.

—Podría —respondió mientras cerraba la puerta y corría el cerrojo.

Capítulo XII

Anna buscó la página correspondiente a la siguiente entrada del diario de Bastian y se zambulló en el texto.

A la noche en que contemplé la conversación entre madame de Rênal y Julien Sorel siguieron dos años de relativa tranquilidad. Mi vida, la propia de un muchacho, transcurría a caballo entre los juegos infantiles, la escuela y el descubrimiento paulatino del mundo bajo la tutela de mis padres. Llevaba, pues, la existencia corriente en un niño de mi edad.

Mi extraña aptitud se desarrollaba lentamente, sin causar sobresaltos. Aunque aún no era capaz de entrar físicamente en el interior de los libros en aquella época ya podía hablar con sus personajes. Las charlas que mantenía eran entonces muy similares a las que ahora sostengo, apenas han cambiado. Cortas y parcas en contenido, basadas en preguntas más que ellos suelen responder sin alargarse demasiado. Jamás toman la iniciativa ni se dirigen a mí si yo no les hablo primero, se encuentran en su mundo y a menudo me ven como una interferencia molesta.

Y así andaba, creciendo despacio, cuando mi madre quedó de nuevo encinta. Por comentarios que más adelante cacé al vuelo, no iban dirigidos a mí, se trató de un embarazo accidental. Pero pese a las estrecheces de nuestra economía doméstica la noticia fue acogida con júbilo. Al fin iba, me dijeron, a tener un hermano, que acabó siendo niña. El alumbramiento se produjo a lo largo de la madrugada del 13 de agosto de 1971, jornada de santa Gertrudis de Altemberg, san Hipólito mártir y san Antíoco de Lyon.

Rosa era una niña de aspecto sano, poco pelo, peso mediano y nada dada al llanto. Tuvo, además, un papel destacado en mi primera predicción de un hecho futuro. A las pocas semanas de su nacimiento fui capaz de determinar, con exactitud, el día y la hora de su muerte. En el asunto no participaron bolas de cristal, almas de difuntos, posos del té o cualquiera de los muchos útiles tan propios de los adivinos. Fue algo mucho más simple y a la vez extraño cuya mecánica luego destriparé. Por ahora solo diré que, incauto, cometí el error de preguntar...

La revelación me produjo un profundo desasosiego. Desde entonces las predicciones han sido muchas y siempre acertadas, pero aquella era la primera y además a una edad muy temprana. ¿Se concretaría en una realidad? ¿Lo sabía alguien más? ¿Se podía evitar? Durante varios días no compartí la información con nadie, no sabía cómo gestionarla, y soporté solo la angustia que me causaba. Finalmente decidí trasladarla a instancias superiores y se lo

conté a mi madre.

No hay momento bueno para dar una mala noticia. Aunque me devané los sesos buscando una ocasión propicia, no fui capaz de encontrarla. Una tarde hice de tripas corazón y me lancé al envite. Al principio ella me escuchó con la habitual paciencia que empleaba conmigo, pero cuando comprendió qué le estaba diciendo su semblante se transformó. La ternura abandonó el rostro, que acabó convertido en una máscara acerada, y la sentí a mil años luz de distancia. Permaneció inmóvil, mirándome con ojos de hielo durante mucho tiempo. Después sujetó mis hombros, agitándome con fuerza. Me hacía daño.

—Nunca, nunca vuelvas a decir eso —gritó—. ¡Nunca más!

Me castigó mandándome a mi habitación, de la que no salí a lo largo de varias horas. Cuando al fin la abandoné, para cenar, su actitud ya era la de siempre.

Y el asunto quedó oculto bajo la alfombra.

Anna Krauss abandonó el texto y suspiró. Entendía la actitud de Afra, la madre de Bastian. Con toda probabilidad atribuyó las palabras de este a un juego macabro y decidió cortar por lo sano, seguramente ella habría hecho lo mismo si alguien le hubiera anunciado la muerte de un hijo basándose en predicciones esotéricas. Pero la recorrió un escalofrío cuando pensó en Bastian, llevando sobre los hombros aquella pesada carga, viendo cómo se acercaba el día señalado sin que nadie hiciera nada.

Llegada la fecha sucedió tal y como yo había vaticinado. Rosa no llegó a cumplir el año de vida.

Tras el sepelio se abrió un paréntesis de muchos meses en los que mi madre no hizo referencia alguna a nuestra conversación. No fue hasta más adelante, durante una tarde lluviosa de otoño, cuando estando solos en el salón de nuestra casa me sorprendió con una pregunta.

—¿Cómo lo supiste? —No dio más referencias, no eran necesarias. Su voz sonó áspera y la mirada, de nuevo, estaba llena de escarcha.

Se lo conté. Ella se mantuvo en silencio, escuchando sin interrumpir. Cuando terminé asintió, pero no añadió ni una sola palabra.

Bastian dedicaba las páginas siguientes a analizar los fundamentos de su facultad para predecir. Con una precisión científica diseccionaba cómo y por qué lograba averiguar el futuro. La clave, especificaba, se encontraba en una arritmia del tiempo. Se vio obligada a releer varias veces los mismos párrafos, reflexionando sobre ellos. Cuando al fin logró comprender su significado, se frotó los ojos, perpleja.

—Dios mío, no adivina el futuro... Sencillamente los personajes de los libros se lo cuentan.

Bastian continuaba haciendo una advertencia: su capacidad para predecir no era absoluta.

Esta facultad tiene tres limitaciones, todas de gran importancia: cualquier referencia a mi propio destino, la fecha terminal y la inalterabilidad del futuro.

Los personajes jamás me comunican hechos relacionados directa o indirectamente con mi persona. Desconozco por qué. Cuando los interrogo al respecto muestran aprensión y miran a su alrededor, comprobando si alguien nos escucha. Después zanján la conversación con un gesto destemplado e incluso en algunas ocasiones manifiestan actitudes hostiles: alzan los brazos, abandonan la estancia en la que se encuentran dando un violento portazo o destrozan contra el suelo lo que tienen más cerca.

La fecha terminal es el 11 de septiembre del año 2017. Ese es el último día del que obtengo información. Cuando les pregunto sobre algún suceso que está más allá parecen desorientados, y afirman ignorarlo todo. Aunque es arriesgado efectuar deducciones en este terreno, en el que la lógica tan poco cuenta, pienso que solo pueden existir dos motivos: ya no existirán los libros o bien será el día de mi defunción... En el fondo me da lo mismo, ambas cosas se parecen demasiado.

Anna asintió, intentando imaginar un mundo sin libros... Ella se sentiría vacía y malograda, privada de la facultad de soñar, a la deriva como un navegante sin mar o un explorador espacial que no tuviera estrellas que visitar.

Y la tercera. Los personajes de los libros se limitan a informarme sobre hechos ciertos, seguros, que no se pueden cambiar. Por lo tanto, mi facultad no sirve para prevenir. Y eso me conforta, porque de lo contrario... ¿no sería inmensa mi responsabilidad?

No me vanaglorio de esta aptitud, si fuera posible me libraría de ella; en el saber tan malo es el poco como el demasiado. Pero afortunadamente con el transcurso del tiempo he llegado a conocerla bien, e incluso si me conviene sé cómo evitarla: casi siempre basta con no preguntar.

No preguntar... ¿De qué sirve conocer lo inevitable antes de que ocurra? Un mal futuro puede estropear el presente más brillante con preocupaciones que a nada conducen, y uno bueno enfangarlo desluciendo los logros diarios.

No preguntar... A menudo el silencio es la medicina más sabia.

Estas palabras marcaban el final de la segunda entrada. El siguiente capítulo era el primero con título: *La cosificación*. Luna continuaba concentrada en su trabajo, y no había ni rastro de Yago Durán o Hugo. Decidió seguir adelante. Aquel diario,

pensó, tenía un efecto hipnótico sobre ella.

La cosificación.

Desde que vine al mundo la facultad de sentir fue en mí tan acusada que amenazaba con desbordarme. Y precisamente esa extrema sensibilidad provocó otra de mis extrañas capacidades: la cosificación.

Antes de continuar debo aclarar una cuestión. En este relato no pretendo enumerar todas y cada una de mis rarezas. Solamente expondré las necesarias para la adecuada comprensión del texto. Del resto, como la que provoca la extraña situación en la que se encuentran algunos de sus cinco destinatarios, encerrados en el inmueble de la calle Poeta Cabanyes 115, no hablaré... Hacerlo supondría allanar el camino a aquellos de quienes huimos.

Prosiguiendo diré que la muerte de mi hermana Rosa me sumió en un profundo estado de postración. Lo provocaban dos causas: la pérdida en sí misma pero también haber sido incapaz de evitarla. Hoy sé que no pude hacer nada para salvar su vida; cuando en aquella noche remota de mi infancia la curiosidad me venció y pregunté a uno de mis extraños amigos sobre su porvenir, en algún lugar del futuro ella ya estaba muerta. Pero entonces lo ignoraba y la culpa me devoraba.

El abatimiento era tal que incluso amenazaba mi salud. Comía poco y mal, apenas dormía y presentaba un aspecto desmejorado. Mis padres andaban demasiado ocupados en sobrevivir al terrible golpe, por lo que no me sirvieron de gran ayuda. Únicamente encontré consuelo en un buen amigo, el relojero Vall, a quien también apasionaba el discurrir del tiempo.

Mientras tanto los días se sucedían con languidez, hasta que una tarde pude al fin librarme de aquel pesar. Me encontraba en mi cuarto, sentado en la cama. El suelo estaba abarrotado de juguetes y objetos desperdigados. Una pelota roja, ubicada en un rincón, llamó mi atención. Quedaba justo en ese punto de la visión donde las cosas se ven de reojo. El instinto me llevó a girar la cabeza, despacio, para enfocarla directamente. Entonces hurgué con insistencia en mi dolor, recreándome en él, convirtiéndolo en algo sólido, cosificado. Cerré los ojos, conté hasta tres y exhalé un fuerte suspiro. Después en mi estómago nació una arcada que no llegó a consumarse en vómito..., y sentí un profundo alivio. Cuanto terminé con el ritual la pena ya no estaba en mí, y supe que se hallaba en la pelota.

Tenía, además, una corazonada. Los objetos no sienten dolor, y por lo tanto no pueden ser su fin último. La pena, intuía, se había instalado en la pelota de forma transitoria, a la espera de recabar sobre otro ser vivo. Decidí hacer un experimento: dársela a alguien para comprobar si era cierto. En un acto vil y deplorable del que hoy me avergüenzo elegí al pobre Vall.

Un par de días más tarde, durante una visita a casa de mis abuelos, me permitieron bajar a la tienda del relojero.

—Toma —le dije—. Es para ti. Un regalo.

Él sonrió. Pero cuando la tomó entre las manos su rostro se transfiguró. Se disculpó con voz trémula y anunció que tenía que ir al baño. No quería, supe, llorar en mi presencia.

Predecir el futuro, depositar en objetos sentimientos que posteriormente era posible traspasar a quien los tocase, mantenerla a ella encerrada en una casa que no existía... No me extrañaría, reflexionó Anna, que en el próximo capítulo confiese poder volar.

La cosificación presenta utilidades extraordinarias. No solo sirve para evacuar los pesares que de vez en cuando a todos nos corroen... También es una magnífica arma. En cuanto comprobé su efectividad, decidí aplicarla para sacarme de encima un problema que me torturaba desde hacía varios meses. Un problema con nombre y apellidos: Casiano Marcos Septiembre.

Anna Krauss prendió un cigarrillo.

Siempre he sido de complexión normal, a medio camino entre los altos y los bajos, los gordos y los muy delgados. Casiano era enorme. Me doblaba, o al menos así lo recuerdo yo, en estatura. Y su fuerza era descomunal. Éramos compañeros de clase e ignoro por qué la había tomado conmigo, pero me atizaba con gusto y me acosaba sin tregua. Francamente, le temía. Y él, que lo notaba, se aprovechaba de ello. Las noches de los viernes, ante la perspectiva de dos días sin acudir a la escuela, eran de felicidad pura. Pero los domingos el suplicio retornaba ante el inminente regreso al colegio... Solo quien haya padecido algo similar podrá comprenderme.

Tras mi descubrimiento tracé un plan y me apresuré a ponerlo en práctica. En el costurero de mi madre encontré el pequeño cojín donde ella guardaba, clavadas, las agujas de coser. Junto a él situé un bolígrafo con tinta de cuatro colores diferentes, era la última obsesión de Casiano: pretendía que se lo regalara. Elegí diez agujas y, como había visto en una película, las quemé para desinfectarlas. Luego procedí a clavarlas una a una en la palma de la mano izquierda. Únicamente logré resistir el dolor porque podía hacerlo cesar cuando quisiera y sabía lo útil que me resultaría después. Cuando se encontraba en su máximo apogeo, lo transmití al bolígrafo.

Al día siguiente entré antes que Casiano en la clase. Me dirigí hasta su pupitre y deposité el objeto de su codicia en un lugar visible. Cuando él lo vio

sonrió con desprecio. Como sospechaba, el bolígrafo le importaba un bledo, era tan solo una excusa para apalearme. Lo que en realidad deseaba era mi cabellera, seguramente quería llevarla colgada del cinto como hacen los malvados indios cinematográficos. Me miró y con un gesto servil le indiqué que se lo regalaba.

Una sonrisa maquiavélica se dibujó en los labios de Anna Krauss.

Curiosamente, en su cara se manifestó primero la sorpresa. Luego cayó de rodillas, gimió y su imagen omnipotente se rompió en mil pedazos ante todos nosotros: lloró como lo que era, un niño tamaño XXL. La profesora, alarmada, corrió a su lado para socorrerle, pero fue en vano. El llanto se prolongó durante mucho tiempo... A media mañana su madre tuvo que ir a recogerlo y se lo llevó a casa entre lágrimas.

Desde ese día fue otro. Me dejó en paz, no volvió a molestarme. Pero yo a él, lo confieso, no le di tregua. Le hice algunos regalos más. Podría ahora justificarme diciendo que el motivo de mi inquina era darle una lección, haciéndole crecer como persona... Pero sería mentira. Los tipos así no cambian. Me había hecho sufrir y yo pretendía pagarle con la misma moneda. Venganza en estado puro o aplicación escrupulosa de la bíblica ley del Talión, como se prefiera. Y a ciencia cierta que lo conseguí. Acabado el curso cambió de escuela.

Anna cerró el cuaderno.

Más tarde, en las oficinas de *Arácnida*, tan solo Luna percibió en ella algo extraño que no fue capaz de definir.

Capítulo XII + I

Hugo les puso al día de sus últimas averiguaciones. Había localizado en una hemeroteca virtual las esquelas de los padres de Bastian. Las fechas de los óbitos encajaban con los cambios en la propiedad del piso donde permanecía recluida Anna Krauss. Pero en lo concerniente a Juan Gandalf o al propio Bastian la investigación no había dado ningún fruto.

Yago iba a dar paso a Anna cuando el documentalista le detuvo. Hay algo más, musitó, y abrió una cartera de la que extrajo fotocopias de varios artículos publicados en los periódicos del día.

—He pasado tantas horas hurgando en el pasado que casi se me escapa esto. Di con ello por casualidad —afirmó mientras las repartía—. Anna, más tarde Luna dejará los documentos escaneados en el ordenador de Jon Vivaldi para que puedas leerlos detenidamente, ahora haré un resumen. La madrugada del domingo al lunes el vigilante de un edificio municipal encontró, durante una ronda nocturna, un cadáver. Las ediciones de los diarios ya estaban cerradas, por eso la noticia no ha aparecido hasta hoy. Según fuentes que han preferido permanecer en el anonimato, la víctima llevaba varias horas muerta...

—Disculpa, Hugo —dijo Luna impaciente—. Creo que me estoy perdiendo algo. ¿Qué relación tiene eso con nosotros?

El documentalista la miró molesto. La interrupción daba al traste con el orden que había elegido para dar traslado a los hechos.

—El hallazgo se produjo en la biblioteca Alberto Caeiro —apuntó con frialdad. Luna silbó por lo bajo.

—La madrugada del domingo al lunes —repitió Anna—, tan solo unas horas después de que Jon Vivaldi remitiera el correo electrónico...

Yago Durán, que estaba leyendo en diagonal uno de los artículos, asintió.

—Así es. El cuerpo se encontraba en la zona ajardinada —continuó Hugo—. Es decir, fuera del edificio pero en el interior del recinto. Concretamente junto a uno de los muros exteriores de la biblioteca. Se trata de un espacio poco transitado, casi no puede verse desde la calle y apenas está iluminado. El propio vigilante no se apercibió de su presencia hasta que tropezó con él... Pobre diablo, se llevó un susto de muerte.

—En definitiva, un lugar ideal para depositar un cadáver o donde morir tranquilo —dijo Yago Durán—. ¿Sabemos de quién se trata?

—No. De momento no ha sido posible identificarlo, no llevaba documentación. Apenas disponemos de datos sobre él. La prensa tan solo menciona que se trata de un hombre blanco de alrededor de cuarenta años. No era un indigente, iba bien vestido y aseado. Además llevaba un valioso reloj y dinero en efectivo encima. Eso descartaría el robo como móvil... siempre y cuando se trate de un asesinato, claro, cosa que en

este momento no es posible afirmar con rotundidad.

Hugo encogió los hombros.

—La causa de la muerte es muy extraña. El cuerpo presenta numerosos hematomas y lesiones por todas partes..., incluso mutilaciones; por ejemplo, le falta un globo ocular. Como si hubiera participado en una brutal pelea. Aunque ninguna de esas heridas le causó la muerte. El fallecimiento lo provocó un politraumatismo de gran envergadura. Traduciendo ese término al lenguaje mundano...

—Estaba reventado por dentro —completó Yago Durán.

—Al parecer esas lesiones son casi exclusivas de las caídas desde gran altura... La biblioteca custodia manuscritos realmente valiosos, y está dotada de modernos sistemas de seguridad. Pero todas las ventanas que dan a ese callejón están selladas y no mostraban señales de haber sido forzadas. La azotea también queda descartada, su acceso cuenta con una sofisticada alarma que no se activó. Tampoco existen edificios colindantes lo bastante cercanos... Nadie conseguiría aterrizar en los jardines de la biblioteca saltando desde ellos. En resumen, o ese tipo cayó desde una estrella...

—O se partió la crisma en cualquier otro lugar y alguien se tomó la molestia de trasladar lo que quedaba de él hasta allí —terminó Luna.

—Así es.

—Un momento —exclamó Luna—. ¿No es ese el término que utilizó Mikel cuando habló con Anna por teléfono? Habló de alguien roto por dentro, reventado como un perro, si no recuerdo mal.

—Sí —contestó Anna—. Pero no puede tratarse de la misma persona. Mikel se refirió a un viejo, no a un hombre de cuarenta años.

—¿Podría tratarse de Jon Vivaldi? —preguntó Yago.

—¿O de Bastian? —añadió Anna.

Luna la miró con curiosidad.

—Con los datos disponibles es imposible saberlo.

El documentalista señaló con un gesto que no tenía nada más que añadir.

—Ok. Buen trabajo. Debemos profundizar en ese asunto. Hablaré con Axel Beneito.

—¿Quién es Axel Beneito? —preguntó Anna.

—Un policía que nos debe varios favores. Le hemos sacado de algunos atolladeros. Nos echará una mano, estoy seguro.

Y ahora, pensó Yago Durán, un muerto pasa a engrosar la nómina de despropósitos de esta investigación. Era, sin duda, la más compleja y extraña en la que había participado jamás. No hemos avanzado ni un ápice, se lamentó, seguimos en la casilla de salida.

Entonces el teléfono le rescató del abatimiento. Esperaba una llamada de Igor Coll respondiendo a la suya. Se preguntó si no estaba abusando de la predisposición de su amigo solicitándole un nuevo favor. Pero la gravedad de la situación, con Jon Vivaldi desaparecido y Anna Krauss encerrada, justificaba la adopción de medidas

extraordinarias. Sugirió un receso de quince minutos y transfirió la llamada a su despacho.

Igor Coll despejó las dudas de Yago Durán haciéndole saber que podían contar con él sin reservas. Un conocido político, miembro del equipo de gobierno municipal, autorizaría personalmente la solicitud. Cuando cortaron la comunicación regresó a la sala de juntas de *Arácnida*, donde los demás le estaban esperando. Decidió darles la noticia sin rodeos.

—Desde mañana estaremos en el mismo espacio físico que Anna... Bueno, más o menos. Nos mudamos a la biblioteca Alberto Caeiro, trabajaremos desde allí. Anna, tu turno.

Anna Krauss realizó un detallado resumen del registro del piso y la parte leída del diario de Bastian.

—¿Ese tipo puede entrar en el interior de los libros? —preguntó Yago—. ¿Y sus personajes, con los que puede hablar, le revelan acontecimientos futuros?

En Poeta Cabanyes 115 Anna asintió.

Él mantuvo una expresión impasible. Esto, pensó, es desquiciante. Se preguntó por el método empleado por Bastian para meterse dentro de los libros, y lo imaginó situando primero un pie y luego el otro o depositándolos con cuidado en el suelo para lanzarse sobre ellos como un nadador. De seguir así deberían ampliar el radio de acción en la búsqueda de Jon Vivaldi, probablemente en aquel mismo momento estuviera en alguna remota isla del Pacífico sur entrevistando a Elvis Presley o Bruce Lee.

—La verdad, no solo me parece increíble, sino incluso absurdo. ¿Saben acaso Sancho Panza o Blancanieves qué va a suceder más adelante para poder decírselo?

—Bastian dedica varias páginas del diario a explicar con precisión cómo lo hace. La clave de su facultad para realizar predicciones radica en una arritmia del tiempo. Este no transcurre igual en todas partes. Lógicamente en el mundo que llamamos real sí, pero no en esos otros universos paralelos a los que él tiene acceso: los libros. Para explicarlo utiliza un ejemplo: la biografía de una mujer cuyo nombre es Rebeca.

Anna consultó sus notas.

—Empleando unas pocas horas en leer la biografía, Bastian conocerá los aspectos relevantes de toda la vida de Rebeca. No olvidemos que puede hablar con ella, para él es tan real como cualquier ser de carne y hueso. Eso le permitirá, por ejemplo, contar a la Rebeca adolescente episodios futuros de su existencia: cuántos hijos tendrá, con quién se casará o cuándo encontrará la muerte. Pero veámoslo ahora desde otro ángulo. Supongamos que veinte años más tarde Bastian relee el texto. Encontrará exactamente los mismos hechos en el libro. ¿Pero qué verá ella?

Hugo reclamó la atención de los demás levantando un brazo.

—Lo siento, soy de letras y me temo que nos estamos moviendo lejos de mi campo. Me he perdido.

—Es difícil imaginar un mundo en el que el tiempo transcurre de forma diferente al nuestro —contestó Luna—. Para nosotros está ahí, pasando solo, sin necesidad de nuestra atención. Pero, como dice Anna, la clave es esa arritmia. Para la Rebeca adolescente no habrá transcurrido ni un solo segundo con respecto a la primera lectura, sin embargo él será dos décadas más viejo. Y podrá decirle al Bastian joven que veinte años después llevará gafas o se habrá quedado calvo.

—Exacto. Bravo, Luna. Así es como funciona —remató Anna—. Pero esta facultad ofrece más posibilidades de las que podría parecer a primera vista. Por un par de motivos. Primero. Supongamos que la biografía se encuentra ubicada en el salón de la casa de Bastian. Para conocer un acontecimiento habitualmente no es necesario verlo, basta con oírlo. Pues bien, desde el anaquel Rebeca escuchará todo lo que allí ocurra. Es decir, ni siquiera será necesario que Bastian abra el libro para que ella se mantenga informada.

Anna se tomó un respiro.

—Segundo. Imaginemos que la biografía de Rebeca se ha convertido en un éxito editorial y las ventas han alcanzado cifras astronómicas. Aunque un libro se reedite una y otra vez siempre cuenta la misma historia, los personajes no varían. Cambian el tamaño de la letra, la ilustración de la cubierta o el grosor del papel..., pero nunca el contenido. Pues bien, ella estará en condiciones de contar a Bastian lo que sucede en todos los lugares donde su biografía esté ubicada. Habita en cada uno de los ejemplares, viendo y escuchando. Posee, por tanto, una cantidad ingente de información veraz. Porque además Rebeca no especula con el futuro, no aventura qué pasará: sencillamente ya lo ha visto u oído.

Anna levantó la vista del ordenador y permaneció unos segundos callada, eligiendo el modo de ordenar las conclusiones para hacerlas inteligibles.

—Olvidemos a Rebeca y pensemos en los clásicos. ¿Cuántos ejemplares dispersos por todo el mundo existen de *Madame Bovary*, *Los miserables* o *Guerra y paz*? ¿Cientos de miles? ¿Millones?

—Bastian tan solo debe interrogar al personaje adecuado —apuntó Luna—. A aquel que vive en un libro situado donde sucederán los hechos a predecir.

—Sí... Es escalofriante, ¿verdad? ¿Qué es entonces una biblioteca para Bastian sino un inmenso depósito en el que se encuentra anotado todo el pasado y el futuro? Entiendo que es una cadena de razonamientos compleja. He tenido que releer varias veces las páginas del diario donde describe el proceso. En lo que ahora nos atañe, no obstante, basta con saber que Bastian es capaz de conocer el futuro porque se lo comunican los personajes de los libros.

Luna notó cómo daba vueltas en la cama.

—¿No puedes dormir? —susurró.

Yago suspiró y dio media vuelta, hasta quedar boca arriba. Ella lo abrazó.

—No. Estoy agotado, sin embargo no consigo descansar. Me siento perdido.

Estamos dando palos de ciego. La verdad, querría que Víctor estuviera aquí... Quizá él sí supiera qué hacer.

—Víctor habría hecho exactamente lo mismo que tú.

—Y ahora ese cadáver..., quién sabe si es el de Jon Vivaldi.

—O el de Bastian.

—Me importa un bledo ese tipo. Únicamente quiero encontrar sano y salvo a Jon, si sigue con vida, y sacar cuanto antes a Anna de ese lugar. Pueden pasar meses hasta que lo logremos. ¿Qué sucederá si antes se agotan las provisiones?

—No llegaremos a ese extremo.

—¿Cómo puedes saberlo? Todo esto es una locura, un enorme carrusel de hechos disparatados.

—Precisamente. Los acontecimientos se han precipitado desde que Anna leyó el correo electrónico de Jon Vivaldi. No podemos culparnos por no haber sido capaces aún de hallar el enfoque adecuado...

Luna decidió confiarle su teoría.

—Creo que estamos cometiendo un error.

—¿Cuál?

—La mayor parte de los sucesos de las últimas horas desafían las leyes de la lógica. E intentando comprender lo inexplicable perdemos un tiempo precioso... Ese tal Juan Gandalf ha diseñado meticulosamente el plan alrededor del cual ahora todos gravitamos, Bastian así lo manifiesta en el prólogo de su diario. Quizá nuestra equivocación sea intentar entenderlo en lugar de limitarnos a seguirlo. Carecería de sentido que el fin último de todo esto sea hacer morir de hambre a Anna Krauss, a la que ni siquiera conocía. No olvidemos que fue Jon Vivaldi, su amigo, quien la involucró en este lío.

—¿Y cuál es el siguiente paso?

—No lo sé...

—Ese Gandalf puede ser un tarado o un asesino.

—No lo creo. Bastian confía en él. Y Anna confía en Bastian.

Yago Durán se incorporó en el sofá cama de su despacho e incrédulo encendió la luz.

—No te has dado cuenta, tal vez ella tampoco, pero es así. Ya lo verás, cuando pase más tiempo resultará evidente.

—¿Cómo puede confiar en él si no le ha visto jamás?

—Porque sí puede verlo, prácticamente entrar en él. Tiene su diario. Y esas páginas son la esencia de la vida de Bastian. Anna nos resume su contenido, pero quien lo lee es ella. Créeme. Nuestra única posibilidad pasa por confiar en el instinto de Anna. Recuerda el *mail* de Jon Vivaldi, lo fundamental de su colaboración. Además, estamos tan ocupados buscando en periódicos antiguos o interrogando a tipos que en el fondo no saben nada que olvidamos cuestiones fundamentales.

—¿A qué te refieres?

—A la puerta cerrada. No sé adónde conduce ni quién hay detrás, pero presenta un peligro real. Puede abrirse en cualquier momento. Ese Mikel no parece un niño al uso, simpático y preocupado por sus actividades extraescolares. Es un cabrón. Y el polvo rojo... es el mismo que Anna ha encontrado en los sacos de la cocina. Un momento... Piensa en clave Juan Gandalf. Somos valiosos para él, incluso ha puesto en nuestras manos el diario de Bastian. Mikel es violento. ¿Por qué no ha cruzado la puerta y ha ido a por Anna?

Yago Durán apoyó la espalda en el colchón.

—Porque no puede.

—Eso es lo que pienso. ¿Y qué se lo impide?

—Juan Gandalf diseñó algo para impedir que Mikel pueda dañar a quien se encuentre en el interior del piso.

—Algo que preparó concienzudamente, dejó abundantes provisiones. Algo que está en el suelo, frente a la puerta cerrada. Yago, ese polvo rojo impide que Mikel la cruce. Ese polvo rojo está protegiendo a Anna. Mientras nadie lo toque, ella estará a salvo. —Luna se mordió el labio inferior—. Mañana introduciré en el buscador de títulos de FH...

—Intentémoslo ahora. Solo será un momento. Podemos sustituir a Hugo en su guardia.

—No, ahora no. A veces la única forma de correr muy rápido es descansar primero. Hoy no quiero seguir hablando de trabajo. Necesito que me abracés, abras tu mente, pienses que estás en algún lugar agradable e intentes dormir. Todo irá bien, no te preocupes.

Yago Durán apagó la luz y el contacto con la piel de Luna, como siempre, le reconfortó. Poco después un largo bostezo anunciaba la inminente llegada del sueño.

Capítulo XIV

A lo largo de su segunda noche de encierro Anna Krauss tuvo cuatro sueños. Los tres primeros no dejaron ningún rastro en su memoria, cuando despertó ni siquiera recordaba haberlos tenido. Del cuarto, sin embargo, jamás se olvidaría.

En él Jon Vivaldi permanecía en pie en el salón de su casa. Su apariencia era adusta y el semblante mostraba un gesto grave. Ausente, estaba enfrascado en la lectura de un libro que sujetaba con ambas manos.

Desde uno de los rincones Anna lo contemplaba. Había algo extraño en la escena. Pasados varios minutos logró identificar aquello que le parecía tan singular: la quietud. No solo Jon sino todo el cuadro permanecía absolutamente inmóvil, ajeno a los pequeños movimientos que abarrotan el mundo real: el leve balanceo de una cortina, el transcurrir del tiempo materializado en las agujas de algún reloj... Es como si incluso los electrones, se dijo, hubieran dejado de girar alrededor del núcleo de los átomos. Se le ocurrió que en realidad veía una fotografía en tres dimensiones o una escultura, pero entonces él se movió. Con un gesto escueto pasó una página y recuperó la postura inicial.

Fue hasta su lado. Jon no le prestó ninguna atención, pero no se sintió molesta, sabía que su amigo se creía solo. Cuando llegó junto a él tomó asiento en el suelo, a sus pies, y miró hacia arriba. Leyó el título de la novela y entonces un escalofrío le recorrió la espalda. Claro, pensó, qué tonta he sido... Se golpeó la frente con la palma de la mano derecha y le resultó evidente que eso la haría despertar. La escena comenzó a desvanecerse, y con ella su amigo. Al final, cuando Jon Vivaldi era tan solo una sombra lejana, quiso decirle algo que gritó con todas sus fuerzas:

—¡No me iré de aquí sin ti!

El grito hizo que la pluma estilográfica se escabullera de las manos de Hugo. Cayó sobre el papel donde escribía, dejando un rastro de tinta negra. Quizá el plumín haya resultado dañado, se alarmó el documentalista, pero aunque la idea le produjo una profunda desazón decidió posponer para más tarde las averiguaciones. Anna Krauss tenía problemas. En la pantalla nada había cambiado en la parte del dormitorio que quedaba dentro del encuadre de la cámara.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Después la vio salir corriendo de la habitación.

Maldijo su mala suerte. Tenía que pasar durante mi turno de guardia, se lamentó. Marcó la extensión interna del despacho de Yago Durán y cuando la voz soñolienta de este brotó al otro lado, reclamó inmediatamente su presencia en la sala.

Yago Durán colgó el teléfono. Estaba desnudo, en pie, junto al escritorio.

—¿Qué sucede? —preguntó Luna desde el sofá cama.

—Problemas. Era Hugo.

Se dirigió hacia el baño, abrió el grifo y se lavó la cara con agua fría.

—Mierda... La puerta —masculló Luna.

—Duerme un poco más. Debemos dosificar las fuerzas. Además...

Ella se levantó y comenzó a recoger su ropa, dispersa por el suelo.

—Ni loca. Date prisa, vamos.

Descalza, Anna corrió hasta el estudio. Desde el umbral se preguntó por dónde comenzar. Pero finalmente concluyó que tanto daba, podía encontrarse en cualquier parte.

Las estanterías se levantaban hasta alcanzar el techo, cubriendo las paredes. Se arrodilló y empezó a rastrear, de izquierda a derecha, los estantes bajos. Los libros estaban colocados en doble fila para optimizar el espacio, lo cual dificultaba el registro. Cuando hubo terminado continuó con los que podía revisar de pie, pero el resultado fue también infructuoso. Buscó entonces algún objeto al que subirse para alcanzar los anaqueles más altos. Descartó la silla del escritorio, tenía ruedas y no quería romperse la crisma, y optó por una de las que se encontraban en el recibidor.

Hugo señaló con un dedo la pantalla de videoconferencia de la sala de juntas de *Arácnida*. Luego encogió los hombros manifestando su impotencia. Reparó entonces en las ojeras que presentaba Luna, sin embargo Yago Durán lucía un excelente aspecto. En otra reencarnación, pensó, me pediré una piel como la suya.

Luna se dirigió hasta su ordenador. Un par de minutos después los tres veían la grabación de lo sucedido.

—¿No me iré de aquí sin ti?

Hugo asintió.

—¿Ha ocurrido algo antes?

—No. Nadie ha entrado en el dormitorio, ni siquiera he escuchado ningún ruido raro.

Yago Durán reflexionó.

—Nada que hayamos visto nosotros.

—Anna. —Elevó la voz Luna—. ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme?

En un estante de la última pared encontró la novela que estaba buscando. Se hallaba a la vista, en el centro de la primera fila. No pudo reprimir una sonrisa. Leyó el título en voz alta. Sin bajar de la silla buscó entre las páginas. Un papel doblado cayó, planeando lentamente, hasta acariciar el suelo. A toda prisa descendió y lo recuperó con las manos. Estaba manuscrito y la letra era de Jon Vivaldi. Releyó varias veces el breve texto. Finalmente cerró los ojos e hizo funcionar su mente procesando datos a toda velocidad. Qué fácil, se dijo, en el fondo es como el juego de la oca.

Cuando transcurridos unos minutos escuchó la voz preocupada de Luna, interrumpió el registro que había iniciado en busca del otro libro y regresó a toda

prisa al dormitorio.

—Supongo que mi mente no pudo dejar de trabajar mientras dormía. La revelación se manifestó durante un sueño. *Donde está todas las almas hallarás más información* —leyó en la copia impresa del correo de Jon Vivaldi, que sujetaba con las manos—. Efectivamente existe un error ortográfico, pero no el que suponíamos. Precisamente la palabra subrayada nos aboca directamente a él. Hace referencia a una característica de los nombres propios. La primera de sus letras es mayúscula. La frase correcta sería: *Donde está Todas las almas hallarás más información*. Mirad...

Y entonces situó frente a la cámara el libro que había traído del estudio.

—*Todas las almas* —leyó en voz alta—, de Javier Marías.

—Es un título bonito —se admiró Hugo.

—Sí, desde luego lo es. Es la traducción literal de *All Souls*, uno de los Colleges que conforman la Universidad de Oxford, en Inglaterra. En 1989 Javier Marías utilizó Oxford como escenario de su novela *Todas las almas*. Jon estaba enamorado de ese texto. —Anna calló durante unos segundos, sin quererlo acababa de referirse a su amigo en tiempo pasado y decidió corregirse—. Jon está enamorado de ese texto, y yo también. Esas son todas las almas a las que se refería. En el interior había una nota manuscrita. La letra es de Jon.

Procedió a leerla.

Ahora, el fruto de un reto.

En la Cenicienta alguien dijo: no se deje usted llevar al fracaso, llegue usted a él por sus propios medios.

P. D. El camino ordinario tiene, exactamente, noventa y nueve pasos. Esta nota os conducirá al segundo de ellos. Sin embargo existe un atajo. Parte de la infancia de Bastian.

—¿La Cenicienta? ¿Se refiere al cuento? —preguntó Luna.

—No, no lo creo. Jon jamás lo mencionó.

—¿Tienes idea de qué puede estar hablando entonces?

—Sí. Nos está dirigiendo hacia otra novela. Pero prefiero confirmarlo. Luna, ¿puedes dejar en el disco duro de mi ordenador un documento de texto?

—Solo tienes que decirme cómo puedo encontrarlo.

Anna Krauss le dio el nombre del libro y la dirección web de un par de librerías virtuales donde podría adquirirlo. Poco después un icono señalaba su presencia en el monitor del portátil de Jon Vivaldi.

Mientras Anna confirmaba sus sospechas, Hugo y Luna preparaban el traslado a la biblioteca Alberto Caeiro. Yago Durán contactó entonces con el inspector Axel Beneito. Aunque se citó con él le rogó que le remitiese por correo electrónico algunas

fotografías del cadáver encontrado en los jardines de la biblioteca. Era importante, precisó, que en ellas se pudiera apreciar el rostro del muerto.

—O lo que queda de él. El individuo está hecho polvo —puntualizó el policía—. Te las mandaré en unos minutos desde mi dirección de correo personal. El juez ha decretado secreto de sumario y no quiero perder mi empleo.

—¿Puedes avanzarme algo?

—Sí, claro. El caso es realmente extraño. Hemos silenciado algunos detalles, de momento lo mejor es que no aparezcan en la prensa. Deberías ver los resultados de la autopsia... Un momento, por favor.

Escuchó cómo Axel murmuraba algo al otro lado de la línea telefónica.

—Disculpa, tengo que dejarte.

Yago maldijo su mala suerte. A quien había interrumpido la conversación le deseó un bonito día plagado de dolores estomacales y visitas al baño, pero eligió la vía diplomática.

—Ok, Axel. *Thanks*. Recuerda, mándame eso.

—Descuida.

—Los arquitectos que proyectaron la biblioteca decidieron conservar la estructura de la vieja construcción —informó Hugo—, así que los dos inmuebles ocupan exactamente el mismo espacio. Concretamente el piso tercero puerta segunda cae de lleno en el ala destinada a la novela de los siglos XIX al XXI. Esta ocupa la totalidad de la cuarta planta.

—¿La cuarta?

—Sí, la biblioteca no tiene entresuelo. La numeración de sus alturas está, respecto al antiguo edificio, un dígito por encima. He hablado con la bibliotecaria. Es un encanto de mujer. Dura pero tremendamente amable. Es como si la señorita Rottenmeier hubiera tomado un cóctel de calmantes. —Yago Durán no pudo reprimir una sonrisa—. Realmente Igor Coll juega en otra liga, de mayor quiero ser como él. Bien, volviendo a la cuestión. Cerrarán la planta entera a los usuarios alegando reformas, para que podamos ubicarnos en ella... Me temo que hemos dejado al barrio del Pueblo Seco sin novelas durante una temporada. Habilitarán mesas de trabajo con todo lo necesario: conexiones a internet de alta velocidad, tomas de corriente..., y también tendremos a nuestra disposición, en la zona de los vigilantes, un cuarto con literas para nuestro uso exclusivo.

—Perfecto. ¿Cuándo nos vamos?

—Aproximadamente en una hora.

Yago Durán recibió un correo electrónico remitido por Axel Beneito, sin texto y con cuatro ficheros adjuntos en formato jpg. Las fotografías, murmuró. Las bajó al disco duro del ordenador. El tiempo que tardaron en descargarse le pareció interminable.

Cuando las vio sintió náuseas y apartó la mirada de la pantalla. La descripción

efectuado por Axel más bien se quedaba corta. Aquello, que fue una persona, era ahora un amasijo de huesos rotos y vísceras aplastadas. Centró en ellas de nuevo la atención. En una de las instantáneas podía verse claramente el rostro del muerto. Con un suspiro manifestó su alivio: no se trataba de Jon Vivaldi. El individuo no tenía, además, ningún lunar en la frente.

Cuando estuvieron listos, Yago Durán pasó a describir a Anna Krauss la planificación del traslado. Él permanecería de guardia en la sala de juntas de *Arácnida* mientras Luna y Hugo habilitaban el espacio que les habían reservado en la biblioteca Alberto Caeiro. Solo entonces cortaría la señal, que ellos reemprenderían inmediatamente. El tiempo de soledad, por lo tanto, ascendería a unos pocos segundos.

Iba a dar por finalizada la reunión, la última que mantendrían desde aquel lugar, pero Anna Krauss quiso añadir algo. Había resuelto el enigma, anunció, y ya podía interpretar la pista dejada por Jon Vivaldi en el interior de la novela *Todas las almas* sin temor a equivocarse.

—Estaba en lo cierto. *Todas las almas* nos conduce a una nueva novela: *El aire de un crimen*, de Juan Benet. En ella aparece un poblado minero prácticamente abandonado llamado *La Cenicienta*, tan solo ocupado por unos pocos buscadores furtivos de plata dejados de la mano de Dios. Uno de ellos dirige a un visitante la frase que aparece en la nota de Jon: *No se deje usted llevar al fracaso, llegue usted a él por sus propios medios*.

—Me encanta —dijo Luna riendo.

Los demás estuvieron de acuerdo.

—Juan Benet —repitió Hugo—. No había oído hablar de él.

—Fue un escritor magnífico, he leído pocas prosas como la suya. Y su pluma no ha sido tratada como merecía por la posteridad. *El aire de un crimen* apareció en 1980, y según confesaba el propio Benet fue el fruto de un reto. No tenía fama de ser un autor sencillo, y durante un encuentro unos amigos afirmaron que era incapaz de escribir una novela comprensible. Picado, se puso manos a la obra y en unos meses parió el manuscrito.

Anna sonrió, divertida.

—Genio y figura. Decidió presentarlo a un premio muy conocido. Los responsables de la entidad que lo otorgaba manifestaron sus reservas. Lo mejor, dijeron, sería hacerlo bajo un seudónimo. Así, en caso de no resultar ganador, su nombre no sufriría ningún perjuicio. Pero él se negó. Al parecer respondió: ¿Perjuicio? ¿A quién? ¿A mí o al jurado?

Anna Krauss decidió que un encuentro con Juan Benet era en sí mismo una ocasión especial y merecía la pena sacrificar un pitillo. Eligió uno y le prendió fuego con deleite.

—No voy a hacer un análisis técnico ni de la novela ni del autor. No los sufro y tampoco los practico. Pero sí diré que para mí *El aire de un crimen* es una novela

menor de un escritor mayor. De Juan Benet recomendaría otros textos, como *Volverás a Región* o *Herrumbrosas lanzas*.

Hugo pensó que cuando dispusiera de tiempo, quizá durante las próximas vacaciones, leería *El aire de un crimen* o alguno de los otros títulos que Anna había mencionado.

—Pero he revisado de cabo a rabo el estudio y no he encontrado ningún ejemplar de *El aire de un crimen*.

—¿Y en el resto del piso?

—Tampoco. Me habría dado cuenta durante el registro de ayer.

Yago Durán se agitó en su silla desconcertado. De nuevo, pensó, estaban en un callejón sin salida.

—En sí misma la postdata del último mensaje es inquietante. Menciona noventa y nueve pasos... Dios mío, si todos van a ser tan arduos como el primero mi estancia aquí se hará eterna... —Anna parecía desolada—. Cuando descifré la nota que se encontraba en *Todas las almas* me sentí reconfortada. Pensé que se trataría sencillamente de ir saltando de un libro a otro en el estudio, buscando notas u otros mensajes ocultos... Pero esta ausencia complica de nuevo las cosas. ¿Dónde está *El aire de un crimen*?

Luna intentó consolarla.

—Existe un atajo. Parte de la infancia de Bastian. Estoy segura de que lo encontraremos, no te preocupes.

Anna asintió con rotundidad. Resultaba evidente que estaba realizando un esfuerzo por recomponerse. Incluso los más fuertes, pensó Yago Durán, vuelan de vez en cuando a ras de suelo.

—Así es. Lo encontraremos. —En los labios de Anna se dibujó algo parecido a una sonrisa.

Capítulo XV

La cuarta planta de la biblioteca Alberto Caeiro era amplia, tranquila y funcional. Luna y Hugo dispusieron en poco tiempo todo lo necesario para convertirla en el cuartel general del equipo *RosaM23*. Entonces, en la sala de juntas de *Arácnida*, Yago Durán cortó la comunicación con Anna Krauss y ellos la reemprendieron de inmediato. A lo largo del proceso no se produjo ninguna incidencia. A media mañana el traslado, Yago incluido, se había completado con éxito.

Yago Durán y Hugo se reunieron con los responsables de la biblioteca. Se disculparon por las molestias, justificaron su presencia allí con un embuste y les comunicaron los protocolos de comportamiento, rogando que todos los empleados los cumplieran escrupulosamente. Estos incluían, entre otros puntos, la prohibición de acceder a la cuarta planta sin la expresa autorización de un miembro del equipo *RosaM23*.

Mientras tanto Luna entró en remoto en el ordenador de Jon Vivaldi y abrió el programa FH, cuyo buscador contaba con un campo de texto donde introducir la contraseña y un pequeño semáforo, situado en el vértice superior derecho del monitor, que mostraba el color rojo o verde según la validez del intento.

—¿Existe alguna referencia a puertas cerradas o polvo de color rojo en el universo literario de Jon?

—No —respondió Anna taxativa—, en absoluto.

Entonces iniciaron las probaturas.

Aplicaron la lógica, comenzando por las combinaciones más simples, pero *Polvo rojo*, *Línea roja* y *Puerta cerrada* fueron saludados por la luz roja, al igual que sus inversiones *Rojo polvo*, *Roja línea* y *Cerrada puerta*. Continuaron con *La línea de polvo rojo situada frente a la puerta cerrada*, *El polvo rojo que está en la cocina*, *Los sacos de polvo rojo* y *El polvo rojo te protege...*, pero todos fueron señalados por el semáforo como fracasos. Y prosiguieron con todas las variaciones que se les ocurrieron, siempre dando vueltas alrededor de los mismos conceptos. Tras una hora de intentos fallidos Luna golpeó, exasperada, la superficie de la mesa con la palma de la mano. Pero se consoló pensando que la tarea no podía ser sencilla; al fin y al cabo Jon Vivaldi había ocultado los documentos precisamente para complicar la vida a quien intentara acceder a ellos.

—Piensa, Anna, debería tratarse de un libro.

Ella asintió e intentó situarse en el lugar de su amigo. Cerró los ojos y frunció el ceño, devanándose los sesos. La idea llegó de repente, iluminando su mente como un relámpago.

—*Rojo* —susurró— y *negro*. Es una novela, de Stendhal. Bastian la mencionaba en la primera entrada del diario.

Rojo y negro, tecleó Luna.

El semáforo adquirió, por primera vez, un vivo color verde. El buscador de FH se esfumó y en su lugar apareció una ventana en cuyo interior se hallaba un icono. La extensión del mismo indicaba que se trataba de un fichero de texto.

Luna levantó el dedo pulgar de la mano derecha. Anna repitió el gesto. Después las dos se echaron a reír. Una en la biblioteca Alberto Caeiro. La otra en el piso tercero puerta segunda del antiguo edificio. Ambas en el mismo lugar, el número 115 de la calle Poeta Cabanyes.

—Buen trabajo —afirmó Yago Durán.

Hugo asintió, y procedió a releer en voz alta el texto rescatado de FH.

El polvo rojo

El Polvo Rojo (PR) es un preparado obtenido a partir de un líquido de naturaleza biológica cuyo origen no especificaré. Su elaboración incluye, entre otros procesos, la liofilización y deshidratación. Conserva sus propiedades durante un largo número de años si se mantiene congelado, pero a temperaturas superiores su efectividad se reduce a un periodo de treinta días.

—¿Un líquido de naturaleza biológica cuya naturaleza no especifica? — interrumpió Yago Durán—. ¿Por qué diablos es tan críptico?

—Los líquidos de naturaleza biológica son los segregados por los seres vivos — intervino Hugo—, como el sudor, la clorofila, las lágrimas, la sangre...

—¿Si PR tuviera como base la clorofila no tendría una tonalidad verde? — exclamó Anna Krauss.

—No lo sé. Necesitaríamos a un químico o a un farmacéutico para responder a esa pregunta —contestó el documentalista—. Pero supongo que depende del tratamiento que le hayan dado. Desgraciadamente tampoco lo especifica.

—No quisiera elaborar conjeturas descabelladas —añadió ella—, pero el color rojo provoca una desagradable asociación con la sangre...

PR carece de propiedades nutritivas. Es inocuo, además, para los seres humanos. Sin embargo, tiene un efecto letal sobre Mikel y los que son como él: utilizar PR es uno de los pocos métodos que existen para acabar con ellos. El más mínimo contacto directo de PR con cualquier parte de su cuerpo les provoca, inmediatamente, la muerte, desencadenando el fenómeno *Lágrimas de Miel*.

—Un momento —dijo Hugo—. Permittedme un silogismo. SI PR es inofensivo para los humanos; Y PR mata a Mikel y su gente; ENTONCES... Mikel y su gente no

son humanos. Por favor... Decidme que estoy en un error.

Los demás guardaron silencio.

—¿Lágrimas de Miel? —preguntó Luna.

Yago Durán encogió los hombros.

Precisamente ese es el motivo por el que PR es ideal para sellar la puerta que comunica la vivienda situada en el piso tercero puerta segunda con Babilum.

—Eso confirma tu teoría, Luna —dijo Yago Durán—. Pero ¿qué diablos es Babilum?

—Espera.

Luna manipuló el teclado de un ordenador auxiliar y navegó por internet hasta entrar en la *Wikipedia*.

—Dios... —exclamó al fin—. Es el nombre de una ciudad fundada por Nimrod, un rey legendario de Mesopotamia citado en la Biblia. Llamada Babilum en lengua arcadia y Kadingira en sumerio... Hoy la conocemos como Babel. Los expertos no se ponen de acuerdo respecto al significado del nombre Babilum. Algunos lo traducen como «La Puerta de Dios»; otros, sin embargo, se decantan por «Lugar de confusión». Los habitantes de Babilum proyectaron edificar una torre tan alta como el cielo, por si Dios decidía castigar a los humanos con un segundo diluvio universal. Este, para evitarlo, confundió las lenguas de quienes trabajaban en ella: al no poder entenderse no fueron capaces de finalizar la construcción. De alguna forma en Babilum nacieron la mayor parte de las lenguas.

Que estéis leyendo este documento significa que se ha activado el plan de emergencia diseñado por Juan Gandalf. Babilum ha dejado de ser, por lo tanto, un lugar seguro. La vivienda, no obstante, continuará siéndolo siempre y cuando se mantenga clausurada mediante PR.

Todo Babilum está cubierto por un circuito cerrado de cámaras de televisión (CCTV). Estas se encuentran conectadas a un monitor situado junto a la puerta sellada, en el lado de Babilum... la propia estructura del edificio ha hecho inviable su ubicación en otro lugar. Como en cualquier CCTV, es posible conectar las cámaras en red mediante una contraseña: el nombre del lugar donde transcurre la primera novela que me hizo soñar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hugo.

—Que si conocemos la contraseña podremos acceder a las cámaras desde cualquier ordenador —simplificó Luna.

—Exacto. Tú lo has dicho. Siempre y cuando conozcamos la contraseña —gruñó

Yago Durán.

—*Cien años de soledad* —murmuró Anna Krauss—. La contraseña es *Macondo*.

PR, mezclado con agua en una proporción 2:1, adquiere una densidad similar a la de la pintura. Es, por lo tanto, apto para ser utilizado como munición para las cuatro marcadoras de *paintball* ubicadas en el trastero de la vivienda. El funcionamiento de las mismas, basado en un compresor, es sencillo. Adecuadamente cargadas el alcance de sus disparos es efectivo a unos veinte metros de distancia. Jamás entréis en Babilum sin ellas.

Jon Vivaldi

—Bien —afirmó Hugo—. Nada más. Así termina el documento.

—¿Marcadoras de *paintball*? —preguntó Anna Krauss—. ¿Qué diantres es eso?

—El *paintball* es un juego de estrategia —dijo Yago Durán—. Actualmente existen federaciones, trofeos y todo eso, pero comenzó como una especie de terapia para que los ejecutivos aliviaran su estrés haciendo correr la adrenalina... Las empresas subían a un montón de ellos en un autobús, los llevaban al monte y vestidos de camuflaje se pasaban horas enteras disparándose bolas de pintura entre ellos, en una especie de guerra figurada. Imaginad cómo quedaba el director de recursos humanos... Evitan el término armas, a las pistolas las llaman marcadoras. Estas funcionan con aire comprimido o algún otro gas... ¿Durante el registro del piso viste las marcadoras de las que habla Jon?

En la vivienda ella asintió en silencio.

—¿Te importaría traer una?

Anna se dirigió hasta el cuarto que hacía las veces de trastero y abrió uno de los cajones del armario principal. Allí estaban. Las cuatro le parecieron exactamente iguales. Llevó una consigo al estudio. Al llegar se miró a la cornucopia. Se sintió ridícula. Levantó la marcadora dejándola a la vista de los demás.

—Es un buen aparato —aprobó Yago Durán—. ¿Qué necesitamos para acceder al circuito cerrado de cámaras de televisión?

Luna meditó su respuesta.

—Anna debería dirigirse hasta el monitor que lo controla, introducir la contraseña y facilitarme algunos datos sobre el sistema. En teoría es rápido y sencillo.

Yago arqueó las cejas dirigiéndose a Anna Krauss.

—Entrar ahí dentro no es la mejor noticia que me han dado este mes, pero tampoco la peor. Y no creo que existan más opciones. El CCTV nos permitirá ver qué y quién se encuentra al otro lado de esa puerta... Y lo que es más importante: si hay alguna salida.

Luna mostró sus reservas.

—Pero no es una buena idea entrar ahora mismo. Ignoramos qué es Babilum...

He buscado en FH, pero no existe ningún documento con ese título. Ni siquiera sabemos si dispondrás de luz eléctrica —consultó su reloj—, y ya ha anochecido. También sería recomendable verificar que las cargadoras funcionan correctamente e incluso hacer algunas probaturas con ellas.

—Estoy de acuerdo —manifestó Yago—. Tenemos varios frentes abiertos: el cadáver hallado en los jardines de la biblioteca, los documentos ocultos en FH, los noventa y nueve pasos de los que habla el mensaje de Jon y el atajo que permite salvarlos, el asesinato de Rosa Marino en 1974... Mientras esa franja de polvo rojo se mantenga en su sitio estás segura. Posponiendo la entrada en Babilum ganaremos tiempo para profundizar en nuestras indagaciones. Por lo tanto, la opción conservadora es esperar. Personalmente es la que yo elegiría. Pero la decisión es tuya.

Anna Krauss se frotó los ojos con las manos.

—No pretendo hacer una excursión por Babilum. Solo conectar el CCTV. Hagamos cuantos preparativos sean necesarios, pero entraré cuando estos terminen.

Se encontraban en el aeropuerto de Kloten. Marisa regresó con las tarjetas de embarque y tomó asiento a su lado. Parecía herida, vulnerable.

Nos vemos poco y mal, reflexionó Víctor Crest. Trabajo doce horas al día y cuando llego a casa estoy tan cansado que no le presto atención si me cuenta sus cosas. Los proyectos que maneja me parecen insustanciales al lado de los míos, y ahora mismo sería incapaz de citar dos o tres cosas que la ilusionen de verdad. Sin embargo para protegerme ha peleado con todos..., hasta conmigo.

Su accidente era, además, el segundo acontecimiento desafortunado que sufrían en las últimas semanas: un accidente doméstico provocó un incendio mientras dormían que acabó devastando su vivienda. La cerradura de seguridad, instalada en la puerta de la calle, quedó bloqueada y no lograron salir hasta que los miembros del cuerpo de bomberos la derribaron. Habían estado a punto de perecer asfixiados. La compañía de seguros se hizo cargo de los gastos, pero sufrieron la pérdida de objetos cuyo valor personal era incalculable, entre los que se contaban una colección de joyas antiguas, varios álbumes repletos de viejas fotografías familiares y un manuscrito muy especial que obraba en su poder: *La noche eterna*, de Atheneus Wagan.

Intentó recordar la última ocasión en que le dio una verdadera muestra de afecto pero no lo logró. A veces, concluyó, lo urgente cercena lo importante.

—Marisa —dijo levantando la mirada desde el suelo hasta anclarla en sus hermosos ojos azules.

—Dime —respondió ella.

—Te quiero.

Marisa lo miró y asintió en silencio.

Anna Krauss alzó el brazo hasta que formó un ángulo recto con el tronco e inspiró. Apuntó y pulsó el disparador de la marcadora de *paintball*. El compresor emitió un

ruido seco. Sin apenas retroceso, del cañón brotó un proyectil que impactó en un folio colgado de la pared. La mancha roja quedó apenas a tres centímetros de una cruz dibujada, a modo de diana, en el centro del papel. Obvió los más de treinta impactos dispersos por el tabique y tras arrancarlo lo situó frente a la cámara del ordenador portátil de Jon Vivaldi.

—Buen tiro —aseguró Yago Durán—. ¿Te sientes preparada?

—Todo lo preparada que puedo estar.

—Repasemos el plan de acción. El único y exclusivo objetivo de la incursión es activar el CCTV. La secuencia es la siguiente. Uno: retirar la franja de polvo rojo. Dos: abrir la puerta. Tres: si no hay moros en la costa, entrar en Babilum. Cuatro: ir hasta el monitor y activar el circuito cerrado de televisión. Cinco: regresar inmediatamente. Seis: sellar de nuevo la puerta. Nada más, Anna. Hoy no. Si durante la operación se presentan problemas nos batimos en retirada. Y de ser necesario no dudes en emplear la marcadora.

—Entendido.

—Sería demasiado aparatoso llevar contigo el ordenador de Jon. Reduciría tu capacidad de desplazamiento. Nos mantendremos en contacto a través del teléfono móvil. Comprueba el equipo. ¿Llevas la linterna contigo? ¿Está cargada la batería del teléfono? ¿Funcionan los auriculares?

Anna Krauss le calmó con un gesto.

—Sí. Y he dejado provisiones de polvo rojo junto a la puerta cerrada para sellarla de nuevo cuando regrese. No te preocupes. Todo está en orden.

—Algo más. En una situación de conflicto tener miedo no solo es lógico sino también necesario: agudiza los sentidos y mantiene despierta la prudencia. El pánico, sin embargo, es devastador. Te impedirá pensar, bloqueándote... Apárcalo. Y usa tu instinto. Si surgen situaciones imprevistas y necesitas cambiar los planes, hazlo, aunque siempre con cordura. Se me ocurre una cita al respecto. De un genio: Marx.

—¿Karl? —preguntó Hugo.

—No. Groucho. «Estos son mis planes. Si no te gustan... tengo otros».

Cuando unos segundos después Anna Krauss retiraba la franja de polvo rojo situada frente a la puerta cerrada, lo hizo con una sonrisa en los labios. Una vez más Yago Durán la había hecho reír en un momento crítico. Ajustó el auricular al oído y comprobó que el teléfono móvil se encontraba a buen recaudo en el bolsillo delantero de su chaqueta.

—¿Me oís? —dijo a través del micrófono.

—Perfectamente —respondió Yago Durán.

Apartó con una escoba el polvo rojo, que quedó apilado en un montículo junto a la jamba derecha. Después escuchó un suave rumor y la puerta sufrió una transformación apenas perceptible.

—¿Lo habéis escuchado? Algo ha cambiado. La puerta... ha perdido presión, no sabría definirlo mejor. Como los envases al vacío cuando dejamos entrar aire en su

interior.

Llevó la mano derecha hasta el tirador, lo sujetó con fuerza y lo hizo girar. El mecanismo siguió el movimiento de su muñeca sin ofrecer ninguna resistencia.

Entonces abrió.

Tercera parte

Babilum

3 y 4 de febrero de 2011

Capítulo XVI

La única luz que mitigaba la oscuridad de la estancia procedía del estudio. Dentro la quietud era absoluta e imperaba el silencio. Anna Krauss tuvo la certeza de que allí no había nadie, y eso la hizo sentirse segura. Lejos de presentar el hedor rancio de los espacios cerrados el aire olía a limpio, denotando que circulaba por el cuarto sin estancarse. El suelo, de parqué vetusto, no presentaba ningún rastro de suciedad. Sin embargo, como sucedía con la vivienda, los vestigios de calor humano brillaban por su ausencia.

Más de lo mismo, se dijo, sin mácula pero sin vida.

En el techo se encontraban instalados dos tubos fluorescentes. Palpó el marco de la puerta, pero fue incapaz de encontrar el interruptor de encendido. Activó entonces la linterna y barrió con su luz el interior de la habitación.

Respiró profundamente y dio un tímido paso hacia delante.

Jon Vivaldi estaba sentado, exactamente, en la casilla A3. Ensimismado contemplaba el escaque A4, de color blanco. Un fuerte viento barrió el tablero de ajedrez, levantando la fina capa de polvo que lo cubría. Los caballos relincharon agitados y golpearon el suelo con sus cascos, los reyes mostraron un rictus desafiante y la torre blanca ubicada en F1 gruñó amenazadora; las demás piezas se mantuvieron indiferentes.

Levantó la cabeza y miró a su derecha. Junto a él permanecía sentado un hombre que poseía una curiosa peculiaridad: una peca con forma de triángulo escaleno adornaba su frente.

—¿Qué sucede?

—Han entrado —respondió Bastian.

—¿Qué ves?

La voz de Yago Durán la sobresaltó.

—Aquí no hay nadie. La pieza tiene unos dieciséis metros cuadrados, a razón de cuatro por lado... Juraría que es simétrica al estudio. Está aseada pero prácticamente vacía. Parece abandonada, como si nadie pasara por aquí desde hace mucho tiempo. A mi derecha, en uno de los rincones, hay un equipo informático sobre una mesa metálica...

—El centro de control del CCTV —susurró Luna.

—La pared de enfrente está cubierta por una estantería llena de libros. Quizá ahí se encuentre la novela de Juan Benet, *El aire de un crimen*... Voy a averiguarlo.

—¡No, Anna! —zanjó Yago Durán—. Recuerda, circuito cerrado de cámaras de televisión y vuelta a casa.

—Señor, sí, señor —gruñó ella.

—¿Alguna ventana, puerta o cualquier otra salida?

—Nada... Pero espera. Acabo de ver algo más. En una de las paredes. Un cuadro eléctrico. Quizá desde ahí pueda activar la luz.

Avanzó lentamente hasta el panel, batiendo el suelo y las paredes con el haz de luz. Pero cuando llegó a su destino comprobó que la penumbra le había jugado una mala pasada. La estantería no alcanzaba el techo, e iluminó el espacio que quedaba sobre ella. Siguió después su contorno. Un escalofrío la hizo estremecerse.

—No está apoyada contra ninguna pared... Hace las veces de una pared —se corrigió perpleja.

—Lo siento. No te comprendo.

—La habitación continúa detrás de la estantería. Esta actúa como una especie de biombo, separando la parte en la que me encuentro de lo que hay detrás. A un lado queda un hueco por el que puede pasar una persona de complejión normal.

Yago Durán se puso en pie y apoyó los puños sobre la mesa.

—Anna, la luz, rápido.

Los interruptores del cuadro eléctrico se encontraban distribuidos en dos columnas. Los contó: diez en total, aunque uno de ellos estaba inhabilitado. Activó el que permanecía en el extremo superior derecho y aguardó expectante, pero no obtuvo ningún resultado. Lo mismo pasó con el que estaba a su lado. Los fue accionando uno tras otro hasta que los tubos fluorescentes zumbaron en el techo y bañaron con su luz blanquecina la habitación. Anna escuchó también cómo detrás de la estantería se iban encendiendo diferentes fases de luz, alejándose en la distancia, hasta que el ruido cesó o se produjo en un lugar tan lejano que no pudo percibirlo.

—Dios mío... Este lugar es enorme.

La serenidad, mantenida hasta entonces, se diluyó. Tuvo la certeza de que algo oscuro y ancestral, jamás vencido y viejo como el mundo, la amenazaba. La tentación de salir corriendo para regresar a la seguridad del estudio, sellar la puerta y posponer para más adelante la activación del CCTV la tentó, pero recordó las instrucciones de Yago Durán y logró mantener el control.

Puso en funcionamiento la parte lógica de su mente.

Entonces se le ocurrió.

—Los cuadros eléctricos sirven para controlar todos los circuitos de una misma instalación. Diez interruptores, diez pisos...

—No es nada práctico unificar las instalaciones de tantas viviendas diferentes en un solo tablero —apuntó Luna—. Cuando quieres cortar el suministro... ¿Qué haces? ¿Le pides al vecino que lo haga por ti?

—Todo el edificio era propiedad de Juan Gandalf.

Anna guardó un significativo silencio.

—Estoy segura de que la puerta sellada no da acceso a otra habitación del piso tercero puerta segunda.

—¿Adónde conduce entonces?

—Al tercero primera. Acabo de entrar en el piso colindante. Yago... Babilum es la totalidad del inmueble. Todos los pisos están conectados entre sí, forman una sola unidad. Ese es el motivo por el que existe un solo cuadro para controlar todo el suministro eléctrico.

A toda prisa se dirigió hasta el ordenador. Pulsó el botón de encendido y el equipo emitió un ligero zumbido. La pantalla se iluminó.

—Necesito algunos códigos —pidió Luna—. Te diré cómo conseguirlos.

Mientras Luna le transmitía las instrucciones Yago Durán paseaba alrededor de la mesa de trabajo situada en la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro. Se sentía impotente, atado de pies y manos, sin poder hacer nada más que mirar. Además es posible, pensó, que Mikel aparezca en cualquier momento. Se preguntó de cuánto tiempo dispondrían hasta que comenzaran los problemas. Hugo se mantenía sentado con los codos apoyados en la mesa y el tronco inclinado hacia delante. Movía a una velocidad endiablada la pluma, gesto que repetía una y mil veces cuando se hallaba sometido a situaciones de intenso estrés.

—¿Pretendes que justo ahora entienda todo eso? —protestó Anna Krauss aturrullada ante la exposición de Luna—. Parece un maldito curso de informática avanzada.

—Anna, necesito esos datos para entrar en el sistema.

Ella suspiró resignada.

—Espera.

Corrió hasta el estudio y regresó con el ordenador de Jon Vivaldi. Enfrentó la cámara del portátil con el monitor de CCTV de forma que Luna pudiera verlo directamente.

Miró hacia atrás.

Nada.

Nadie.

Aún.

Tecléo los códigos facilitados por Luna. El sistema solicitó la contraseña e introdujo M A C O N D O. La pantalla parpadeó y quedó en negro. Anna inclinó la cabeza hacia delante y dejó caer los brazos. Está averiado, se lamentó, no lo vamos a conseguir.

—¡No funciona! —gritó.

—No te apures. Lo tengo yo. Lo controlo desde aquí. Lo siento, debí advertirte —aclaró Luna.

Anna exhaló un profundo suspiro. Permanecía atenta a cualquier ruido que delatase la presencia de Mikel. Con las manos sujetaba la marcadora de *paintball*, que mantenía orientada hacia el hueco situado junto a la estantería.

Entonces lo escuchó.

Al principio el sonido era casi imperceptible, incluso lo atribuyó a su

imaginación. Pero después, cuando ganó en intensidad, constató su existencia.

En la lejanía se repetía con una rítmica cadencia.

Finalmente consiguió identificar su naturaleza.

Son pasos, murmuró, alguien se acerca.

Las pisadas se sucedían firmes y regulares. Por el ruido que producían Anna dedujo que correspondían a un bípedo e imaginó a un hombre alto de largas piernas, calzado con zapatos de suela dura, pesado aunque ágil. Resultaba evidente además que se acercaba sin prisa y le traía sin cuidado no pasar desapercibido.

Pensó en batirse en retirada, pero desechó la idea: quizá Luna la necesitara allí para finalizar la activación del CCTV. Sabía que aquella no sería su última incursión en Babilum, tenía la certeza de que el camino de noventa y nueve pasos establecido por Jon Vivaldi discurría íntegramente en su interior. El encuentro con aquel ser era inevitable. Decidió que el lugar donde se encontraba, junto a la puerta del estudio, reunía las condiciones ideales para una contienda: si la situación se complicaba, al menos contaría con una vía de escape.

Por la intensidad del sonido dedujo que no los separaban más de veinte o treinta metros.

Mentalmente inició una cuenta atrás.

Veinte metros...

La marcadora de *paintball* temblaba ligeramente al ritmo de su pulso.

Diez...

Deslizó el dedo índice de la mano derecha hasta que acarició el gatillo.

Cinco...

Suspiró profundamente y se prometió a sí misma no disparar si no existía una amenaza real que lo justificara.

Ya...

Pero los pasos cesaron.

Anna frunció el ceño.

¿Por qué se ha detenido?, pensó, está ahí, justo al otro lado de la estantería...

Y entonces, sin previo aviso, sucedió algo que la transportó hasta el cielo.

Un perfume indefinido invadió la estancia donde se encontraba, sutil al principio, arrebatador después. La fragancia, deliciosa, se extendió a su alrededor hasta envolverla, recorriéndola por entero, desde la piel hasta lo más profundo de su interior. A lo largo de un tiempo que le pareció eterno, pero que se prolongó apenas durante unos minutos, Anna Krauss se deleitó con ella, dejándose llevar por el efluvio. Intentó deconstruir su esencia, pero no lo consiguió: a los retazos de aromas conocidos como el eneldo y la lavanda se unían otros cuyo origen fue incapaz de determinar. Recostada en el asiento dejó la marcadora de *paintball* sobre el regazo para disfrutar plenamente del bienestar que le producía. Por alguna extraña razón que no acertó a comprender supo que el paraíso, si existía, tenía ese olor.

Luego aquel ser se marchó. Los pasos se alejaron perdiéndose nuevamente en el

vientre de Babilum, llevando consigo el delicioso perfume.

—El proceso debería estar listo en unos minutos —aseguró Luna—. Espero que no se produzca ningún contratiempo.

Advertido por su señal Yago recuperó del bolsillo de su chaqueta su teléfono móvil. *Tiene un nuevo sms*, anunciaba. El remitente era Víctor Crest.

Estoy en Barcelona. ¿Mañana en mi despacho a las 13 horas?

Ok —respondió.

Se dijo que Víctor era un tipo infatigable.

—¡Ya! —exclamó Luna—. Puedes tocar retirada, comandante.

—Anna, misión cumplida. Vuelve al nido y sella otra vez la puerta.

Luna estudió atentamente el interfase que permitía controlar el CCTV.

—El circuito cerrado de televisión cuenta con nueve cámaras. El sistema las chequea automáticamente al iniciarse. Todas se encuentran en perfecto estado de funcionamiento —explicó señalando las nueve luces verdes que brillaban en el monitor de su ordenador—. Es decir, transmitiendo. Puedo arreglarlo para que tengas acceso a las imágenes desde el portátil de Jon pero tardaré un rato, no soy una experta en tecnología de videovigilancia. Quizá merezca la pena que primero le echemos nosotros un vistazo... Ganaríamos tiempo.

Anna Krauss iba a protestar pero Yago se anticipó.

—Sí. Veamos ahora mismo qué hay ahí dentro.

Luna pulsó algunas teclas y en un monitor auxiliar aparecieron las imágenes proporcionadas por la primera cámara. Desde el estudio de la antigua vivienda Anna contemplaba los rostros del equipo de *Arácnida*, escrutándolos, atenta a cualquier cambio en su expresión que le permitiera aventurar qué estaban viendo.

Yago Durán frunció el ceño, estupefacto. Luna abrió perceptiblemente los ojos y arqueó las cejas.

—Probaré con otra.

Él asintió.

—¿Qué te parece? —preguntó a Hugo.

El documentalista, atónito, ladeó la cabeza y encogió los hombros con un gesto brusco.

—La siguiente.

—Es increíble —susurró Luna.

—Jamás —sentenció Yago— había visto nada igual. No pensé que existiera un lugar así. Es como...

—Parece sacado de un cuento —completó Hugo.

—Exacto.

La paciencia de Anna Krauss se colmó.

—¡Hola, sigo aquí! —exclamó malhumorada—. ¿Alguien piensa contarme qué

ocurre?

Yago Durán dio un respingo.

—Perdón, Anna —se excusó, pero calló mientras elegía el modo de contárselo.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué hay ahí detrás?

—Verás... —dijo dubitativo.

Luna decidió echarle una mano. Optó por la vía directa.

—Libros —señaló.

—¿Libros?

—Sí —aseguró él—. Muchísimos...

Hizo una larga pausa.

—Nada más. Nada ni nadie. Solo libros.

Veinte minutos después Anna Krauss tenía acceso, desde el ordenador portátil de Jon Vivaldi, a las imágenes.

Yo tampoco, se dijo maravillada, había contemplado nada igual.

Y se deleitó con las extraordinarias imágenes en blanco y negro que las cámaras del CCTV emitían.

Capítulo XVII

Las cámaras del CCTV mostraban piezas de diferentes tamaños y formas. Anna Krauss contó dos pasillos, varias habitaciones e incluso un enorme espacio libre de tabiques y muros interiores. Todas ellas con un denominador común: estaban repletas de libros.

Babilum, se dijo, es una inmensa y extraña biblioteca.

Dedujo que las cámaras se encontraban situadas a razón de una por piso. En la pantalla del ordenador aparecían numeradas con dos dígitos separados por un guion: 1-1, 1-2, 2-1..., leyó. La progresión continuaba, soslayando al piso tercero puerta segunda, hasta finalizar en el 4-2.

Los libros, meticulosamente alineados en estantes, cubrían las paredes desde el suelo hasta el techo. Pero su presencia no se limitaba al perímetro; colocados en muebles invadían también el interior de las estancias, donde componían caprichosas formas geométricas. Más adelante, cuando estuvieron familiarizados con Babilum, bautizaron algunas de las piezas para evitar tan farragosa nomenclatura. Entonces a las habitaciones correspondientes a los pisos 1-1, 1-2, 3-1 y 4-2 las llamaron respectivamente *Aspa*, *Bandera*, *Cuatro* y *Caracola*.

Aspa era un cuarto cuadrado de dimensiones similares al estudio. Dos grandes y austeros armarios metálicos invadían las diagonales dibujando una gigantesca X.

La colocación de la cámara, demasiado baja, hacía imposible determinar la forma exacta de *Bandera*. Dentro cuatro altas estanterías situadas en paralelo abarrotaban el espacio, dejando entre ellas estrechos corredores por los que una persona de complexión normal apenas podía transitar.

El minimalismo imperaba, sin embargo, en *Cuatro*. De tamaño medio, contaba con cuatro columnas circulares dispuestas de un modo que recordaba al dibujo de ese número en un dado. Parecían hechas de valiosa madera oscura, tallada. Cada una de ellas contenía cientos de ejemplares.

Pero la más espectacular era, sin duda, *Caracola*. Asombrada, Anna se demoró en su contemplación durante varios minutos. Se trataba de un enorme espacio libre de tabiques y muros interiores ocupado por un extraño mueble de una sola pieza. Este tenía forma de espiral y su longitud alcanzaba varias decenas de metros.

—¿Las cámaras disponen de zoom?

—Sí —respondió Luna—. Puedes utilizarlo mediante los signos + y - del teclado.

Fascinada, Anna lo ajustó a su antojo. Buena parte de los anaqueles se hallaban ligeramente curvados hacia abajo como consecuencia del peso que soportaban. Logró distinguir, además, algunos títulos; estaban escritos en varias lenguas y los había de todo tipo: ediciones económicas que convivían con elegantes volúmenes encuadernados en piel, libros impresos mezclados con ejemplares manuscritos, obras señaladas ubicadas junto a otras de las que jamás había oído hablar...

—Ahí dentro es tan fácil perderse como contar hasta diez —dijo embelesada mientras encendía un cigarrillo.

No localizó rastro alguno de luz natural, aunque su falta había sido suplida por múltiples medios de iluminación: bombillas y tubos fluorescentes desnudos o enfundados en mamparas, altas lámparas de pie, pequeños faroles estratégicamente situados, velas a medio consumir que permanecían apagadas, vetustos candiles de aceite, fanales metálicos e incluso en una estancia pendía del techo una hermosa araña de cristal ricamente ornamentada.

—Las imágenes muestran espacios totalmente diferentes. ¿No eran iguales las diez viviendas?

—Con toda probabilidad las distribuciones originales fueron modificadas eliminando algunas o incluso todas las paredes interiores —intervino Hugo.

—¿Dónde están los accesos entre los pisos o las diferentes plantas?

—Las cámaras presentan ángulos muertos y grandes zonas quedan fuera de su alcance. Los accesos no siempre aparecen en las imágenes, y cuando lo hacen no siguen un patrón común. Recordemos que Juan Gandalf compró los inmuebles a lo largo de nueve años. Supongo que los iba uniendo por donde podía a medida que los adquiría.

—No he visto ninguna ventana o salida al exterior —apuntó ella.

Yago Durán asintió.

—Nosotros tampoco. En algún caso hemos logrado identificar los lugares donde deberían estar las puertas de los pisos franqueando el paso a la escalera principal del inmueble, por la que tú entraste desde la calle, pero se encuentran cubiertas por estanterías llenas de libros. Me temo que la única puerta de entrada a Babilum es la que tú utilizaste, la del piso tercero puerta segunda...

—La que se encuentra bloqueada —gruñó Anna—. Y ni rastro de Mikel u otro ser vivo... Babilum parece desierto.

Sin que se apercebiera la ceniza se desprendió del cigarrillo deslizándose pausadamente hasta el suelo.

—Una habitación está casi despejada —continuó—, la que tiene colgada en el techo la araña de cristal. No encaja con el resto. Comparada con las demás apenas cuenta con libros.

Anna manipuló el CCTV hasta que las imágenes registradas por la cámara situada en el 4-1 aparecieron en el monitor. *Araña*, como la conocerían más adelante, era una habitación en cuyo centro aparecía una estoica mesa grande sobre la que descansaban dos candelabros dorados. Un par de cómodas sillas de madera y las estanterías, que se limitaban a cubrir las paredes, completaban el mobiliario.

Ese, se dijo Anna Krauss, es el lugar donde leía Bastian.

Lo evocó, envuelto por la luz de las velas, contemplando lo que en el interior del libro ocurría. Sintió una comezón en las yemas de los dedos. Luego pensó en los miles de conversaciones que habría mantenido con los protagonistas de las novelas

que adoraba. Y envidió el don de Bastian, que le permitía ver en el interior de los libros sin necesidad de imaginar las historias que contaban.

Un mundo con decenas de miles de libros, pensó apesadumbrada. Unió las manos y apoyó en ellas la frente. Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Se sentía desolada.

—¿Cómo voy a encontrar *El aire de un crimen*?

—Quizá averigüemos el modo en que los libros están organizados —apuntó Hugo.

—Quizá... —repitió ella. La aterrizzaba la perspectiva de pasar meses encerrada allí dentro. Se preguntó qué sucedería si padeciera un ataque de apendicitis, la rotura de un fémur o cualquier otra dolencia. Sus nervios se encabitaron. Abandonó la colilla en el cenicero y caminó de un lado a otro del estudio.

Luna, Hugo y Yago Durán la veían pasar frente al monitor, entrando por un lado y saliendo por el otro para regresar de nuevo en sentido contrario.

Anna decidió sacar de sí la angustia que la devoraba.

Necesito, estuvo segura, romper algo.

Se acercó hasta el estante más cercano y al azar cogió uno de los libros. Mientras levantaba el brazo, preparándose para arrojar el ejemplar con todas sus fuerzas, leyó el título y su autor: *Ulysses*, de James Joyce.

—¡Sí! —gritó mientras lo lanzaba con todas sus fuerzas al suelo.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Yago Durán.

Anna tomó asiento de nuevo frente al monitor. Parecía más tranquila.

—Lo siento. Un libro. Lo he tirado yo.

—No me refería a ese ruido —dijo señalando hacia la pantalla—, sino a este ruido —concluyó indicando con el pulgar a su espalda—. ¿Lo habéis oído?

Luna y Hugo asintieron.

—No tengo ni la más remota idea —añadió el documentalista—. Quizá haya subido alguien.

—¿Ahora? —preguntó Luna—. Es tardísimo.

—Llamaré al personal de seguridad. A esta hora son los únicos que se encuentran en la biblioteca...

Marcó una extensión interna en el teléfono inalámbrico y tras una breve conversación colgó el aparato.

—No han sido ellos. Uno de los vigilantes está en recepción, y el otro haciendo su ronda por la zona ajardinada.

Yago Durán aguzó el oído, pero no escuchó ningún sonido. Las únicas luces que permanecían encendidas en la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro eran las situadas sobre la mesa de trabajo del equipo de *Arácnida*. Fuera del radio que delimitaban imperaba la oscuridad.

—Voy a echar un vistazo.

—Te acompaño —propuso Hugo.

—No —respondió él mirando a Luna—, quédate aquí.

Se puso en pie y se alejó caminando despacio. Desde la penumbra miró hacia atrás y sonrió a Luna. Después desapareció entre las sombras.

Intentó orientarse. Caminó hacia el lugar donde recordaba haber visto los interruptores de la luz. Avanzaba despacio, sin hacer ruido, atento a cualquier ruido que delatara la proximidad de un intruso.

Algo rozó su hombro. Mecánicamente levantó los puños y descargó una potente patada circular sobre lo que resultó ser una lámpara de pie. Esta salió despedida por el impacto, provocando un estrépito que hizo saltar a Hugo en su silla mientras Luna permanecía inmóvil a su lado con los ojos muy abiertos.

Finalmente alcanzó los interruptores y los accionó.

Miró a su alrededor.

Nadie.

Caminó entre las estanterías repletas de libros moviéndose con sigilo, y registró minuciosamente la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro. Dedicada a la novela de los siglos XIX al XXI, recordó que había mencionado Hugo..., se preguntó por qué diablos la gente escribía tanto.

Entonces lo vio.

Se hallaba en el suelo, en el centro de un pasillo.

Cuando llegó a su lado lo contempló con curiosidad. Localizó su ubicación original, donde lo depositó. Después regresó junto a los demás.

Luna y Hugo suspiraron aliviados cuando lo vieron aparecer de nuevo.

—¿De qué se trataba? —quiso saber ella.

—Nada importante. Un libro. Había caído. No me extraña que haya provocado ese estrépito. Es un auténtico ladrillo. Bien, sigamos...

—¿De qué libro se trata? —preguntó Anna.

—*Ulysses*, de James Joyce.

—Dios mío —exclamó ella.

—Puede tratarse de una casualidad —afirmó Hugo.

—Es tremendamente improbable —se opuso Luna—. Piénsalo bien. El antiguo inmueble y la biblioteca Alberto Caeiro son, en el fondo, lo mismo: libros, libros y más libros. ¿Y justo al mismo tiempo caen dos ejemplares de la misma novela en ambos lugares? Eso no es fortuito.

—Se trata de algo sencillo de comprobar —afirmó Yago Durán—. Basta con repetir la operación. Escoge otro y títalo, Anna. Por favor, procura que sea una novela escrita durante los siglos XIX, XX o XXI. Nos facilitará la búsqueda si se encuentra en el interior de esta planta.

Anna Krauss revisó el estudio buscando algún ejemplar. El título elegido fue *Berlín Alexandreplatz*, de Alfred Döblin. Lo levantó para después arrojarlo con

fuerza. Al otro lado el equipo de *Arácnida* aguardaba expectante.

Uno, dos, tres..., contó Yago Durán.

Cuando escuchó un ruido sordo entre las estanterías de la biblioteca Alberto Caeiro supo que, de alguna extraña forma, los dos mundos estaban conectados. Hugo se levantó y poco después regresó con la novela de Alfred Döblin. Atónito, la dejó sobre la mesa. Los tres la miraron como si se tratase de un objeto desconocido recién llegado desde otro planeta.

—Únicamente falta confirmar un extremo —dictaminó Yago—: que el vínculo funciona en ambas direcciones. ¿Sabemos cómo están dispuestos los libros aquí?

—Desde luego —respondió Luna—. Agrupados por las lenguas originales en que fueron escritos, y dentro de ellas clasificados por orden alfabético. Tenemos un listado.

—¿Dónde está *El aire de un crimen*, de Juan Benet?

Luna revisó la relación de ubicaciones.

—Estantería C-12, tercer anaquel.

Yago desapareció y unos minutos más tarde volvió con *El aire de un crimen*. Se lo entregó a Hugo.

—Adelante, tíralo.

—¿Así, sin más? —repuso el documentalista.

—No, dale un beso primero para que no se cabree.

Hugo dudó, mirando a su alrededor, como si estuviera a punto de cometer una estupidez y temiera ser observado. Se puso de puntillas y lo lanzó. Impactó en el suelo, alejándose unos metros.

—¿Has oído algo, Anna?

Ella negó con la cabeza.

—Es lógico. *El aire de un crimen* no se encuentra en el estudio, y Babilum es enorme. Veamos el CCTV.

Luna revisó las imágenes mostradas por las cámaras. Cuando llegó a *Cuatro* se detuvo. Al pie de una de las columnas de madera oscura podía verse un ejemplar.

—¡Mirad! Eso, antes, no estaba ahí. Estoy segura.

Activó el zoom hasta que el título fue legible.

—*El aire de un crimen*, de Juan Benet —leyó en voz alta.

Todos se agitaron inquietos en sus sillas.

—El polvo rojo, las cámaras de televisión, la conexión entre los libros... —dijo Luna—. Todo esto forma parte del plan diseñado por Juan Gandalf, en quien Bastian confía plenamente. Plan que ha contado con la colaboración de Jon Vivaldi, recordad el documento oculto en FH.

—Está ahí mismo —murmuró Yago—, en el tercero primera.

Capítulo XVIII

Estoy tan cansada que ni siquiera puedo dormir, musitó Anna. Harta de dar vueltas en la cama mientras esperaba la llegada del sueño, se incorporó bruscamente. Encendió la luz. Tomó entre las manos el diario de Bastian, dobló la almohada sobre sí misma y recostó en ella la espalda.

En los dos capítulos siguientes Bastian describía algunos episodios de su adolescencia, que alternaba con otros de la edad madura. No carecían de interés, pero no aportaban información relevante. Devoró las páginas sin demorarse en ellas. Sin embargo, el capítulo que les sucedía, donde figuraban referencias a Rosa Marino, *Proyecto XI*, Juan Gandalf, e incluso el propio Babilum, se le antojó fundamental.

Cobré por adivinar desde 1973 hasta 1977, periodo que se inició con la muerte de mi padre y finalizó con la de mi madre.

Predecir el destino de los demás no fue una experiencia traumática. Más bien al contrario, lo recuerdo como algo divertido. Mamá lo planteaba como un juego, una especie de adivinanza. Aquellas personas que pasaban frente a mí necesitaban ayuda, aseguraba, y yo podía proporcionársela.

Los clientes no fueron ni muchos ni pocos..., tan solo los indispensables para ir tirando con dignidad aunque sin holguras. Mi madre los seleccionaba cuidadosamente, entrevistándose primero con ellos. Evitaba a los chiflados y gentes de mal vivir, eligiendo a personas normales atosigadas por problemas cotidianos: desengaños amorosos, largas enfermedades, delicadas situaciones económicas, disputas familiares... Llegaban, pagaban, preguntaban y se iban, conmigo no cruzaban ni una sola palabra, ella se ocupaba de todos los trámites.

Algo divertido, sí..., quizá lo mejor de unos años nefastos. Qué malos tiempos aquellos. A las dificultades económicas había que sumar las de otra índole: ser diferente a los demás es terrible durante la infancia. Mis peculiaridades me alejaban de los muchachos de mi edad, condenándome a una soledad que solo atenuaba la relación que mantenía con los personajes de los libros. No tuve una niñez feliz, lo confieso, e imagino que no fue fácil educarme ni mucho menos comprenderme. Aún hoy la delicadeza que ella empleó para gestionar esa época funesta, salvaguardando mi inocencia, me conmueve: ante sus ojos me sentí siempre como el ser más valioso del mundo.

—Hasta luego, Bastian —me dijo una mañana en la puerta de la escuela, segura de que en unas pocas horas nos reuniríamos de nuevo.

—Adiós, mamá —respondí yo pensando en siempre.

Me regaló su mejor sonrisa y se alejó con pasos largos y elegantes. La

contemplé hasta que desapareció perdiéndose entre los transeúntes. Cabizbajo, me dirigí a clase.

Esa fue la última vez que la vi.

Callé por instinto. Aunque entonces no fui capaz de concretar el motivo de mi silencio, hoy ya puedo formularlo sin dificultad. Las personas somos paradójicas y malgastamos el tiempo en nimiedades. Si aseguramos a quien está desnudo que apenas cuenta con unos minutos de vida los empleará por decoro en vestirse, en lugar de regalarse una última satisfacción. Quise que disfrutara de sus horas postreras lejos de la angustia que suponen los finales.

Juan Gandalf afirma que los humanos no mueren del todo. En nuestro interior, asegura, guardamos retazos de divinidad. Dice que somos pedazos de algo eterno encerrado en cárceles de carne, y que solo estas perecen. El resto, que denomina alma, regresa una y otra vez al mundo intentando purificarse. En algunas culturas a ese proceso lo llaman reencarnación.

Anna Krauss cerró lentamente el cuaderno. Se sentía como una intrusa paseando por el interior de Bastian. Pero bajo la incomodidad reptaba otro sentimiento. Aguzó el corazón y finalmente lo reconoció: la aflicción. Solo nos hace padecer el sufrimiento de quienes apreciamos, pensó desconcertada. Pero desechó la idea y prosiguió la lectura donde la había interrumpido.

Jamás mentí y, hasta donde sé, mis predicciones fueron infalibles. Pero aquí debo hacer un inciso.

Hace tan solo unos días Juan Gandalf me pidió que iniciase la redacción de este diario. Sacó a colación, de forma aparentemente casual, algunos sucesos acaecidos durante mi infancia, pero le conozco demasiado bien y supe que en sus palabras no había nada fortuito.

—En una ocasión fuiste mal interpretado. Las hermanas Marino —aclaró—. ¿Las recuerdas?

—No —respondí tras devanarme los sesos hurgando en el pasado.

—Es normal —prosiguió él—. Eras muy pequeño.

Procedió entonces a contarme, tal y como mi madre se la había relatado, la historia de las dos hermanas de aspecto tímido que procedentes de Girona vinieron a verme.

—Unos días después Rosa Marino fue asesinada por su amante, Blas Beltrán —aseguró como colofón—. Afra no quiso decírtelo, supongo que pretendía mantenerte al margen de un suceso tan crudo, e insistió en que yo tampoco lo hiciera. He guardado el secreto todos estos años, pero ahora eres un adulto y debes saberlo —afirmó sonriendo con cariño.

—¿Por qué debo saberlo precisamente ahora?

—Porque el asesinato de Rosa Marino es el episodio que vamos a utilizar

para atraer hasta nosotros a Jon Vivaldi —prosiguió—. Aquel suceso encaja perfectamente en la serie de reportajes que prepara, *Proyecto XI*. Primero le haremos saber qué ocurrió en 1974. Luego te mostrarás ante él. Deberás emplear tu magia. Usarás el espejo.

Supe que daba por zanjada la cuestión y no lograría sacarle más información por mucho que insistiera. Un detalle, no obstante, llamó mi atención: cuando mencionó el nombre de Blas Beltrán una sombra se proyectó en sus ojos. Y por ella tuve la certeza de que en tiempos pasados Juan Gandalf tuvo tratos con él.

Atónita, Anna Krauss deslizó la mirada desde el cuaderno hasta el ordenador portátil de Jon Vivaldi, cuya cámara estaba orientada hacia la puerta del dormitorio. Sin necesidad de comprobarlo supo que al otro lado, en la planta cuarta de la biblioteca, alguien velaba su sueño. Valoró la posibilidad de transmitirle lo que acababa de averiguar, pero abandonó la idea: la noche ya había sido lo suficientemente larga, y el sueño comenzaba a planear sobre ella.

En las siguientes páginas Bastian describía su primer encuentro con Juan Gandalf.

Conocí a Juan Gandalf a finales de 1974, no soy capaz de concretar la fecha con mayor precisión.

Alguien le habló de mí y él, que también es diferente, decidió conocerme. Concertó una cita y acudió como un cliente más. Cuando siguiendo a mi madre cruzó el umbral de la puerta de la sala donde yo recibía a las visitas, supe que aquella vez iba a ser diferente. Ignoraba, no obstante, cuánto, ya que aquel encuentro marcaría para siempre mi vida.

Algo indefinido entró con él.

Su aspecto era llamativo, vestía íntegramente de negro y era muy alto. Poseía además una figura elegante, proporcionada y recia. Aquello tan singular que le acompañaba iba más allá de la presencia. Radicaba en su condición. Desprendía una sobrenatural mezcla de poder, orgullo, sabiduría e inexplicable vejez, puesto que no parecía tener más de cuarenta años. Pero esta descripción solo se aproxima a la realidad, los seres humanos no han creado un término para definir su esencia, que por inaudita ha eludido el cerco que a los hechos someten las palabras.

Tomaron asiento y mi madre abrió la charla. Ella, que no había percibido nada anormal, expuso las normas que iban a regir la sesión, repitiendo un discurso que yo había oído mil veces. Sentado a su lado él asentía, pero fingía prestarle atención, su interés se encontraba centrado exclusivamente en mí. Me escrutaba en silencio, y me sentí como si los únicos habitantes no solo en aquel cuarto sino también en el mundo entero fuéramos él y yo.

Sus ojos negros atenzaron a los míos con una fuerza hipnótica e

irresistible. No podía dejar de mirarlos e, inexplicablemente, tuve la certeza de que habían visto cosas que nadie creería aunque decidiera contarlas. De repente ocurrió algo mágico: la altivez que le revestía se esfumó y su rostro se iluminó con una hermosa sonrisa. Se la devolví, y entre nosotros nació un vínculo indestructible que se ha mantenido hasta hoy.

—Acudí convencido de que presenciara un burdo montaje, tal y como me había sucedido en tantas otras ocasiones. Sin embargo, solo con verte, supe que no era así.

—Pero... ¿Qué buscabas?

—No es oro todo lo que reluce, y hoy llamamos magia a lo que mañana será ciencia. Buscaba una aguja en un pajar. Y la encontré...

Las visitas de Juan Gandalf se repitieron. Al principio eran muy espaciadas en el tiempo, supongo que pretendía no invadir nuestro espacio con torpeza. Jamás acudía solo. Solía acompañar a nuevos clientes, amigos suyos les llamaba. Esperaba fuera, en el recibidor, mientras estos tenían la sesión. Apenas entraba un momento, cuando esta finalizaba, para saludarme con afecto y entregarme algún pequeño obsequio que había traído para mí. Pero con el discurrir del tiempo verle se convirtió en un hábito. Venía con mayor frecuencia y sin mediar otro motivo que pasar un rato con nosotros. Consiguió ganar la confianza de mamá, que llegó a considerarle un buen amigo. Sé que incluso ella le preguntó sobre sus intenciones, acababa de enviudar y no quería ir más allá con nadie, pero Juan Gandalf la tranquilizó al respecto.

—¿Cómo lo haces? —me preguntó un día cuando regresábamos los dos de la librería Tunis, donde me había acompañado. Nuestra relación se había estrechado, cobrando una entidad propia al margen de mamá.

Se lo conté.

Él me escuchó en silencio.

Cuando terminé curvó los labios hacia abajo y asintió. Una cálida sensación de alivio me invadió. A diferencia de mamá, que aceptaba mis peculiaridades, tuve la certeza de que él las comprendía, asumiéndolas como naturales aunque extrañas. Éramos cómplices, nunca me había sentido tan cerca de nadie. Continuamos caminando y unos metros más adelante alcé mi mano, que él envolvió con la suya.

Desconozco los trámites que tuvo que realizar para hacerse con mi custodia, pero supongo que fueron muchos y laboriosos, no éramos familiares sanguíneos. Contribuyó, me imagino, que el número de candidatos dispuestos a ocuparse de mí ascendían a un viejo relojero tan pobre de bolsillo como rico de corazón y algunos familiares lejanos que no estaban por la labor de acogerme con agrado. La holgada situación económica de la que Juan Gandalf disfrutaba, estoy seguro, valió su peso en oro.

Vall tuvo una larga charla con él, y quedó conforme. Una tarde, a última hora, hablaron los dos conmigo. La prima de mamá que había venido desde otra ciudad para quedarse durante unos días a mi cuidado se retiró con discreción a la cocina. Me explicaron la propuesta de Juan Gandalf. Vall insistió en que era lo mejor. De todas formas, aclaró mientras lo miraba, acudiría a menudo a visitarme. Y como siempre el viejo relojero cumplió su palabra, no podía ser de otra manera.

Pocos días después Juan Gandalf se instaló conmigo en el piso tercero puerta segunda, del número 115 de la calle Poeta Cabanyes.

—Ya habías padecido suficientes contratiempos, y quería evitarte cambios innecesarios. Además, tenía que ser así. Estabas ligado a ese lugar, incluso yo ignoro por qué. Solo podías desarrollarte plenamente creciendo en él. Por eso nos quedamos, aunque al principio tuviéramos que privarnos de algunas comodidades.

Juan Gandalf se convirtió en una especie de hermano mayor, y desde entonces tuve un confidente a quien podía explicar sin ambages todo lo que me ocurría. No sin cierto rubor debo admitir un hecho cierto: con él sí fui feliz..., a menudo en el bienestar pesa tanto saberse entendido como el amor ciego.

Y los años pasaron.

Abandoné para siempre la infancia, despidiéndome aliviado de ella, y abordé una paradójicamente tranquila adolescencia. Los días se sucedían sin sobresaltos, en un ambiente óptimo para que yo pudiera desarrollar mi naturaleza sin contratiempos.

Libros, libros y más libros nos invadían, yo los devoraba con voracidad. Se amontonaban por todas partes, pero Juan Gandalf nunca puso objeción alguna, incluso afirmaba que formaban un bello paisaje. Un día nos enteramos de que el propietario del piso tercero puerta primera lo abandonaba.

—Necesitamos más espacio —aseguró—. Tus libros ya no caben..., y no es de recibo que mantengamos a tus amigos con estrecheces.

Lo adquirió. Los enlazamos abriendo una nueva puerta en el muro que ambas viviendas compartían.

—¿Vivimos en el tercero segunda o en el tercero primera? —me preguntó cuando ocupamos íntegramente la totalidad de la planta.

—No lo sé —admití.

—Un nuevo espacio precisa de un nuevo nombre. ¿Por qué no se lo pones?

—Babilum —murmuré sin pensarlo demasiado.

—Babilum —repitió riendo por mi ocurrencia—, el hogar de Bastian, la cuna de las lenguas, el lugar donde los hombres desafiaron a Dios... Me gusta.

Los años pasaban, sí, pero parecían tener influencia solamente sobre mí. Al principio no me apercibí, pero luego resultó evidente: yo crecía... Sin embargo Juan Gandalf no envejecía... Hoy ya parezco incluso algo mayor que él. El día de mi decimoctavo cumpleaños le pedí un regalo especial: que me contase su secreto, al que denominé de la eterna juventud. Cuando me oyó soltó una sonora carcajada, aunque después la gravedad invadió su semblante. Es justo que lo sepas, murmuró. Y tras asentir procedió a relatarme, tomándose todo el tiempo necesario, los asombrosos acontecimientos que sucedieron hace tantos años en Finlandia.

Finlandia, susurró Anna Krauss agotada mientras sus párpados se cerraban. Apagó la luz y se acurrucó de costado manteniendo el diario pegado al pecho.

Capítulo XIX

Yago Durán gimió suavemente y abrió los ojos. El despertador del teléfono móvil emitía su enojoso graznido metálico. Se prometió que en adelante dormiría con una pistola bajo la almohada para disparar al aparato si le venía en gana, y la idea le reconfortó. Intentando no despertar a Luna se deshizo de su abrazo.

A oscuras se puso en pie. Una mesa baja le recordó dolorosamente que no se encontraba en su despacho, la ubicación de cuyo mobiliario conocía de memoria, sino en la biblioteca Alberto Caerio. Frotándose la tibia consiguió llegar hasta el baño. Tomó una larga ducha y se vistió con ropa limpia.

En la planta cuarta Hugo permanecía al pie del cañón. Tiene un aspecto horrible, se dijo al verle. Parecía que alguien hubiera decidido lavar su ropa olvidando sacársela primero, y acabara de sufrir el proceso de centrifugado. Apenas estamos durmiendo y el agotamiento nos pasa factura, concluyó, como sigamos a este ritmo volarnos la tapa de los sesos se convertirá en un acto humanitario. Pensó en alguna ocurrencia con la que hacerle reír, pero no se le ocurrió nada.

El documentalista le saludó con un largo bostezo y le dio el parte de su turno de guardia. Durante la noche no se habían producido incidentes en el piso tercero puerta segunda.

—¿Y en Babilum?

—Todo tranquilo. Ni rastro de Mikel. No me he levantado ni para ir al baño —aseguró señalando al monitor que mostraba las imágenes proporcionadas por las cámaras del CCTV—, y ahí no se ha movido nada.

Yago contempló la pantalla del equipo de videoconferencia: al otro lado imperaba la calma más absoluta. Aunque no podía verla, supuso que Anna Krauss dormía como un tronco.

—He quedado con Axel Beneito. Ahora, en los jardines —anunció.

—Lo sé. Acabo de conocerle, ha pasado por aquí. Los guardias de seguridad le han dejado subir... La placa hace milagros. Te espera abajo.

—Dentro de un par de horas Luna te relevará. Descansa. Y luego recuerda: Blas Beltrán.

El documentalista asintió.

—No olvides el paraguas —le aconsejó cuando se dirigía hacia los ascensores.

Aunque la lluvia caía con una intensidad moderada, el tono gris plumizo del cielo no permitía aventurar cambios en el tiempo. Desde la puerta de la biblioteca, Yago Durán buscó con la mirada al inspector Axel Beneito. Lo localizó pegado a la fachada, cobijado bajo un saliente. Vestía vaqueros, la habitual cazadora de material sintético abrochada hasta el cuello, un gorro de lana negra y calzado deportivo del mismo color. Recordó que a raíz de ir olvidando paraguas por todas partes el policía

había acabado odiándolos y jamás los usaba. Se acercó hasta él esquivando los charcos. Las gotas de agua producían un desagradable ruido sordo al golpear la tela del paraguas. Cuando llegó a su lado se saludaron con un cálido abrazo.

—He subido un momento. Ese tipo...

—Hugo.

—Eso, Hugo. Tiene realmente mala pinta. Parece que lo hayas reclutado en un tanatorio.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Yago Durán.

—Menudo cuartel general has montado en la cuarta planta. Ahí arriba hay más equipos electrónicos que en un concierto de Jean Michel Jarre. ¿En qué andas metido?

Él encogió los hombros.

—Por la amistad que nos tenemos: si te pido que me cuentes qué diantres está sucediendo lamentaré haber preguntado. ¿No?

—Así es.

Axel Beneito se frotó las manos para hacerlas entrar en calor. La lluvia arreció, convirtiéndose en una cortina de agua.

—Todos estos días lloviendo... Tanta agua me desquicia los nervios, por las noches no consigo pegar ojo.

Su atención regresó entonces hasta Yago Durán.

—Necesito saber si lo que tienes entre manos guarda alguna relación con el cadáver que encontramos ahí detrás.

—No lo sé. Intento averiguarlo. Precisamente para ello necesito toda la información que puedas darme. Si es así te lo haré saber, confía en mí.

Axel Beneito asintió con desgana.

—Está bien. Sígueme. Lo encontraron allí.

Y echó a andar hacia la zona ajardinada sin separarse de la fachada del edificio.

La biblioteca Alberto Caeiro, última edificación de la calle Poeta Cabanyes, colindaba con un único inmueble, cuya fachada estaba pintada de rojo chillón. Al otro lado, donde debería hallarse la siguiente casa de continuar la vía, los arquitectos habían diseñado una zona ajardinada cercada por una verja metálica. Tras ella quedaba una amplia franja de terreno, repleta de arbustos y matorrales, que se encontraba despejada con una excepción: un pequeño cobertizo hecho con ladrillos y uralita.

Yago Durán lo observó con curiosidad. Su estructura era recia, contaba con gruesas paredes y estaba bien cimentado: sin duda lo habían construido albañiles profesionales. Pero algo no encajaba. Su presencia, más propia del campo, resultaba extraña en un entorno urbano.

—La valla tiene tres metros de altura. Imposible trepar por ella o apoyar una escalera. Está equipada con sensores. Si detectan presión, el sistema de alarma activa

señales de alerta en el cuarto de los vigilantes y la comisaría del barrio.

Se acercó hasta los barrotos negros y acarició uno de ellos. Eran robustos y presentaban un aspecto hostil: sus extremos superiores, afilados, tenían forma de punta de flecha.

—¿Cámaras de vídeo?

El policía negó con la cabeza.

—Aunque tampoco habrían servido de nada. Gastaron un dineral en seguridad cuando construyeron la biblioteca. Era una época de bonanza, ya sabes cómo funcionan estas cosas. Pero quien la diseñó no era precisamente el Albert Einstein de la protección. No consideró necesario colocar luces eléctricas aquí.

Señaló un lugar en el suelo, frente a ellos.

—Un guardia de seguridad lo encontró ahí durante una de sus rondas nocturnas. Es imposible que cayera desde la azotea o cualquier ventana, los sistemas también lo habrían detectado.

Impulsada por un viento repentino la lluvia se convirtió en racheada.

—Solo se me ocurre una posibilidad —concluyó Yago. Modificó la posición del paraguas para evitar que se mojasen sus pantalones—. Ese individuo murió en otra parte y lo trasladaron hasta aquí. Es raro pero factible: quizá lanzaron el cuerpo por encima de la cerca, desde el otro lado.

—No, Yago. Eso es imposible. Cayó justo ahí.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Mira. —El policía hundió el talón de una de sus zapatillas en la arena mojada—. El terreno está blando. Eso provocó que el cuerpo no... rebotase, supongo que esa es la palabra adecuada. Quedó prácticamente clavado. Dejó una profunda marca, una especie de huella dactilar. Incluso algunos de sus huesos, al fracturarse, se incrustaron en el suelo. No, Yago. Ese tipo cayó en ese lugar desde una gran altura.

El camarero dejó las bebidas calientes sobre la mesa y regresó a la barra, donde un parroquiano desgarbado reclamaba sus servicios.

—Desconcertante, ¿verdad? —confesó Axel Beneito—. Parece el argumento de una novela de Agatha Christie. He hablado con Miss Marple, pero el reuma le impide salir con este tiempo. Hércules Poirot tampoco está disponible.

—Eres un antiguo. ¿No puedes conseguir la ayuda de los tipos del CSI? Frotarían un pedazo de algodón sobre las encías del muerto para hacerse con su ADN y obtendrían una prueba irrefutable.

El policía estalló en una sonora carcajada.

—¿Tienes los resultados de la autopsia?

Axel Beneito asintió y dejó frente a Yago un sobre.

—Gracias. ¿Te importa si...?

—Adelante. Es una fotocopia, puedes quedártela.

Aunque el papel estaba húmedo, logró desplegarlo sin dificultad. Apoyó los

codos en la superficie de la mesa y leyó el informe del forense. Cuando finalizó arqueó las cejas.

—¿Heridas anteriores?

—La causa de la muerte es un politraumatismo. Traducido al lenguaje humano normal: ese tipo se despeñó desde una altura considerable y quedó hecho una mierda. El impacto contra el suelo lo mató. Pero cuando cayó estaba bastante jodido. El cuerpo presenta lesiones ocasionadas con anterioridad, como si hubiera participado en una superpelea. Hematomas por todas partes, heridas producidas por arma blanca..., le falta un globo ocular e incluso tiene una mano amputada.

Yago abrió la boca.

—No me lo preguntes, no hemos encontrado esos miembros. Quizá la mano esté en el casting de la próxima película de la saga *The Addams Family*... Llamaré a Hollywood para comprobarlo. Pero lo más extraño es que buena parte de las lesiones se las provocó él mismo. Puede deducirse a partir de la forma y el ángulo de los cortes.

—¿Se autolesionó?

—*Yes, my friend.*

—¿Y eso de la sangre?

—También tiene miga. Tuvimos suerte. Conozco a Marta, la patóloga que realizó la autopsia. Se trata de una profesional meticulosa. —Extrajo un bloc del bolsillo trasero de su pantalón—. Textualmente: la sangre intravascular de los cadáveres está coagulada, resulta imposible hacer un análisis de concentración post mórtem.

—¿Análisis de concentración?

—Una analítica... Emplean una jerga técnica indescifrable. A veces creo que los médicos forman parte de una secta cuyos postulados les impiden comunicarse con los demás mediante un lenguaje normal. Aunque algo llamó su atención. No me preguntes qué, me lo explicó pero no lo entendí. Así que echó un vistazo con el microscopio para determinar los elementos sanguíneos. Y halló un exceso de reticulocitos. Los reticulocitos son formas inmaduras de los glóbulos rojos. La causa más frecuente de reticulocitosis son las anemias causadas por hemorragias crónicas, las más habituales son las intestinales. El cuerpo pierde sangre y se pone las pilas fabricándola. Pero las prisas no son buenas consejeras, así que no logra producirla con la suficiente calidad. Entonces la concentración de reticulocitos se dispara.

—No suena bien.

—No, desde luego. Marta se entretuvo en buscar ese tipo de lesiones pero no encontró ninguna anomalía. Eso la llevó, siempre moviéndonos en el terreno de las conjeturas, a aventurar la siguiente hipótesis: a ese tío le estuvieron sacando elevadas cantidades de sangre durante un prolongado periodo de tiempo. Hablo de litros y semanas o incluso meses.

«El polvo rojo es un preparado obtenido a partir de un líquido de naturaleza biológica cuyo origen no especificaré», evocó Yago.

—Más incógnitas. No hemos logrado identificarlo, aunque estamos en ello. Un par de vecinos lo recuerdan, pero vagamente, y no son capaces de precisar de quién se trata o dónde le vieron.

—Axel... ¿Ese cadáver corresponde a un humano?

El policía levantó el dedo pulgar manifestando su aprobación.

—Nos conocemos desde hace tanto tiempo que debemos estar conectados telepáticamente. Has dado en el clavo. No es un humano, se trata de un pelícano. Ahora los hacen así, con el pico extraíble pero sin alas..., aunque ellos lo ignoran, por eso cuando intentan volar se pegan estas hostias. —Exasperado se golpeó suavemente las rodillas con la palma de las manos—. ¿Vas a contarme que está pasando?

Él se levantó.

—Otra vez: gracias.

—Siéntate. Hay más. Es posible que tengamos testigos. Un par de mendigos solían instalarse al otro lado de la valla, en el cobertizo. Es un espacio ideal para ellos, poco transitado y tranquilo... Dos, siempre los mismos. Algunos vecinos les bajaban de vez en cuando comida o mantas en invierno. Por lo visto se trata de buena gente, no daban problemas, y los residentes los toleraban.

—¿Solo posible?

—Los estamos buscando, se han esfumado. Nadie los ha visto desde la noche en que encontraron al fiambre. Un vecino los vio correr por la calle. Se separaron. Y no es fácil localizarlos, los vagabundos son escurridizos... No disponemos de un censo al que recurrir.

—¿Nombres?

Axel dudó unos instantes. El rostro del policía se iluminó con una sonrisa divertida.

—Desde luego, incluso disponemos de la descripción detallada de uno. Si te lo digo te vas a descojonar.

—Prueba.

—George.

—¿George? ¿Es inglés?

—No. Se trata de un apodo. Los vecinos afirman que es idéntico al actor, ya sabes, al tipo de *Urgencias*.

—¿George Clooney?

Axel rio de nuevo.

—El mismo. El otro se llama Néstor. Ya tienes tu descripción. Si te encuentras a un tío clavado al doctor Doug Ross, llámame, me ocuparé personalmente de él. Lo mismo digo si se trata de una mano o un ojo arrancado, tengo un puzle que completar.

Tras pagar la cuenta abrió la puerta del bar y franqueó el paso a Axel Beneito. Ya en la calle se despidieron afectuosamente.

—Saludos a Luna.

—De tu parte. Ven a cenar un día a casa, Julia se alegrará de verte. Y puedes traer al novio que tengas en curso.

—No pienso reportarte mi vida sentimental por mucho que insistas, amigo, forma parte de mi intimidad —hizo un guiño cómplice—. Ni la sexual tampoco, necesitaría un par de horas para ponerte al día.

Yago Durán se inclinó hacia delante, haciendo una cómica reverencia.

Ambos dieron media vuelta, alejándose.

—Axel —le llamó cuando se habían separado unos metros—. No los vais a encontrar. Esa gente tiene repleta la nómina de problemas. Los huelen desde lejos y se volatilizan con facilidad. Yo sí daré con ellos. Cuando encuentre a George o a Néstor me pongo en contacto contigo.

Anna Krauss hizo un extenso resumen del capítulo del diario de Bastian.

—¿El asesinato de Rosa Marino era un cebo? —preguntó Luna cuando hubo terminado—. ¿Nos utilizaron?

—Me temo que así es —dijo Yago—. Hugo descansa, y es mejor que le dejemos dormir. Cuando regrese le preguntaremos sobre la fuente que le llevó hasta *RosaM23...*

—Ya se lo he comentado. Esta mañana, a primera hora, mientras tú estabas con Axel Beneito y Luna dormía —le interrumpió Anna—. Ha consultado sus archivos. Recibió un correo electrónico de un destinatario desconocido informándole del caso Marino.

Las facciones de Yago Durán se crisparon.

—Lo ha localizado en su bandeja de entrada. Ha dejado una copia sobre la mesa, en su sitio.

Yago tomó asiento en la silla del documentalista. Rebuscó entre sus papeles hasta dar con la copia impresa. Procedió a leerlo.

—Una mujer llamada Natalia Bas le comunica un suceso acaecido en 1974 que puede ser del interés de *Arácnida*. Le facilita los suficientes datos sobre Rosa Marino para que pueda completar la búsqueda... Nada más.

Levantó el papel, que mantuvo suspendido en el aire, sujetándolo con dos dedos a modo de pinza, como si se tratase de un objeto contaminado.

—Hugo ni siquiera se preguntó quién diablos era Natalia Bas o cómo había averiguado que andábamos buscando casos como este. Lo metió en WIP y se olvidó del asunto... ¡Nada más! —Descargó un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Anna, que jamás le había visto enfurecido, dio un respingo en su silla.

—Un momento —terció Luna con suavidad pero también firmeza—. Estás siendo injusto. El trabajo de Hugo consiste en buscar información, no en verificar su procedencia. Lo que está ocurriendo ahora era impensable cuando recibió el correo electrónico. ¿Querías crímenes satánicos cometidos durante los últimos cuarenta

años? Pues él los busca y ahí los tienes. Si deseas que los encuentre siguiendo pautas determinadas solo tienes que marcarlas.

Yago se puso en pie.

—Pausa de diez minutos —gruñó mientras se alejaba.

—No te preocupes. Yago es un buen jefe, pero cuando se pone así resulta intratable. Y él lo sabe, por eso se ha largado. Estamos todos muy cansados y tenemos los nervios a flor de piel. O no lo conozco bien o ni siquiera le mencionaré a Hugo este lío.

En sus labios se dibujó un mohín divertido con el que pretendía quitar hierro al episodio que acababan de vivir. Pero Anna Krauss mantenía una tensa expresión.

—Luna...

—Dime.

—El correo, por favor.

Ella recuperó el folio impreso.

—¿Qué sucede? —preguntó extrañada.

—La dirección desde la que fue enviado... ¿Te has fijado?

Luna centró su atención en la cuenta remitente: *natibas@gmail.com*.

—Bueno, es normal. Los dominios de internet no admiten a varios usuarios con el mismo nombre. El primero que lo registra es el único que puede usarlo, y los siguientes suelen hacer variaciones hasta que encuentran una identificación libre. Con toda probabilidad *nataliabas* estaba cogido, y a esa señora no le quedó más opción que sustituirlo por Nati, el diminutivo de...

Entonces lo comprendió.

Ordenó las sílabas al revés y pensó... casi.

—*natibas*... —susurró—: Bastian.

Capítulo XX

Víctor estaba en su despacho y lucía un magnífico aspecto. Yago se sintió culpable, le profesaba un profundo afecto y dejándose llevar por la desaparición de Jon Vivaldi y el encierro de Anna Krauss no había prestado la suficiente atención al estado de salud de su amigo.

—¿Cómo te encuentras?

Víctor sonrió.

—Mucho mejor. Mi médico me ha prescrito calma y tranquilidad. Y voy a hacerle caso. En cuanto acabe contigo me marchó a casa. Ya no soy imprescindible en el día a día. Debo aceptarlo y disfrutarlo. Durante mi ausencia todo ha seguido su curso con normalidad.

Se acomodaron alrededor de una mesa de reuniones.

—Cuéntame. Estoy preocupado por el asunto que tienes entre manos.

Él asintió y procedió a relatarle minuciosamente todos y cada uno de los acontecimientos sucedidos desde su última conversación.

Néstor vagaba por el barrio del Raval, en Barcelona. Arrastraba los pies al andar y tiraba de un carro para la compra donde llevaba metidas todas sus pertenencias. Yo soy, solía decir a George, un caracol: mi casa va conmigo.

Acostumbrado a la comodidad del cobertizo ubicado en la calle Poeta Cabanyes, junto a la biblioteca, pernoctar en los cajeros automáticos le desagradaba. Las molestas luces, encendidas toda la noche, le obligaban a dormir con la cabeza cubierta por una manta. Y pese a que siempre se encerraba tenía miedo: durante la última noche un energúmeno había aporreado la puerta hasta casi arrancarla de sus goznes.

Se cruzó con un grupo de jóvenes, que abandonaron la acera para evitarle. Al pasar junto a Néstor uno de ellos compuso una mueca e hizo un comentario en voz alta que hizo reír a los demás. Aquí hay demasiada gente, se dijo. Tomó una resolución: dirigirse al claustro del antiguo Hospital de la Santa Creu i Sant Pau. Se trataba de un lugar tranquilo, repleto de otros como él, donde podría reposar sin sobresaltos. Callejeó por las estrechas vías del barrio que tan bien conocía. Enfiló por la calle de la Cera y murmuró la letanía que siempre repetía a George cuando pisaban aquella vía: se llama así porque aquí se colocaban cientos de cirios durante las epidemias de peste padecidas en la Edad Media, para rogar al Señor que librara a los hombres de ese mal. Reminiscencias, añadía al final, de un caracol que fue historiador hasta que se le quebró la existencia.

Un vívido recuerdo acudió a su mente..., un hombre cayendo desde la nada, el ruido de los huesos al quebrarse contra el suelo, los gemidos lastimeros del moribundo..., pero sobre todo la extraña actitud de George. Cuando Néstor temblaba,

asustado, preguntándose qué demonios había sucedido, él se levantó y echó a andar con las manos metidas en los bolsillos sin mirar atrás.

Lo echaba de menos, era su mejor amigo.

Víctor Crest consultó las notas que había tomado durante la exposición de Yago, repasando el contenido de varias páginas y subrayando algunas frases. Suspiró, consternado por la complejidad de la situación, y murmuró un escueto: vamos allá.

—Intentaré hacer una reconstrucción cronológica de la historia, quizá eso la dote de una cierta coherencia. Jon nos advierte en su correo electrónico que el asesinato de Rosa Marino forma parte de una cadena de acontecimientos iniciada mucho tiempo antes en Finlandia. Desconocemos qué pasó allí o cuándo ocurrió, pero es el punto de partida.

Yago asintió.

—A finales de la década de los sesenta nace Bastian. Sabemos muy poco de él. Se trata de alguien especial, posee cualidades extraordinarias. Conocemos tres de sus dones: puede ver en el interior de los libros, es capaz de predecir el futuro y también logra depositar a su antojo sentimientos en objetos, mediante un proceso que denomina *cosificación*. Pero su capacidad para conocer el futuro presenta limitaciones. Tres, en concreto.

Víctor levantó el dedo pulgar de su mano derecha.

—Es incapaz de predecir aquello que le concierne directamente... No puede, por ejemplo, determinar la fecha de su fallecimiento o cuándo enfermará.

Después el índice.

—Le resulta posible adivinar el futuro, pero no cambiarlo. Recordemos a su hermana Rosa. Sabía el día en que moriría, pero no logró evitarlo.

Y por último el corazón.

—Existe una fecha a partir de la cual no puede ver nada, si no recuerdo mal la llama «fecha terminal».

—Así es. El 11 de septiembre de 2017.

—Bien. Bastian ejerce como adivinador a lo largo de varios años, periodo durante el cual entra en contacto con las hermanas Marino y Juan Gandalf. Lo poco que conocemos de él es absolutamente desconcertante. Por ejemplo posee una naturaleza diferente, aunque ignoramos cuál. O por muchos años que pasen no envejece. Cuando los padres de Bastian fallecen, Juan Gandalf lo adopta. Eso nos conduce a un extremo importante: ¿por qué se tomó tantas molestias?

—Parece esencial para él.

—Opino lo mismo. Recuerda las palabras de Vall, el viejo relojero. Bastian es el irrepetible fruto de un cúmulo de casualidades. Su presencia en el mundo no era predecible. Creo que Bastian es tan valioso porque su existencia no podía anticiparse. Con el paso del tiempo Juan Gandalf adquiere todos los pisos del inmueble ubicado en el número 115 de la calle Poeta Cabanyes y decide que aquello de los espacios

comunes no va con él... ¿Para qué mezclarse con los vecinos si puede evitarlo? Enlazan las viviendas por dentro mediante puertas o escaleras, conformando un único espacio que crece, crece y crece...

—Babilum —apuntó Yago.

—Pero entonces surge un problema. En 1995 el ayuntamiento expropia la casa, la derriba y construye en el mismo lugar la biblioteca Alberto Caeiro. Sin embargo el viejo edificio continúa existiendo, puesto que Anna Krauss se encuentra encerrada allí. Y el tiempo pasa, presumiblemente sin incidentes.

Víctor encogió los hombros.

—Aunque un día, desconocemos cuándo, la tranquilidad se interrumpe. A partir de ese momento los hechos son aún más confusos. Bastian reconoce, en el prólogo de su diario, que este es la piedra angular de un plan trazado por Juan Gandalf que solo se pondrá en marcha si todo lo demás sale mal. El diario, por lo tanto, forma parte de un plan B. Dado que obra en nuestro poder, deduzco que *todo lo demás* salió mal y ahora nos encontramos inmersos en él. Merece la pena analizar con detenimiento este extremo. ¿Qué presupone un plan B?

Yago meditó durante unos segundos.

—Es una alternativa de emergencia. Presupone la existencia de un plan original...

—Exacto. Llamémosle plan A.

—De él no sabemos nada, tan solo que Juan Gandalf lo estaba desarrollando cuando algo lo interrumpió...

—Creo que la llegada de Mikel interrumpió el plan A y activó el B, que gira alrededor de un eje: mantener a salvo a Bastian. Del B tenemos algunas pinceladas: el diario, el encierro de Anna, las provisiones de polvo rojo, la conexión entre los libros ubicados en la biblioteca Alberto Caeiro y el antiguo inmueble... Pero estamos olvidando a alguien: ¿dónde comienza a jugar la partida Jon Vivaldi?

—No tengo ni la más remota idea —reconoció Yago.

—Estoy seguro de que Jon Vivaldi es uno de los mecanismos del plan B. Para llevarlo a cabo Juan Gandalf le necesitaba. Sabemos muy poco del papel de Jon en esta historia. Unos meses atrás inicia *Proyecto XI. Arácnida* colabora con él, ayudándole a seleccionar los once casos que lo componen. Y en ello estamos cuando Bastian, asumiendo la identidad de Natalia Bas, envía un *mail* a Hugo donde le comunica la existencia de un suceso acontecido en 1974.

El rostro de Yago reflejó su desazón.

—RosaM23 —bufó.

—Así es. Y Jon Vivaldi decide seleccionarlo. El asesinato de Rosa Marino, vinculado con la infancia de Bastian, se convierte en el *caso XI* de *Proyecto XI*. Y teóricamente finaliza el papel de *Arácnida*, ya que es el propio Jon quien se encarga del trabajo de campo. Pero resulta evidente que Bastian y Juan Gandalf utilizaron el *caso XI* y también a nosotros para llegar hasta Jon Vivaldi...

—Espera un momento. ¿Por qué necesitaba Juan Gandalf precisamente a Jon

Vivaldi? ¿Qué tiene de especial?

—Tengo una teoría. Llamémosla... conexión Krauss / Vivaldi. Permíteme que la esponga al final.

—Pero ¿era necesario complicarlo tanto? Es obvio que Jon ha colaborado con Juan Gandalf: su ordenador está en el antiguo inmueble, escribió de su puño y letra la nota depositada en el interior de *Todas las almas*, incluso ocultó documentos codificados en FH... En lugar de organizar todo este lío alrededor de *Proyecto XI*, ¿no habría sido mucho más sencillo ir a hablar con Jon para ponerle de su lado?

Víctor rechazó el argumento con un gesto.

—Intenta situarte en el lugar de Jon. Imagina que suena tu teléfono y alguien dice: «Hola, me llamo Juan Gandalf y tengo una naturaleza especial... Aunque tendrías que ver a mi hijastro, él sí se sale de la tabla, puede predecir el futuro y ni siquiera necesita una bola de cristal... Arriesgarás la vida de algunos amigos, pero tienes que echarme un cable... ¿Cuándo tienes un hueco en tu agenda para que te hagamos una *performance*?». ¿Qué harías tú, Yago?

—Colgar y olvidarme.

—Recuerda que Juan Gandalf tiene un montón de ases en la manga. Supongo que optó por saltarse la llamada e ir sin rodeos a la demostración. Eligió a Jon, observó su vida y escogió *Proyecto XI* para reclutarle para su plan B porque era lo que mejor le encajaba. Con toda probabilidad le mostró algo, ignoro qué, durante el desarrollo del caso XI de *Proyecto XI* para atraerle. Y Jon picó el anzuelo.

Yago deslizó la mirada hasta el techo.

—No puedes imaginarte lo que me fastidia que nos usase. No lo comprendo. ¿Cómo sabía Juan Gandalf que existía *Proyecto XI*?

—No podías preverlo. Olvidas que cuenta en su equipo con un tipo que puede predecir el futuro. Es posible que conociera la existencia de *Proyecto XI* antes que el propio Jon Vivaldi. Era imposible que pudiéramos darnos cuenta. Es más, a través de Bastian, sabía que no nos daríamos cuenta... Disculpa, por favor.

Víctor Crest se acercó hasta su escritorio y descolgó el auricular del teléfono.

—Isabel, necesito que me hagas un favor. Consígueme un cigarrillo, pídeselo a alguien —calló durante unos instantes—. Mejor que sean dos, me harán falta. Y sobre todo no se lo digas a Marisa.

Uno de los caballos se acercó. Manso inclinó el cuello y empujó suavemente el hombro de Bastian con la cabeza. Este, sin levantarse, pasó una mano por la cerviz.

—¿Qué quiere? —preguntó Jon Vivaldi.

—Le gustan las caricias, nada más.

Jon se revolvió en su escaque. La compañía de aquellas piezas de ajedrez le causaba una profunda desazón.

—La espera es exasperante. ¿Sabes cuánto tiempo permaneceremos aquí?

Bastian negó con la cabeza. Se vio obligado a ofrecerle una explicación.

—No puedes imaginar lo sencillo que resultó investigar a alguien como tú... Has pasado la vida rodeado de libros. Mis amigos, los personajes, me la han contado con todo lujo de detalles. Sin embargo, me está vedado conocer mi propio futuro. Y desde que aparecí en el espejo de tu dormitorio tampoco puedo ver el tuyo.

Víctor contemplaba el humo azulón con deleite.

—Ya no recordaba lo bueno que está. Tendré que masticar chicles de menta antes de llegar a casa para que Marisa no lo note.

Yago reprimió una sonrisa.

—Prosigamos. El *mail* de Jon Vivaldi sitúa a *Arácnida*, tras unas semanas de ausencia, de nuevo en la palestra. Recuerda un extremo importante: iba dirigido a mí con copia a Anna Krauss. Pero Juan Gandalf no está en racha... No solo *todo lo demás* ya había salido mal, también se produce un nuevo imprevisto: mi accidente. Anna lo leyó en primer lugar, lo cual provocó que acabara encerrada en el antiguo inmueble. Fíjate en la colocación de las piezas, es un desastre. Ella es una mujer joven y fuerte, pero está sola allí dentro. ¿Y qué tenemos fuera? Tú podrías derribar una pared de un puñetazo. Babilum es el paraíso de Hugo, imagínalo metido en su interior, rodeado de millones de papeles donde hurgar. Y Luna se manejaría sin dificultades con el ordenador portátil de Jon Vivaldi o el CCTV. Parecemos expresamente diseñados para encontrarnos en el lugar de Anna. Nos hallamos situados, desde un punto de vista estratégico, justo al revés.

Víctor dio una profunda calada al cigarrillo y expulsó el humo por la nariz. Después le sobrevino un acceso de tos.

—Es delicioso pero da problemas —murmuró mientras lo apagaba.

Bebió varios sorbos de agua.

—La llegada de Mikel trunca el plan A y pone en marcha el B, con el que Juan Gandalf pretende salvaguardar a Bastian. Este se oculta. Recuerda el diario: durante su infancia Bastian descubrió que podía ver en el interior de los libros, aunque no fue hasta más adelante cuando comprobó que también podía entrar en ellos. ¿Cuál crees que es el lugar idóneo para esconderse?

Incrédulo, Yago sacudió la cabeza. Se sintió ridículo respondiendo a la pregunta.

—¿Estás diciendo que Bastian está oculto en un libro?

Víctor, sin embargo, no rio.

—Parece inconcebible, lo sé. Pero es la alternativa más razonable. Para salvaguardar la seguridad de Bastian nadie, excepto Juan Gandalf, debe conocer el título. Piénsalo, es brillante, hay cientos de miles de ejemplares en Babilum.

—¿Y Juan Gandalf?

—¿Tienes más naipes sobre la mesa?

Yago meditó su respuesta.

—El cadáver.

—Buena suposición. Si el cadáver que encontraron en la biblioteca Alberto

Caeiro corresponde a Juan Gandalf, resulta evidente que no podrá acudir al rescate de Bastian. Probablemente ese sea el único flanco vulnerable del plan B.

—Sacar a Bastian de Babilum...

—Sí. Y pienso que para cubrirlo Juan Gandalf necesitaba a Jon. Recuerda, la conexión Krauss / Vivaldi. Jon y Anna cuentan con un código único e irreplicable: las preferencias literarias compartidas durante tantos años. Se trata de un lenguaje indescifrable para cualquier otro. Desde fuera Anna Krauss debería estar guiándonos, saltando de libro en libro, para llegar hasta el ejemplar donde se halla oculto Bastian... Dios, es casi perfecto. Si Juan Gandalf continúa con vida, *Arácnida* debería contratarle.

—¿Pero dónde está Jon Vivaldi?

Víctor encogió los hombros.

—Conozco a Jon y no es ningún estúpido. Si ha colaborado con Juan Gandalf es porque existen poderosas razones para ponerse de su lado. Y creo que este, para no dejarle colgado, le devolvió el favor permitiendo que se ocultara con Bastian. Se encuentran juntos, en el interior de un libro, en Babilum.

—Esa cadena de razonamientos presenta una grave incoherencia —apuntó Yago—. Si yo, por ejemplo, debería estar en el lugar de Anna, ¿por qué diablos veo una biblioteca y ella el antiguo edificio? Debería ser al revés.

—No se trata de una incoherencia, sino de una incógnita.

Sonó el teléfono ubicado sobre el escritorio.

—Perdona —dijo Víctor antes de coger el auricular—. ¿Sí?... Bien, gracias.

Cortó la comunicación.

—Marisa acaba de llegar. Me espera abajo, en el coche. Aparcar aquí es más difícil que encontrar a Jon Vivaldi. Sigues al mando. ¿Qué vas a hacer?

—Seguiré la pista de los vagabundos y el rastro de Blas Beltrán. La información que contiene el diario es muy valiosa: Anna no debería regresar a Babilum hasta que concluya su lectura. Pero no puedo obligarla. Se encuentra en una situación realmente complicada, en la que es difícil mantener el equilibrio.

—Sí. Camina sobre la cuerda floja. Deberás persuadirla. Convéncela para que espere. Pero si no te escucha y decide entrar a por *El aire de un crimen* no olvides que será bajo su responsabilidad. Al fin y al cabo el pellejo que está en juego es el suyo y tiene todo el derecho a elegir. Puedo asignarte más gente.

—No es necesario. Si algo nos sobra es tiempo y prefiero llevar este caso personalmente.

—Mantenme informado sobre cualquier cambio que se produzca. Ahora tengo que dejarte, esa mujer no soporta las esperas.

Capítulo XXI

Durante su ausencia Luna había instalado una pantalla de plasma donde podían verse a la vez, distribuidas en ventanas del mismo tamaño, las imágenes emitidas por las cámaras del CCTV. Las contempló detenidamente: seguían sin mostrar el menor rastro de vida en Babilum.

—¿Alguna novedad? —preguntó Yago.

—No —dijo Luna—, no se ha movido ni una mosca.

Centró su atención en *Cuatro*. Caído en el suelo, frente a una de las columnas circulares de madera oscura, permanecía *El aire de un crimen*.

—Está en el tercero primera, a pocos metros de Anna —murmuró abstraído en voz muy baja.

—¿Perdón?

—Nada, no te preocupes, hablaba para mí.

Anna Krauss y el resto de miembros del equipo *RosaM23* lo escuchaban expectantes. Mientras hablaba, Yago Durán analizaba su lenguaje corporal. Anna atendía con paciencia e interés, pero se mostraba intranquila. Luna permanecía quieta, con los codos apoyados sobre la mesa y el ceño fruncido. Las facciones de Hugo mutaban conforme avanzaba la exposición, pasando del sosiego inicial a la incredulidad. Cuando hubo terminado fue el documentalista quien intervino en primer lugar.

—¿Jon Vivaldi está oculto en un libro?

Parte meteorológico, pensó Yago: en el interior de la sala perplejidad abundante acompañada de inquietud e impotencia racheada; fuera, en el mundo real, continúa lloviendo a mares. Se dijo que Hugo estaba a punto de cortocircuitarse.

—Sí, en un libro.

El resto mantuvo un espeso silencio. Lo rompió Anna Krauss.

—Hasta ahora no había trabajado con Víctor. Jon sí, y no se cansaba de repetir que desde un punto de vista profesional es excepcional... Debo darle la razón: a partir de algunos hechos aislados ha sido capaz de trazar un camino congruente.

Entonces calló y el desánimo ensombreció su expresión.

—Incluso estoy de acuerdo contigo cuando afirmas que si algo tenemos es tiempo. Siempre y cuando logre mantenerme cuerda o mi salud no sufra percances. La cocina está abarrotada de víveres, pueden pasar meses hasta que se agoten. Y en el piso tercero puerta segunda, la seguridad parece garantizada por el polvo rojo.

Anna encendió un cigarrillo. Contó los que le quedaban. Cinco.

—Pero ¿qué hacemos ahora?

Yago agradeció que, en unos momentos tan complicados para ella, se ofreciera para resolver problemas en lugar de ocasionarlos.

—Céntrate en la lectura del diario. Cuando termines procesaremos toda la

información. Posponemos, por tanto, el retorno a *Babilum sine die*.

Pronunció la última frase con rotundidad, envolviéndola con un halo de orden. Pero ella se mantuvo impertérrita.

Anna Krauss recuperó los tres cuadernos del diario de Bastian, una libreta para tomar notas y un lápiz afilado. Entonces, involuntariamente, su mirada se deslizó hasta la cornucopia que pendía a su lado. Admiró una vez más el marco dorado, trabajado con relieves que lo ornamentaban. En la superficie del espejo su reflejo guardaba una posición simétrica a la suya. Incluyó ligeramente la cabeza hacia el lado izquierdo. La imagen, obediente, siguió el movimiento. El cansancio había cargado sus rasgos haciéndola parecer varios años mayor, y presentaba un aspecto desaliñado. Tengo el pelo hecho un desastre, musitó, y la estupidez de la idea la hizo sonreír.

Reemprendió la lectura donde la había abandonado.

Víctor Crest se dejó caer sobre el colchón. Respiraba agitadamente y su piel brillaba como consecuencia de la sudoración. Contempló durante unos segundos el techo y luego cerró los ojos. A Marisa, recordó entonces, le gustaba que tras hacer el amor la abrazase. Levantó un brazo, alzándolo como la barrera de un paso a nivel, y ella se acomodó sobre su pecho. Víctor la envolvió con delicadeza, acariciando los hombros.

—¿Estás bien?

En silencio Marisa asintió, pensando que el amor se transforma, nace gritando y saltando pero termina tumbado en el suelo como un perro viejo cuando el tiempo lo ha erosionado. Sintió ganas de llorar, pero logró reprimirse, y se preguntó si algún día dejaría de engañarse a sí misma y reconocería que la relación con Víctor se había extraviado en algún lejano recodo de sus pasados. Pese a todo, le gustaba sentir su piel.

Víctor Crest acarició con las yemas de sus dedos el mentón de ella, le besó la frente y se sumergió una vez más en el azul de sus ojos. Pero luego, rebelde, su mente vagó hasta Yago Durán y los enigmáticos acontecimientos que tenían lugar en aquellos momentos. Jon Vivaldi está metido en un libro, pensó, qué locura... Aunque tenía la firme intención de alejarse paulatinamente del trabajo, concluyó que no estaría de más acudir a la biblioteca Alberto Caeiro para dar ánimos a Anna.

Una vez más el diario de Bastian hechizó su atención. Que temporalmente la historia no siguiera un orden cronológico la desorientaba. Muchas de las entradas no estaban encabezadas por fechas, resultando en algunas ocasiones difícil asociar los sucesos narrados a la época en que ocurrieron. Esta circunstancia ralentizaba la lectura: los constantes saltos en el tiempo impedían que pudiera dirigirse, saltando páginas, hasta los años recientes, probablemente más ricos en acontecimientos esclarecedores. Lo que pasó hace tan solo unas semanas, suspiró resignada, puede encontrarse en la siguiente página.

El tono de un teléfono quebró el silencio. Luna descolgó el aparato y mantuvo

una conversación informal con alguien de su familia. Familia, pensó... Y evocó la suya, llena de rincones oscuros y cristales rotos. Tras la separación sus padres le habían mostrado el hedor que queda cuando el amor se pudre: convertidos en enemigos encarnizados usaron cuanto estuvo en sus manos para dañarse, incluida su propia hija. A su mente acudieron en tropel recuerdos de aquellos años negros, en los que evitaba mirar hacia los escombros que la rodeaban metiendo la cabeza en libros que devoraba con avidez.

Familia, murmuró regresando a lo que la ocupaba... Tras la adopción Juan Gandalf asumió el rol paterno, convirtiéndose en el eje alrededor del cual giraba la vida de Bastian. Las otras figuras importantes hasta entonces, como el relojero Vall, desaparecían del texto eclipsadas por él. Aunque no encontró ninguna referencia explícita, leyó entre líneas la sólida relación que lo unía a su padrastro. Comprendió por qué. La aparición de Juan Gandalf supuso un punto de inflexión en la vida de Bastian: siempre amado, pasó de sentirse aceptado a saberse comprendido.

Juan Gandalf incluso se ocupó de la formación de Bastian, seleccionando los contenidos educativos e impartiendo personalmente las lecciones. A tales efectos había habilitado un espacio a modo de aula. El lugar elegido estaba ubicado en el piso 4-2, que quedó así liberado de la invasión de libros que sufría el resto de Babilum.

Araña, susurró Anna recordando la estancia de cuyo techo pendía una bella lámpara de cristal.

Como dos ermitaños habían permanecido reclusos en Babilum, sin mantener apenas contacto con el resto del mundo. Las salidas de su particular santuario eran pocas, espaciadas y siempre con un objetivo concreto: adquirir alimentos, nuevos libros, formalizar las escrituras de compra de los pisos del antiguo inmueble... Pero el aislamiento, lejos de ser una imposición de Juan Gandalf, era consecuencia del carácter retraído de Bastian, a quien los personajes de las novelas parecían llenar. De las fuentes de ingresos que los sostenían Anna no halló mención alguna, pero a partir de alusiones dispersas por el texto dedujo que Juan Gandalf contaba con una holgada situación económica cuyos orígenes no se especificaban.

Eso, contaría más tarde a los miembros del equipo *RosaM23*, explica por qué pese a vivir tantos años en la calle Poeta Cabanyes apenas nadie los recuerda.

Y se acercaba al final del primer cuaderno cuando tropezó con una entrada relevante que confirmaba las hipótesis formuladas por Víctor Crest. La releyó varias veces. Aunque no precisaba la fecha con exactitud, dedujo que los hechos narrados habían tenido lugar hacía tan solo unos meses. Bastian aseguraba que Juan Gandalf llevaba semanas comportándose de una forma extraña: salía de Babilum con frecuencia, en ocasiones desaparecía durante días enteros sin dar ninguna explicación y mostraba un talante taciturno. Finalmente había decidido, utilizando sus habilidades, investigar.

Sabía que Juan Gandalf leía una novela: *Ciudad de Dios*, de Paulo Lins.

Como sucedía a menudo cuando lo atrapaba un texto solía llevarla con él a todas partes, metida en el bolsillo de la chaqueta. Consulté mis registros y comprobé que en Babilum tenía otro ejemplar de *Ciudad de Dios*, adquirido hacía ya tiempo: formaba parte de mi larga lista de lecturas pendientes.

Decidí usarlo.

Me dirigí hasta su ubicación. Lo abrí por una página cualquiera y me asomé al interior.

Dentro un muchacho estaba sentado, solo, en una pequeña plaza. Carraspeé, y entonces él reparó en mi presencia. Su piel era negra, vestía pobremente y una cámara fotográfica colgaba de su cuello.

—¿Cómo te llamas? —pregunté mientras entraba.

—Busca-Pe —respondió con serenidad. No parecía sorprenderle que yo hubiera surgido de la nada y estuviera en aquel lugar, charlando con él.

Me mantuve quieto, la experiencia me ha demostrado que las excesivas familiaridades pueden ser contraproducentes entre extraños. Mientras tanto miré a mi alrededor. Nos encontrábamos en un lugar mísero, repleto de las chabolas que se hacinaban dejando entre ellas estrechas callejuelas llenas de despojos.

—¿Dónde estamos?

Me estudió como si fuera estúpido.

—En *Cidade de Deus*.

Encogí los hombros.

—Es una favela, en Río de Janeiro —aclaró.

Sonrió alegremente. Los labios, al curvarse, mostraron una bella hilera de dientes blancos. Me sorprendió que en un sitio donde la pobreza parecía reinar con mano de hierro pudiera reinventarse la alegría.

—Ten cuidado —aseguró Busca-Pe—. No te alejes mucho de... eso —dijo señalando con un dedo a mi espalda, donde permanecía abierta la ventana que me permitiría regresar a Babilum—. Este es un lugar muy peligroso para los forasteros.

—Gracias. ¿Puedo? —pregunté tras acercarme, señalando un lugar en el suelo a su lado.

—Claro.

Tomé asiento. Abrí mi cartera y extraje una fotografía de Juan Gandalf que había llevado conmigo. El muchacho me miraba con curiosidad.

—¿Le has visto?

Busca-Pe asintió, aunque se mantuvo callado, una idea le rondaba por la cabeza.

—Pero él no podía verme a mí ni llegar hasta aquí —aseguró al fin—. Él no es como tú, ¿verdad?

—Él no es como yo. Nadie lo es. Ellos no pueden entrar en el interior de

las novelas.

—¿Novelas?

—Déjalo —zanjé con cariño—. ¿Sabes dónde está ahora?

Dudó. Imaginé que no quería convertirse en un delator.

—Es un gran amigo —le ayudé—. Tan solo pretendo echarle una mano.

Quedó conforme, acercó su cabeza hasta la mía y susurró el paradero de Juan Gandalf.

—Pero ahora no quiere que le molesten —añadió—. Prefiere estar solo.

—¿Por qué está tan extraño? ¿Qué sucede?

Busca-Pe dio un respingo. Su reacción fue la que siempre sufro cuando interrogo a personajes alrededor de mi futuro.

—¡Cállate! ¿Estás loco? —musitó nervioso. Pero pasados unos segundos, cuando comprobó que seguíamos solos y yo no insistía, se calmó—. No vuelvas a preguntar eso.

—No te preocupes —aseguré conciliador.

Supe que no iba a sacarle más información. Me puse en pie, dispuesto a despedirme y regresar a Babilum. Pero él también se levantó. Me detuvo sujetándome por un brazo.

—Quiero pedirte una cosa. Favor por favor. ¿Puedo fotografiarte?

Sentí curiosidad.

—¿Por qué?

Negó con la cabeza.

—No sé. Me gustan las fotografías.

—De acuerdo. Pero con una condición. Yo me llevaré la película. Nada mío puede quedar permanentemente aquí.

Pareció decepcionado, pero aceptó mis condiciones. Empuñó la cámara, manipuló el objetivo y accionó el disparador. Luego, disciplinado, rebobinó el carrete y me lo entregó. Lo guardé en uno de mis bolsillos.

—Toma —murmuró disgustado.

—Gracias, Busca-Pe.

—Me ha gustado conocerte, Bastian.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí. Él habla solo a menudo —aseguró llevándose un dedo a la sien y riendo—. Él —repitió señalando al retrato de Juan Gandalf, que yo sujetaba con la mano—. Casi siempre de ti.

Nos despedimos y volví a Babilum.

Encontré a Juan Gandalf en el entresuelo primero puerta segunda, tal y como había asegurado Busca-Pe. Estaba tumbado en un diván y mantenía los ojos cerrados. Pero supe que no dormía. Le contemplé largamente sin hacer ningún ruido.

Una aguja puncionaba la vena cubital de su brazo izquierdo. De ella partía

un tubo por el que circulaba la sangre, que iba a parar a una bolsa de plástico.

Hugo cortó la comunicación maldiciendo su suerte.

Meses después de la muerte de su hermana, Eva Marino hizo las maletas y se marchó de Girona, pasando prácticamente diez años fuera de la ciudad. Cuando regresó supo que la madre de Blas Beltrán llevaba mucho tiempo enterrada, y su esposa e hijos se habían ido para no volver jamás.

Con el doctor Bocanegra tuvo, si cabe, peor fortuna. No logró dar con él. Su sobrino, con quien vivía, le hizo saber que estaba de vacaciones en las islas Canarias. Se comprometió a darle el recado en cuanto tuviera la oportunidad.

¿Y ahora qué?, se preguntó.

Abrió WIP y repasó las notas del caso *RosaM23*. Decidió agarrarse a la más sólida: «Blas Beltrán formaba parte de una estirpe de médicos...», leyó.

Unos minutos después bajaba por la calle Poeta Cabanyes en dirección a la avenida del Paralelo, donde esperaba encontrar un taxi que le llevara hasta el Colegio Oficial de Médicos de Barcelona.

Aunque desordenados en el tiempo, en el primer volumen los hechos estaban expuestos de forma consistente. Pero esta solidez se esfumaba en los cuadernos II y III como si el autor, atrapado por las prisas, hubiera perdido el hilo de la narración. Más que sucederse los acontecimientos se precipitaban, apiñándose en una inconexa maraña: incluso a veces lo relatado en una página no guardaba relación con el contenido de la siguiente, quedando las frases cortadas y los párrafos interrumpidos. La caligrafía, cuidada hasta entonces, cedía el paso a una letra de trazo incierto. Las entradas, mucho más cortas, quedaban a menudo limitadas a unas pocas líneas.

Esta parte del texto, se dijo Anna, está escrita sobre la marcha, carece de una estructura definida y no ha sido corregida...

Con la noción del tiempo extraviada Anna Krauss devoraba el diario de Bastian. De vez en cuando tomaba notas o copiaba frases enteras, agrupando conceptos para darles después traslado a los miembros del equipo *RosaM23*. Pero intentando seguir aquella retahíla caótica de sucesos se sentía como un equilibrista poco diestro a punto de precipitarse al vacío.

Hasta que una entrada, compuesta por una sola frase, estalló con virulencia frente a sus ojos.

Ellos fueron los protagonistas de lo que ocurrió en Finlandia.

Ellos es un maldito pronombre personal, Bastian: ¿no podías ser más explícito?

Los segundos volaban, edificando minutos que construían horas. Unas veinte páginas más adelante, Anna encontró una nueva referencia a *ellos*. A finales del segundo cuaderno, otra. Y mediado el tercero la última.

Cuando acabó la lectura del diario estaba exhausta. Dejó el tercer volumen en el regazo y se tomó un pequeño respiro. Luego repasó los textos que había copiado, analizándolos a fondo y elucubrando conjeturas. Dedujo que *ellos* no era un grupo homogéneo. Más bien al contrario, parecía compuesto por dos tipos de seres que se profesaban mutuamente un odio atroz, hasta el extremo de llegar a matarse los unos a los otros. Bastian no especificaba, no obstante, de quiénes se trataba ni aportaba indicios que permitieran aventurar sus cualidades, cuántos individuos formaban cada grupo o dónde se les podía hallar.

Cuando mueren siempre lloran. Unos miel, otros piedras. Son lágrimas desesperadas, afirma Juan Gandalf, saben que para ellos no hay continuación.

Son inmunes a la enfermedad y al paso del tiempo. Nosotros, los humanos, no podemos hacerles daño. Ellos tan solo perecen los unos a manos de los otros.

Ellos pueden transmutar.

Transmutar, repitió desconcertada. Depositó sobre la mesita de noche el último de los cuadernos, donde quedó alineado junto a los demás. Los contempló con desinterés, como se mira la piel de una naranja tras exprimirla para sacar el zumo.

Entonces se dio cuenta.

He estado tan ocupada buscando hormigas, se dijo, que no he visto la manada de elefantes que ha pasado frente a mi nariz.

Una casualidad cromática quiso que la cuarta persona a quien Yago Durán preguntó por George y Néstor fuera también negra. Se trataba de un nigeriano, Boniface, que regentaba un locutorio ubicado en la calle Poeta Cabanyes. A diferencia de los anteriores, Boniface apartó su recelo cuando Yago confesó no ser policía.

Tomaron asiento en un destartalado despacho situado al fondo del establecimiento. Allí le ofreció un té muy caliente que él aceptó encantado. Charlaron amistosamente durante unos minutos y se despidieron con un breve abrazo.

Poco después, de nuevo en la calle, Yago Durán maldecía a la lluvia mientras se dirigía hacia la dirección que Boniface le había dado. El propietario del locutorio había asegurado que los vagabundos George y Néstor eran buenos tipos y los vecinos tenían a menudo con ellos detalles, especialmente una anciana que vivía en la calle Margarit: doña Fernanda... Sí, podía decirle que iba de su parte.

—Los tres cuadernos no son iguales —explicó Anna—. He contado las páginas varias veces con los mismos resultados. I: ciento cincuenta, II: ciento veintiséis, III: ciento veinticuatro. Sin embargo, el fabricante indica en la portada que cada uno cuenta con ciento cincuenta páginas. Por lo tanto, solo el primero está completo.

—Pero eso no nos lleva a ninguna parte —replicó Luna—. Bastian pudo arrancar las páginas que faltan por mil motivos: errores, correcciones... Tal vez aprovechó cuadernos antiguos que tenía por casa a los que antes dio otro uso.

—No estoy de acuerdo... Disculpa. Tengo algo que hacer. ¿Te importa si me ocupo de ello mientras hablamos?

—Adelante.

Anna se puso en pie y desapareció del monitor.

—Al menos en el primer volumen la redacción es pulcra, cuidadosa..., incluso literaria —continuó en voz alta desde el trastero. Rebuscaba en el interior de los armarios—. Los otros dos no alcanzan el mismo nivel por un motivo, estoy segura: la falta de tiempo. Ese tipo sabe escribir, y me parece poco probable que alguien con su perfil empleara cuadernos reutilizados para plasmar su vida. Además, en varias ocasiones el final de una página no encaja con el comienzo de la siguiente: Bastian está narrando un episodio y prosigue con otro completamente diferente..., incluso a veces las frases quedan cortadas.

—¿A qué lo atribuyes?

Halló en uno de los cajones lo que buscaba: un paño de algodón. Regresó hasta el estudio y abrió su bolso, del que extrajo un frasco de perfume.

—Las páginas que faltan fueron arrancadas después de terminar la redacción del diario, no antes.

—¿Arrancadas? ¿Por qué iba Bastian a redactar un diario para después hacer desaparecer varios capítulos?

—Para ocultarlos.

Luna suspiró resignada. Le resultaba inquietante la secuencia de acontecimientos que se estaba produciendo, y temía el punto al que podían llegar. Se preguntó si debía llamar a Yago, pero decidió esperar.

—Creo que no logro seguirte.

—Mikel está encerrado en Babilum. Por ahí —dijo señalando la puerta sellada— no puede pasar.

—Desde luego el polvo rojo se lo impide...

—Pero no por tiempo indefinido. Imagina que yo, por ejemplo, hubiera fallecido de forma fortuita estando aquí dentro: un ataque al corazón, una mala caída..., lo que sea, son cosas que pueden suceder. El polvo rojo tiene una validez de treinta días, tras los cuales pierde sus propiedades. Transcurrido ese periodo de tiempo Mikel habría podido entrar en el piso tercero puerta segunda, y por lo tanto acceder al diario. Juan Gandalf dejó que Bastian redactara su diario con total libertad y después arrancó las páginas cuyo contenido de ninguna manera puede caer en manos de Mikel.

—¿Y dónde están?

—Buena pregunta. Parece poco probable que se deshiciera de ellas. Para nosotros son valiosas, y tenemos un objetivo común: rescatar a Bastian. Así que no las destruyó.

—¿Y dónde están? —repitió Luna.

—Aquí —aseguró Anna pasando la mano sobre el teclado del ordenador de Jon—. Ocultos en FH. Es perfecto. Ni siquiera nosotros podemos acceder a esos documentos. Por lo tanto, Mikel tampoco.

—Tú lo has dicho. Ni siquiera nosotros. ¿Cómo averiguaremos las claves que permiten llegar hasta ellos?

—Están en Babilum, metidas en los libros que componen el camino de los noventa y nueve pasos.

Anna desenroscó el tapón extraíble del frasco de perfume, derramó una cantidad abundante sobre el trapo y lo olió. Sus pulmones protestaron.

—¿Pero qué estás haciendo?

—Prepararme. Ni te imaginas lo bien que huele Mikel. Literalmente aturde los sentidos.

Recogió la marcadora y la situó frente a la cámara

—Voy a por *El aire de un crimen*.

—¡Espera!

Anna Krauss retiró la franja de polvo rojo que se encontraba frente a la puerta, la abrió y entró en Babilum. Poco después Luna la vio aparecer en las imágenes proporcionadas por el CCTV. Estaba en *Cuatro*. Sujetaba la marcadora mientras mantenía el paño de algodón pegado a la nariz.

Se apresuró a marcar el número de Yago Durán.

Capítulo XXII

Permanecía sentado en una vieja silla del comedor. Katia, la perra de doña Fernanda, olisqueó sus piernas durante un descuido. Era un animal pequeño y malcarado, fruto estrambótico de mil cruces genéticos imposibles de rastrear.

Poco después apareció, procedente de la cocina, su propietaria. Yago Durán calculó su edad, que cifró en alrededor de ochenta años. Lucía un bonito cabello blanco, recogido en la nuca, y vestía de negro riguroso. Se preguntó por quién guardaría luto. Presentaba un aspecto benévolo, parecía salida de algún cuento para niños. Sujetaba una bandeja con dos tazas llenas de chocolate humeante y una fuente repleta de bizcochos.

—Deja tranquilo a este señor —dijo cariñosamente a la perra.

Siguiendo las instrucciones de su ama, Katia se olvidó de él y fue a tumbarse a los pies de la anciana, donde quedó inmóvil. Doña Fernanda y Yago Durán dieron cuenta de la merienda mientras charlaban. George y Néstor eran dos buenas personas. No quiso entrar en los detalles de sus respectivas historias, pero aclaró que no los había acompañado la suerte a lo largo de sus vidas. Ella solía ayudarles, creía en el auxilio a los necesitados aunque no en las limosnas, y a menudo les encargaba pequeños trabajos que retribuía. Una vez al día sacaban a pasear a Katia, la llevaban a la montaña de Montjuïc para que correteara libremente. Ignoraba dónde podían hallarse ahora, desde la aparición del cadáver no había sabido de ellos.

—Es normal —murmuró Yago Durán—. Cuando huelen a la policía salen corriendo.

Cogió un bizcocho y se disponía a sumergirlo en la taza de chocolate cuando la perra se levantó y gruñó.

—Katia, cariño —la reprendió doña Fernanda. El animal se dejó caer de nuevo en el suelo—. Sí, es normal. Siempre llueve hacia abajo y los que viven en la calle están sentados en el último escalón.

—¿Por qué eligió precisamente a George y Néstor? Mucha gente tiene problemas en este barrio.

—No habían perdido el mundo de vista —dejó pausadamente la taza, vacía, sobre la mesa y juntó las manos en el regazo—. Guardaban algo puro en su interior. Se trata de un sentimiento que muchos han extraviado..., me refiero a quienes llevan esa vida que llamamos normal: la amistad. Estaban hermanados por la calle. Eran inseparables. Y estoy segura de que habrían dado, de ser necesario, la vida el uno por el otro. Eso me conmovía.

El teléfono de Yago Durán interrumpió la conversación. Comprobó que era Luna quien llamaba.

—Perdón, tengo que cogerlo.

Escuchó atentamente.

—Tengo que irme —dijo después de colgar—. Ha surgido una emergencia.
Se despidió con premura, prometiendo volver, y bajó a toda prisa las escaleras.

Indiferente a la lluvia, Yago Durán corría por la acera. Cortó por la calle de Magallanes, donde esquivó a un par de transeúntes a los que casi hizo caer. Dobló la confluencia con Poeta Cabanyes y vislumbró, a lo lejos, las luces de la biblioteca Alberto Caeiro. Cruzó a toda prisa, sin mirar a los lados, la calzada. El sonido de un brusco frenazo le sobresaltó. Junto a él se había detenido un todoterreno, cuyo guardabarros estaba a un palmo escaso de su rodilla. Dentro del vehículo una mujer tocaba el claxon y gesticulaba.

Cuando llegó a su destino estaba empapado, en el ascensor que le llevó hasta la planta cuarta se formó un pequeño charco a sus pies. Este se detuvo, las puertas se abrieron con una lentitud exasperante y empeñó el poco aliento que le quedaba en esprintar hasta la mesa de trabajo.

Recostada contra la puerta, de nuevo sellada con una fina franja de polvo rojo, Anna Krauss padecía un acceso de tos. Arrojó lejos de ella el paño de algodón y se prometió que en adelante cambiaría de colonia, estaba saciada de ese aroma para siempre. Sujetaba con una mano la marcadora, que no había utilizado; los dedos de la otra se cerraban sobre una novela: *El aire de un crimen*, de Juan Benet. Ni rastro de Mikel, pensó agitada.

Se dejó caer en la silla del estudio. Sudaba y la adrenalina corría por sus venas. Miró la pantalla del ordenador de Jon Vivaldi. Luna permanecía crispada, en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho. A su lado Yago Durán, inquisidor y desmejorado, la contemplaba: parecía haber tomado una ducha con la ropa puesta.

Anna sonrió.

Acercó a la cámara el libro, mostrándoles el título. Luego, lentamente, lo sacudió. Desde el interior de las páginas, una nota se deslizó cayendo sobre la mesa. Su pulso temblaba cuando la recuperó. Impaciente, desdobló el papel. Como la depositada dentro de *Todas las almas*, estaba manuscrita y la letra era de Jon Vivaldi.

lbg+fbcbjbb.oaal

*bsinm!4*brz)w'ot*

El siguiente paso.

Una hiena escribió poemas entre las tumbas...

—Estaba segura —exclamó triunfante—. Claves de documentos ocultos en FH. Y no una, sino dos.

Desde el otro lado Yago tomó la palabra.

—Ok. Pero esperad un momento, necesito tomar una ducha y cambiarme, no quiero coger una pulmonía.

—*Una hiena escribió poemas entre las tumbas...* —dijo Luna mientras esperaban—. ¿Te dice algo esta frase?

—Sí, desde luego. La pista es muy fácil. Jon bromeaba cuando escribió la nota. Se refiere a uno de sus libros de referencia, quizá su texto más admirado. La *Divina Comedia*, de Dante Alighieri.

—La *Divina Comedia*. He oído hablar de ese libro, lo estudié en la escuela, pero no recuerdo absolutamente nada.

—No tuviste grandes profesores de literatura, ¿verdad?

—Supongo que no. Nos obligaban a memorizar biografías y títulos de libros que ni siquiera habíamos leído, como si fuéramos coleccionistas de datos.

—Ya, por desgracia suele ser una práctica habitual: estudiar el arte en lugar de facilitar el instrumental adecuado para que podamos interpretarlo nosotros mismos. —Anna zanjó la polémica con un gesto, en aquellos momentos no pretendía evaluar la idoneidad del sistema educativo—. La *Divina Comedia* fue escrita a principios del siglo XIV en toscano. Está redactada en verso. El propio autor es el protagonista: acompañado por Virgilio primero y Beatriz después, recorre el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso.

—¿Quién es la hiena?

—Nadie. Jon ha citado con ironía una frase del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, de la que solía burlarse. Digamos que Dante llevó una vida políticamente ajetreada en una época convulsa. Durante su periplo va encontrando a viejos conocidos ya fallecidos, de ahí la mención a las lápidas. Efectivamente muestra una cierta tendencia a situar en el Infierno a los que no comulgaban con él, y ubicó a quienes le eran afines en el Paraíso. Pero esa no es más que una nimiedad, no pasa de la pura anécdota. La *Divina Comedia* es uno de los textos más fascinantes que jamás ha escrito un ser humano.

Unos minutos después Yago Durán reapareció. Vestía ropa seca y presentaba mejor aspecto.

—Listo —anunció—. Vamos allá.

—¿Por cuál empezamos?

—Tanto da. Elige tú.

Se decidió por la primera contraseña. Anna Krauss cruzó los dedos medio e índice de ambas manos, llamando a la fortuna.

lbg+fbj+bb.oaal, introdujo.

El buscador se esfumó y en su lugar apareció una ventana en cuyo interior se hallaba un icono.

—¡Bravo! —masculló Anna.

Pero Luna se mantuvo en silencio.

—¿Qué sucede? —preguntó Yago.

—Hasta ahora tan solo habíamos contemplado la posibilidad de que los

documentos ocultos en FH fueran textos. Pero ese en concreto —dijo refiriéndose al fichero— tiene formato jpg. Se trata de una imagen.

Pulsó dos veces el botón izquierdo del ratón sobre el icono. En el monitor apareció una barra de progreso que fue llenándose con lentitud, hasta que se esfumó y cedió el paso a una fotografía.

Era un retrato de medio cuerpo.

Un individuo, frente a un mar de chabolas, mantenía los brazos cruzados sobre el pecho. Parecía preocupado pero sonreía. Aparentaba unos cuarenta años. Llevaba el cabello corto y perilla sin bigote. Su mirada, marrón y profunda, tenía un perfil raro y triste: guardaba restos de ironía, gravedad y melancolía. Poseía, además, una curiosa peculiaridad, un lunar con forma de triángulo escaleno adornaba su frente...

—Bastian —susurró Yago—. Es la fotografía hecha por Busca-Pe en el interior de *Ciudad de Dios*...

—Bastian —repitió Anna Krauss en voz baja. Como sucede siempre cuando se conoce a alguien antes de verle, su aspecto no encajaba con el que ella había imaginado. Pero las desavenencias entre el Bastian real y el construido por Anna desaparecieron en pocos segundos. Es muy atractivo, pensó. Entonces en su estómago nació una burbuja que ascendió despacio hasta invadir el pecho, donde activó un carrusel de sensaciones que le dejaron un ligero hormigueo en la punta de los dedos y mayor sensibilidad en la piel. Vaya, se dijo, es así como ocurre.

Luna la miraba sonriente.

Yago Durán, a quien la situación pasó desapercibida, interrumpió sus cábalas.

—Mirad. Sujeta algo con la mano derecha.

Anna acercó el rostro hasta casi pegarlo al monitor del ordenador de Jon Vivaldi. Efectivamente Bastian cogía algo con los dedos, pero resultaba imposible apreciar qué. Recordó la entrada del diario donde describía el episodio. Una fotografía dentro de una fotografía, dedujo.

—Bastian entró en *Ciudad de Dios* buscando a Juan Gandalf —apuntó—. Llevaba con él un retrato para mostrarlo a los personajes de la novela. Es una pena que no se vea con claridad...

—¿Puedes ampliar esa parte de la imagen? —preguntó Yago.

Luna manipuló su ordenador. Abrió el programa *IrfanView*.

Unos segundos después había logrado aumentar el tamaño de la imagen hasta hacerla visible. Aunque la resolución no era la mejor, permitía atisbar con claridad el rostro de un hombre adulto.

—Dios mío —exclamó Luna cuando lo reconoció.

Yago Durán asintió.

—No hay duda. Es él. El cadáver encontrado en la zona ajardinada de la biblioteca Alberto Caeiro corresponde a Juan Gandalf.

La noticia cayó sobre ellos como un jarro de agua fría. Desde Jon Vivaldi habían

llegado hasta Bastian, y de este a Juan Gandalf, quedando establecida una cadena de afectos que ahora perdía uno de sus eslabones. Está muerto, pensó Luna, y pese a la indiferencia que aparentó sintió pesar por ello.

—Es una pésima noticia, pero debemos seguir adelante —afirmó Yago—. Tenemos otro documento que analizar. Por favor, Luna, adelante.

Manteniendo los labios sellados, ella siguió sus instrucciones.

*bsinm!4*brz)w'ot*, tecleó.

El siguiente fichero sí era de texto. Tal y como Anna había vaticinado se trataba de una nueva entrada del diario de Bastian, escaneada, sin duda arrancada del segundo o el tercer cuaderno.

La noticia de la expropiación, para su posterior derribo, del edificio situado en el número 115 de la calle Poeta Cabanyes me sumió en un profundo estado de postración.

Babilum, pensé, dejará de existir.

Aquella idea me torturaba. ¿Dónde iba a meter mis miles de libros? ¿En qué otro lugar encontraría el recogimiento necesario para disfrutarlos? ¿Podría vivir lejos de mi hogar, al que tan íntimamente vinculado estoy?

Y mientras tanto los días pasaban, acercándose inexorablemente la fecha fatídica en la que deberíamos marcharnos para siempre de Babilum.

Pero una vez más Juan Gandalf vino en mi auxilio. A él, que tan bien conoce todas mis habilidades, se le ocurrió una solución brillante a nuestro problema. Una mañana acudió a la antigua aula, ya habilitada como espacio de lectura, donde yo me encontraba. Tomó asiento sobre la mesa, dejando una pierna apoyada en el suelo. Por la forma como me miraba supe que tramaba algo importante.

—Escóndelo —dijo sin preámbulos. Ni siquiera indicó a qué se refería, no era necesario.

La propuesta me pareció descabellada.

—¿Dónde? ¿En una novela? Lo he pensado... —respondí disgustado—, pero resulta imposible. Ni siquiera yo puedo arrastrar una casa entera hasta el interior de un libro, carece del volumen...

Me detuvo con un ademán.

—Lo sé. No me refería a eso.

Y procedió a contarme, con detalle, lo que pretendía. Una vez más me sorprendió por su atrevimiento, planteaba un acto de ilusionismo.

—Seguirá existiendo —concluyó tras la larga exposición— pero solo lo verá quien tú decidas.

Estuve de acuerdo con él, era la única opción.

Y esperanzado me puse de inmediato manos a la obra, el tiempo apremiaba y no cabían dilaciones. Trabajé, en aquella tarea nueva para mí, sin

darme tregua. Empleaba casi todas las horas, tanto del día como de la noche, efectuando solo breves pausas que dedicaba al sueño o a comidas frugales que ingería sin entretenerme... Pero conseguí acabar dentro del ajustado plazo que nos habíamos fijado.

Escribí, en pocos meses, una novela.

El primer paso estaba dado.

—Ya está —anuncié a Juan Gandalf. Tras entregarle los más de trescientos folios manuscritos, le dejé solo. Impaciente esperé a que diera cuenta de ellos. Caritativo, no tardó demasiado: horas después vino a buscarme.

—Me gusta, es muy buena. Deberías escribir más a menudo. —Parecía complacido y estuve seguro de que reconocía mi esfuerzo—. Pero no tiene título.

Creo que el título de una novela es como el primer beso dado a alguien que te gusta: atrae irremisiblemente o te aleja para siempre. Tenía varios candidatos, pero ninguno resultaba lo bastante atractivo y no acababa de decidirme.

—No logro dar con el adecuado —abrevié.

—Se me ocurre uno.

Y lo susurró a mi oído. Me pareció hermoso, y guardaba además estrecha relación con el tema desarrollado. Teníamos otra cuestión a debatir.

—No quiero firmarlo con mi nombre —aseguré taxativo, no admitiría negociaciones ni daría mi brazo a torcer: guardo con celo mi intimidad y en aquel texto había dejado buena parte de las entrañas—. Emplearé un pseudónimo.

La idea no le disgustó.

—¿Cuál?

—Atheneus Wagan.

—*La noche eterna*, de Atheneus Wagan —repitió—. Es perfecto...

Y entonces di el segundo paso.

No voy a demorarme en este episodio: utilicé una combinación de varias habilidades que he obviado, son complejas y necesitaría más páginas para describirlas con todos sus matices que las empleadas en la redacción del propio diario.

Haré, no obstante, algunas aclaraciones.

El inmueble situado en el número 115 de la calle Poeta Cabanyes no está en el interior de *La noche eterna*. Continúa, exactamente, en el mismo lugar..., aunque oculto en un tiempo diferente, parado en un bucle infinito, cerrado sobre sí mismo.

Mi novela únicamente encierra las claves para encontrarlo: están ocultas en las páginas, camufladas en las frases... pasan desapercibidas al lector, que

las adquiere sin ser consciente de ello. Y solo quienes hayan leído *La noche eterna* serán capaces de ver el viejo edificio, los demás contemplarán la biblioteca Alberto Caeiro. Los demás... humanos: ellos (todos) se rigen por otras reglas y como amos del tiempo su visión no les está vedada.

La noche eterna es, por tanto, la llave que permite entrar en Babilum... Sin embargo para salir es necesario contar conmigo. Tan solo existe una excepción: Juan Gandalf, que está habilitado para abandonar Babilum a su libre albedrío.

De *La noche eterna* únicamente existen dos copias, ambas manuscritas. Hasta hace pocos meses se encontraban en Babilum y nadie, excepto Juan Gandalf, había leído el texto. Pero este extremo ha cambiado como consecuencia del plan de emergencia, del que también forma parte este diario, que solo se pondrá en marcha si todo lo demás sale mal.

—Ya está —dijo Luna, que había leído la entrada del diario de Bastian en voz alta.

Con un interrogante pintado en el rostro, Yago Durán estudió la expresión de Anna Krauss.

—Anna, ¿tú has...?

—Sí, he leído *La noche eterna*, de Atheneus Wagan, o mejor dicho Bastian. En casa de Jon Vivaldi, la noche de Reyes.

Capítulo XXIII

Cuando los relojes marcaban las once en punto de la noche oyeron el sonido del ascensor, que se detuvo en la planta cuarta de la biblioteca. Las puertas se abrieron y por la cadencia de los pasos Luna supo que Hugo regresaba. Sin abrir la boca el documentalista estudió los rostros de los demás, que apenas le prestaron atención. Evaluó el ambiente y optó por la prudencia. Decidió reservar, hasta ser preguntado, la información que había obtenido en el Colegio de Médicos: el paradero de Luis Beltrán, uno de los hijos del asesino de Rosa Marino.

—Desde hace mucho tiempo Jon y yo organizamos un encuentro la noche del 5 de enero —dijo Anna—. Cenamos juntos. Es una tradición ineludible. Siguiendo una especie de ritual comemos bien, solemos beber demasiado y luego nos entregamos los obsequios navideños, que siempre son libros... Libros especiales.

—¿Especiales? —preguntó Yago.

—Sí..., raros. Es algo que va más allá de meterse en una librería para comprar las últimas novedades. Se trata de una especie de desafío donde cada uno busca sorprender al otro con un ejemplar exclusivo.

Mientras hablaba Anna rebuscaba en la memoria, rescatando los recuerdos de la noche del 5 de enero. Para calmar la ansiedad encendió un cigarrillo.

—Durante la velada salió a colación *La noche eterna*. Jon la estaba leyendo. Decidió mostrármela, y la verdad, me impresionó.

Del cigarrillo partían volutas de humo, envolviéndola, amenazando con entrar en sus ojos. Las disipó con un suave soplo.

—¿Por qué?

—Jamás habíamos oído hablar de *La noche eterna* ni de Atheneus Wagan, lo cual era muy extraño, ambos conocemos bien el mundo literario. Estaba escrito a mano, aunque encuadernado en piel. Algo emanaba de él: solo con verlo tenías la certeza de que, lejos de tratarse de una bagatela, era un ejemplar valioso y singular... Soy incapaz de definir mejor la impresión que me produjo.

—¿Te dijo cómo la consiguió?

—La recibió por correo. De forma anónima.

—¿Así, sin más? ¿No se hizo preguntas?

—No lo sé. Sucedió algo y cambiamos de tema. No llegamos a profundizar en el asunto, en aquel momento no parecía demasiado importante.

—Pero tú lo leíste.

—Desde luego, estoy aquí. Pasé la noche en casa de Jon. Pero no lograba conciliar el sueño. Entonces lo leí.

—¿Y qué tal? —intervino Luna.

—Es diferente..., mágico. La historia narrada no es sencilla, obliga al lector a mantenerse atento a los constantes giros de la acción, pero la prosa elegante y el

calado del contenido lo convierten en una obra espectacular. Francamente, me pareció fascinante.

—¿Recuerdas algo más que pueda ayudarnos? —dijo Yago—. ¿El argumento? ¿Las claves ocultas en el interior de las que habla el diario?

—No. Bastian ha sido muy claro: *La noche eterna* únicamente sirve para hacerse con las claves que permiten ver el antiguo inmueble en lugar de la biblioteca Alberto Caeiro. Y con respecto a estas poco puedo decir... Te aseguro que es cierto, quien lee la novela las adquiere sin darse cuenta.

—Bien, resumamos —apuntó él—. Solo quien haya leído *La noche eterna* podrá ver y, por lo tanto, entrar en el antiguo inmueble. Pero para salir es necesario contar con Bastian. ¿Qué significa eso?

—Qué quien pretenda irse del antiguo inmueble deberá encontrarlo primero y sacarlo de allí —aseguró Luna.

Yago evaluó su respuesta.

—Sí, supongo que sí. Se trata de una buena noticia. Al menos dejarás de estar sola. Iré contigo.

Luna lo perforó con la mirada.

—Iremos a casa de Jon, recuperaremos *La noche eterna* y lo leeré. Luego entraré en el antiguo inmueble. Será más fácil rescatar a Bastian y a Jon Vivaldi si no te encuentras sola. Juntos buscaremos la forma de salir..., todos.

—No es tan sencillo. Jon lo depositó en la caja de seguridad de un banco. Posee algunos libros muy valiosos, y los guarda allí. Sin él es imposible obtenerlo.

Qué poco dura la alegría en la casa del pobre, se dijo Yago Durán. Evaluó las posibilidades de éxito que tendrían si optaban por atracar el banco. Existían, concluyó, pero desestimó inmediatamente la idea. Se alejó de la mesa de trabajo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Luna aliviada.

—Llamar a Víctor. Si nosotros deberíamos estar en el antiguo inmueble, quiero saber por qué jamás llegó a nuestras manos *La noche eterna*. Quizá él pueda aportar alguna luz al respecto.

Yago Durán marcó el número de Víctor Crest, recogió su café de la máquina dispensadora y miró el vaso de plástico como si se tratara de un peligroso ser vivo. Pensó que de seguir ingiriéndolo en tales cantidades moriría intoxicado, y tras la autopsia Luna dispondría de pruebas suficientes para demandar al proveedor y hacerse millonaria con la indemnización.

—Dime —contestó Víctor saltándose la fase de los saludos.

Le transmitió las últimas novedades.

—Maldita sea —susurró cuando acabó—. Veámonos, ahora. ¿Puedes venir a mi casa?

Apuró el café de un trago. Ardía. Casi se abrasó la garganta.

—De acuerdo. Pero espera, no cuelgues. Víctor..., ¿sabes qué diablos está

sucediendo?

Víctor Crest titubeó, no era amigo de dar noticias importantes por teléfono, le gustaba estudiar las reacciones de los demás cuando las comunicaba. Pero optó por prescindir de su costumbre. Tanto da, concluyó, en este caso el orden de los factores no altera el producto.

—El segundo ejemplar de *La noche eterna* estaba en mi poder.

La información le aturdió. Relajó los dedos y el vaso de plástico cayó al suelo.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Eso te lo contaré en persona.

Yago lo recogió y buscó una papelera donde tirarlo.

—¿Estaba? ¿Ya no lo tienes?

—No. Ardió en el incendio que asoló mi casa hace unas semanas.

Abandonó el maldito vaso sobre el mostrador de recepción, desierto a aquellas horas de la noche.

—Tienes razón. Veámonos ahora mismo.

Iba a cortar la comunicación cuando una duda se abrió paso en su mente.

—Víctor... ¿Tú has leído *La noche eterna*?

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando oyó la respuesta.

—Sí.

E interrumpió la llamada sin despedirse.

Luis Beltrán, explicó Hugo a Anna y Luna, era cirujano como su padre. Ejercía en el Hospital Clínico de Barcelona, donde estudió, y tenía además una consulta privada ubicada en la zona alta de la ciudad. Mañana a primera hora se pondría en contacto con él e iría a verle. Iba a introducir la información en WIP cuando sonó su teléfono móvil. Lo rescató del bolsillo. Era Yago.

Yago Durán veía deslizarse las gotas de agua por el cristal de la ventana del taxi. Mientras este subía por la calle Entenza, en dirección a la avenida Diagonal, preguntas sin respuesta acudían en tropel. ¿Cómo llegó un ejemplar de *La noche eterna* hasta Víctor Crest? ¿Quién remitió por correo el otro a Jon Vivaldi? ¿Podría Víctor ver el antiguo inmueble situado en el número 115 de la calle Poeta Cabanyes? ¿Y si era así querría entrar en Babilum, arriesgando el pellejo, para auxiliar a Anna Krauss?

Entonces recordó a George y Néstor. Se habían separado la noche en que apareció el cadáver de Juan Gandalf en la zona ajardinada de la biblioteca. Evocó las palabras de doña Fernanda: «Guardaban algo puro en su interior: la amistad... Eran inseparables... Habrían dado la vida el uno por el otro». El mejor modo de atrapar a un ratón, concluyó, es poniendo trampas en su madriguera. Tal vez regresaran al cobertizo para encontrarse de nuevo. Aunque débil, era la única baza en su poder y decidió jugarla.

Llamó a Hugo.

—Lo siento, pero tengo que pedirte algo especial.

—No te apures. Dime.

Por el tono del documentalista supo que no conseguiría sorprenderle ni diciéndole que cogiera un autobús y se dirigiera al planeta Júpiter.

—Necesito que bajes al cobertizo situado junto a la biblioteca, al otro lado de la valla metálica, y montes guardia. Intenta no llamar la atención. Se trata de una posibilidad remota, pero quizá George o Néstor acudan hasta allí. Si es así..., retenlos como sea.

Puntualizó algunos extremos del encargo, asegurando que mandaría a alguien para relevarle en cuanto fuera posible.

—Vale, ¿algo más?

¿Vale?, ¿algo más?, repitió mentalmente Yago... Está diluviando, lleva varios días comiendo mal y sin apenas dormir. Sacudió la cabeza, incrédulo pero agradecido mientras se preguntaba de qué extraño y robusto material estaría hecho su amigo.

El taxi ascendía por la sierra de Collserola, en dirección a Vallvidrera. A sus pies la ciudad se iba empequeñeciendo, hasta parecerse al decorado de una película. Las luces, cotidianas, señalaban que Barcelona continuaba manteniendo su pulso vital al margen de los insólitos acontecimientos que Anna y ellos padecían. A lo lejos, Yago contempló la masa oscura que a aquella hora de la noche era el mar. De los altavoces brotaba una canción antigua. Pensó que los gustos musicales del conductor estaban tan pasados de moda como los pantalones vaqueros con pernera de elefante. Se preguntó si tendría algún compacto de AC/DC... *The razors Edge* sería ideal, pero la idea le pareció ridícula.

Tras un trayecto de casi media hora el vehículo se detuvo en el pequeño centro urbano de Vallvidrera.

La lluvia, erigida en tormenta, se había convertido en una tromba de agua que cercenaba la visibilidad. Parecía dispuesta a llevarse cuanto encontrara por delante arrastrando árboles, personas, objetos e incluso casas hasta otro rincón del mundo. Da miedo, pensó, creo que jamás he visto llover con esta intensidad. Un rayo rasgó el cielo e instantes después llegó el trueno que le pertenecía.

—Menuda noche... —murmuró el taxista.

Las gotas de agua golpeaban el techo del vehículo, produciendo un ruido blanco y espeso que les obligaba a alzar la voz para entenderse.

—Por allí —dijo Yago señalando hacia delante.

—¡Hacedlo! —exigió Anna Krauss.

Pero Luna se mostró inflexible.

—No sin que Yago esté aquí.

—Esperar carece de sentido. Yago no puede hacer nada más que mirar.

—Lo sé. Pero en las últimas horas hemos hecho grandes avances. Quizá averigüemos algo que pueda garantizar tu seguridad cuando estés en Babilum.

—Luna, la única forma de salir de aquí es recorriendo el camino de los noventa y nueve pasos.

—O encontrando el atajo que parte de la infancia de Bastian —murmuró Hugo. Las dos lo miraron.

—Irás bien, recuerda la última vez —suplicó Anna Krauss—. Luna, por favor, no me pongas las cosas más difíciles...

Pensando que Julia se quedaría huérfana puesto que Yago mataría a su madre, accedió. A regañadientes pidió a Hugo que fuera a buscarlo. Le costó encontrarlo, no era una novela. Dio con el libro en la sección dedicada a la poesía, ubicada en la segunda planta de la biblioteca Alberto Caeiro. Cuando llegó con la *Divina Comedia* el documentalista la dejó sobre la mesa de trabajo.

Luna se puso en pie, quería ocuparse en persona, y lo lanzó con fuerza contra el suelo.

Se acercó hasta la pantalla de plasma donde podían verse las imágenes proporcionadas por las cámaras del CCTV.

—Ahí está... No hemos tenido tanta suerte como con *El aire de un crimen* —se lamentó—. La *Divina Comedia* está algo más lejos, concretamente en el piso cuarto puerta segunda..., es decir, justo encima del tuyo.

Caracola, pensó entonces. Y contempló el irregular espacio libre de tabiques y muros interiores, ocupado por un inmenso y extraño mueble de una sola pieza con forma de espiral. En el suelo, frente a él, descansaba un ejemplar de la *Divina Comedia*.

—Tendrás que entrar en Babilum por la puerta sellada que da acceso al tercero primera y desde allí improvisar. Sabemos por el diario de Bastian que los pisos están enlazados, pero no cómo ni por dónde.

Capítulo XXIV

El vehículo abandonó el núcleo urbano de Vallvidrera y avanzó por la angosta vía asfaltada que conducía hasta la villa donde residía Víctor. Transitaban despacio, sin más iluminación que la procedente de los faros del automóvil, dejando a ambos lados una cuidada zona boscosa donde predominaban los robles y los pinos blancos. Tras un par de kilómetros llegaron a su destino.

Estacionaron en la zona destinada a las visitas. Desde el interior del automóvil Yago Durán estudió el edificio. Era cuadrangular, de esquinas achaflanadas. Contaba con tres alturas y una torre central. Una terraza, cerrada por una balaustrada de mármol, lo rodeaba. La fachada combinaba los tonos de la piedra natural y el ladrillo rojo, que la ornamentaban con motivos geométricos.

—Me quedo aquí —dijo Yago mientras pagaba la carrera.

Hugo se instaló en el interior del cobertizo, que por todo mobiliario contaba con un tosco banco de madera. Sentado en él se mantenía, envuelto en su abrigo, atento a cualquier movimiento que delatase la llegada de George o Néstor. El ruido provocado por la lluvia le envolvía como una canción de cuna. De vez en cuando caía sin quererlo en un sueño ligero y daba profundas cabezadas, de las que despertaba de repente. Entonces, enfurecido por el descuido, maldecía prometiéndose no reincidir.

Para agarrarse a la vigilia se levantó y estiró los brazos, desperezándose. Emitió un profundo bostezo. De ser necesario, pensó, permaneceré en pie toda la noche. Pero aguantó un tiempo que le pareció eterno aunque se prolongó tan solo durante un cuarto de hora. Luego se dejó caer de nuevo en el banco. Solo cinco minutos, se mintió a sí mismo. Pero poco después dormía profundamente.

Aunque Luna había tomado la decisión de no impedir la entrada de Anna Krauss en Babilum, asumiendo las consecuencias que pudieran derivarse, decidió llamar a Yago Durán para transmitirle la noticia.

Marcó su número, pero le respondió el buzón de voz. Extrañada miró el aparato. Tiene encendido su teléfono hasta en los cines, se dijo incrédula... Dejó un mensaje y cortó la comunicación.

En el antiguo inmueble Anna comprobaba el estado de la marcadora y derramaba una cantidad abundante de perfume en un paño de algodón, preparando su nueva incursión en Babilum.

Es bien conocido el valor de algunos soldados, que desafiando al fuego enemigo protagonizan prodigiosas aunque a menudo exageradas hazañas. Pero lo cotidiano está plagado también de actos intrépidos que la historia siempre olvida. Uno de ellos, a veces, es seguir viviendo. Otro desafiar a los miedos que nos amedrentan para

auxiliar a quien apreciamos.

Néstor abandonó el antiguo Hospital de la Santa Creu i Sant Pau, donde se sabía a salvo. Enfiló por la calle de la Cera hasta dar con la ronda de San Pablo. Después siguió por Manso, llegó a Borrell y giró a la izquierda. Entonces contempló el nacimiento de la calle Poeta Cabanyes, donde confluye con la avenida del Paralelo. Imaginó los alrededores de la biblioteca Alberto Caeiro repletos de policías, acechando desde los portales o agazapados en los tejados. Respiró profundamente y pensó en George, que extraviado quizá necesitara su ayuda.

Se echó a andar.

Víctor abrió antes de que él pulsara el timbre. Permanecieron durante unos segundos en el umbral, de pie. Yago estudió detenidamente su rostro, y concluyó que estaba inquieto y cansado, como si durante las pocas horas transcurridas desde la última vez que se habían visto hubiera envejecido algunos años. Nunca, pensó, le había visto en ese estado.

—Está diluviando. ¿Puedo pasar?

—Perdona. Adelante, por favor.

Víctor cerró la puerta a su espalda. En el vestíbulo se saludaron dispensándose un cálido abrazo.

—Sígueme. Vamos a mi despacho. ¿Te apetece tomar algo caliente?

—No, gracias. Creo que será mejor que vayamos al grano.

Néstor pasó frente a la biblioteca Alberto Caeiro tan rápido que a punto estuvo de hacerse un lío con sus propias piernas y caer al suelo. Maldijo su torpeza y se obligó a calmarse. Fingiendo una serenidad de la que carecía rodeó, siguiendo el contorno de la verja metálica, el edificio. Tras doblar el último recodo miró hacia atrás: nadie le seguía. Satisfecho por su pericia y la ausencia de policías se detuvo a pocos metros de distancia del cobertizo.

El corazón le dio un vuelco cuando comprobó que un cuerpo, del que solo podía ver el contorno como consecuencia de la oscuridad, permanecía inmóvil sentado en el banco de madera. George, pensó esperanzado.

—Solo quienes hayan leído *La noche eterna* serán capaces de ver el viejo edificio — murmuró Víctor—, los demás contemplarán la biblioteca Alberto Caeiro.

Se miraron en silencio.

—A finales del pasado mes de diciembre me reuní con un tipo en las oficinas de *Arácnida*. Dijo llamarse Jorge Rex, y quería encargarnos un trabajo.

—Espera —Yago le interrumpió.

Sacó dos fotografías. Las dejó sobre la mesa. Correspondían a Bastian y Juan Gandalf.

—¿El supuesto Jorge Rex era alguno de ellos?

Víctor asintió. Y señaló con un dedo el retrato de Juan Gandalf que Luna había

obtenido manipulando *IrfanView*.

—¿En qué consistía el encargo?

—Se trataba de algo bastante extraño. Incluso pensé que podía ser un lunático. Pretendía que buscáramos información a partir de un libro llamado *La noche eterna*. Entonces me lo entregó.

—¿Qué tipo de información?

—No lo especificó. En una primera fase debíamos, sencillamente, leer el libro. Parecía tener mucha prisa. Más adelante, en otra reunión, ya se ocuparía de establecer el objetivo de la investigación.

—¿Debíamos? ¿Quiénes?

—Luna, Hugo, tú y yo. Aseguró que para él era fundamental contar con los mejores elementos de *Arácnida*. Aseguró que un amigo, cuyo nombre no especificó, le había hablado de vosotros.

Un amigo, se dijo Yago, que puede entrar en el interior de los libros.

—¿Y no te pareció raro?

—Desde luego. Muchísimo. Pero en aquel momento era imposible imaginar la situación de locos en la que nos encontramos. ¿Qué tiene de malo leer un libro?, me dije. Lo peor que podía suceder era que acabáramos con jaqueca si se trataba de un latazo. Pero me equivoqué, desde luego. Además Jorge Rex..., bueno, Juan Gandalf, no reparó en gastos: dejó una suculenta provisión de fondos para que nos pusiéramos en marcha inmediatamente. Sin embargo no volvió a dar señales de vida, y la segunda reunión jamás tuvo lugar. Desde entonces no he vuelto a ver a ese individuo ni a oír hablar de *La noche eterna*... Hasta esta noche.

—Pero *La noche eterna* no llegó jamás a nuestras manos.

—No. Decidí leerlo en primer lugar, yo también estaba en la lista. La verdad, ese libro tiene algo especial, no sabría definir qué. Por desgracia ardió al incendiarse mi casa.

—¿Te pusiste en contacto con Juan Gandalf para contárselo?

—No. No me dejó sus señas. Teléfono, dirección..., nada, ni siquiera una maldita cuenta de correo electrónico. Así que me limité a esperar, al fin y al cabo era él quien debía dirigirse a mí para vernos de nuevo.

Víctor le miró a los ojos.

—Yago, ¿tú realmente crees que eso es cierto? ¿Leer ese libro es condición necesaria y suficiente para ver el antiguo inmueble?

Yago se frotó la cara con las palmas de las manos, pretendía auyentar el cansancio.

—No lo sé... Pero recuerda que Anna Krauss es la única persona que lo ha conseguido, y ha leído *La noche eterna*.

—La única persona además de Jon Vivaldi.

—Exacto.

—Solo se me ocurre una forma de comprobarlo.

Yago extrajo el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta.

—No tengo cobertura —exclamó.

—¿Cuál es tu operador de telefonía?

Cuando Yago se lo dijo Víctor asintió.

—Lo siento, este lugar está bastante aislado.

Una de las torres se acercó hasta la reina blanca y cuchicheó algo, imperceptible para los demás, en su oído. Ella, coqueta, sonrió adulada. Desde lejos el rey las contemplaba con gesto adusto y un cierto desdén.

Jon Vivaldi se puso en pie, aunque manteniéndose en su escaque. Bastian le imitó, y levantó un brazo dejando la mano sobre el hombro de su amigo, cuyo desasosiego comprendía perfectamente.

—¿Cuándo nos iremos de aquí? —preguntó Jon.

—Tendremos que esperar hasta que ellos nos encuentren.

—¿Y cómo saldremos del libro? No veo la ventana por ninguna parte...

—No, claro. Estamos muy adentro. Yo me ocuparé. Tendrás que agarrarte con fuerza a mí, nada más. Procura no preocuparte.

—¿Quién es Mikel?

Bastian, inquieto, curvó los labios hacia abajo.

—Uno de ellos. Tan solo sé lo que Juan Gandalf me ha contado. Mikel es uno de sus generales, quizá el más importante. Implacable, siempre avanza en línea recta hacia su objetivo. Y además nunca...

Una fuerte ventisca, nacida de la nada, barrió el tablero y le interrumpió.

—Sí —dijo Bastian—. Están dentro. Otra vez.

Capítulo XXV

Luna estudiaba la pantalla. La existencia de zonas muertas, fuera del alcance de las cámaras, la acongojaba. A través del sistema de audio oía los pasos de Anna, que avanzaba por Babilum. Por su cadencia supo que andaba despacio, atenta a cualquier ruido que delatase la presencia de Mikel.

Esta vez el trayecto será largo, se dijo. *Caracola*, donde se encontraba la *Divina Comedia*, estaba ubicada en el cuarto segunda. Pero se trataba tan solo de una suposición, el itinerario dependería del diseño que Juan Gandalf y Bastian hubieran dado a Babilum cuando lo convirtieron en una sola unidad. Resultaba, por lo tanto, imposible efectuar un pronóstico.

Al fin Anna apareció en la pantalla. Estaba en el tercero primera. Luna suspiró aliviada: había llegado a *Cuatro*, donde pocas horas antes había encontrado *El aire de un crimen*. Se detuvo en el centro geométrico de la figura formada por las altas columnas de madera oscura abarrotadas de libros. Con ella dentro, pensó, *Cuatro* parece un cinco.

—¿Todo en orden?

Alarmada por su voz, Anna dio un respingo. Sin moverse buscó la cámara. Colgaba de una pared, estaba casi pegada al techo. Se acercó hasta ella y asintió.

—Siento haberte asustado.

—No te preocupes, no es culpa tuya, mis nervios están a flor de piel —hablaba en susurros—. Ni rastro de Mikel.

—¿Qué ves?

—El piso donde me encuentro y la vivienda tienen una distribución completamente diferente. Este solo cuenta con dos estancias, aproximadamente del mismo tamaño. Ni rastro de cocina, baño... Nada. Solo dos habitaciones grandes, llenas de libros. *Cuatro* es una de ellas. A la otra se accede a través de una especie de... arco de medio punto que queda justo a mi izquierda.

Luna se mordió el labio inferior.

—Voy a entrar.

—Ok. Ten cuidado, ahí dentro no podré verte.

—Lo sé.

Se acercó hasta el arco que daba acceso a la pieza. Asomó la cabeza, examinando el otro lado. Del techo pendían tres tubos fluorescentes que bañaban la habitación con su luz blanca. Uno de ellos parpadeaba, emitiendo un leve chasquido que quebraba la quietud que reinaba en Babilum.

—Las paredes también están cubiertas por estanterías... con libros, libros y más libros. En un rincón hay una escalera de caracol... Muy extraña, supongo que en Babilum no podía ser de otra forma. Los peldaños son de mármol y el pasamano de metal dorado. Nace aquí, solo asciende. Permite el acceso a la planta de arriba. A su

lado una amplia rampa baja hacia los pisos inferiores...

Se interrumpió bruscamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Luna alarmada.

Anna aguzó el oído e identificó rápidamente el sonido, no era la primera vez que lo escuchaba.

—Pasos...

Procedían del piso superior, y se acercaban a la escalera.

—Por Dios... ¡Regresa al estudio!

Anna dio media vuelta, dispuesta a emprender la retirada, pero entonces se detuvo. Hizo un esfuerzo para pensar con lucidez y logró controlar la angustia. Tomó una decisión.

—No. Huir no servirá para nada. El camino diseñado por Jon tiene noventa y nueve pasos, y tarde o temprano me encontraré con Mikel... ¿Por qué no ahora? Este momento es tan malo como cualquier otro.

Retrocedió unos metros y levantó la marcadora, que temblaba en su mano. Espiró profundamente, procurando mantener la serenidad. Las palmas de las manos le sudaban. Pegó el paño húmedo por el perfume a la nariz y apuntó hacia delante.

—Mikel... —murmuró.

Y esperó.

El desconocido llegó hasta la escalera de caracol e inició el descenso. Bajaba con una lentitud exasperante, demorándose lo indecible, tomando un tiempo excesivo en cada uno de los peldaños. Es cruel, pensó Anna Krauss, se recrea en mi miedo.

Primero vio las piernas, y conforme descendía aparecieron la cintura, el torso y finalmente la cabeza. Llegó hasta el pie de la escalera de caracol y allí se detuvo.

Entonces pudo contemplarlo íntegramente.

Lo estudió en silencio.

Abrió y cerró varias veces los párpados, incrédula, temiendo que aquella aparición fuera una ilusión provocada por su alterado estado de ánimo o los ojos le estuvieran jugando una mala pasada. Pero él seguía allí, quieto, mirándola con serenidad.

El vehículo descendía, por la sierra de Collserola, de regreso a Barcelona. La lluvia reducía la visibilidad a la mínima expresión. Víctor conducía despacio, atento a la sucesión de curvas la angosta carretera de dos carriles.

—Mierda —exclamó Yago tras consultar su teléfono móvil—. Ha llamado Luna. Hace casi media hora.

Suspiró resignado.

—Espera, ha dejado un mensaje.

Lo escuchó.

—Anna Krauss ha regresado a Babilum. Déjame tu móvil —pidió cuando colgó—. Y conecta el dispositivo *bluetooth*.

Marcó el número de Luna.

Era el ser más apuesto que había visto jamás.

Aparentaba treinta años. Su figura, elegante y varonil, estaba presidida por un bello rostro de facciones duras pero armónicas. El cabello rizado, color oro, caía hasta los hombros. Era alto, corpulento y perfectamente proporcionado, como si en lugar de llegar al mundo desde el vientre de una mujer fuera obra de un escultor clásico que no se hubiera detenido hasta cumplimentar el más mínimo detalle con excelencia. Vestía de blanco, llevaba puesto un elegante traje de tres piezas y una camisa completamente abotonada.

Aunque lo más relevante trascendía a su aspecto... de aquel ser emanaba un magnetismo animal irrepitible, cimentado en la fuerza y el poder, que impregnaba cuanto le rodeaba. A su lado se sentía insignificante y vulnerable.

El desconocido sonrió conciliador. Se disponía a aproximarse cuando ella, amenazadora, hizo oscilar la marcadora.

Estaba desconcertada.

Evocó la conversación telefónica: no era Mikel, Mikel era un niño.

—Eso no es necesario —dijo con una voz grave y delicada, señalando la marcadora. Por primera vez sus ojos se encontraron. La mirada límpida del desconocido, del color de la miel, la cautivó. Es viejo como el mundo, supo sin saber cómo. Durante unos instantes se sintió estúpida apuntando a aquel bello ser con un arma. Pero la prudencia impuso su criterio y decidió mantenerse vigilante.

—Y eso —aseguró refiriéndose al paño— tampoco. Hoy no.

Ella lo separó unos centímetros de la nariz e inspiró. Comprobó que tenía razón, su olfato no percibía ningún olor inusual. Lo guardó en un bolsillo del pantalón.

—Yo decidiré qué es necesario —murmuró—. No te acerques.

Él levantó las manos componiendo un gesto con el que pretendía señalar que venía en son de paz. Permaneció inmóvil, junto a la escalera de caracol.

—¿Quién eres?

El desconocido hizo caso omiso de la pregunta.

—Nada tengo contra ti. No deseo arrebatarte tu vida ni causarte dolor.

¿No deseo arrebatarte tu vida ni causarte dolor?, repitió para sí Anna. Frunció el ceño: la construcción de las frases era correcta pero poco habitual.

—No deberías estar aquí —prosiguió—. Es esta una larga historia. Iniciada hace mucho tiempo, en Finlandia. Nada tiene que ver contigo.

Pronunció las palabras empleando una cadencia monótona, sin el énfasis o la gestión de pausas habitual en las conversaciones mundanas, como si no estuviera habituado a expresarse mediante ellas y se limitara a articularlas.

Pero ¿qué sucedió en Finlandia?, se dijo. No llegó a formular la pregunta, sin embargo él respondió como si lo hubiera hecho. Abatió los hombros e inclinó la cabeza hacia delante; los rubios cabellos cubrieron el rostro, ocultándolo.

—Sucedió una guerra. —Ensimismado, parecía recordar hechos solemnes e imprescindibles sin cuyo acontecimiento el mundo sería diferente—. Larga y cruel, civil. Muchos hermanos murieron. Casi todos los perros también. Solo permitimos vivir a algunos. Acabar con todos era excesivamente clemente. Nuestro señor decidió perdonarles la vida para que se remozaran en el barro y probaran el sabor de la eterna hiel.

Volvió a mirarla.

—Pero eso no guarda relación contigo. Si me ayudas, podrás marcharte libremente.

La entonación continuaba siendo fría pese a la amenaza que subyacía en la última frase. ¿Y qué sucederá si decido no ayudarte?, se preguntó.

El desconocido curvó los labios hacia abajo.

—Te mataré. Tal vez no hoy. Quizá tampoco mañana... ¿Dentro de un mes? ¿De un año?

Anna abrió la boca. Dios mío, se dijo, puede leer mis pensamientos.

Él asintió.

—¿Y qué quieres?

—El perro murió, me ocupé de él —aseguró con tranquilidad.

Se refiere a Juan Gandalf, pensó Anna.

Él sacudió la cabeza componiendo un gesto afirmativo.

—El otro no, está escondido. Encuéntralo para mí.

Y giró la cabeza, mostrándole el perfil, concediéndole el tiempo necesario para que tomara su decisión.

Pero ella se rebeló, la idea de entregar a Bastian y Jon Vivaldi se le antojó obscena y ridícula.

—Pero ¿quién diablos eres? —gritó.

La expresión del rostro se transformó, acerándose. Las manos se convirtieron en puños y en sus ojos brilló la ira. Anna supo que el desconocido estaba haciendo un enorme esfuerzo para mantener el control y contener la furia que le había invadido de repente. Mi pregunta le ha sacado de quicio, se dijo asombrada, ¿por qué esa reacción? Con el dedo índice acarició el gatillo de la marcadora, dispuesta a disparar ante cualquier gesto que aventurara un intento de acercarse.

—Cuida de tus palabras, Annakrauss —pronunció su nombre y el apellido de corrido, sin la necesaria pausa en medio, como si formasen una sola unidad—. No son pocos aquellos que han lamentado hablarme así. Mi linaje es noble, descendiendo del oro puro. Tengo muchos nombres, pero el que mi padre me puso es Mikel.

—Tú no eres Mikel. Mikel es un niño.

—¿Crees eso firmemente?

Su voz era ahora la de un niño de ocho años.

—¿Estás completamente segura?

Reconoció aquella voz tímida y aguda. Espantada dio varios pasos hacia atrás,

alejándose de Mikel, hasta que su espalda topó con una estantería llena de libros. La marcadora oscilaba como consecuencia del temblor. Incapaz de pensar o moverse, se sentía en un limbo que transcurría al margen de los sentidos.

Entonces Luna, desde la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro, pronunció la frase que le salvaría la vida.

El sonido del mechero le despertó. Hugo abrió los ojos y aturdido vio, a pocos centímetros de su cara, un rostro que le miraba. Parecía tan sorprendido como él.

El encendedor resbaló de la mano de Néstor. Sobresaltado dio un salto hacia atrás, intentando huir, pero trastabilló y cayó, quedando sentado en el suelo. En su cabeza una idea relampagueaba: no es George, no es George, no es George... Se levantó lo más rápido que pudo y se dispuso a huir sin hacer preguntas.

Ese tipo se parece tanto a George Clooney como yo, se dijo Hugo. Debe de ser el otro, Néstor.

Recordó las instrucciones de Yago Durán.

—No soy policía —pronunció las palabras despacio, aparentando una calma que no sentía. Su voz pretendía sonar tranquila aunque tartamudeaba ligeramente—. Pretendo ayudarte.

—Gracias —balbuceó Néstor mientras contemplaba la sombra que le hablaba—, pero estoy bien, no necesito ayuda.

—Quizá tú no. Pero él sí. George.

Néstor dudó. Al fin y al cabo se había dirigido hasta allí, arriesgando el pellejo, precisamente para echarle una mano a su amigo.

—¿Sabes dónde está?

—Puedo ayudarte a encontrarlo —mintió Hugo.

Salió del cobertizo, pasando junto a Néstor sin ni siquiera rozarle, e indiferente a la lluvia echó a andar en dirección a la entrada de la biblioteca Alberto Caeiro.

—Sígueme.

Cuando llegaron a la zona iluminada de la calle Poeta Cabanyes se giró y comprobó que, dócil y asustado, Néstor iba tras él.

Luna escuchaba con atención la conversación que mantenían, fuera del alcance de las cámaras, Anna Krauss y el extraño con quien acababa de toparse en Babilum.

Él tenía una bonita voz, pero se expresaba con torpeza aunque sin acento, como si dominara la lengua pero no su uso. Asimismo pretendía parecer conciliador, pero su amabilidad sonaba forzada. Cuando la voz del adulto se convirtió en la de un niño evaluó los hechos. Mikel buscaba a Bastian, y para encontrarlo necesitaba a Anna Krauss, única poseedora del código literario que la unía con Jon Vivaldi. Eso garantizaba, en teoría, la seguridad de Anna. Pero Mikel tenía un perfil muy peculiar. No parecía amante de los circunloquios y se estaba dejando llevar por la ira, como si su auténtica naturaleza se rebelara al ser tratado por Anna como un igual. Es muy

orgullosa, se dijo, esa es su gran debilidad: influido por la furia puede llegar a hacer algo de lo que luego incluso él mismo se arrepienta.

Los riesgos, resolvió, eran demasiado altos.

Regresar al estudio, además, carecía de sentido: con toda probabilidad el próximo encuentro se daría en circunstancias menos favorables, no le resultaría difícil encontrar un lugar en Babilum donde emboscar a Anna entre aquella maraña de estanterías y libros.

Solo existía, por lo tanto, una salida.

La señal de llamada de su teléfono móvil la rescató de sus cavilaciones. Lo recuperó y comprobó que era Víctor quien llamaba. Ya era hora, pensó malhumorada, ¿dónde diantre estabais?

Respondió.

—Un momento —dijo sin ni siquiera escuchar, no tenía tiempo de resumir lo sucedido. La decisión debía tomarse sin demora.

—Anna, mátalo.

En Babilum Anna Krauss siguió las instrucciones dictadas por Luna. Presionó el gatillo y un proyectil de color rojo brotó del cañón de la marcadora. Jamás había disparado a nadie, por lo que sus párpados, involuntariamente, se cerraron. Cuando los volvió a abrir frente a ella no había nadie. Ni rastro de Mikel o su cadáver. En uno de los peldaños contempló la mancha roja.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luna.

—Se ha esfumado.

—Aquí tenemos un montón de novedades —explicó Luna—. Pero esperad, creo que puedo conectaros a todos... Ya.

—Anna, ¿me oyes? —preguntó Yago Durán.

—Perfectamente —aseguró ella desde Babilum.

Entonces Luna les puso en antecedentes.

Yago meditó durante unos segundos. Que la escalera fuera de caracol suponía una clara desventaja. Es una maldita ratonera, se lamentó. Obligaba a Anna a ascender a ciegas, sin poder ver lo que se encontraría arriba hasta que asomase la cabeza. Mientras estuviera subiendo sería un blanco fácil.

—Has llegado demasiado lejos, sería una pena regresar ahora. ¿Te sientes con las suficientes fuerzas para continuar hasta *Caracola* y recuperar la *Divina Comedia*?

—Sí.

—Bien. El primer paso es acceder al piso de arriba por esa escalera de caracol. Ten cuidado, no es un buen aliado. Acércate y estudia los peldaños, su forma, la distancia que los separa... Memorízala. Luego sube corriendo a toda velocidad. Es importante que completes el ascenso en el menor tiempo posible. Cuando llegues arriba levanta la marcadora y si algo se mueve dispara sin pensar. ¿De acuerdo?

—Ok.

Por el tiempo que transcurrió, Yago supuso que ella estaba siguiendo sus indicaciones.

—Estoy preparada.

—Adelante.

Circulaban dejando a un lado la pared de roca excavada en la montaña y al otro un profundo barranco invisible como consecuencia de la oscuridad. Los limpiaparabrisas oscilaban a toda velocidad barriendo la intensa lluvia que caía sobre la luna delantera del vehículo. Confiando en su pericia, Víctor Crest conducía todo lo rápido que las condiciones meteorológicas le permitían. A su lado Yago contemplaba cómo frente a ellos desfilaba una sucesión de rectas cortas y pronunciadas curvas. El coche entró en una de ellas, muy cerrada, demasiado deprisa. Al salir las ruedas traseras patinaron y Víctor perdió el control del automóvil, que invadió el carril contrario. Instantes después logró recuperar el dominio de la dirección y suspiró aliviado. Afortunadamente nadie más transitaba por la carretera.

—Víctor... —murmuró Yago preocupado. Si hubieran embestido al otro lado se habrían despeñado por el precipicio—, matándonos no ayudaremos a Anna Krauss.

Pero el ruido procedente de los altavoces lo interrumpió cuando iba a excusarse.

La respiración de Anna, agitada, invadía el interior del cubículo. Las pisadas se sucedían rítmicas, veloces, golpeando los peldaños. Pero de repente la regularidad cesó y tras unos instantes oyeron un tropel de sonidos. Finalmente una gravosa calma se instaló en todos los extremos de la comunicación.

En la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro, Luna se puso en pie. Derribó la silla al hacerlo. Se llevó los puños cerrados a la boca mientras contemplaba la pantalla que mostraba un montón de imágenes en las que nada podía ver.

Víctor Crest agarró con fuerza el volante e instintivamente pisó el freno. El coche quedó detenido en la carretera. Yago Durán iba a preguntar qué había sucedido cuando las pisadas reemprendieron la marcha, aunque esta vez progresaban con lentitud, como si Anna hubiera sufrido algún percance.

—Estoy arriba —dijo ella—. Está despejado. Estoy en una estancia que es exactamente igual a la del piso de abajo. Estanterías llenas de libros cubren las paredes, y la escalera... Nada más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Luna.

—Me he caído.

—¿Te has hecho daño?

—No demasiado. Aunque duele. Me he golpeado la cabeza con un peldaño. Mi ceja está sangrando. Bastante. Pero es más aparatoso que grave..., creo. Cuando regrese a la vivienda limpiaré la herida, en el baño he visto material sanitario.

—¿Puedes seguir?

—Creo que sí.

—Bien —dijo Yago—. Estás en el cuarto primera. Cerca de *Araña*, el lugar

habilitado por Juan Gandalf como aula para impartir la educación de Bastian.

—Lo sé. La estoy viendo desde aquí.

—Acércate, por favor —pidió Luna—. Allí podré verte. Quiero examinar la herida.

Cuando Luna la vio se le encogió el estómago. La sangre brotaba de la hinchada ceja descendiendo hasta la camiseta, donde formaba una enorme mancha.

Eso no tiene buen aspecto, pensó preocupada, le harán falta varios puntos.

Anna tomó asiento en una silla, dejó la marcadora sobre la mesa y cruzó los brazos. Sentía la necesidad de dejarse llevar, abandonando para siempre aquel lugar. Parecía haber olvidado la amenaza que suponía Mikel.

—Anna —pronunció suavemente su nombre.

Ella miró la cámara.

—Anna —repitió Luna—. Ya queda poco. Casi has llegado al cuarto segunda. ¿Puedes ver *Caracola*?

Anna Krauss miró hacia delante. *Araña* comunicaba, mediante una amplia puerta, con otra estancia, sin duda la más grande de cuantas había visto en Babilum hasta entonces. Un espacio ocupado por un mueble de una sola pieza que tenía forma de espiral y alcanzaba el techo. En el suelo, frente a él, descansaba la *Divina Comedia*.

Asintió.

—Venga. Solo un esfuerzo más.

El semáforo mostraba el color rojo, pero Víctor Crest hizo caso omiso y aceleró. Cruzó la avenida Diagonal. Una furgoneta frenó violentamente para evitar la colisión, derrapó y quedó cruzada en la calzada. Vio, a través del espejo retrovisor, cómo el conductor abandonaba el vehículo y los increpaba agitando un puño en el aire.

Cuando enfilaron por la calle Numancia, Yago miró de soslayo el indicador de velocidad y luego decidió cerrar los ojos: circulaban por el núcleo urbano de Barcelona a más de ciento veinte kilómetros por hora.

—Lo tengo —masculló Anna.

—¡Bien! —exclamó Luna, que podía verla en *Caracola*. Antes de recoger el libro se había limpiado la mano, manchada de sangre, frotándola contra el pantalón.

—Regresa, Anna —apuntó Yago.

Ya de vuelta, Luna la vio pasar por *Araña*. Caminaba despacio, con los hombros encorvados y la cabeza ligeramente inclinada hacia arriba en un infructuoso intento de frenar la hemorragia. Con una mano sujetaba la marcadora, orientada hacia el suelo, y con la otra el ejemplar de la *Divina Comedia* que acababa de recuperar.

Desapareció de nuevo del encuadre de las cámaras.

Poco después escucharon el sonido de sus pisadas, pausado, al descender por la escalera de caracol.

Anna Krauss bajó despacio, colocando cuidadosamente los pies en cada peldaño, atenta para no sufrir una nueva caída. La herida de la ceja ardía y proyectaba un dolor profundo que invadía su cabeza. El tránsito por la espiral, inacabable, le hizo sentir un leve mareo. Al pie de la escalera se detuvo, las náuseas se hicieron insoportables y tuvo que contenerse para no vomitar. Apoyó la espalda contra una pared y se tomó un respiro. Miró a su alrededor, pero no vio a Mikel. Valoró la posibilidad de sentarse en el suelo para descansar unos minutos, pero la descartó. Sabía que si tomaba asiento se acurrucaría entrando en un profundo letargo y le resultaría imposible levantarse de nuevo. Intentó insuflarse ánimos pensando en una ducha reparadora y el largo sueño entre las limpias sábanas que le precedería, permitiéndole evadirse a lo largo de unas horas de aquella pesadilla. La evocación la alivió.

Frente a ella contempló la puerta sellada. La separaban tan solo unos metros del estudio, donde la protegería una franja de polvo rojo.

Iba a ponerse en marcha cuando sucedió.

Apenas le vio, no tuvo tiempo ni siquiera de levantar la marcadora. Duró fracciones de segundo, tan pocas que si no hubiera sido por el suave contacto habría dudado de que el nuevo encuentro con Mikel no fuera fruto de su imaginación. Se materializó justo a su lado, emergiendo de la nada. De cerca le pareció incluso más alto y temible: esta vez las facciones de su rostro componían el gesto feroz de un depredador.

Mikel tenía una mano extendida, con la que acarició suavemente la herida de la frente. El dolor que sentía remitió hasta quedar reducido a la mínima expresión, como si el contacto la hubiera sanado. Aunque ella aún no lo sabía, su ceja había dejado de sangrar.

Después se desvaneció como había llegado.

Víctima del pánico, Anna corrió hasta la vivienda sin mirar atrás. Solo cuando llegó al estudio y hubo sellado de nuevo la puerta se dio cuenta de que en su huida había dejado caer la marcadora. Sin embargo, aún mantenía sujeto el ejemplar de la *Divina Comedia*.

Se sentó en el suelo, dobló las rodillas encogiéndolas hasta que tocaron el pecho y las envolvió con los brazos. Entonces, fuera del alcance de la cámara del ordenador portátil de Jon Vivaldi, rompió a llorar.

Capítulo XXVI

Se desnudó, dejando la ropa tirada en el suelo del baño. Estudió la herida de la ceja en el espejo ubicado sobre la pila. Había dejado de sangrar y no presentaba tan mal aspecto como se temía. Además, desde el roce con la mano de Mikel, apenas le dolía. Rebuscó en los armarios hasta dar con un pedazo de algodón estéril y alcohol de farmacia. Limpió el corte con cuidado. Aguantó estoicamente la escochedura, intentando aliviarla con suaves soplidos. Lo cubrió con una tirita y tomó una ducha corta pero reparadora. Poco después, vestida con ropa limpia y el cabello aún mojado, se encontraba de nuevo sentada frente al ordenador portátil de Jon Vivaldi.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Luna.

—Mucho mejor. Es curioso..., como si la caricia de Mikel me hubiera hecho sanar. No entiendo nada. ¿Primero amenaza con matarme y después me cura?

—Te necesita con vida, tú eres la única capaz de encontrar a Bastian entre ese tumulto de libros. Pensé que se había sentido agraviado cuando le disparaste e intentaría vengarse. Pero afortunadamente me equivoqué.

Anna cogió el ejemplar de la *Divina Comedia* que descansaba sobre la mesa. Esta vez, en lugar de agitar el libro para recuperar la nota manuscrita de Jon Vivaldi, buscó entre sus páginas.

—¿Sabes dónde está?

—Sí, en el canto V del infierno. Es muy hermoso, aparecen dos seres especiales: Paolo y Francesca. Dante lo dedica a los lujuriosos. Jon siempre afirmaba que ese era su pecado capital favorito.

Poco después sujetaba un papel entre las manos. Lo despegó con cuidado y leyó en voz alta su contenido.

-juegaalosos-
Chloé

—¿Juega a los dados? ¿Quién juega a los dados? ¿Chloé?

—Es otra clave de un documento oculto en FH.

—¿Y Chloé?

—El siguiente libro. *La espuma de los días*, de Boris Vian. Seguro. Hay un montón de Chloés en la historia de la literatura, pero se refiere a un personaje de esa novela, en concreto a la esposa de Colin, uno de los protagonistas.

Luna introdujo -juegaalosos- en el buscador de FH. Poco después un nuevo capítulo del diario de Bastian apareció en la pantalla. Aunque ambas tenían acceso al documento, Luna procedió a leerlo en voz alta. En el antiguo inmueble su amiga mantenía los ojos cerrados, escuchándola ensimismada. Los dedos de su mano

derecha repiqueteaban en la superficie de la mesa marcando un suave ritmo.

No soy dócil ni paciente en exceso, pero sí empático. Y entendí desde el primer momento el desasosiego que provocaron en Jon Vivaldi los acontecimientos paranormales a los que tan difícil le resulta dar crédito: lo sucedido en Finlandia, mis peculiares capacidades, la naturaleza de Juan Gandalf, la transmutación (de la que ahora hablaré)... Comprendía su incredulidad primero y el estupor marcado por la angustia que le invadió después.

Y sobre todo me sentía en deuda con él por haberle metido en este lío.

Por ello una tarde, cuando estando los dos solos en Babilum me hizo una pregunta delicada, resolví responderla con sinceridad.

—Siempre te refieres a la auténtica naturaleza de Juan Gandalf de forma indefinida. Nunca la concretas, ni siquiera vas más allá de esa pincelada.

Me miró fijamente.

—Bastian... ¿Qué es Juan Gandalf?

Juan Gandalf no me había dado instrucciones precisas al respecto e ignoraba si podía manifestarle lo que sé. Ante la falta de directrices, abandoné las evasivas y me decidí por la verdad.

—Es un diablo. No es el único, pero no quedan demasiados, la mayor parte murieron hace miles de años en Finlandia. Pero no te preocupes, los demonios no son como nos han contado.

—Un diablo —susurró Luna desconcertada.

Anna seguía quieta, con los ojos cerrados, concentrada: los dedos golpeaban ahora la mesa marcando una cadencia más rápida.

—Juan Gandalf es un diablo —repitió.

La entrada proseguía tratando otro asunto. Tal y como Bastian había anunciado con anterioridad, se refería a la transmutación.

Como mencioné con anterioridad, Juan Gandalf afirma que los humanos cuando fallecemos no morimos del todo. El alma regresa una y otra vez al mundo intentando purificarse en una perenne reencarnación.

Ellos no.

Cuando mueren desaparecen para siempre.

Por ello, en el último momento, lloran. Siempre lloran, una única lágrima desesperada.

Las lágrimas de los humanos se componen, básicamente, de agua.

Las de ellos no.

Los diablos lloran una piedra pequeña, tosca y negra como el carbón. Los

otros una gota de miel.

Ambas son como una mano tendida, puesto que si algún humano las recoge parece instantáneamente y ellos invaden su cuerpo, pasando a residir en el interior. A ese perverso proceso fagocitador de almas le llaman transmutación.

—Dios mío, Anna. ¿Has oído?

Anna Krauss permanecía casi inmóvil, tan solo los dedos de su mano proseguían con el rítmico golpeteo.

—¿Anna?

Ella pareció no escucharla.

Luna centró su atención en la pantalla y estudió su aspecto. De una de las comisuras de sus labios brotaba un hilo de denso líquido verduzco. Una pequeña mancha, del mismo color, se extendía lentamente por la tirita que cubría la herida de la ceja.

Maldito cabrón, susurró, su caricia no la sanó.

Víctor Crest puso el intermitente y maniobró, estacionando el coche en la confluencia de la calle Poeta Cabanyes con la avenida del Paralelo.

—Preferiría hacer la última parte del trayecto a pie.

Yago asintió.

—Estoy de acuerdo. Con un matiz. Tan solo haremos la comprobación, será un as que guardaremos en la manga. ¿Ok?

—Veremos.

Salieron del vehículo. Transitaban en fila india, sin hablar, pegados a las fachadas de los edificios. La lluvia cortejaba ahora al asfalto cayendo perezosa y desabrida. Cruzaron Blai, Elcano y la calle Magallanes. No vieron a nadie.

Entonces se detuvieron.

Yago se miró las puntas de los zapatos, húmedos. Su mirada reptó por el suelo mojado hasta llegar al número 113, la horrenda casa con la fachada pintada de color rojo chillón. A su lado estaba la biblioteca Alberto Caeiro. Repasó la construcción fría y funcional, cargada de metal y vidrio, rodeada por una zona ajardinada.

—¿Y bien?

—Alguien debería arrestar al tipo que eligió la pintura roja de esa casa.

—Joder, Víctor.

—Disculpa.

Víctor Crest miraba hacia delante. Entonces la lluvia arreció, formando una cortina de agua. La fachada del número 115 pareció brotar de repente de su interior. Se trataba de un edificio viejo y vulgar, cuyas paredes de piedra mostraban el deterioro causado por el transcurso de los años. Estudió el portal. Sobre el dintel destacaba una cara tallada en piedra, pertenecía a un hombre gordo y sonriente que

entornaba los ojos como un borracho.

—¿Qué diantre ves?

—El antiguo edificio. Es cierto, Yago —exclamó—, quien haya leído *La noche eterna* podrá entrar en el hogar de Bastian.

—Vuelve a casa. Mañana te llamo para ponerte al día de las últimas novedades.

Anna al fin se movió. El viscoso líquido que brotaba de su boca lo hacía ahora con regularidad y rapidez, cayendo hasta el pecho. Mantenía los ojos cerrados. Padeció un par de arcadas, aunque no llegó a vomitar. Después comenzaron las convulsiones, leves al principio, violentas después, tanto que amenazaban con descoyuntar sus miembros. Entonces levantó los párpados: la pupila y el iris habían desaparecido, los ojos habían adquirido el color pardo.

Luna gritaba su nombre, pero ella parecía no escucharla. Cogió el teléfono e intentó llamar a Yago, pero el temblor de las manos hizo que este cayera al suelo. Lo recuperó y comprobó que seguía funcionando. Finalmente consiguió marcar el número.

Yago respondió inmediatamente.

—Le hizo daño —gritó Luna. Lloraba—. Mikel le hizo daño.

Él intentó sosegarla.

—Luna, por favor, procura calmarte y dime qué ocurre.

—Yago, Anna se está muriendo.

—Ha llegado el momento de utilizar nuestro as en la manga —dijo Víctor Crest.

Yago lo miró con incredulidad.

—¿Estás loco? ¿Qué harás ahí dentro? ¿Velar el cadáver?

—Quizá aún tenga solución, desde fuera resulta imposible saberlo. El polvo rojo puede acabar con ellos, tal vez baste aplicarle una pequeña cantidad sobre la herida infectada por Mikel.

—Tal vez sí. Pero tal vez no. ¿Qué sucederá si no funciona?

Golpeó el suelo dando una violenta patada.

—Imagina que entras y ella muere. Tú también estarás muerto. Nadie será capaz de sacarte de ese agujero. Sin Anna Krauss será imposible recorrer el camino de los noventa y nueve pasos diseñado por Jon Vivaldi, es la única persona capaz de descifrar el código que permite saltar de un libro a otro.

Víctor permanecía tranquilo.

—Lo sé, pero no existen alternativas, solo yo puedo entrar... —suspiró resignado, pensando en Marisa, que jamás comprendería su decisión—. Siempre analizamos nuestra existencia bajo una irreal perspectiva de continuidad que inventamos para olvidar los peligros que nos acechan cada día. A veces en la vida concurren circunstancias extrañas que te sitúan en el disparadero. Y cuando eso sucede debes ser tú mismo, porque si no lo haces, ya eres un cadáver aunque no lo sepas.

—Mierda, Víctor.

—Vamos. Acompáñame.

Cruzaron juntos la calle. Yago le miró con afecto y sonrió. Después puso la mano sobre la puerta de la biblioteca Alberto Caeiro pero se mantuvo inmóvil. Víctor Crest seguía a su lado.

—Ahora —pidió Víctor.

Empujó la hoja y abrió. Los dos dieron un paso, al mismo tiempo, hacia delante.

Yago se encontró en el vestíbulo de la biblioteca, vacío a aquellas horas de la madrugada.

Estaba solo.

Corrió hacia el ascensor.

Cuarta parte

Finlandia

4 al 6 de febrero de 2011

Capítulo XXVII

Dentro estaba oscuro. Víctor Crest palpó la pared, hasta que su mano topó con un interruptor. Cuando lo pulsó una solitaria bombilla iluminó el vestíbulo. Este tenía un aspecto rancio, abandonado, la pintura de las paredes pedía a gritos la extremaunción y unos buzones oxidados pendían a su izquierda. Frente a él, a poca distancia, ascendía un tramo de escaleras. Se precipitó hacia ellas.

Las subía corriendo tan deprisa como podía. Cuando llegó hasta el rellano de la primera planta su respiración era agitada, en el de la segunda resollaba y al alcanzar su destino, frente a la entrada del tercer segunda, había perdido el aliento. Se dobló sobre sí mismo, apoyando las manos en las rodillas, e intentó capturar el aire que le faltaba manteniéndose en esa posición.

Luego miró hacia delante.

La puerta estaba abierta.

Se acercó y desde fuera estudió el interior del piso. De un pequeño recibidor partía un pasillo que permitía el acceso a varias estancias. Las luces estaban encendidas. Aguzó el oído pero no logró escuchar ningún sonido.

Entró.

El piloto anunciaba mediante una señal luminosa que el ascensor ya descendía hacia la planta baja.

—Yago —dijo una voz a su espalda.

Sobresaltado dio un respingo. Cuando vio a Hugo, que se acercó hasta él, suspiró aliviado.

—Me has dado un susto de muerte —aseguró llevándose una mano al pecho—. No esperaba encontrarte aquí abajo.

—Lo siento... Tengo a uno de los mendigos. Néstor. Está en el cuarto de los vigilantes. Inquieto, pero no creo que dé problemas. Tiene pinta de buen tipo. Ha tomado una ducha y ahora come algo.

—Ocúpate de él, ahora yo no puedo. Estamos en plena crisis...

Las puertas del ascensor se abrieron.

—Pero sobre todo retenlo, no puede marcharse bajo ningún concepto. Ni siquiera te separes de su lado. Intenta que duerma unas horas, nos vendrá bien tenerlo fresco —dijo desde dentro a modo de despedida.

Luna permanecía sentada frente a la mesa de trabajo. Tenía una mano caída en el regazo y la otra posada, inmóvil, sobre el ratón del ordenador. Lloraba quedamente aunque no apartaba la mirada de la pantalla que mostraba las imágenes emitidas por el ordenador de Jon Vivaldi. La señaló con un gesto. Al otro lado, en el estudio del antiguo inmueble, no se veía a nadie.

Yago Durán se acercó. Se inclinó sobre ella y besó su nuca. Le rodeó con un

brazo la cintura y dejó su mano sobre la de Luna. Los dedos se enlazaron.

—¿Dónde está Anna? —le susurró al oído.

—Ha caído de la silla —murmuró, su voz sonaba ronca—. Hace poco, a lo sumo un par de minutos.

Víctor Crest entró en el estudio. Sobre la mesa descansaba el portátil de Jon Vivaldi, desde cuya pantalla Luna y Yago lo contemplaban. Estaban abrazados. En el suelo, fuera del alcance de la cámara, se encontraba Anna Krauss. Estaba tumbada boca arriba, sobre un espeso charco de líquido verde. Permanecía inmóvil.

Cuando la vio una idea galopó por su mente.

Está muerta.

Como siempre que veía un cadáver, el último había sido el de su hermano fallecido unos años atrás, se le revolvió el estómago. Se dijo que quien acuñó el término *cuerpo sin vida* lo hizo contemplando a un muerto. La piel de Anna presentaba una palidez extrema. Mantenía los ojos cerrados y las facciones del rostro, más que relajadas, parecían abandonadas a su suerte por el espíritu. Una enorme mancha del líquido que aún brotaba de la comisura de los labios y la herida de la ceja invadía la blusa.

Corrió hasta la cocina.

En uno de los congeladores halló lo que buscaba. Extrajo una bolsa de plástico llena de polvo rojo. La depositó sobre la encimera y rasgó la cubierta utilizando el cuchillo que encontró en un cajón. De un armario sacó el primer recipiente que encontró, que resultó ser un plato grande, y volcó en él una ración generosa de polvo rojo.

Regresó al estudio.

Se arrodilló junto a Anna Krauss, que no se había movido.

¿Dónde?, se preguntó.

Y decidió comenzar por la herida de la ceja. Agarró un puñado de polvo rojo y se disponía a dejarlo caer suavemente cuando Anna se movió. Lo hizo tan rápido que lo cogió desprevenido. La mano de ella sujetó su muñeca con una fuerza descomunal, más propia de un gigante que de aquel cuerpo de mujer. Sin demasiadas dificultades apartó el brazo de Víctor, alejándolo de la cara. Su rostro había cobrado ahora una expresión furiosa, con los labios curvados hacia abajo y las aletas de la nariz dilatadas, y mantenía los ojos abiertos: ausentes de pupila e iris, tenían el color de aquella sustancia. Forzado por el dolor Víctor abrió la mano, dejando caer el polvo rojo en el suelo.

Pero ella no lo soltó.

El dolor ya era insoportable.

—¡Anna! —aulló.

El suplicio, que ascendía desde el brazo e invadía el hombro, provocó que Víctor rompiera a llorar. Los tendones chillaban y los músculos amenazaban con

desgarrarse, pero haciendo un esfuerzo extraordinario utilizó la mano libre para tantear el suelo, donde recordaba haber dejado el plato. Dio con él. Aunque lo levantó con torpeza consiguió arrojar buena parte de su contenido sobre la cara de Anna Krauss.

Ella le soltó inmediatamente y se llevó las manos al cuello.

Víctor cayó hacia atrás. Quedó sentado en el suelo. Impulsado por las piernas retrocedió, alejándose de ella. Sujetaba el brazo herido con el sano y gemía lastimeramente. Su espalda chocó contra una pared, donde permaneció recostado.

La contempló.

Anna Krauss se curvó, formando un inverosímil puente que contaba con dos únicos puntos de apoyo: los talones y la cabeza. Después se derrumbó, golpeando el suelo. El ambiente se llenó entonces con un profundo siseo. Asombrado, comprobó que el ruido procedía del rostro. Una densa humareda oscura brotaba de la cara y el olor de la carne quemada, propio de las heridas al cauterizarse, impregnó la habitación. Entonces ella se incorporó. Abrió la boca, como si fuera incapaz de lograr que en sus pulmones entrara el suficiente aire para respirar, y entre convulsiones vomitó.

Luego se desplomó y se mantuvo inmóvil.

Víctor continuaba pegado a la pared. El dolor del brazo remitía, pero aún era intenso. Lo movió y aliviado dedujo que no tenía ningún hueso roto. Sentía miedo, temía la reacción de ella si se acercaba otra vez.

Pero el color de la piel había mejorado, adquiriendo el ligero tono rosado habitual en ella. El rostro no presentaba ni el menor rastro de quemaduras. Parecía descansar en paz.

Gateó hasta Anna. De cerca estudió su aspecto. En su interior parecía habitar de nuevo la vida. Le acarició un brazo con cautela y comprobó que su temperatura era la normal. Le tomó el pulso: latía con regularidad.

—¿Me oyes?

Sus párpados se abrieron. Los ojos lucían ahora con normalidad.

Asintió.

—¿Puedes moverte?

Pero ella no respondió.

Víctor la cogió en brazos. Se situó frente al ordenador portátil de Jon Vivaldi. Desde allí miró a Luna y Yago, que le contemplaban inquietos. La escena había discurrido fuera del alcance de la cámara.

—Está mejor —dijo sin dar más explicaciones.

La llevó hasta el dormitorio y la depositó sobre la cama.

Abandonó la estancia y se dirigió al baño, de donde regresó con varias toallas mojadas. Le pasó una de ellas por la frente. Ella se estremeció.

—Anna, tengo que quitarte la ropa. Voy a lavarte.

Ella masculló una frase que Víctor no logró escuchar. Se acercó y pegó la oreja a

sus labios.

—Sí, por favor —repitió.

La descalzó, retirando primero los zapatos deportivos y luego los calcetines de algodón. Desabrochó el cierre del pantalón, bajó la cremallera y lo deslizó a lo largo de las piernas. Procurando no tocar la mancha verduzca, desabotonó la blusa. Arrojó la ropa sucia al suelo, donde quedó hecha un amasijo.

Ahora llega la parte más delicada, pensó Víctor.

Tomó asiento en el colchón. Como siempre le ocurría cuando intentaba desnudar a Marisa, forcejeó sin pericia durante muchos segundos con el cierre del sujetador. Cuando consiguió abrirlo lo retiró, intentando no mirar los pechos generosos, de pezones grandes y aureolas rosadas. Con monacal rigor sujetó el elástico de la braga y tiró hacia abajo. La prenda se enganchó en las nalgas. Para ayudarle Anna Krauss elevó ligeramente las caderas. Logró quitársela.

Los ojos de Víctor recorrieron su cuerpo. Cuando llegaron hasta el rostro comprobó que ella le miraba. Se sonrojó.

—No te apures. Lávame, por favor, yo no puedo hacerlo. Siento asco.

Él asintió.

—¿Cómo has entrado, Víctor?

Mientras casto y fraternal limpiaba con esmero su cuerpo, le resumió su vinculación con *La noche eterna*.

Hugo contemplaba a Néstor, que dormía pese a las luces encendidas. El aspecto del mendigo había mejorado de forma considerable.

¿Cómo ha llegado hasta ese estado?, pensó mientras lo miraba.

Hecho un ovillo entre las sábanas ronroneaba de vez en cuando como un niño. Su respiración era suave.

¿Cómo ha llegado hasta ese estado, repitió, la humanidad, permitiendo que algunos hermanos duerman sin techo que les cobije, pasen hambre o mueran de enfermedades curables?

Néstor dio media vuelta sobre el colchón y murmuró en voz baja el nombre de una mujer: Elvira.

Como todos tiene un pasado, se dijo, y sueña con él.

Si seguía por esos derroteros acabaría durmiéndose. Se puso en pie y estiró los brazos. Valoró la posibilidad de ir a por un café, pero desistió cuando recordó las instrucciones de Yago: no debía dejarlo solo.

Decidió distraerse un rato. Accedió a internet desde su teléfono móvil y entró en el blog de un dibujante de cómics que seguía con asiduidad. Poco después, tras disfrutar de un par de tiras, reía por lo bajo.

—Ahora duerme.

Desde la planta cuarta de la biblioteca, Luna y Yago lo contemplaban. Se les

hacía raro ver a Víctor al otro lado, encerrado en el estudio, en el lugar donde solía sentarse Anna Krauss.

—Está tranquila y agotada —añadió—. La suerte ha estado de nuestro lado. Creo que se va a recuperar.

Víctor reparó en un objeto que parecía llamarle a gritos.

—¡Un paquete de tabaco! —exclamó mientras lo cogía.

Comprobó su contenido. Dentro encontró cuatro cigarrillos y un mechero de plástico. Extrajo uno y lo olió, deleitándose con su sutil aroma. Lo prendió.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó mientras exhalaba el humo.

—Te diré cómo solemos proceder —resumió Yago Durán—. Te gustará. El siguiente libro es *La espuma de los días*, de Boris Vian. Lo buscamos aquí y lo arrojamos contra el suelo. Intentamos que nadie nos vea para que no nos encierren en un manicomio ni nos acusen de causar daños a los bienes públicos. Automáticamente los *Bastian Powers* se ponen en marcha y el libro cae también en Babilum. Lo localizamos con las cámaras del CCTV, te explicamos dónde se encuentra y tú vas a por él.

Víctor sonrió. Dio una fuerte calada al cigarrillo, que le supo a gloria.

—Pero tranquilo, esta movida forma parte de un camino que solo tiene noventa y nueve pasos... y ya hemos recorrido algunos. En concreto dos.

Luna lo miró de soslayo.

—No le hagas caso, Víctor. Si no fuera por ti, Anna estaría muerta.

—Gracias, Luna —contestó él—. No olvidéis un extremo: existe un atajo, que parte de la infancia de Bastian. Cuando Anna esté algo más recuperada deberemos trabajar en esa dirección. Es la única opción que veo. Sinceramente, la posibilidad de sobrevivir a varias excursiones en Babilum me parece remota. Pero ahora mismo debemos centrarnos en otra cosa.

—¿Cuál? —preguntó Luna.

—Dormir. Cuando menos ocho horas seguidas. Idos a casa. No quiero que nadie se quede de guardia en la biblioteca. Hugo también, por supuesto. Yo estoy fresco, velaré el sueño de Anna.

—¿Y qué hacemos con Néstor?

—Llama a alguien de *Arácnida*, ahora, para que venga a ocuparse de él.

—Son las cinco de la madrugada...

—Da igual, es una emergencia. Nos vemos mañana.

Se puso en pie.

—Yago, ocúpate de interrogar a Néstor. No podemos retenerlo indefinidamente.

Víctor Crest, derrotado por la tentación, quiso alcanzar un nuevo éxtasis. Sin pensarlo dos veces encendió otro cigarrillo.

—Iré a ver cómo se encuentra Anna.

Capítulo XXVIII

Anna Krauss dormía. Estaba tumbada de costado, cubierta por las sábanas, con el rostro orientado hacia la puerta del dormitorio. Presentaba un aspecto excelente. Víctor se acercó procurando no hacer ruido, pero ella despertó y abrió los ojos asustada.

—Tranquila, soy yo.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a tener compañía.

La mano derecha de Víctor sujetaba el cigarrillo encendido.

—No sabía que fumabas —gruñó.

—Lo dejé, pero es demasiado tentador. Creo que no puedo con este vicio. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Aunque todavía me siento muy cansada.

—Es normal. Duerme. Yo haré la guardia. Estaré en el estudio, con una marcadora, no perderé de vista la puerta sellada. Si sucede algo, te despertaré.

Dio media vuelta y apagó la luz.

—Víctor... Gracias.

Víctor Crest se dirigió a la cocina y preparó café. Después llamó a Marisa.

Hugo metió la llave en la cerradura de la puerta de su casa. Llevo tanto tiempo sin pisarla, se dijo, que si un vecino me ve ahora pensará que un desconocido entra para robar y llamará a la policía.

Encendió todas las luces y se dio una larga ducha. Después, en la cocina, desistió de abrir el refrigerador: temía lo que podía encontrar dentro. Optó por el congelador. Introdujo unos espagueti al pesto en el microondas y bebió un largo trago de agua directamente del grifo.

Cuando estuvieron listos comió con voracidad. Pero a medio ágape se interrumpió y acudió al recibidor, donde su chaqueta colgaba de una percha. De un bolsillo extrajo la pequeña libreta que siempre llevaba consigo. Regresó a la cocina.

Mientras terminaba la tardía cena pasó las hojas. Dio con la que buscaba. Viendo la importancia que los libros tenían para Anna Krauss, Jon Vivaldi o el propio Bastian, había decidido convertirse en un lector de novelas. A tales efectos había redactado la lista donde anotaba los títulos relacionados con los acontecimientos que estaban viviendo.

Me voy a convertir en un lector empedernido, pensó examinándola.

Uno de ellos estaba en su eximia biblioteca personal: *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll.

Dejó el plato sucio en el fregadero, hizo correr el agua para liberarlo de los restos de comida y se dirigió al salón. No le costó encontrar el volumen.

Con él entre las manos se fue a la cama. Se saltó el prólogo, para zambullirse

directamente en el texto del autor. Leyó las primeras frases, pero sus párpados pesaban demasiado. Lo dejó sobre la mesilla, debajo del reloj para no olvidarlo cuando despertara, y apagó la luz.

Yago Durán se cepillaba los dientes. Decidió que si Luna se acercaba a él para tener un escarceo amoroso accedería, pero dado el estado de sus fuerzas probablemente fallecería durante el coito. Bella muerte, concluyó tras guardar el hilo dental, digna de un samurái.

Habían decidido reducir las horas de descanso para pasar un rato con Julia, que ahora vivía en casa de su suegra. Se preguntó si les reconocería cuando los viera.

Salió del baño y se acercó hasta la cama. Con sigilo levantó la sábana y se tumbó sobre el colchón, procurando pasar inadvertido. Pero cuando apagó la luz se tranquilizó: a su lado ella dormía profundamente.

Víctor aprovechó las horas de su guardia para reflexionar. Siguiendo su costumbre, caminaba de un lado a otro del estudio con las manos enlazadas en la espalda, sentándose de vez en cuando para poner en orden sus ideas anotándolas en un papel.

Estaba seguro de que la piedra angular se encontraba en el comienzo... ¿Qué sucedió en Finlandia?, se preguntaba una y otra vez... Tenía la sensación, además, de que pasaba por alto algo evidente y la solución danzaba a su alrededor sin dejarse atrapar.

Finalmente el desaliento le venció, y decidió que más que especular divagaba.

Buscando algo con que entretenerse se acercó hasta una de las estanterías del estudio. No se tenía por un gran lector, por lo que intentó encontrar alguna novela sencilla que le ayudara a pasar el tiempo. Su mirada vagaba por los volúmenes, leyendo los títulos, cuando se detuvo en uno de ellos.

—Sí... —susurró.

Como el genio de una lámpara, la respuesta a su pregunta se materializó repentinamente.

Poco después pasaba las páginas, procurando localizar los episodios que le interesaban, y luego navegó por internet para hacerse con la información que los complementaba.

Todas las piezas, se dijo cuando terminó, encajan.

Capítulo XXIX

El aroma del café recién hecho rescató a Anna Krauss del mundo de los sueños pausados, donde por primera vez en mucho tiempo había permanecido instalada toda la noche. Se levantó y fue al estudio. Víctor permanecía vigilante, mirando la puerta sellada. En la mesa, junto a su mano, descansaba una marcadora de *paintball*. Juntos prepararon el desayuno. Lo ingirieron en la cocina, charlando. Después él se acostó.

A Yago le despertó el pie de Luna, que rozaba el suyo. Comprendió la señal. El cerebro evaluaba sus fuerzas cuando otra parte del cuerpo respondió en su lugar. Ella lo abrazó por la cintura.

—Venga —susurró a su oído riendo—, deprisa, no tenemos tiempo...

En otro lugar de la ciudad Hugo se rasuraba frente al espejo del baño. Lo hacía con parsimonia, según el ritual mil veces repetido. Llevaba el reloj en la muñeca izquierda y su ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, descansaba en el bolsillo de la chaqueta.

Néstor jugaba al ajedrez con el empleado de *Arácnida* que le custodiaba. Cris, el elegido por Yago, contaba con su absoluta confianza. Era un sesentón de cuerpo hercúleo y talante taciturno que, a lo largo de una juventud marcada al hierro candente por el infortunio y el alcoholismo, había vivido en la calle. Rehabilitado, llevaba varios años trabajando para la compañía.

—Jaque mate..., creo —dijo tímidamente Néstor.

Cris asintió. Cuando le propuso echar una partida pensó que se dejaría ganar, pero no había sido necesario.

Se despidió de Luna en el vestíbulo de la biblioteca Alberto Caeiro y enfiló hacia el cuarto de los vigilantes. Llamó, golpeando suavemente con los nudillos.

—Adelante —gritó desde dentro Cris.

Néstor se sobresaltó al verle. Iba a levantarse pero Cris le calmó con un gesto.

—No te preocupes, es amigo mío —dijo sin dar importancia a la interrupción.

Receloso, el vagabundo se mantuvo en su sitio y prosiguieron con la partida de ajedrez.

Yago concluyó que Cris había efectuado un excelente trabajo, tejiendo en tiempo récord lazos de complicidad con el mendigo. Tomó asiento a una distancia prudencial. Néstor desplazaba las piezas con soltura, sus manos apenas temblaban. Conocía bien no solo las reglas del juego, sino también su estrategia: hilvanaba tramas y urdía hábiles celadas que igualaban la contienda. Pero si sus ojos se encontraban, no le sostenía la mirada. De vez en cuando observaba a Yago de soslayo, y entonces los nervios le invadían: se agitaba en la silla con torpeza y movía las manos sin saber dónde meterlas.

Sintió lástima. Tiene tanto miedo que ni siquiera está cabreado, pensó. Se

preguntó cuántos golpes habría recibido hasta quedar postrado, y por qué algunas personas son capaces de levantarse de nuevo y otras no. Comprobó que, tal y como Cris había avanzado, no era un desequilibrado.

—Jaque mate —sentenció Cris.

Néstor dejó caer a su rey sobre el tablero.

—¿Sabes? Llevamos varias horas jugando —afirmó dirigiéndose a Yago— y esta es la primera vez que logro ganarle.

Se levantó.

—Bien. Os dejo, tengo un montón de cosas que hacer.

Cuando hubo salido Yago ocupó su lugar, frente a la mesa.

—Me llamo Yago Durán.

Evitó tenderle la mano, no quería brindarle una oportunidad para que la rechazara, comenzando así con un desencuentro. Guardó silencio, invitándole a imitarle.

—Yo soy Néstor —respondió finalmente.

—Lo sé.

Tomó la iniciativa.

—En primer lugar te pido disculpas por todo esto. Sé que es muy extraño, y mereces una explicación que quiero darte personalmente.

Pasó a exponerle la situación con franqueza. Utilizó un tono neutro y pragmático: actuar como un amigo le parecía estúpido e improductivo, y amenazarle era ruin. No estaba retenido, aclaró. Yago no pertenecía a la policía ni a ningún cuerpo de seguridad, carecía por lo tanto de facultades para efectuar detenciones. Podía marcharse en cuanto lo deseara, nadie lo impediría. Le agradeció su amabilidad por esperar, en compañía de Hugo primero y Cris después, hasta hablar con él. Y al final le ofreció un trueque. Ignoraba cuál era el paradero de George, pero se comprometió a hacer cuanto estuviera en su mano para encontrarle siempre y cuando él le diera cierta información que precisaba.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que sucedió la noche en que os separasteis. Pero primero háganme de vosotros...

Néstor y George se habían conocido en la calle hacía ya varios años, aseguró. Cuando intentó calcular cuántos se hizo un lío con las cifras, pero Yago le sacó del atolladero indicándole que ese extremo carecía de importancia. George era un buen tipo, prosiguió, inspiraba confianza y congeniaron enseguida.

Juntos lo pasaban bien, continuó. Ninguno de los dos era demasiado hablador ni tampoco muy callado, solían reírse juntos y también compartían los momentos difíciles, que no habían sido pocos. En definitiva, encajaban. Yago pensó que el mendigo acababa de describir perfectamente la fraternidad.

—La calle es peligrosa —apuntó—. Mejor andar por ella con un amigo que solo.

Habían dado tumbos por varias ciudades, trasladándose a menudo, dejando que el instinto guiara sus pasos hasta recalar en Barcelona, donde decidieron quedarse: el clima era agradable y la gente iba a lo suyo. Ya en la ciudad probaron algunos barrios, y al final se establecieron de forma permanente en la calle Poeta Cabanyes.

—¿Por qué aquí?

—La gente es buena.

Yago sonrió.

—Igual de buena que en todas partes.

Néstor se mantuvo callado.

—¿Por qué aquí? —repitió con paciencia.

—Él nos ayudó.

—¿Quién es él?

Néstor encogió los hombros.

—No sé cómo se llama.

Abran juego, se dijo Yago, comienza la partida. Extrajo dos fotografías de la cartera de cuero negro que llevaba consigo y las depositó sobre la mesa. En primer lugar la instantánea de Bastian, tomada por Busca-Pe. Luego el retrato de Juan Gandalf que había obtenido Luna manipulando *InfanView*.

—¿Es alguno de estos hombres?

Néstor movió la mano derecha, señalando la fotografía de Juan Gandalf.

—Él.

Él era un tipo raro, apuntó. Salía muy poco y a deshoras, no era amigo de dejarse ver. Casi siempre vestía de negro. Comenzó por saludarles. Pero después empezó a detenerse y charlaba habitualmente con ellos, incluso llegó a ganarse su confianza. Bueno, aclaró, sobre todo con George, por quien sentía una predilección especial.

—¿Sabes dónde vivía?

—Aquí.

—¿En el edificio en el que nos encontramos ahora?

—Sí.

—¿Os lo dijo él?

Néstor movió la cabeza componiendo un gesto afirmativo.

—Solía ayudar a George. Le daba comida, medicinas si las necesitaba y también mantas en invierno. Pero daba igual, como lo compartíamos todo nos beneficiábamos los dos.

Se interrumpió de repente, preguntándose si debía continuar.

—Sigue, por favor —empujó Yago.

—Nos propuso un trato.

—¿Un trato? ¿Qué os ofreció?

—Construiría una casa para nosotros.

Entendió que se refería al cobertizo.

—Todos los tratos tienen contrapartidas. ¿A cambio de qué?

—Debíamos hacer algunas cosas. Pero eran fáciles.

—¿Cuáles?

—No debíamos contarle a nadie que le conocíamos.

—Es normal —mintió Yago. Nada era normal—. ¿Qué más?

Un escalofrío le recorrió cuando escuchó la respuesta.

—George tenía que leer un libro. Él se lo prestó durante unos días. Luego se lo devolvió.

—¿Recuerdas el título?

Néstor reflexionó durante un par de minutos. Parecía tener el nombre en la punta de la lengua. Yago decidió ponerle una trampa para comprobar su sinceridad. No solía leer, por lo que utilizó un libro que había visto en manos de Luna.

—¿*Historia del tiempo*, de Stephen Hawking?

Pero él negó con rotundidad.

Entonces probó suerte.

—¿*La noche eterna*, de Atheneus Wagan?

—Sí —exclamó mientras daba varias palmadas en el aire—. Es ese, seguro.

—Pero tú no lo leíste.

Sabía la respuesta, Néstor y él se encontraban en el mismo lugar, por lo que era imposible que hubiera leído *La noche eterna*.

—No. Me lo prohibió.

Pero tras la lectura de *La noche eterna*, confesó, sucedieron cosas extrañas. La actitud de George cambió: estaba muy nervioso e insistía en que la biblioteca había desaparecido y su lugar lo ocupaba una casa destartalada. Preocupado, intentó sacarle esas estúpidas ideas de la cabeza. Resultaba evidente que el edificio era el mismo, él lo veía como siempre. Pero finalmente desistió y lo aceptó como una manía más.

—Había más condiciones. George, por las noches, no podía moverse de casa. Nunca. Bajo ningún pretexto.

Yago se sorprendió. Se preguntó por qué Juan Gandalf había exigido esa contrapartida. Unos minutos más tarde, cuando contara con toda la información, comprendería que se trataba de un extremo esencial.

—¿Tenía que hacer algo especial George durante las noches?

—No. Solo estar allí.

Iba a zanjar el tema, pasando a la noche a lo largo de la cual había muerto Juan Gandalf. Pero Néstor miraba inquieto hacia los lados, dudando.

—Cuéntamelo —pidió—. Todo.

—Es una tontería. No tiene importancia.

—No te preocupes. Sigue, por favor.

—Está bien. Nos dijo que si una noche ocurría algo raro, algo pero que muy raro, aparecería...

Se interrumpió bruscamente.

—Es una tontería, de verdad...

—Tranquilo. No pasa nada. Dímelo.

—Aparecería una piedra. Una piedra, pequeña y negra. Como estaría oscuro, en casa no teníamos luz ni hay farolas en la calle, no la veríamos. Pero no debíamos preocuparnos. La piedra rodaría hasta nosotros. Bueno, hasta George.

—¿Y?

—George tenía que limitarse a abrir la mano y cogerla.

Cris entró con dos cafés largos y un par de bollos.

—Un receso —anunció.

Los dejó sobre la mesa. Guiñó un ojo a Néstor, que le correspondió con una sonrisa. Yago se disculpó y salió cerrando tras él la puerta.

Llamó a Luna.

—¿Qué hace Víctor?

—Duerme. Es un hábito que adquirió hace años, le resulta imposible desprenderse de él. ¿Qué tal con tu mendigo?

—Tengo novedades. Cuéntaselas a Blancanieves cuando despierte.

Luna reía, pero tras escuchar la primera frase se interrumpió.

—Juan Gandalf no está muerto.

Ella se mostró confusa.

—Eso es imposible... El cuerpo estaba destrozado.

—Transmutó en el amigo de Néstor. Ocupó su cuerpo.

—¿George?

—Sí. Me imagino que parecerse a George Clooney es una tentación que ni siquiera un diablo puede resistir. Si logramos dar con él tendremos a Juan Gandalf.

Hizo una larga pausa.

—Todo, Luna, absolutamente todo estaba preparado por Juan Gandalf.

Cuando estuvieron solos de nuevo, Yago Durán reemprendió el interrogatorio.

—¿Qué sucedió esa noche?

—No vi nada. Estaba oscuro.

—Lo sé, antes lo mencionaste. Pero lo oíste, ¿no?

Néstor estaba tenso. El miedo había regresado.

—¿Podré irme después?

—Por supuesto. Incluso puedes marcharte ahora. Pero te ruego que me ayudes. Necesito saber qué pasó para buscar a George.

Turbado, parecía debatirse en un mar de dudas.

—Ruido. Mucho ruido.

—¿De dónde procedía?

—Del edificio. Primero cristales rotos. Después gritos.

—¿Suyos? —preguntó señalando la fotografía de Juan Gandalf, que permanecía sobre la mesa.

—Sí. Suyos y de más gente.

—¿Cuántas personas?

—No lo sé. Varias. Peleaban.

Varias, repitió para sí, Mikel no está solo en Babilum.

—¿Algo más?

—Algo chocó contra el suelo. Algo grande. No sé qué era. Pero debía pesar mucho, el golpe fue muy fuerte.

El cadáver, concluyó Yago Durán.

De los ojos de Néstor brotaron dos lágrimas, pero mantuvo la compostura.

—¿Y entonces?

—Teníamos miedo. «Vámonos», le dije a George. Pero él repetía: «Espera, recuerda la piedra».

—Claro, recoger la piedra formaba parte del trato.

—Sí... La tengo, dijo luego. Y se fue sin decir nada. Le seguí durante un rato, pero caminaba muy rápido. Se movía como otra persona. Yo le llamaba, pero ni siquiera miró atrás.

Capítulo XXX

Yago Durán acabó su largo resumen de la entrevista mantenida con Néstor.

Al otro lado, en el antiguo inmueble, Víctor Crest suspiró, colocó las manos sobre la nuca y se recostó en el respaldo de la silla. Anna Krauss, prácticamente recuperada, permanecía sentada a su lado.

—¿Algo más?

—Por mi parte nada —respondió Yago.

Hugo llamó la atención de los demás levantando un brazo.

—Tenemos una entrevista con Luis Beltrán, el hijo del asesino de Rosa Marino. Mañana por la mañana, en su consulta privada.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Luna, intrigada.

—Me he limitado a pedir hora. He dicho a su secretaria que se trata de una urgencia... Al fin y al cabo, no es ninguna mentira.

—No, desde luego, no lo es —subrayó Yago—. Iré contigo.

—Perfecto, contaba con ello.

—Bien —dijo Víctor—. ¿Alguna otra cuestión?

Nadie habló.

—Tengo una teoría —aseguró—. Anoche pasé varias horas devanándome los sesos, repasando una y otra vez la información de que disponemos, pero no lograba encontrar el enfoque adecuado. Finalmente desistí, me sentía incapaz de encajar las piezas de este rompecabezas... Entonces di por casualidad con un libro en el que hallé la clave.

Los demás le miraban expectantes.

—Permitidme primero un apunte. Bastian afirma que Juan Gandalf es un diablo. Añade, además, que estos no son como nos han contado, lo cual es lógico si consideramos que Jon Vivaldi está de su lado. Aceptado esto, vayamos a otra cuestión: ¿qué es Mikel? No es humano, se trata de uno de *ellos*. Pero *ellos* no es un grupo homogéneo, lo forman dos tipos diferentes de seres que se odian. Un bando lo componen los perros...

—Los diablos —dijo Luna.

—Bien, Luna. ¿Quiénes crees que son los otros?

Víctor la contemplaba con atención.

—¿Los ángeles? —murmuró atónita.

Víctor asintió.

—Seres antagonistas, milenarios, enemigos acérrimos.

—¿Eso que está encerrado en Babilum es un ángel? —masculló Yago Durán—. Ni siquiera tiene alas... Joder, no es lo que me enseñaron en el colegio.

—Ni a mí —aseguró Víctor—. Pero ¿no es razonable asumir que los ángeles tampoco son como nos han contado? Prosigamos. En Finlandia tuvo lugar una guerra

larga, cruel, civil. Murieron muchos hermanos de Mikel, es decir, ángeles. Pero lograron derrotar a los diablos. ¿De cuántas guerras entre esos dos tipos de seres tenéis noticia?

Víctor situó frente a la cámara el libro que pocas horas antes había recuperado de los estantes: la Biblia.

—Vamos —insistió—. ¿En vuestras escuelas no impartían clases de religión?

Anna se adelantó.

—De una, se habla de ella en el Apocalipsis.

—Así es. Un ángel, el más hermoso, se dejó llevar por la soberbia, levantándose contra su creador. Lucifer. Su nombre significa, en latín, portador de la luz. En su rebelión no estaba solo, le acompañaban un tercio de las cortes celestiales. La misma Biblia nos indica que fueron derrotados y expulsados del paraíso. Creo que eso —concluyó— es lo que ocurrió en Finlandia. Finlandia fue el lugar donde se enfrentaron ambos ejércitos..., el campo de batalla. Tras la derrota Lucifer pasó a llamarse Satán, y su nombre quedó para siempre asociado al mal.

Localizaron *La espuma de los días* siguiendo el procedimiento habitual.

—Aspa —dijo Luna—. Se encuentra en el primero primera.

Después ella, Anna y Víctor Crest se devanaron los sesos durante horas buscando el atajo que partía de la infancia de Bastian. Pretendían evitar una nueva entrada en Babilum. Aunque ahora eran dos, Anna estaba del todo recuperada, la presencia de Mikel conllevaba un alto riesgo.

Releyeron en voz alta la práctica totalidad del diario de Bastian, haciendo hincapié en los aspectos más relevantes, sobre los que debatieron. Luego registraron por enésima vez la vivienda, intentando dar con algún rastro que hubieran pasado por alto. Finalmente revisaron todos y cada uno de los libros ubicados en el estudio, pero con resultados infructuosos.

Víctor masculló un improperio: el regreso a Babilum le parecía inevitable. Así se lo confesó a Anna, en un aparte, solo a ellos competía la decisión puesto que serían quienes acarrearían con las consecuencias. Ella estuvo de acuerdo. Las entradas del diario de Bastian y el resto de documentos ocultos en FH habían aportado valiosa información, respondió, y merecía la pena intentarlo de nuevo.

Cuando asomó la cabeza en la sala de espera y pronunció el nombre de Hugo, ambos se levantaron. La secretaria los miró extrañada, preguntándose qué parentesco uniría a aquellos dos hombres. Después pidió que la siguieran, sabiendo que el bajito le miraba las nalgas mientras caminaban, hasta la puerta del consultorio. Abrió sin llamar, les franqueó el paso y cerró desde fuera.

Luis Beltrán hablaba por teléfono. Les invitó con un gesto a que tomaran asiento. Rondaba la cincuentena y su cabello era cano, peinado con esmero hacia atrás. Vestía una bata blanca y debajo una elegante camisa con las iniciales bordadas en el bolsillo.

A su derecha quedaba un biombo tras el cual se encontraba una camilla, cubierta por una sábana de papel desechable. Continuó charlando como si estuviera solo, aunque ocasionalmente contemplaba a Yago Durán con evidente desdén.

—Usted dirá —dijo mirando a Hugo, cuando hubo colgado. Pero el documentalista se mantuvo callado. Cedió la iniciativa a Yago, preguntándose qué táctica emplearía con el médico.

—Gracias por su tiempo, doctor Beltrán. —Sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta y la depositó sobre la mesa.

Luis Beltrán ni siquiera la tocó.

—¿Qué quieren? —preguntó. Su actitud era hostil.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas sobre su padre.

—¿Mi padre? —exclamó con incredulidad.

En su cara se instaló primero la estupefacción y luego el enojo. Entonces cogió la tarjeta.

—Fuera —exigió tras leerla.

Yago simuló no haberle oído.

—Y le recomiendo que se lo tome con calma —dijo tranquilamente—, porque no nos vamos a marchar de aquí sin las respuestas.

El médico cogió el auricular del teléfono y esbozó una sonrisa torcida.

—¿Y qué pasa si me niego a hablar con ustedes? —dijo mientras marcaba un número.

—Me veré obligado a romperle las muñecas. Según tengo entendido son bastante valiosas en su trabajo.

Ha optado por la vía directa, concluyó Hugo.

Luis Beltrán estudió el rostro de Yago y dedujo que hablaba en serio. Colgó el auricular.

—Mi padre lleva muchos años muerto.

—Lo sabemos.

—¿Y qué quieren de mí?

—Algo de información. Con unos minutos bastará. Comencemos de nuevo. — Sus labios se curvaron formando una sonrisa—. En estos casos es lo mejor, créame.

Tal y como Yago había prometido, la entrevista fue breve.

Blas Beltrán había tenido dos hijos: Damián, el mayor, y Luis. El primero no había querido saber nada de la medicina, y tras perder varios años en la Facultad de Derecho se trasladó a Australia, donde ahora vivía. Apenas regresaba a Barcelona, y cuando lo hacía sus encuentros eran breves, nunca llegaron a congeniar. Él, sin embargo, sí dio continuidad a la tradición familiar haciéndose cirujano. La madre de ambos falleció, tras una penosa enfermedad, muchos años atrás.

Los recuerdos que Luis Beltrán tenía de su padre eran similares a los de otros hombres de su edad. Había sido un ser distante, poco dado al cariño y nada empático,

incluso les obligaba a tratarle de usted. Trabajaba demasiado, casi nunca estaba en casa. Jamás le puso la mano encima, explicó, ni siquiera sobre el hombro para consolarle en los momentos difíciles.

De los sucesos relacionados con Rosa Marino apenas recordaba nada. Tras el suicidio de Blas Beltrán, su madre había hecho las maletas y la familia se fue de Girona para siempre. El tema, además, era tabú en casa. Jamás, aclaró, se había sentido empujado por la curiosidad morbosa a investigar la cuestión, buceando en el pasado. Sencillamente era un episodio que consideraba tan lejano como ajeno a su vida.

Yago y Hugo se miraron decepcionados. El tipo sentía un sincero aprecio por sus muñecas y decía la verdad. Tenía tantas ganas de que se fueran como ellos de marcharse, y además la información que poseía no tenía ninguna relevancia.

Siempre nos queda la opción de ir a Australia, se dijo Yago, pero probablemente no obtengamos mejores resultados interrogando al otro hijo. Decidió zanjar la conversación, no tenía sentido continuar y estaban perdiendo un tiempo valioso. Se puso en pie y se despidieron brevemente, sin estrecharse la mano.

¿Qué diablos pinta un crimen mundano y mezquino como el de Rosa Marino, se preguntó mientras iba hacia la puerta, en esta sucesión de acontecimientos sobrenaturales? Una idea tomó forma en su mente. La repasó con rapidez y decidió que merecía la pena probar.

—¿Y aquel asunto de la lágrima?

El médico, sorprendido, arqueó las cejas.

—Son habladurías de vieja, nada más.

Dios mío, pensó, era uno de *ellos*.

Regresó hasta su silla y tomó asiento de nuevo. Hugo le imitó. Luis Beltrán emitió un profundo suspiro y alzó las manos con las palmas orientadas hacia el techo. Parecía desquiciado.

—¿Lo vio usted mismo?

Luis Beltrán negó con vehemencia.

—No, yo era muy pequeño. Me lo contaron muchos años después.

—¿Quién?

—Una empleada al servicio de la familia, María, una especie de ama de llaves. Se vino a Barcelona con nosotros cuando partimos de Girona.

—¿Podríamos hablar con ella?

—Falleció hace un par de años.

Yago le instó a continuar con un gesto seco, estaba harto de arrancarle la información a pizcas.

—Mi madre la contrató poco después del suicidio de mi padre. María también acababa de perder a su esposo, el tipo se largó de un día para otro.

Luis Beltrán guardó silencio durante unos segundos, pero finalmente decidió proseguir.

—Su marido era el carcelero que vigilaba a mi padre cuando se ahorcó.

—El marido de María dejó el empleo y se marchó a los pocos días del sepelio de mi padre. Abandonó también a su esposa, que nunca más supo de él. No tenían hijos. Mi madre se enteró. Eran aproximadamente de la misma edad y supongo que sintió lástima. María sobrevivió a mi madre. Acabé por internarla en una buena residencia. Era lo mejor para todos, ya no podía valerse sola.

El médico sonrió con nostalgia mientras evocaba aquellos recuerdos de su infancia.

—La verdad, era una buena mujer. Yo acudía a visitarla de vez en cuando. A veces ni siquiera me reconocía, solía confundirme con Damián u otras personas... Padecía demencia senil. Una tarde estaba con ella en el jardín de la residencia. Hacía buen tiempo y descansábamos a la sombra de un árbol. Solos, me había ocupado personalmente de empujar la silla de ruedas. Sin venir a cuento me miró muy seria. En aquel momento estaba lúcida y se dirigió a mí.

—¿Qué le dijo?

—Deseaba contarme un secreto que jamás había confesado a nadie: cuando mi padre se ahorcó ella estaba allí.

—¿María vio cómo su padre se quitaba la vida?

El médico asintió.

—Su marido había olvidado algo importante en casa, unas llaves creo recordar..., abrían no sé qué diantres de armario en la prisión. Llamó a María y le pidió que se las llevara. Por lo visto se encontraban en un cuarto destinado a los guardias, cercano a las celdas, cuando oyeron un gran estrépito. Él le pidió que esperara y salió corriendo para ver qué ocurría. Pero María le siguió, al parecer estaban muy unidos... Suena paradójico, puesto que días después la abandonó. Fue tras él, por si necesitaba ayuda.

—¿Y qué vieron?

—Él llegó en primer lugar. María, algo más tarde. Quedaron petrificados, esas fueron sus palabras textuales. Mi padre se agitaba en su celda, colgado por el cuello. No podían dejar de mirar, pero tampoco moverse... Debo aclararle que un ahorcado puede tardar mucho tiempo en morir, a no ser que sepa algo de anatomía, y en este caso el proceso no duró demasiado. Finalmente tuvo el último estertor. Entonces sucedió algo muy raro. De uno de los ojos de mi padre, abiertos, salió una gota..., una especie de lágrima. De un líquido ambarino.

—¿Miel?

—Ese es el término que usó ella; lágrima de miel. Se deslizó lentamente, alejándose del cadáver. De repente quedó quieta, suspendida en el aire, como si dudara hacia dónde dirigirse. Luego se acercó hasta su marido. Acabó cayendo en su mano.

El taxi se detuvo en un semáforo.

—Blas Beltrán transmutó en el marido de esa mujer, ocupó el cuerpo y luego se largó —aseguró Hugo.

—Sí, era un ángel. Y tampoco precisamente bueno.

E iba a continuar cuando comprobó que el conductor les miraba a través del espejo retrovisor. Decidió guardar silencio durante el resto del trayecto. Si seguimos hablando de esto, concluyó, quizá el taxista cambie el rumbo sin preguntarnos y en lugar de dejarnos en la calle Poeta Cabanyes nos lleve hasta un psiquiátrico.

Capítulo XXXI

Yago Durán definió la estrategia que Anna y Víctor seguirían durante la incursión en Babilum. Debían entrar los dos para darse cobertura mutua, avanzando siempre a la vista el uno del otro aunque separados por dos o tres metros de distancia.

—Ante el menor atisbo de peligro, disparad. Quizá Mikel se materialice de repente junto a cualquiera de vosotros. Si eso ocurre, que el otro abra fuego indiscriminadamente.

Yago estudió su aspecto y pensó que en otras circunstancias la facha que lucían le habría hecho reír: empuñaban una marcadora y con la otra mano sujetaban un paño de algodón impregnado en perfume.

—No perdáis demasiado tiempo apuntando, sois inmunes al polvo rojo y desde esa distancia un balazo os producirá como mucho un moratón. Tirad al tronco, y no a la cabeza... Es un blanco más sencillo y evitaréis sacaros un ojo.

Poco después Víctor Crest apartaba el polvo rojo que unía las jambas de la puerta sellada. Estaba nervioso, no se consideraba un hombre de acción y era su primera entrada en Babilum.

La puerta emitió el habitual siseo.

—Está abierta —dijo Anna.

Entraron en Babilum.

Aspa se encontraba en el primero primera.

Desde el piso contiguo a la vivienda descendía la rampa que Anna había visto, junto a la escalera de caracol, durante su anterior visita. Era amplia y estaba bien iluminada: permitía seguir las directrices marcadas por Yago con facilidad.

—Yo iré primero —anunció Víctor.

Ella asintió.

Anna cubría la retaguardia, avanzando de lado, con un ojo puesto en Víctor y el otro atento a lo que ocurría a su espalda. Él se movía en una posición similar, sin perderla de vista, atisbando lo que tenía delante. Caminaban despacio. Demasiado, pensó él, son tan rápidos que resulta imposible verles venir. Concluyó que lo más razonable era aumentar el ritmo para reducir el tiempo de permanencia en Babilum, y aceleró el paso.

Llegaron hasta el segundo primera, sin sufrir ningún contratiempo.

En una de las paredes se abría un arco parabólico.

—La cámara queda a vuestra derecha —apuntó Yago Durán.

Ellos la localizaron.

—Hemos tenido suerte —explicó Anna—. La rampa no se detiene aquí. Continúa bajando, como mínimo, hasta el primero primera.

—Buenas noticias —exclamó Yago—. El camino hasta *Aspa* será casi directo.

—Vamos, Víctor —pidió Anna Krauss.

Pero él se mantenía quieto.

—Espera un momento.

Avanzó hacia el arco parabólico.

—¿Pero qué diablos haces? —susurró ella crispada—. No estamos para excursiones. *La espuma de los días* está abajo, no ahí al lado.

—Quiero comprobar algo.

—¿Qué? —masculló ella.

Extrañado, Yago Durán frunció el ceño: se estaban saliendo del guion. Confiaba en Víctor pero no comprendía qué estaba ocurriendo.

—Ven conmigo —dijo Víctor—. Juntos somos más fuertes.

Anna le siguió a regañadientes.

Manteniendo la misma formación llegaron hasta la entrada. Él asomó la cabeza al otro lado.

—Dios mío... —susurró.

Anna Krauss miró dentro, dio un respingo y retrocedió.

—No te apures —la tranquilizó—, no creo que estén ahí.

Luego cruzó y ella, tras dudar durante unos segundos, siguió sus pasos.

—Estáis fuera del alcance de las cámaras —anunció Yago.

Por los altavoces situados junto a la mesa de trabajo, en la planta cuarta de la biblioteca, oyeron cómo la respiración de ambos se agitaba. Yago decidió mantenerse callado, aunque ansiaba saber qué estaban viendo optó por no distraerlos y esperó a que ellos se lo contaran. Tras varios segundos de angustioso silencio escuchó la voz de Víctor. Se dirigía a Anna Krauss.

—No podía ser de otra forma. Habías estado en los dos cuartos y los dos terceros... ¿No lo comprendes? Las lesiones que presentaba el cuerpo de Juan Gandalf apuntaban a que sufrió una caída desde gran altura. Por lo tanto los primeros quedan tan descartados como los entresuelos. Tenía que ser aquí...

En el antiguo inmueble ella asintió, sin apartar la mirada del macabro escenario que contemplaba. La habitación era grande, pero el estricto orden que imperaba en el resto de Babilum allí se esfumaba.

Los libros se apilaban, desordenados, en el suelo. Formaban pequeñas montañas que parecían construidas al azar. Muchos de ellos estaban abiertos de cualquier manera. Otros, tullidos, mostraban los efectos de fuertes golpes y pisotones, enseñando páginas desgarradas o cubiertas arrancadas. Las estanterías que sin duda los contuvieron habían caído partiéndose en pedazos... con una excepción: una de ellas se mantenía incólume aunque derribada, cruzaba la estancia dividiéndola en dos partes de tamaño similar. Tenía un metro de altura e impedía ver parte de lo que se encontraba al otro lado. La caótica mezcla de la madera rota y ejemplares amontonados recordó a Anna Krauss las imágenes que había visto en un documental sobre los efectos de los bombardeos.

—¿Qué es eso? —Siguió con el brazo que sujetaba la marcadora el trazo tosco, de color negruzco, dibujado en una pared. La misma sustancia manchaba un buen número de los libros dispersos en el suelo—. Está por todas partes.

Víctor se arrodilló frente a uno de ellos y sin tocarlo estudió la cubierta, impregnada.

—Sangre. Seca —respondió—. Aquí fue donde pelearon. Y por ahí —señaló con la cabeza, sin separar el pañuelo de la nariz, hacia la puerta cerrada de un balcón—, Juan Gandalf huyó.

Un objeto, desde el techo, reclamó la atención de Víctor.

—Yago.

—Dime.

—¿Estamos fuera de cobertura?

—Así es, no podemos veros.

—¿Estás seguro?

Yago bufó.

—Claro que estoy seguro.

—Mira —dijo a Anna.

Sobre la puerta del balcón, pegada al techo, se encontraba una cámara. Un piloto rojo indicaba que se hallaba en funcionamiento.

—Cúbreme —pidió.

Se acercó hasta la estantería derribada. Tomó asiento sobre ella, levantó las piernas y dio media vuelta, dejándose caer al otro lado. Trastabilló, pero logró recuperar el equilibrio. Cuando contempló lo que le rodeaba sintió náuseas.

Anna vio cómo las facciones del rostro de Víctor se compungían, y le sobrevenía una arcada. Iba a acercarse pero él la detuvo.

—No. Quédate donde estás, prefiero ahorrarte el espectáculo.

Yago Durán perdió la paciencia.

—Víctor, ¿qué has encontrado?

—Tres cadáveres. Corresponden a varones, altos y atléticos. Ángeles, sin duda. Los tres visten de blanco. Fueron asesinados, me imagino que Juan Gandalf dio cuenta de ellos. Presentan heridas... atroces —aseguró contemplando al más cercano. En el lugar donde había estado la boca aparecía un enorme agujero que atravesaba su cabeza. Otro, junto a él, tenía el cuello cercenado—. Es extraño, la pelea sucedió hace varios días pero no muestran señales de descomposición.

—¿Rubios? —preguntó Anna Krauss.

—No. Un negro y dos blancos. Los dos blancos tienen el cabello oscuro.

—Ninguno de ellos es Mikel...

—Me temo que no. En un rincón hay una guillotina, de esas que usan en las oficinas para cortar pilas de papeles. Llena de manchas de sangre seca. Apostaría que con ella hicieron polvo a alguien.

—La puerta del balcón —recordó Yago—. ¿Es posible abrirla?

—Espera, voy a ver.

Víctor Crest intentó manipular la aldaba con todas sus fuerzas, pero no logró moverla un ápice.

—Es inútil. Imposible salir por aquí.

Estudió el marco. Estaba mellado.

—Han intentado forzarla —concluyó—, pero sin éxito. Estoy seguro de que fueron Mikel y sus muchachos.

Decidió regresar junto a Anna Krauss para dirigirse hasta *Aspa* y recuperar *La espuma de los días*. Al hacerlo golpeó, sin querer, un volumen con la puntera del zapato. Este se desplazó, descubriendo lo que se encontraba debajo. Un ojo, arrancado, le miraba desde el suelo: mantenía su pupila inmóvil, clavada en él.

A toda prisa regresó junto a Anna. No tenía sentido, decidió, hurgar entre ese montón de libros caídos hasta dar con la mano amputada de Juan Gandalf.

Continuaron el descenso con disciplina, guardando la formación, atentos a cualquier ataque o aparición repentina. Pero esta no se produjo. Llegaron a *Aspa*. La estancia estaba pulcra y ordenada.

—Está ahí mismo —aseguró Yago Durán—. ¿Lo veis?

Frente a ellos, a dos metros escasos, descansaba en el suelo *La espuma de los días*, de Boris Vian. Era un ejemplar pequeño, de bolsillo. Víctor lo recogió colocándolo cuidadosamente en el bolsillo trasero del pantalón.

—Lo tengo.

—Vamos —urgió Yago—. Salid de ahí ahora mismo.

Víctor Crest escuchó un chasquido, e inmediatamente después notó en el pecho un golpe que le desconcertó. Sorprendido, bajó la cabeza y vio cómo una mancha de color rojo se extendía por su camisa. Ni siquiera le dio tiempo a preguntarse qué estaba sucediendo o si había sido herido cuando oyó de nuevo el sonido. El impacto, esta vez, fue en el hombro.

Miró hacia delante.

Anna Krauss había levantado la marcadora y disparaba sobre él. En su rostro se reflejaba la ira y el asco...

En la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro, Yago abrió la boca atónito, componiendo un grito sordo que no llegó a salir de su garganta. Luna se puso en pie, derribando la silla, y la pluma se deslizó desde la mano de Hugo hasta el suelo, donde quedó abandonada sin que le prestara atención.

Entonces Víctor lo comprendió.

Giró el cuello y lo vio.

A su lado un ser gigantesco permanecía clavado. Le sacaba varias cabezas y era muy corpulento. Sus facciones, orientales, eran bellas aunque ahora reflejaban el espanto. Vestía íntegramente de blanco, aunque su ropa mostraba varias manchas de color rojo. Anna seguía disparando.

—¡Basta Anna! —gritó Yago, continuar no tenía sentido y corría el riesgo de quedarse sin munición.

Ella se detuvo, resollaba como si acabara de correr varios cientos de metros.

Víctor corrió hasta ella.

—Iba a hacerte daño —musitó.

—Mantened la distancia —ordenó Yago.

Intuyó que habían perdido en norte y estaban a punto de huir, despavoridos, hacia la vivienda.

—¡Maldita sea! —gritó— ¡Seguid mis órdenes!

Pero no podían apartar la vista del ángel. Lentamente cayó de rodillas, mirando su propio pecho. Dejó que la chaqueta se deslizara por los hombros y se arrancó la camisa. En los lugares donde el polvo rojo había impactado se abrían úlceras que aumentaban de tamaño con rapidez, devorando la carne sana. Apretó los dientes con tal fuerza que algunos de ellos se quebraron, y abatió la cabeza mientras espantado aullaba. Temblaba.

Desde el suelo les miraba.

Poco después los ojos no reflejaban el menor indicio de vida.

Pero entonces de uno de ellos brotó una lágrima: esférica, perfecta, color ámbar. Se elevó despacio, con elegantes movimientos, hasta alcanzar una altura considerable. Y se detuvo. Quedó suspendida en el aire, girando sobre sí misma.

Parecía dudar.

Está eligiendo, pensó Víctor Crest.

Luego, siguiendo una línea recta perfecta, avanzó despacio hacia él, que parado como una estatua la veía acercarse.

Aunque la resolución de las imágenes le impedía distinguirla, Yago adivinó qué estaba ocurriendo. Iba a gritar una nueva orden cuando Anna se anticipó. Se abalanzó sobre la estantería más cercana y cogió un libro al azar. Después corrió hacia Víctor. Cuando la lágrima de miel estaba a pocos centímetros de su mano lo abrió para cerrarlo luego recluyéndola dentro.

Miró el título.

Las venas abiertas de América Latina, de Eduardo Galeano.

Pobres, se lamentó, solo les faltaba esto.

Y pensando que era injusto dispensar tal trato a un magnífico libro, lo arrojó lejos de ellos.

—Gracias —murmuró Víctor.

Anna asintió.

Poco después la voz de Yago Durán, atronadora, reclamaba el regreso a la vivienda.

Anna se ocupó de extender la nueva franja de polvo rojo que sellaba la puerta.

Durante la vuelta, transcurrida sin incidentes, se habían mantenido en silencio.

Pero ahora, instalados en la seguridad de la vivienda, se dejaron llevar. Ella se derrumbó sobre una silla y dejó la marcadora en el regazo. Sus manos temblaban violentamente, tanto que cuando intentó coger un cigarrillo el paquete cayó al suelo. Sin embargo Víctor Crest se mantenía en pie, fuera del alcance de la cámara del ordenador, contemplando la puerta cerrada.

Anna recordó su encuentro con Mikel. Se acercó hasta Víctor, despacio, mirándole con ternura. Le abrazó. Notó cómo sus brazos también la envolvían. Luego escuchó los sonidos tenues de sus sollozos.

—Tranquilo —murmuró—. Ya está...

Al otro lado Yago anunció que se abría un receso de una hora.

Cuando todos recuperaron sus posiciones, los rostros estaban mellados por el miedo y seguían con los nervios a flor de piel.

—La nueva cámara no está integrada en el CCTV —aseguró Luna—. Cuenta con una instalación propia y su funcionamiento es independiente. No puedo decir más. Ni idea de cómo se activa o adónde van a parar las imágenes.

Yago suspiró.

—Vamos allá —dijo.

Víctor leyó la nota manuscrita por Jon Vivaldi encontrada en el interior de *La espuma de los días*, de Boris Vian.

Coco
TGTS
Alfa omega

—Coco es una referencia a otra novela —apuntó Anna.

—¿Cuál? —preguntó Luna.

—*Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain.

Víctor le lanzó una mirada interrogadora.

—Huckleberry Finn es un muchacho enamorado de la libertad. Odia ir a la escuela y su paraíso personal transcurre junto al Misisipi. Siempre anda descalzo, con una pajita pendiendo de los dientes. Se fuga de la casa de la viuda Douglas, construye una balsa y se marcha río abajo. Durante su periplo dará con Jim, un esclavo prófugo, que acabará acompañándole. A lo largo del viaje se harán amigos..., un adolescente blanco y un adulto negro. Tened en cuenta que la novela fue publicada apenas veinte años después de la abolición de la esclavitud en Estados Unidos.

Anna hizo una pausa.

—Hacia el final, cuando Huckleberry Finn ya ha constatado la humanidad de Jim, dice algo así como: «Yo ya sabía que era blanco por dentro...». «Negro por fuera, blanco por dentro; como un coco», solía bromear Jon.

Yago Durán se dijo que el interior de las personas no tiene color. Entendió, no

obstante, lo transgresor de la situación planteada por Mark Twain en aquella época e imaginó las críticas que debió de soportar por cargar su pluma con humanidad.

—¿Y el resto? ¿*TGTS* y *Alfa omega*? ¿Te dicen algo?

—No.

—Entonces deben ser claves de documentos ocultos en FH —aseguró Luna. Manipuló su teclado, introduciendo *TGTS*.

Poco después tenían, frente a ellos, un nuevo capítulo del diario de Bastian.

Capítulo XXXII

Hace ya muchos años el protagonista de una novela me reveló la auténtica naturaleza de Juan Gandalf. Somos amigos y quiso advertirme. Su talante es reservado, por lo que omitiré su nombre.

En estos momentos me encuentro en Babilum y junto a este cuaderno, donde redacto mi diario, se encuentra abierto el libro en el que reside mi amigo. Desde dentro él me habla, repitiendo una vez más la historia.

Escribo, por lo tanto, al dictado...

Juan Gandalf está solo, en un salón, frente a un televisor. Recostado en el sofá sostiene una copa de cristal. Bebe coñac.

En la pantalla, una película: *El cielo sobre Berlín*, de Wim Wenders. Dos actores interpretan a ángeles. Conversan. Narran la historia del mundo. Y mientras charlan pasean junto al río Spree, en Berlín. Los espíritus celestes miran al río mientras hablan...

¿Te acuerdas de cuando estuvimos aquí por primera vez?

La historia todavía no había empezado.

Dejábamos pasar los días y las noches, y esperábamos a que llegaran.

Prosiguen, lacónicos, durante varios minutos. Narran el nacimiento de la vida en la Tierra, hasta que al fin aparece el hombre, al que denominan bípedo.

¿Recuerdas que una mañana en la sabana, despegando la frente de la hierba apareció el bípedo, nuestro fiel retrato largamente esperado?

¿Y que su primera palabra fue una exclamación? ¿Fue un ay, o un ah, o un oh? ¿O fue solo un gemido?

Por fin, gracias a esos seres empezamos a reírnos, por primera vez.

Embelesado, bebe un sorbo de la copa...

De repente uno rompió el círculo y corrió en línea recta.

Mientras no se desviara, salvo pequeñas oscilaciones producto de la alegría...

Se sentía libre y de nuevo nos reímos con él.

Pero más tarde, de golpe, empezó a correr en forma de zigzag y las piedras volaron.

Con su vuelo empezó otra historia, la historia de la guerra, que aún dura.

Apaga el televisor utilizando el mando a distancia. Junto a él cuelga un espejo de cuerpo entero. Contempla su reflejo, habla con él...

—No fue exactamente así como ocurrió... ¿Verdad?

La imagen asiente.

Juan Gandalf cierra los ojos.

—Nosotros no aterrizamos en Berlín. No fuimos unos felices y aburridos seres que esperaban la llegada del bípedo. Nosotros fuimos derrotados en un mar de hielo cruel... Finlandia se llama ahora. ¿Lo recuerdas?

Ahora, al otro lado del espejo, el salón ha desaparecido. El reflejo asiente de nuevo desde un páramo congelado. Viste de negro y lleva el cabello más largo; de su cuello pende una capa negra agitada por el viento.

—Infinitas llanuras, una enorme nada helada. Lo peor era el viento, a veces tan potente que arrancaba astillas de los témpanos que se clavaban en nuestros cuerpos..., y entonces solo podíamos escondernos en los agujeros que habíamos cavado para protegernos.

La imagen encoge los hombros, parece decir: es nuestro destino.

—Días sin esperanza para unos corazones maldecidos.

Juan Gandalf apura de un largo trago el contenido de la copa.

—No fue el bípedo, sino nosotros quienes iniciamos la historia de la guerra. Mucho antes de su llegada. ¿Por qué batallamos? Casi ni lo recuerdo... Por lo mismo de siempre, supongo, mira a los hombres ahora.

El rostro de la imagen muestra una expresión pétrea. A su espalda miles de cadáveres yacen en el suelo, arden hogueras y alguien grita. Formando una larga hilera, seres vestidos de negro caminan, sobre la nieve, encadenados.

—La nuestra no fue una lucha entre el bien y el mal. Pero la historia siempre la escriben los vencedores. Demonios, la encarnación del mal, nos llaman... ¿Habéis visto, humanos, el mundo que os rodea? ¿Qué iban a escribir los ángeles en sus libros? ¿Cómo iban a justificar aquella matanza? No. Nosotros solo somos los perdedores de una guerra entre hermanos que sucedió en Finlandia.

Baja la cabeza y esconde la cara.

—Como todos los derrotados, al principio conservamos la esperanza. Por las noches, que en algunas épocas del año duraban semanas enteras, tramábamos. Hinchidos por la ira golpeábamos el suelo imaginando que eran sus cuerpos sin vida. Intentábamos organizarnos, buscando alguna forma de resistir más allá de los puños cerrados. En vano...

Suspira y mira al techo. La copa resbala de la mano y cae al suelo. Se rompe en mil pedazos. Juan Gandalf ni siquiera se ha dado cuenta.

—Y el bípedo... El bípedo no despegó la frente de la hierba, se levantó del barro. Y su primera exclamación no fue un ay, un ah o un oh. Ni siquiera un gemido. Fue un llanto intenso y desgarrado que no llegó a conmoveros.

Brotó de su pecho cuando por primera vez se vio, reflejado en un charco de agua. Vuestros ojos, con desprecio, le contemplaron. No os reísteis con el que rompió corriendo el círculo... Os reísteis de él. Y la primera piedra, que le hizo sangrar, la lanzó uno de vosotros. Los demás hombres, siguiendo vuestro ejemplo, le apedrearon hasta matarle.

Se pone en pie. Se acerca hasta el espejo. El reflejo le imita. Con lentitud apoya la mano sobre la fría superficie. Los diez dedos se unen por las yemas.

—La llegada del bípedo supuso cambios, ya no estábamos solos. Con el advenimiento del nuevo ser, quién sabe si algún día será el Dios que a todos nos convierta en antiguos ídolos de barro, teníamos algo por que competir. Otra vez algo por que luchar. Mil veces inferiores en número, supimos que mantenernos agrupados era un error, e hicimos lo único que en nuestra mano estaba. Viejos amigos, hermanos de sangre vertida en los campos de batalla: nos abrazamos y despedimos. Tomamos caminos diferentes, ocultamos nuestra condición al mundo y buscamos madrigueras donde mezclarnos con los hombres...

Juan Gandalf se aleja del espejo.

—Y vagué, dejando que el azar guiara mis pasos. En las encrucijadas decidía la senda de forma alterna... En la primera a la derecha, en la siguiente a la izquierda. Durante muchísimo tiempo, soy incapaz de recordar cuánto, tan solo caminé. Siempre rumbo al sur, alejándome de Finlandia. Si algún lugar me seducía, me quedaba mientras durara el embrujo. Por ejemplo viví, solo, durante más de cien años en un frondoso bosque de árboles gigantes que nadie antes había pisado.

El reflejo le mira con curiosidad.

—Al principio evitaba la compañía de aquellos nuevos seres bípedos. Me parecían toscos e imperfectos. Por fuera estaban hechos a nuestra imagen y semejanza, pero eran salvajes. Aunque comprobé que con el tiempo, a medida que sus almas se lavaban en sucesivas reencarnaciones, evolucionaban.

Ahora el tono de su voz es bajo, apenas un murmullo, el reflejo debe aguzar el oído para escucharle.

—Esa fue mi vida hasta que conocí a Laura...

Al otro lado una mujer joven baila en una taberna, danza al son de una guitarra. Su cabello es negro, los ojos color avellana y viste una sonrisa que hechiza a quienes la miran, entre los que se encuentra Juan Gandalf, sentado solo frente a una jarra de cerveza...

En este punto mi amigo, el personaje del libro, siempre se detiene. Entonces me recuerda que la discreción tiene doble filo: no solo sirve para salvaguardar la intimidad propia, también protege la de los demás. Y apunta que lo que sigue es personal, viejos asuntos de Juan Gandalf..., y su objetivo, advertirme, ya está

cumplido.

Capítulo XXXIII

Luna lanzó una exclamación cuando introdujo *Alfa omega* en FH.

—¿Qué sucede? —preguntó Yago Durán.

La pantalla mostraba un fotograma.

—Es un vídeo.

Hugo la miró boquiabierto.

Un vídeo, repitió para sí Yago, esto comienza a parecerse a una plataforma multimedia: quizá Jon haya metido algunas marionetas en el interior de su ordenador que aparecerán más adelante.

—Ponlo, por favor —pidió.

Luna movió el ratón e hizo clic sobre un icono identificado como *Play*.

Su duración era de dieciséis segundos. Transcurría en la estancia donde habían hallado los tres cadáveres junto al ojo de Juan Gandalf.

—Lo filmó la cámara que encontramos —apuntó Anna Krauss.

—Sí —respondió Víctor—, y es anterior a la pelea, la habitación está ordenada.

Comenzaba cuando Bastian franqueaba la puerta. Era la primera vez que Anna Krauss lo veía en movimiento y pese a las circunstancias sintió de nuevo aquel delicioso sabor dulzón en el paladar. Despreocupado entraba y buscaba en los anaqueles. Daba con un libro, lo hojeaba y tras devolverlo a su sitio se marchaba.

Cuando salía finalizaba la grabación.

—¿Ya está? —preguntó Yago.

Luna asintió.

Lo visionaron varias veces, buscando matices o detalles que se les hubieran pasado por alto y comentando algunos pormenores, pero sin obtener resultados. Hasta que desalentados quedaron en silencio.

Yago estaba desolado. Las entradas en Babilum eran cada vez más peligrosas y tenía la certeza de que una nueva incursión sería equivalente a mandar a la muerte a Anna Krauss y Víctor, pero tal y como estaban las cosas no veía otra opción.

—No ha sido demasiado productivo —aventuró Hugo.

Pero Luna se mantenía en silencio. Reflexionaba con el mentón apoyado en la palma de una mano.

—Claro —susurró—. Además tiene todo el sentido del mundo.

Los demás la miraron.

—No sé quién ha hecho esto, pero desde luego Jon no. Informáticamente hablando es una virguería y él es un desastre. Quizá Juan Gandalf o Bastian sean más diestros manejando ordenadores...

—Luna, por favor —rogó Yago.

—Sí, perdón. Quizá Juan Gandalf quería mostrarnos determinadas imágenes, probablemente las de la lucha que tuvo lugar con los ángeles y su posterior huida.

Pero tenía un problema: no podía saber cuándo Mikel y sus amigos vendrían. Así que colocó una cámara equipada con sensores de movimiento: se pone en marcha cada vez que algo se mueve dentro de esa habitación y efectúa una filmación que queda archivada automáticamente en FH. Supongo que eso incluye vuestra última visita a Babilum, al parecer sigue funcionando.

—¿Pero cómo lograremos dar con el vídeo que quería mostrarnos? —preguntó Yago—. Desconocemos las claves de FH que permiten acceder a ellos. ¿Están ocultas en los libros que componen el camino de los noventa y nueve pasos?

—No, creo que no. Juan Gandalf nos dejó una pista: esa filmación. En este caso la información relevante no está en el propio documento, sino en su título. Supongo que el sistema lo asigna automáticamente cuando las grabaciones se integran. *Alfa omega* son dos letras del alfabeto griego. No es descabellado pensar que comenzó con *Alfa alfa*, siguió *Alfa beta*, continuó *Alfa gamma*... Más o menos como las antiguas matrículas de los coches.

Anna Krauss la miraba y sonreía.

—Genial, Luna —la felicitó Víctor.

Ella se sonrojó.

—Cuando se rodó *Alfa omega* la habitación estaba en perfecto estado, por lo que deduzco que la pelea aún no había tenido lugar. Deberíamos limitarnos a seguir con la secuencia a partir de esa combinación hasta dar con la grabación que buscamos.

En el antiguo inmueble Anna dormía.

Sin perder de vista la marcadora, que se encontraba sobre la mesa del estudio, Víctor daba vueltas por la habitación para mantenerse despierto. Mientras tanto, en la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro, Yago sobrevivía a base de cafés sin azúcar. Sorprendido miraba de vez en cuando a Hugo, que leía un libro. Le conocía desde hacía años y jamás le había visto con uno en las manos. Además parecía gustarle, sonreía a menudo y no apartaba la vista del texto. Miró el título de soslayo: *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Ofreció por enésima vez su ayuda a Luna, pero ella la declinó con un gesto.

Consultó la hora en su reloj, pero este se había parado, las manecillas permanecían ancladas en las cuatro en punto de la madrugada. Iba a sacar el teléfono móvil de su bolsillo para leerla cuando Luna dio una fuerte palmada sobre la mesa.

—Lo tengo —anunció exultante.

Sobresaltado, Hugo dio un brinco en la silla y abandonó su lectura. Dejó el libro sobre la mesa.

—Está en *Gamma epsilon*.

—Un momento —pidió Víctor—. Voy a despertar a Anna.

Poco después todos estaban en sus sitios.

El vídeo era mucho más largo que el primero. Duraba más de tres minutos. El primer fotograma mostraba a Juan Gandalf en el umbral de la estancia. Iba desnudo y

estaba herido.

Lo puso en marcha.

Juan Gandalf entró en la estancia, resollando. Empuñaba un cuchillo. Se sujetaba un costado y cojeaba al caminar. Andaba hacia atrás, mirando a la puerta, al otro lado de la cual se oían gritos, carreras y maldiciones.

Dos altas estanterías ocupaban el interior del cuarto. Empujó la más cercana con el hombro. Esta osciló y perezosa inició su caída arrastrando consigo los libros que contenía. En el aire colisionó con la otra, que la imitó. Poco después causaban un gran estrépito al golpear el suelo, dejando miles de ejemplares desparramados. La primera estantería se rompió en pedazos, los anaqueles salieron despedidos y se quebraron los listones, pero la segunda quedó incólume formando un parapeto.

Pasó sobre ella, situándose en el lado más alejado de la entrada.

Después llegaron ellos. Los tres seres cuyos cadáveres habían encontrado iban acompañados por un cuarto. Este último lucía un porte majestuoso y parecía dirigirlos. Sus cabellos eran rubios. Vestían de blanco, llevaban guantes y estaban armados con bastones de madera de punta roma largos como los bates de béisbol.

—Mikel —dijo Anna Krauss.

Como en la última parte de su encuentro, tenía un aspecto feroz.

Los ángeles avanzaron hasta el mueble derribado manteniendo una extraña formación: los tres que acabarían muriendo iban delante. Mikel detrás. Allí se detuvieron. Uno de ellos, negro, amagó con cruzar. Pero fue el que se encontraba a su lado quien finalmente se abalanzó sobre el mueble. Juan Gandalf no cayó en la celada y sin prestar atención al primero repelió el ataque del otro.

Lo que vieron entonces hizo gritar a Luna, Anna y Hugo. Víctor Crest se recostó horrorizado en su silla y Yago Durán apretó con tal fuerza el bolígrafo de plástico que sujetaba con las manos que acabó quebrándolo.

En la pantalla Juan Gandalf se clavó el cuchillo, causándose una herida. Lo hizo con una precisión quirúrgica, como si hubiera seleccionado cuidadosamente el punto donde dañarse. En su cara se dibujó el dolor y chilló como si le estuvieran arrancando la vida a dentelladas, pero del corte brotó un chorro de sangre, potente, que alcanzó al ángel en el cuello e incluso manchó la pared que tras él se encontraba.

Aquel ser gritó con espanto y cayó fulminado.

Pero mientras tanto los otros dos soldados habían cruzado el parapeto. Solo Mikel permanecía en el otro lado, estudiando con atención sus movimientos, imprecándolos con órdenes secas.

El diablo quedó entre ellos, que mantenían una distancia prudencial.

Yago pensó que aquellos tipos sabían lo que se hacían, habían cobrado ventaja: la posición de Juan Gandalf tenía mala defensa, hiciera lo que hiciera siempre tendría uno a su espalda. Y también saben cómo aprovecharla, se dijo mientras observaba cómo le herían una y otra vez con sus armas. Le golpeaban con fuerza en el tórax,

evitando la cabeza y los miembros. Claro, concluyó, no quieren que sangre...

Los dos ángeles habían ganado terreno. Juan Gandalf estaba acorralado. Entonces se llevó la mano derecha hasta uno de sus globos oculares y aullando lo arrancó. Luego lo lanzó con fuerza hacia el que tenía delante. El ojo impactó en su rostro, a la altura de la boca, y limpiamente atravesó los labios, rompió los dientes y salió por la nuca.

Yago Durán se estremeció. Los demás, pálidos e inmóviles, seguían mirando la pantalla.

Mientras el segundo ángel moría, el otro le golpeó brutalmente en la espalda. El diablo se inclinó hacia atrás y cayó al suelo, donde quedó inmóvil. Por la fuerza del impacto y el lugar de la herida, Yago dedujo que era mortal.

Alzó el bate para rematarlo, y miró a Mikel, que asintió.

Pero Juan Gandalf aprovechó esos segundos para arrastrarse, renqueante, hasta la guillotina. Penosamente se incorporó. El ángel se abalanzaba sobre él cuando puso la mano sobre el metal y cargando el peso del cuerpo dejó caer la hoja. Su aullido ahogó el sonido del hueso al quebrarse, y la mano amputada se separó del cuerpo. Entonces golpeó con el muñón sangrante el pecho de su enemigo, al que casi tenía encima.

Aquel ser retrocedió unos pasos y se desplomó.

Desde el otro lado del parapeto Mikel lo contemplaba. Su ira era inmensa, la cámara mostraba cómo temblaba. Pero se mantuvo quieto, esperando el próximo movimiento de Juan Gandalf.

El diablo cayó de rodillas.

Al verlo postrado Mikel sonrió complacido. Pero cuando vio cómo gateaba hacia la puerta del balcón comprendió que algo no funcionaba. En su rostro se reflejó la alarma. A una velocidad insólita para un cuerpo tan grande pasó sobre el parapeto y saltó hacia delante, intentando atraparlo. Se mantuvo suspendido en el aire con el brazo extendido, pero cayó quedando a pocos centímetros del diablo, que ya sujetaba la aldaba. No sin dificultades abrió la puerta del balcón y desde allí escupió en el rostro de Mikel.

Salió, cerrando de nuevo con un portazo.

Unos segundos más tarde entraron otros ángeles, entre los cuales se encontraba el que Anna Krauss había matado poco antes en Babilum. Corrieron hasta Mikel y le ayudaron a levantarse, pero él los alejó con un furioso ademán cargado de desprecio. Golpearon la puerta, intentando infructuosamente abrirla. Al fin desistieron y abandonaron la estancia.

El vídeo finalizó, mostrando de nuevo el fotograma inicial.

Se mantuvieron sin decir nada durante varios minutos.

Finalmente Víctor tomó la iniciativa.

—Vamos. Estamos demasiado excitados para ocuparnos en nada ahora. Tomar decisiones en este estado es contraproducente. Que cada cual haga lo que le dé la gana, pero a efectos del grupo se acabó por hoy.

Se levantó y desapareció de la pantalla. Anna se mantenía inmóvil. Desde su silla Yago sujetó a Luna por el hombro y comprobó que temblaba. Tímidamente Hugo se puso en pie, quería largarse a casa cuanto antes... Recuperó la chaqueta del respaldo de la silla y metió en el bolsillo su ejemplar de *Alicia en el país de las maravillas*.

Entonces Anna Krauss regresó desde el limbo donde se hallaba.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Capítulo XXXIV

Y ago la miró, pero ella se dirigía a Hugo.

—¿Qué es eso? —repitió.

—¿A qué te refieres? —respondió el documentalista. Parecía alarmado por el tono de su voz.

—Al libro —añadió, aunque conocía perfectamente la respuesta, había reconocido la ilustración de la portada.

Hugo lo sacó del bolsillo y lo contempló como si acabara de materializarse, de repente, en sus manos.

—No sabía que te interesaba la literatura —apuntó ella.

Luna frunció el ceño y estudió el rostro de Anna. No comprendía adónde quería ir a parar su amiga. Sabía del amor que sentía por los libros, en ella alcanzaba el grado de pasión, pero tras las crudas imágenes visionadas le resultaba inconcebible que tuviera el estado de ánimo adecuado para iniciar un debate literario.

—Yo tampoco. Me estoy aficionando. He redactado una lista con todas las novelas que han ido apareciendo a lo largo de estos días y voy a leerlas. He comenzado con esta, casualmente estaba en casa.

Levantó el ejemplar hasta dejarlo frente a la pantalla.

—*Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Es estupenda, me encanta.

Yago Durán y Luna contemplaban el diálogo desconcertados. Hugo se mantenía de pie, sin saber qué hacer.

—Un momento. Recuerdo *Todas las almas*, *El aire de un crimen*, la *Divina Comedia*, *La espuma de los días*, *Las aventuras de Huckleberry Finn*... —enumeró Anna—, incluso Pessoa, alias Alberto Caeiro... Pero ¿*Alicia en el país de las maravillas*?

Yago decidió echarle un cable a Hugo.

—Sí. *Alicia en el país de las maravillas* es el libro que utilizó Bastian para predecir el futuro de Rosa Marino.

Ella encogió los hombros.

—Lo siento, no lo recuerdo.

—Es normal —la exculpó Yago—, estamos sometidos a un intenso estrés y...

Pero Anna lo interrumpió.

—No puedo recordarlo porque jamás me lo habéis contado.

Se miraron entre ellos.

Él, desde luego, no lo había hecho.

Estudió los rostros de Luna y Hugo, esperando a que respondieran: sí, yo se lo conté.

Pero se mantuvieron callados.

Menuda cagada, pensó.

—Lo siento... ¿Es importante?

Anna suspiró.

—¿En qué año fue asesinada Rosa Marino?

—En 1974 —contestó Hugo.

—¿O sea...?

—Durante la infancia de Bastian —murmuró Luna.

—Explicádmelo todo, por favor.

—Bastian tenía razón —aclaró tras escucharles—. Es muy arriesgado efectuar predicciones a partir de *Alicia en el país de las maravillas*, aunque tengas las habilidades de Bastian.

—¿Por qué? —preguntó Luna.

—Por el talante de los personajes. En su mayoría son traviesos, revoltosos, juegan con la verdad e inducen al error. Algunos incluso tienen un aire perverso y manipulan las palabras. Por ejemplo, uno de ellos...

Entonces se detuvo. Incluyó la cabeza hacia delante y depositó las manos sobre la mesa. Masculló unas palabras ininteligibles, mientras repasaba una y otra vez la idea que había acudido a visitarla, pero no presentaba una sola grieta.

—Dios mío... —susurró.

—Anna —dijo Yago—. ¿Qué ocurre?

Estaba pálida.

—*Alicia en el país de las maravillas* es el atajo que parte de la infancia de Bastian.

Fue incapaz de contener el enojo. Dio un puñetazo sobre la mesa que hizo oscilar el ordenador portátil de Jon Vivaldi. Desde la planta cuarta de la biblioteca Alberto Caeiro vieron cómo en la pantalla la imagen se movía bruscamente.

Víctor Crest, que estaba en el baño cepillándose los dientes, se enjuagó la boca con rapidez y corrió hacia el estudio. Cuando llegó Anna gritaba.

—Teníais que contármelo todo. ¡Todo!

Desde la puerta Víctor la contemplaba, atónito.

—Hugo —bramó fuera de sí—, ¿tienes una copia del correo electrónico que mandó Jon Vivaldi?

—Sí, desde luego —respondió el documentalista, que habría querido fundirse. Regresó hasta la mesa y abrió su carpeta, de donde recuperó un papel impreso.

—¡Léelo! —recriminó.

Supo a qué parte se refería.

—*La cooperación de Anna Krauss te resultará indispensable. Es necesario que confíes plenamente en ella y le facilites toda la información a tu alcance. No lo sabe, pero posee todas las claves para encontrarme. Sin ella no lo lograrás.*

—¡Toda la información! —repitió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—.

Incluso la palabra está subrayada. ¿Qué parte de esa frase no comprendisteis?

Yago estaba a punto de perder la paciencia. Comprendía el enfado, habían cometido un error por omisión, pero estaba siendo completamente injusta con ellos. Iba a replicar cuando Víctor, que se encontraba junto a ella boquiabierto, intervino.

—Anna, cálmate.

—Pero, Víctor...

—¡Cálmate! —zanjó.

Víctor le dio tiempo para que se tranquilizara. Después le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó. Los dos últimos, pensó. Le dio fuego y él encendió el otro.

—Anna —dijo con cariño—, ¿qué pasa?

—Ese es el atajo que parte de la infancia de Bastian. Víctor, sé dónde están. Al fin podremos irnos de aquí...

Él asintió.

—Dímelo, por favor.

Estaba sentada frente a la mesa del estudio, al lado de Víctor Crest. Charlaba con normalidad, y tras disculparse por la salida de tono pasó a exponer su teoría.

—Jon es mi mejor amigo desde hace muchos años, nos conocimos en la facultad, hemos vivido muchos momentos juntos. Unos buenos, otros malos..., como todo el mundo, supongo. Y cuando las cosas se ponen feas sé que puedo contar con él. Solía decirme: «Cuando me necesites, siempre estaré detrás de ti...».

Dio una calada a su cigarrillo. Las volutas de humo partían de la brasa, elevándose caprichosas.

—Siempre estaré detrás de ti —repitió—. Ese es el lugar donde, exactamente, ha estado todo el tiempo. Era cruel, impropio de Jon, que para encontrarle tuviéramos que jugarnos la vida una y otra vez en Babilum.

Víctor miró a su espalda. Solo vio la puerta del estudio y estantes llenos de libros.

—¿Detrás de ti? ¿Ahí? —dijo señalando con un dedo a su espalda—. Hemos revisado esos libros varias veces y no hemos dado con nada.

Pero ella negó meneando la cabeza.

—No. Recuerda, estamos situados justo al revés. Yo debería estar ahí —dijo señalando a los miembros de *Arácnida* del equipo *RosaM23*—, y vosotros aquí.

Las manos compusieron un gesto nervioso.

—Víctor, imagina que así fuera...

Él reflexionó.

—Si tú estuvieras al otro lado, lo que estaría detrás de ti es... —contempló el ordenador portátil de Jon Vivaldi. Su mirada se deslizó desde el teclado hasta la pantalla, donde Luna, Hugo y Yago seguían la escena desconcertados, y luego llegó hasta la puerta sellada.

—Encaja. En Babilum.

—No —replicó ella—. ¿Qué más hay en esa pared?

Víctor lo vio.

Su corazón dio un vuelco.

La idea era tan simple que le pareció perfecta.

—¿Ahí? —dijo señalando con un dedo.

Anna Krauss asintió en silencio.

—¿Sabías que Lewis Carroll escribió una secuela de *Alicia en el país de las maravillas*?

Pero Víctor seguía mirándolo.

—Es una novela extraña, gira alrededor de una partida de ajedrez en la que la propia Alicia se encuentra metida en el tablero, como una pieza más. En inglés su título es *Through the looking-glass, and what Alice found there*. La traducción literal sería algo así como: A través del espejo y lo que Alicia encontró allí... ¿Lo entiendes ahora?

Pero Víctor Crest no respondió. Estaba absorto, contemplándose en la enorme cornucopia guarecida por un bello marco trabajado con relieves.

—Están detrás del espejo —concluyó ella.

Anna apagó el cigarrillo.

Él se puso en pie, dispuesto a acercarse para comprobarlo.

—Apártate —murmuró Anna Krauss.

Cogió el cenicero y lo lanzó con todas sus fuerzas sobre la superficie de cristal azogado, que estalló en mil pedazos cuando sufrió el impacto. Lo había atravesado.

—Detrás hay un hueco —exclamó Víctor.

Metió la mano dentro y apartó los cristales rotos. En el interior encontró un libro.

Sin tocarlo leyó el título.

—*Through the looking-glass, and what Alice found there*.

Ella lo cogió.

—Víctor, los tenemos...

—Vámonos.

Víctor sujetaba el ordenador portátil de Jon Vivaldi bajo el brazo: estaba apagado, por primera vez, en muchos días. Junto a él Anna permanecía quieta, con los tres cuadernos del diario de Bastian metidos en el bolso. Agarraba con las dos manos el libro de Lewis Carroll donde estaban metidos Jon y Bastian.

Se encontraban frente a la puerta de la vivienda que daba acceso a la escalera principal, por la que habían intentado salir en innumerables ocasiones. Estaba entreabierta. Fuera el rellano seguía iluminado por una bombilla, presentando el aspecto añejo de siempre.

—¿Sí? —preguntó Anna.

—Vamos allá.

Se cogieron de la mano, contaron hasta tres y luego suspiraron profundamente. Entonces dieron al unísono un paso hacia delante.

Con naturalidad, como debía haber sido siempre, sus pies aterrizaron en las baldosas del rellano.

Habían logrado salir.

Yago Durán, Luna y Hugo se dirigieron a toda prisa hasta el ascensor. Se sentían inquietos, hacía pocos segundos que habían cortado la comunicación perdiendo el contacto visual con sus amigos.

Impaciente, Yago pulsaba una y otra vez el interruptor de llamada. Se preguntó por qué el elevador parecía estar siempre en el lugar más alejado del que él se encontraba, y exasperado por su lentitud pensó en bajar las escaleras corriendo.

—Tranquilízate, por favor —pidió Luna—, vendrá enseguida...

Poco después las puertas se abrieron.

El viento que barrió el tablero de ajedrez fue de tal intensidad que una de las torres estuvo a punto de caer. Agitó los cabellos de una niña que permanecía de pie en un escaque.

—Alicia —dijo Bastian—, tenemos que irnos.

Sonriente, ella asintió y agitó una mano en el aire, a modo de despedida.

Jon Vivaldi contemplaba la escena en silencio. Bastian lo sacó de su ensimismamiento.

—Lo han conseguido —anunció—, nos vamos de aquí.

Se pusieron en pie.

—Hemos llegado muy adentro del libro, no será sencillo salir. Agárrate a mí y no te sueltes por nada del mundo.

Jon le cogió por el brazo.

—No —replicó Bastian—, así no. Abrázame. Si te pierdo no podré encontrarte, y quedarás para siempre en este lugar. Es largo explicar por qué, y no tenemos tiempo. Pero es así.

Jon le rodeó con los brazos el tórax.

—¿Preparado?

Jon dudó.

—Sí —aseguró finalmente.

—Pues marchémonos.

Poco después Jon Vivaldi notó cómo un torbellino los envolvía y sus pies se separaban del suelo. En el aire, abrazados, parecían danzar a su son.

Bajaban las escaleras corriendo, Anna delante, Víctor detrás.

Los pies golpeaban los peldaños gastados por millones de pisadas antiguas, causando un ruido seco que rompía el deshabitado silencio del vetusto inmueble.

Cuando llegó al rellano del piso segundo, Víctor tropezó y estuvo a punto de caer. El ordenador se le escapó de las manos, pero logró agarrarlo en el aire. Anna se detuvo, expectante, pero él la apremió.

—Vamos, Anna, corre.

El resto del trayecto transcurrió sin incidentes. Dejaron atrás los primeros pisos y los entresuelos, hasta llegar a un tramo de escaleras desde el que podía verse la puerta de la calle. Esta lucía un aspecto pobre y desgastado, pero maravilloso a sus ojos. El silencio se veía turbado por algunos ruidos cotidianos procedentes del exterior.

Bajaron los últimos peldaños caminando.

Sus sombras, proyectadas por una única bombilla, les antecedían.

Se detuvieron frente a la puerta.

Anna asió el pomo.

Lo giró y lentamente tiró de él.

Con toda naturalidad la puerta giró sobre sus goznes.

Y salieron.

Poco después las gotas de lluvia se mezclaban en sus rostros con las lágrimas.

Atravesaron a toda velocidad el vestíbulo e, indiferentes a la lluvia, salieron al exterior.

Yago los buscó con la mirada, sin dar con ellos. Pero Luna tocó su hombro.

—Allí —dijo.

—Sí, allí están —repitió Hugo señalando al otro lado de la calle.

Entonces Yago Durán les vio.

Víctor Crest y Anna Krauss estaban abrazados.

Pero no se encontraban solos.

A su lado había dos hombres.

Uno era Jon Vivaldi. Estaba apoyado contra la fachada de un edificio, parecía mareado. A su lado le atendía otro individuo al que jamás habían visto en persona. Era de mediana edad y poseía una curiosa peculiaridad: una peca con forma de triángulo escaleno lucía en su frente.

Cuando Anna Krauss vio sobre el hombro de Víctor cómo Luna, Hugo y Yago atravesaban la calzada, pensó en correr hacia ellos. Pero comprobó que no se acercaban hasta donde se encontraba.

Miró a su lado, a unos pocos metros.

—Jon... —murmuró.

Estaba pálido.

Pero se fundieron en un enorme abrazo.

Poco después Anna recuperó la compostura. Algo se movilizó en su interior.

Se deshizo del abrazo de Jon.

Pensó en su desastroso aspecto. Tendió la mano al otro hombre.

—Hola —exclamó con naturalidad—. Me llamo Anna Krauss.

Él sonrió tímidamente.

—Soy Bastian —dijo mientras se sonrojaba—. Jon Vivaldi me ha hablado mucho

de ti.

Capítulo XXXV

El camarero, somnoliento, se despidió de los dos borrachos que habían pasado media noche bebiendo en la barra. Bostezó y estudió con detenimiento al grupo de siete personas que permanecía en la única mesa ocupada del establecimiento. Parecían agotados, aunque no tenían el habitual aspecto de los noctámbulos. Las dos mujeres eran, pensó, muy atractivas. La pelirroja va con el negro, se dijo, y la rubia solo tiene ojos para el tipo de la peca.

Fuera amanecía.

—No tengo palabras para agradecer todo lo que habéis hecho por nosotros —dijo Jon Vivaldi—. Y creo que os debemos una explicación.

Señaló con un gesto a Bastian, que se sonrojó. Anna le miraba sonriente.

—No estoy acostumbrado a expresarme delante de tantas personas —murmuró—. Lo mío son los libros, las repeticiones y el papel, donde es posible regresar sobre tus pasos una y otra vez. Intentaré ser coherente, aunque debo advertiros que necesitaría horas para ponerlos al día de todo lo que ha sucedido hasta ahora. Pero perdonadme, estoy divagando... Será mejor que comience por el principio.

Hugo bostezó, y luego se disculpó levantando una mano.

—Efectivamente Finlandia fue el lugar donde aconteció la primera guerra de la historia del mundo. Entre ángeles y diablos, ya conocéis el resultado. Fue una guerra civil, sin buenos ni malos. Lucharon por el poder, eso es todo. Aunque lógicamente esta no es la versión que ha llegado hasta nosotros. Desde la victoria siempre es posible maquillar la verdad.

Anna Krauss extrajo un cigarrillo del paquete que acababa de comprar y lo estudió con deleite. Sin levantarse lo alzó, mostrándolo al camarero, que asintió. Entonces lo prendió.

—Como consecuencia de la derrota los diablos perdieron todos sus poderes, excepto la inmortalidad. Y les fue vedado el acceso al paraíso, quedaron confinados en la Tierra. Los ángeles, en cambio, volvieron al reino celestial, de donde nunca habían regresado hasta hace pocos días.

—¿Y Blas Beltrán? —dijo Luna.

—Es una excepción, la única de la que tenemos constancia. Nos sorprendió encontrarle por aquí. Ignoramos cuándo y por qué regresó.

Bastian se removió en su silla.

—El conflicto —prosiguió— parecía resuelto para siempre... Pero miles de años después sucedió algo extraordinario: los seres humanos aparecieron sobre la faz de la Tierra. Y los demonios acabaron comprendiendo la importancia de los hombres.

—¿Qué nos hace ser tan valiosos? —preguntó Víctor.

—La capacidad para evolucionar como especie. ¿Os habéis planteado que hoy, gracias a la tecnología, somos capaces de realizar actos que antiguamente habrían

tenido la consideración de milagros? Los diablos entendieron que con el paso de los milenios nos convertiríamos en una poderosa tercera fuerza con la que podrían alinearse. Así que nos dieron lo que necesitábamos: tiempo. Dejaron de hacer ruido y se dispersaron por el planeta.

—Y así estaban las cosas —intervino Jon—, cuando uno de ellos, Juan Gandalf, encontró a una persona única, especial, irrepetible. Un niño: Bastian. Tenía la certeza de que con el nacimiento de Bastian había comenzado la era del hombre. Su llegada precipitaba los acontecimientos. Cabía, por lo tanto, actuar...

—Comenzó la búsqueda de sus antiguos camaradas —continuó Bastian—. Pretendía reagruparlos, organizarlos, preparar en definitiva el momento en el que sería posible cambiar el orden de las cosas, que consideraba cercano. Pasó años rastreando y obtuvo resultados, logró localizar a muchos de ellos. Pero le preocupaba un extremo. Tened en cuenta que habían transcurrido muchísimos siglos desde la última vez que se vieron, y desconocía cómo pensaban ahora. Temía ser traicionado por algún viejo compañero que comunicara al enemigo el advenimiento de Bastian y lo que ello suponía. Aunque el reagrupamiento de los diablos avanzaba a grandes pasos, consideraba que aún no estaban preparados. Entonces decidió elaborar un plan de emergencia.

—Que solo se pondría en marcha —puntualizó Víctor— si todo lo demás salía mal.

—Sí —afirmó Jon—. Un plan cuya finalidad era mantener a salvo a Bastian.

—Necesitaba, para ejecutarlo, contar con colaboradores. Si sospechaba que entre sus camaradas podía encontrarse un delator, no podía involucrarlos. Me encomendó la tarea de buscar al equipo adecuado. Tras cientos de charlas con los personajes de los libros di con vosotros. Jon Vivaldi y Anna Krauss están unidos por un código único e indescifrable. Y las capacidades de Luna, Víctor, Yago y Hugo saltan a la vista.

Bastian guardó silencio durante unos segundos que a los demás parecieron interminables. Su rostro mostraba ahora una mueca hostil, y la timidez inicial se había desvanecido ahuyentada por el hilo de la narración.

—Y lo tan temido sucedió: fuimos traicionados.

El camarero se acercó a la mesa y les preguntó si querían algo más, pero declinaron el ofrecimiento.

—A mediados de diciembre Juan Gandalf estaba convencido de que algo se estaba urdiendo a sus espaldas: sus sospechas adquirieron la categoría de certeza. Vio entre sus camaradas cosas extrañas, no sé cuáles, no me las dijo. Creía firmemente que estaban a punto de delatarnos.

—¿Logró averiguar la identidad del traidor? —preguntó Yago.

—No.

Hugo cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia delante: se había dormido. Los

demás no le prestaron atención.

—Aceleramos la preparación del plan de emergencia. En primer lugar mandamos a Jon, de forma anónima, *La noche eterna*. También sabíamos que tenía entre manos *Proyecto XI* y conseguimos encajar el asesinato de Rosa Marino en sus reportajes. Sé que parece un poco rebuscado, pero estábamos seguros de que sería más fácil lograr su ayuda si provocábamos que Jon nos descubriera en lugar de mostrarnos. No fue sencillo, pero finalmente conseguimos reclutarle.

—No lo comprendo, Jon —apuntó Víctor—. Has metido a algunos de tus amigos en una situación límite, casi nos ha costado la vida. ¿Por qué tomaste partido? ¿Qué más da un bando o el otro?

—Juan Gandalf tardó días en convencerme, pero sus argumentos fueron irrefutables —respondió Jon—. Me hizo ver que ya estamos implicados. Todos, nosotros y la gente que ahora duerme en su cama tranquilamente, solo que estos no lo saben. Si los ángeles tuvieran toda la información, comprenderían la magnitud del problema y no dudarían en exterminarnos. Lo que han mandado es una avanzadilla, pero según Juan Gandalf se cuentan por millones.

—¿No la tienen? ¿El traidor no se la transmitió?

—Juan Gandalf —intervino Bastian— solo contó a sus compañeros la información esencial para lograr agruparlos de nuevo. Conocen mi existencia pero no saben de mis poderes o de la importancia que él me atribuye. Ignoran, por ejemplo, que soy capaz de entrar en los libros. Además los ángeles desprecian a los diablos, les tienen por seres inferiores, así que probablemente no le otorgaron al delator toda la credibilidad.

Víctor gruñó algo ininteligible.

—Con Jon de nuestro lado preparamos meticulosamente el resto del plan. El camino de los noventa y nueve pasos y el atajo que permite salvarlos, mi diario, los archivos ocultos en FH...

—Pero se produjo un error —le interrumpió Luna—. Relacionado con *La noche eterna*. El ejemplar de Víctor ardió en un incendio y nunca llegó a nuestras manos, y Anna leyó el que se encontraba en poder de Jon. Eso provocó que quedáramos posicionados al revés, nosotros fuera y ella dentro del antiguo inmueble. ¿Los personajes de los libros no te advirtieron de la equivocación?

—No, no podían hacerlo, me está vedado conocer cualquier circunstancia vinculada con mi futuro.

—Pero ¿por qué complicarlo tanto? —preguntó Yago—, Juan Gandalf podía habernos reclutado como lo hizo con Jon, o dejado indicaciones precisas en el estudio sobre la ubicación del libro de Lewis Carroll. Habría resultado mucho más sencillo.

—Como decía, Juan Gandalf era muy celoso respecto a compartir determinadas informaciones que consideraba delicadas, y un secreto deja de serlo cuando lo conocen demasiadas personas.

—Tiene razón —puntualizó Anna—. Recuerda que Mikel podía leer mis

pensamientos.

—Tampoco era posible señalar claramente que el libro de Lewis Carroll estaba oculto tras el espejo porque se podían producir mil contingencias ¿Qué creéis que habría sucedido si la puerta del estudio no hubiera quedado adecuadamente sellada? ¿O si hubierais tardado más de treinta días en acudir? En ambos casos Mikel habría podido acceder al piso tercero puerta segunda, y dar con nosotros fácilmente.

Bastian hizo una pausa.

—Llevábamos varios días en Babilum, esperando el momento, cuando la tarde del domingo 30 de enero los ángeles entraron en el antiguo inmueble. Contábamos con poco tiempo, apenas unos minutos hasta que llegaran al piso tercero puerta segunda. Jon os envió el correo electrónico, que ya tenía preparado. Luego nos ocultamos en el libro de Lewis Carroll, que Juan Gandalf ocultó tras el espejo. Después entró en Babilum, quería que le siguieran para poder encerrarlos lejos de nosotros. Ellos cayeron en la trampa.

—Si vosotros estabais detrás del espejo y Juan Gandalf en Babilum, ¿quién selló la puerta del estudio? —quiso saber Luna.

—Yo. Utilicé una de mis habilidades especiales. En el diario no figuran todas ellas, tan solo las indispensables para comprender el texto y orientarlos en la búsqueda.

Este tipo es una verdadera caja de sorpresas, se dijo Yago. Iba a preguntarle si podía ayudarle a teletransportarse hasta su cama, pero optó por mantenerse en silencio.

—Mikel y sus colaboradores quedaron encerrados, Babilum se convirtió en una ratonera. Creían que Juan Gandalf había muerto, y me buscaban. Me imagino su decepción cuando en el interior no encontraron a nadie. Repito: ignoran que puedo entrar en los libros.

—¿Y por qué no salisteis entonces y sencillamente os marchasteis?

—Desde el interior de la novela de Lewis Carroll resultaba imposible saber qué ocurría fuera. Cabía la posibilidad de que Mikel hubiera logrado entrar en el estudio.

—Pero ¿por qué no fue Juan Gandalf a rescataros personalmente? —inquirió Víctor—. Hasta donde sabemos, la transmutación al cuerpo de George fue un éxito, y él habría sido la persona adecuada para ayudaros. Le habría bastado con regresar desde la calle y dirigirse al estudio.

—En teoría sí, pero la transmutación no es un proceso perfecto. —Bastian reflexionó durante unos segundos—. Tened en cuenta que hablamos de seres con millones de años de vida a cuestas. Infinidad de recuerdos se vuelcan en décimas de segundo en el cerebro de un humano. Algunos de ellos se extravían, habitualmente los más recientes.

—¿Quieres decir que ha olvidado que existimos?

Bastian asintió.

—Erais vosotros —concluyó— quienes debíais sacarnos. Era vuestra misión.

—¿Y sabes dónde está Juan Gandalf?

—No.

Hugo despertó de repente.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Víctor Crest.

—No podemos irnos a casa sin más —dijo Yago—. Mikel y los demás ángeles siguen encerrados en el antiguo inmueble.

El resto estuvo de acuerdo.

—Pero continuarán confinados —matizó Jon— si cada treinta días renovamos la franja de polvo rojo que sella la puerta de acceso a Babilum desde la vivienda. El resto de salidas fueron bloqueadas por Bastian.

Anna se estremeció.

—No os apuréis —les tranquilizó Bastian—. No será necesario que regreséis, yo puedo entrar y salir del viejo edificio cuando sea necesario... Me he pasado la vida en ese lugar —sus facciones mostraban ahora una profunda tristeza—, rodeado de mis libros.

—Qué historia tan triste —murmuró Luna pensando en la crueldad de Juan Gandalf, que había tolerado el encierro de Bastian sin poner remedio porque convenía a sus intereses—, has vivido prácticamente recluido en Babilum.

—¿Triste? ¿Tú crees? —Bastian sonrió—. He estado con Sherlock Holmes en el 221 B de Baker Street, bebido con los tres mosqueteros y visto con mis propios ojos el romance entre Romeo y Julieta, además de muchos otros episodios fascinantes... Mi existencia ha sido hasta ahora fantástica, muy rica en sensaciones. Pero me temo que ha llegado el momento de salir al exterior.

Anna asintió.

—Pero ¿qué hacemos ahora? —insistió Yago.

Bastian se inclinó hacia delante.

—Buscar a Juan Gandalf.

Entonces extrajo un sobre del bolsillo y lo depositó sobre la mesa. Estaba lacrado.

—Dejó esto para nosotros.

Lo abrió lentamente. Dentro había una tarjeta de visita. La depositó encima de la mesa.

—Velasco Fernández —leyó en voz alta.

—¿Le conoces?

—He oído hablar de él, es un humano. Trabaja para Íñigo, otro diablo.

Anna se levantó.

—Estoy destrozada, no puedo pensar ahora. Pero creo que deberíamos continuar juntos.

Víctor la imitó.

—Personalmente estoy de acuerdo contigo, Anna —dijo Jon Vivaldi—, pero cada cual debe reflexionar y tomar individualmente su decisión. Descansemos y reunámonos en un par de días.

—De acuerdo —respondió ella—, en mi casa de la playa.

Les dio la dirección.

En pie, los siete rodeaban la mesa, dispuestos a macharse. Después de tantos días juntos se les hacía extraño separarse.

—¿Y tú dónde vas a ir? —dijo Luna mirando a Bastian—. Me parece horrible que tengas que volver al antiguo inmueble. Te ofrecería nuestra casa, pero es muy pequeña.

Jon abrió la boca pero Anna se adelantó.

—Yo tengo sitio —aseveró. En sus labios se dibujó una sonrisa—. Además de una amplia biblioteca.

Yago Durán, que se había comprometido a ponerse en contacto con Eva Marino y Axel Beneito en cuanto supiera algo sobre sus asuntos, decidió no llamarles. Blas Beltrán, transmutado en su carcelero, andaba a su aire por el mundo. Y lo mismo sucedía con Juan Gandalf, convertido en George. Además Bastian les había confesado que ambos tenían cuentas pendientes procedentes de lo sucedido en Finlandia que reclamaban venganza: sin duda sus caminos volverían a cruzarse. Luego recordó su promesa a Néstor, que pernoctaba en la biblioteca, e igualmente concluyó que de momento era mejor no decirle nada.

Salieron en silencio, sin mirar atrás. Poco después se despedían en la calle.

Nadie prestó atención a un hecho inusual: no llovía.

Desde hacía poco más de una hora había dejado de caer agua sobre Barcelona.